



# REGRESO a ETERNA

Mila Martínez

*Para mis amigas y amigos. Ya  
sabéis quiénes sois.*

## Norma

La botella de vino que Norma Barnett había descorchado era de una calidad magnífica. No obstante, la etiqueta traía recuerdos a su mente que necesitaba mantener lejos. Llenó una copa y la llevó hasta la mesa auxiliar donde había dejado el ordenador portátil abierto. Paseó la vista por el salón, demorándose en los detalles. El apartamento que había alquilado no era grande, pero resultaba acogedor. Aunque de decoración sencilla, las luminosas vistas al mar eran impagables. Le procuraban el entorno de paz que venía buscando. Su vida había entrado en una fase de estancamiento y tenía que tomar decisiones, variar el rumbo.

Tras llamar a un restaurante italiano para que le trajeran comida, se acomodó en el sofá. Tenía hambre, así que esperaba que no tardaran demasiado. Pasó la mano por su corto cabello casi blanco, de tan rubio. El cambio de *look* fue una de las primeras medidas que tuvo que adoptar antes de regresar a España. Había dejado atrás muchas cosas, pero una de ellas le costó sobremanera: su espesa melena pelirroja. Con todo, el nuevo corte de pelo le daba un aire desenfadado y juvenil, al tiempo que femenino. También se había operado de la vista, con lo cual ahora solo usaba gafas para leer y sus ojos grises mostraban una expresividad mucho más manifiesta.

La transformación física radical constituía toda una declaración de intenciones sobre lo que pretendía hacer con su vida. Después de que la Guardia Civil dismantelara La Esencia, la organización que había fundado en España junto a su padre, no le quedó más remedio que alejarse un tiempo del país y continuar dirigiendo sus actividades en las sedes que seguían funcionando en el extranjero. Si no hubiera sido por algunas personas entrometidas de las que prefería no acordarse, él ahora no estaría en la cárcel, sino disfrutando de una merecida jubilación en Estados Unidos, su país de origen. Le echaba muchísimo de menos. No podía ir a visitarlo, ni siquiera podían hablar. No obstante, sabía que, debido a su edad avanzada y a la ausencia de antecedentes penales, no tardaría en quedar libre.

Por suerte, la que entonces era su amante, Lola, estaba fuera de toda sospecha. Fue quien llamó para avisarle de lo ocurrido y la que se encargó de comprar los billetes de avión que las conducirían a miles de kilómetros de allí. Un pasaporte falso que la identificaba como Norma Barnett, el nombre que ahora utilizaba tanto para sus negocios internacionales como en su vida privada, le permitió salir del país sin ser detenida. A Lola también le procuró documentación falsa. No podía arriesgarse a que descubrieran que había desaparecido y ataran cabos. Esas identidades ocultas las tenía guardadas celosamente por si algún día las necesitaba. Y el día, desgraciadamente, llegó.

Habían transcurrido algunos meses desde aquello y era hora de regresar. Todavía tenía que arreglar algunos asuntos. Noelia Blanchard estaba en busca y captura. Norma Barnett tenía las manos libres.

El timbre del videoportero interrumpió sus pensamientos. Se levantó con rapidez. La comida debía de estar allí. Por la pantalla vislumbró a una joven con el logo del restaurante estampado en el frontal de la gorra y de inmediato apretó el botón para que entrara en el edificio. Al cabo de unos segundos, oyó el sonido del ascensor deteniéndose en su planta y abrió la puerta. La mujer de la gorra era altísima —rondaría el metro noventa— y todavía le pareció más alta cuando se aproximó a ella portando la caja de comida. Estaba a punto de entregarle el dinero, que llevaba preparado en la mano, cuando la chica levantó la vista y la miró a los ojos.

Norma se quedó repentinamente sin habla. Aquellos iris grises jaspeados de verde y ámbar

eran difíciles de olvidar, al igual que su llameante melena ondulada de color caoba. Y muchísimo más el perfume que desprendía, que llenaba la mente de imágenes ancestrales, que hacía recordar el olor de la tierra húmeda tras la lluvia. De aquella mujer emanaba algo visceral, estimulante y peligroso a un tiempo.

—Te traigo tu comida —anunció con una voz grave y particular que hacía tiempo que no oía.

Recuperada de la impresión, Norma sonrió levemente y se hizo a un lado para dejarla pasar.

—Gracias —dijo la recién llegada—. No esperaba menos, después de haber sobornado con una bonita suma al chico del restaurante. Hasta me ha regalado su gorra.

—No te voy a preguntar cómo me has encontrado esta vez. Nunca dejas de sorprenderme, Iduna.

—Te dije que lo haría, aunque en esta ocasión me ha costado un poco más, debo reconocerlo. Has abandonado tu melena pelirroja y las gafas. El nuevo aspecto te sienta bien, «Norma Barnett».

La mujer le agradeció el cumplido con una sonrisa.

—Imaginarás que con mi verdadero nombre no podía regresar a España.

—Obviamente. Te hubieran detenido de inmediato —señaló, caminando hacia el interior de la casa. Localizó la cocina y dejó la comida sobre la bancada—. A pesar de lo ocurrido, las dos sabemos que tus investigadores siguen jugueteando en los laboratorios, convencidos de que algún día encontrarán la fórmula mágica de la eterna juventud. Y tampoco es un misterio que hasta ahora no han obtenido ningún éxito. Creo que es el momento de que aceptes mi ayuda. Y yo, en cierto modo, necesito la tuya.

Norma la contempló entrecerrando los ojos.

—Compruebo que sigues bien informada —dijo con cautela.

—Muchas cosas dependen de ello, ya lo sabes.

Se quedó callada unos segundos observando a su visitante con interés. Después cogió otra copa del armario y le sirvió un poco del vino que había abierto hacía unos minutos.

—Gracias —dijo, aceptando la bebida.

Iduna siguió a Norma hasta el salón. La mujer rubia se acomodó en el sofá y ella se sentó enfrente.

—Mi propuesta sigue en pie —insistió.

Norma dio un pequeño sorbo y dejó transcurrir unos segundos antes de volver a hablar.

—Has elegido bien el momento. Ahora estoy sola y, como bien sabes, mis investigadores han entrado en un punto muerto.

—Lo sé. Por eso estoy aquí, doctora Blanchard. Por cierto, he visto a tu expareja muy atareada en su nuevo centro de belleza en Los Ángeles. Le va todavía mejor que en Valencia, tengo entendido.

—Llámame Norma, por favor. Ahora soy Norma Barnett. A Noelia Blanchard la he dejado atrás. En cuanto a Lola, tiene ADN de triunfadora, siempre sale adelante. Es una de las cosas que me atrajo de ella desde el principio. Pero todo tiene un final. Las dos llegamos a un acuerdo de separación muy convincente, sin estridencias ni llantos. Nunca nos ha gustado el melodrama.

—Os felicito. Entonces, ¿has tomado una decisión? ¿Vendrás a continuar tus investigaciones en mi ciudad?

—Todavía no me has dicho para qué me necesitas. Me intriga mucho, sobre todo porque has afirmado que tienes la fórmula de la inmortalidad.

—Es cierto, pero necesito tus conocimientos para algo que ahora mismo no puedo contarte. Lo haré en el momento adecuado. Lo prometo.

Norma la miró con fijeza a los ojos y finalmente habló.

—Estaré encantada de entrar en Eterna.

Iduna alargó el brazo y ambas se estrecharon la mano.

—Perfecto. Ahora tengo que irme —anunció, dejando su copa sobre la mesa auxiliar para ponerse en pie—. Mañana te recojo a las nueve. Elige ropa cómoda, conozco una zona perfecta no lejos de aquí para hacer escalada.

Norma puso cara de sorpresa ante la propuesta, pero Iduna ni siquiera le dio opción a preguntar.

En cuanto la mujer pelirroja desapareció dentro del ascensor, entró en la casa y se arrellanó de nuevo en su cómodo sofá, apurando lentamente la copa de vino. Haría lo que fuera necesario para alcanzar sus objetivos. La excitación le había quitado el hambre. Acababa de embarcarse en una peligrosa misión que podía costarle la vida si aquella mujer descubría sus maquinaciones. Por el contrario, si todo transcurriera como se había propuesto se convertiría en la persona más influyente del momento. Si todo saliera bien, pasaría a formar parte de la Historia.

Confiaba en que, una vez dentro de Eterna y obtenida la finalidad perseguida, podría contactar con Margot, su más fiel empleada y amiga. Si Margot no podía por sí misma sacarla de allí, estaba segura de que recurriría a Athila Broc. Norma había aconsejado a este que la contratara para su empresa. Broc, magnate de la industria farmacéutica y socio de La Esencia, tenía medios de sobra para ayudarla en el caso de que las cosas se complicaran.

Iduna lo dejó claro: la decisión de entrar en Eterna era irreversible. Tendría que quedarse a vivir allí, aislada del resto del mundo, para siempre. Y, según ella, esto era literal, ya que le había prometido que no iba a morir nunca. Para siempre era *para siempre*.

La mujer pelirroja insistió en que no echaría de menos nada del exterior. No obstante, Norma quería asegurarse de que, conseguido su objetivo, podría irse de allí. Siempre había querido volar libre. Para eso quizás necesitara a Margot y, como último recurso, a Athila Broc. Aquel hombre le venía muy bien a La Esencia, era un contacto muy valioso. Tenía dinero, poder y escasos escrúpulos. Norma sabía que había logrado levantar su imperio mediante negocios no demasiado limpios, pero no le importaba. De hecho, se rumoreaba que disponía de un pequeño ejército de hombres excelentemente entrenados. Lo único que interesaba a Norma eran los contactos, medios e instalaciones que había puesto a su servicio. No podía exigir a sus socios que fueran un dechado de virtudes después de los atajos que utilizaba La Esencia para conseguir sus fines.

Era hora de llamar a Margot y explicarle los planes. Por fin iba a conocer Eterna, esa ciudad utópica que tantos secretos escondía.

## Broc

Las voces soberbias de un coro se estrellaban contra las paredes insonorizadas de cristal, a través de las cuales Broc contemplaba la enorme extensión del Paseo de la Castellana. La pieza que surgía del reproductor de música, a un volumen casi hiriente, era «Communio: lux aeterna», un fragmento del *Requiem* en do menor de Mozart.

El mobiliario de diseño italiano daba algo de calidez al frío espacio creado para cerrar negocios de alta envergadura. De pie, ante la cristalera descomunal del último piso de uno de los rascacielos más emblemáticos de Madrid, Athila Broc observaba pensativo el caudal serpenteante de vehículos que circulaba por la arteria principal de la ciudad.

Broc Corporation, una de las multinacionales farmacéuticas más poderosas del planeta, contaba con aquel edificio entre su inmenso patrimonio. La sede de la empresa en la capital ocupaba las diez plantas superiores y, como presidente y fundador de la compañía, Broc disponía del ático para él solo, con una terraza que servía de helipuerto y que utilizaba con bastante frecuencia.

Como estaba previsto, su secretario había ejecutado el protocolo, alzando la barrera contra llamadas inoportunas. Con las manos en los bolsillos de su caro pantalón de Armani, Broc dio un paso atrás y por un momento dejó de mirar el tráfico y la neblina contaminada de Madrid para centrarse en el reflejo que le ofrecía el cristal. Algunas canas escogidas salpicaban las sienes del pelo negro recién cortado. Había conseguido que los rasgos de su cara permanecieran en una estabilidad relativa en torno a los cuarenta años, aunque su edad real se aproximara más a los sesenta. Por algo su cirujano plástico se encontraba entre los mejores del mundo —y entre los más ricos, gracias a hombres como él—, pensó, dibujando una sonrisa de dientes perfectos.

Imponente. Ese era el calificativo que le gustaba asociar a su imagen cada vez que se contemplaba en el espejo.

Justo en el instante en que echaba un vistazo a la esfera del Hublot de su muñeca, sonó la línea interna del teléfono. Katar anunció la visita esperada. Broc sonrió satisfecho. Otorgaba a la puntualidad una importancia suma. Fue hasta el escritorio y apagó el reproductor de música con el mando a distancia. Al cabo de dos segundos, su secretario llamaba a la puerta del despacho. Katar era un hombre de rasgos egipcios que rondaba los setenta años, a pesar de que su forma física le hacía aparentar bastante más joven. Había trabajado para las industrias Broc como contable desde hacía más de cuatro décadas, pero ahora aquellas funciones las desempeñaba un bufete de abogados. Podía decirse que Katar era un amigo, pero también un excelente consejero, discreto, diligente y fiel.

—Aquí está la señorita Seeker —dijo, haciéndose a un lado.

La ejecutiva cruzó la puerta haciendo resonar los estrechos tacones de sus Brian Atwood. Broc la miró complacido. Jamás contrataba a sus empleados basándose en la apariencia física. No obstante, Margot Seeker era la conjunción perfecta de belleza, elegancia y profesionalidad. Tenía un currículum inmejorable. Cuando Norma Barnett le propuso que la incluyera en la nómina de su empresa, no imaginó que iba a convertirse en un elemento tan eficaz. Sus gélidos ojos azul índigo tenían puesta su atención en él. La melena ondulada, de un negro brillante, caía por debajo de los hombros.

—Siéntese, por favor —sugirió Broc, señalando el confortable sofá de piel color avellana ubicado junto a la cristalera principal. A pesar de hablar correctamente español, su

pronunciación dejaba entrever la influencia de su lengua francesa de origen. Él se acomodó a cierta distancia. En ocasiones como esta se obligaba a recordar que no debía mezclar los negocios con el placer, ya que era probable que tuviera que deshacerse más tarde del objeto de su deseo. Y, ahora mismo, necesitaba a esa mujer para alcanzar sus objetivos. Pero tenía que reconocer que en cuanto ella entró en su despacho y lo miró a los ojos, notó que cierta parte de su organismo comenzaba a adquirir una rigidez muy poco conveniente. La sola idea de someterla a sus deseos le nublaba la vista.

La ejecutiva apoyó sobre sus rodillas el portafolios que llevaba consigo.

—¿Tenemos algo? —inquirió el magnate, con la tensión reflejada únicamente en el envaramiento de los hombros.

—Estamos muy cerca —aseguró ella. Al contrario de lo que ocurría con Broc, el origen de su acento era difícil de definir—. Como pidió, he informado a Boss de los sitios habituales de escalada de la zona. Y de los rocódromos también. Llevan vigilando esos lugares desde primera hora. Aún no han aparecido, pero pronto lo harán. Por la descripción que facilitó la señora Barnett, es imposible que pasen desapercibidas.

Ella le entregó el portafolios y Broc lo abrió, deteniéndose a examinar con celo el amplio informe que contenía. Seeker había hecho un buen trabajo. Recogía con detalle las características de la mujer que se había puesto en contacto con Norma, así como las localizaciones probables donde podían encontrarlas. Cada punto llevaba impresa su ubicación exacta, una descripción minuciosa y varias fotografías del lugar.

—Perfecto. Manténgame informado.

Dio por terminada la reunión, levantándose del sofá para dirigirse con el portafolios hacia su escritorio.

Margot se marchó, comprendiendo que su trabajo por el momento había finalizado. Se sentía aliviada. Broc no era conocido precisamente por su paciencia, y cierto rumor lo definía como un sádico con las mujeres. Incluso algunos afirmaban que había matado a más de una. Por otro lado, cuando el magnate quería algo, lo quería ya. En el instante en que había sido reclamada para comunicar el estado de sus pesquisas, a Margot le entró una honda inquietud. Broc era de decisiones categóricas. Norma había hablado la noche anterior con ella y le había contado los planes que tenía con Iduna para el día siguiente. También le dijo que la llamaría en cuanto supiese adónde iban a ir de escalada. No obstante, pasadas las diez, no había dado señales de vida. Margot había intentado localizarla en su casa. Allí no respondía nadie. El día anterior le sugirió que podría ir a vigilar su apartamento a primera hora de la mañana y así tendría la oportunidad de seguirlos cuando se marcharan, pero ella se lo había prohibido expresamente. No quería que sus planes se frustraran en el caso de que Iduna descubriera a alguien sospechoso apostado en los alrededores de su casa o persiguiéndolas con el coche.

Norma le había prometido que mantendría el contacto en todo momento y Margot todavía esperaba que lo hiciera. Había estado pendiente del teléfono desde entonces, pero no había tenido noticias ni recibido contestación a sus mensajes. Preocupada, la llamó sobre las doce. Su móvil estaba desconectado. Algo tenía que haber ocurrido. Según lo que le había dicho el día anterior, la mujer pelirroja debía de haberla recogido a las nueve de la mañana.

No hizo falta que nadie le indicara lo que debía hacer. Informó a Broc de la situación y se puso de inmediato a trabajar. Tenían que encontrarla a cualquier precio.

Todavía no habían conseguido resultados, pero su intuición le decía que estaban muy cerca. Lo cierto era que había trabajado con ahínco para realizar un informe exhaustivo. A Broc le había gustado. Lo vio en su mirada, igual que había visto otras cosas que le provocaban un

rechazo visceral.

Con el informe de Margot Seeker en la mano, Broc se sentó ante su mesa de trabajo y pensó en la situación en la que se encontraba. Cuando Norma Barnett le propuso unirse a La Esencia, no le importó que los métodos utilizados por sus miembros estuvieran al margen de la legalidad. Él mismo era un tiburón carente de ética si algo se interponía en su camino. Así había logrado el estatus que ahora disfrutaba. La vida le había enseñado a elegir la senda más directa para alcanzar sus metas y, en ocasiones, esta no era la más respetuosa con las normas ni con las personas. Siempre procuraba jugar con un as en la manga. Odiaba perder.

La idea que movía los engranajes de La Esencia era muy atractiva, justo lo que él ansiaba más que el poder. La sociedad centraba sus investigaciones en lograr la eterna juventud y para ello contaba con medios casi ilimitados, así como con los mejores científicos captados a lo largo del mundo. El secretismo y ciertas ceremonias poco ortodoxas habían entretejido un fuerte lazo de conexión entre sus miembros. Uno de ellos, con el que Broc había hecho negocios durante varios años, fue quien sugirió a Norma que le invitara a formar parte de la sociedad. Broc se había ganado la confianza de Norma Barnett al poner a su disposición las instalaciones farmacéuticas que la empresa tenía en las Islas Vírgenes. Era un punto estratégico ideal para extender sus redes por el Caribe y la costa atlántica americana. Por suerte, Norma no era su tipo, no le atraía físicamente. Eso hubiese llevado al traste su relación de negocios. Además, no le hubiera resultado tan fácil hacerla desaparecer como había hecho con otras. Esa mujer tenía contactos influyentes y eso podría causarle problemas.

Al ofrecerle el laboratorio de las Islas Vírgenes, Broc se había convertido en uno de los socios más valiosos para la organización. Por esta causa, la fundadora decidió revelarle el plan que había concebido para alcanzar con más celeridad sus fines. Norma había contado a Broc que una misteriosa mujer llamada Iduna le había ofrecido continuar sus investigaciones en una ciudad secreta que ella misma regentaba. Iduna le aseguró que allí encontraría todas las respuestas que estaba buscando, pero a cambio debía abandonar toda relación con el mundo conocido. Guardar sigilo con respecto a la existencia de ese lugar era fundamental para su subsistencia. Norma estaba dispuesta a formar parte de esa comunidad cuya ubicación solo conocían las mujeres que allí moraban. Ese era uno de los escasos datos que le había revelado Iduna: en Eterna —pues ese era el nombre de la enigmática ciudad— solo podían vivir mujeres.

Contó a Broc que la pelirroja había alimentado su curiosidad al decirle que, a pesar de los privilegios que tenían, necesitaba de sus conocimientos para continuar con las investigaciones. La petición había satisfecho su ego y espoleado su interés, pero lo que realmente le había inducido a aceptar la proposición de Iduna era su aspecto físico. La mirada y la forma de expresarse de esa mujer dejaban claro que había mucha experiencia y conocimientos a sus espaldas, algo inusual para una persona que no aparentaba ni treinta años. Su intuición le decía que escondía secretos muy interesantes y Norma estaba dispuesta a descubrirlos.

Lo que Norma no sabía era que Athila Broc tenía sus propios planes al respecto.

En cuanto Margot Seeker se fue de su despacho, Broc volvió a subir a tope el volumen del reproductor de música. Ignorando la tensión de su entrepierna, dejó que la memoria volara a un día muy lejano.

\*\*\*

El niño entró en la tienda de antigüedades con igual reverencia que si estuviera pisando por



primera vez el desgastado suelo de una catedral. Tenía poco más de cinco años y llevaba el pelo negro pulcramente peinado con la raya al lado. Su pantalón, por encima de la rodilla, lucía el mismo corte hecho a medida que el caro traje de chaqueta que llevaba su padre. Era la primera vez que este permitía que le acompañara en un viaje de negocios. Por lo poco que sabía, se dedicaba a comprar y vender cosas. Según le había oído decir, la adquisición de objetos antiguos era una de las actividades que más satisfacción le reportaba. Puede que la única. El pequeño Athila lo sabía muy bien. Conocía cada gesto de la cara de su padre, un hombre recto, cruel y reacio a las demostraciones afectivas. Solo percibía cierto brillo en sus ojos cuando llevaba a casa un objeto nuevo que acabara de conseguir.

En aquel momento, dentro de la tienda a la que le había llevado en Cádiz, fue como si el niño lo descubriera por primera vez. El hombre parecía haber sufrido una transformación, como si una luz lo estuviera iluminando desde dentro haciendo aflorar sonrisas y gestos de amabilidad, incluso ternura, algo que nunca hubiera pensado que pudiese emanar de él. La forma que tenía de rozar una cómoda con los dedos, de acariciar una lámpara, de contemplar un candelabro, emulando al más delicado de los amantes, conmocionó al pequeño Athila hasta extremos insospechados. Era increíble que aquellos fuesen los mismos dedos que tan certeros eran para infligir dolor.

Y en ese instante la vio.

La dueña de la tienda de antigüedades le causó una honda impresión. Su presencia era difícil de ignorar, ya que sobrepasaba la altura de su padre, el cual medía más de metro ochenta. Estuvo observándola, medio escondido tras la sombra de su progenitor. Le cautivaron los reflejos rojizos que sus cabellos largos y ondulados desprendían, al incidir sobre ellos las diversas luces del local. En cuanto se aproximaron al mostrador, alzó la mirada para encontrarse con los ojos más magnéticos que hubiera conocido nunca. La mujer se inclinó levemente para atender a su padre y entonces pudo sentir el influjo de su inquietante perfume, el aroma que le perturbó desde que había entrado en la tienda y que ahora sabía de dónde procedía. *¿A qué olía?*

De repente le vino a la cabeza el recuerdo de una tarde en la que se encontró perdido en el abetal que circundaba el pueblo. Su padre le había ordenado que no se internara en él, pero sus amigos le arrastraron hasta allí con sus juegos. En un momento de distracción, sin saber cómo había ocurrido, se vio solo, rodeado de inmensos árboles. Los sonidos inesperados del bosque le asustaron, pero ese miedo no tuvo parangón con el que sintió cuando, de improviso, se desató una tormenta. Echó a correr a ciegas, huyendo de la estampida de los truenos, notando el calor de los relámpagos que rasgaban el aire demasiado cerca. Se apartó todo lo que pudo de los abetos, ya que había oído decir que atraían a los rayos. Agotado, acabó hecho un ovillo en el suelo, en un pequeño claro del bosque. Estaba empapado de lluvia y barro, a punto de desmayarse de puro terror. No le cabía la menor duda de que la muerte iba a ir a por él.

Pero no fue la muerte quien lo encontró, aunque casi lo hubiera preferido. Fue su padre, que había salido a buscarle al no haber vuelto a casa a la hora acordada. Tenía grabado en su cerebro el silbido de la fusta rasgando el aire, el sonido que precedía al dolor seco en la espalda; un dolor que iba en aumento con cada estallido del cuero contra la piel, hasta que llegaba un punto en el que no sentía nada. En ese bendito instante, perdía la conciencia.

Pero existía un mal mayor. Era la amargura de saber que, durante las frecuentes palizas de aquel monstruo, su madre permanecía encerrada en su cuarto, a salvo de los incómodos gritos de su hijo. Cuando él lo dejaba por fin, cubierto de sangre y medio muerto, ella entraba en silencio en la habitación. Era entonces cuando volvía en sí; cuando, en medio de un dolor

lacerante, ella limpiaba las heridas y aplicaba el unguento que le permitiría sanar su piel hasta un nuevo ataque. Era en ese momento cuando soportaba el mayor de los sufrimientos, cuando constataba la repulsión que no podía disimular su rostro; repulsión por la piel abierta que tocaba con asco, no por el castigo infligido. Ella le curaba porque no tenía más remedio, porque no podía permitir que ninguna otra persona descubriera lo que ocurría bajo el techo de su casa, de su perfecto hogar de familia acomodada.

A eso olía la mujer de la tienda, a bosque tras la tormenta. Y a la tormenta misma.

—¿Está buscando algún objeto en particular?

Tras escuchar su personal voz, Athila sintió que la sangre acudía de golpe a sus mejillas y su respiración se volvía pesada. Ante los ojos infantiles, ella se alzó cual diosa sobrenatural. Ni siquiera atendió a la respuesta de su padre ni supo lo que ocurrió después. Solo recordaba que habían salido de allí con un bonito camafeo que acabó abandonado en una vitrina junto a otras joyas antiguas.

Con el transcurso del tiempo, la imagen de la dueña de la tienda de antigüedades se fue diluyendo en su memoria. El padre de Athila murió joven, víctima de una leucemia, cuando él acababa de cumplir los dieciocho. La enfermedad y la muerte le liberaron de su brutalidad, pero no de las pesadillas

Por otro lado, tuvo suerte de poder disponer de Katar, quien había trabajado varios años como contable para la empresa. Su actual secretario, una década mayor que Athila, era un cerebro con los números y pronto se convertiría en la mano derecha del joven empresario, que se vio forzado a ponerse al frente de los negocios familiares, los cuales movían enormes sumas de dinero en el campo del comercio exterior. La viudedad pareció quitar un peso de encima a su madre, a la que solo le importaba continuar con la vida de relaciones sociales y privilegios que hasta ese momento tenía y disfrutar de las subastas de arte, que constituían su gran afición. En ningún momento había mostrado voluntad de implicarse en la empresa de su difunto marido; empresa que, por otra parte, le había legado a él. Broc prefería tenerla lejos. Con el dinero que le había correspondido en la herencia, dudaba mucho que tuviera necesidad del apoyo de su hijo.

A medida que transcurría el tiempo, el deterioro físico y la enfermedad amenazaban en cada esquina. A Athila le aterrorizaba morir, pero también envejecer, así que se había puesto en manos de los médicos y los cirujanos plásticos más reputados. Sin embargo, aquello no le bastaba. Su obsesión personal era vencer a ese proceso de pérdida paulatina de la juventud que, irremediamente, desembocaba en la muerte. Y sabía que solo lo conseguiría ganando mucho más dinero para dedicarlo a la ciencia médica. Como la vocación no le había llevado por el mundo de la medicina, se decantó por las finanzas y otros negocios lucrativos. La industria farmacéutica, en la que invirtió gran parte de su fortuna, le acabó reportando tantos dividendos que logró convertirlo en un hombre mucho más rico. Su avance era implacable. No había obstáculo que él no pudiera sortear, ni ética que le impidiera alcanzar sus objetivos. Había creado un imperio. No obstante, también se había convertido en un ser que no era capaz de amar a nadie distinto a sí mismo.

Broc tenía un entrenador personal a tiempo completo. Cuando acudía a los muchos eventos a los que era invitado, solía ir acompañado de mujeres despampanantes, lo cual alimentaba su ego y provocaba la admiración de su entorno, aunque la compañía femenina había acabado siendo un problema debido a lo que él llamaba sus «placeres privados».

Esas apariciones públicas, unidas a su reconocida fortuna, también habían hecho crecer la envidia y la codicia a su alrededor como un manto denso y amenazador. Athila Broc no podía

permitirse ser vulnerable, por lo que, a lo largo de los años, había ido creando un cuerpo de seguridad a su servicio del que nadie se atrevía a opinar y que, junto a intervenciones de dudosa legalidad relacionadas con los negocios, se encargaba de limpiar las huellas de los asuntos privados del magnate.

Todo comenzó con la elección de un escolta personal. El hallazgo fue fortuito. Había sido invitado a una recepción pública por alguien influyente en el mismo sector de negocios en el que se movía. Ese hombre, un acaudalado empresario norteamericano, iba acompañado por un guardaespaldas cuya sola visión imponía respeto. Una cicatriz le recorría el mentón desde la oreja izquierda hasta la comisura de la boca. El escolta se hacía llamar Boss. La mirada de aquel hombre destilaba tal seguridad que provocó en Athila un sentimiento no muy habitual en él: confianza. Quería tenerlo a su servicio a cualquier precio. Una charla con el empresario le puso al corriente de algunos datos interesantes concernientes al guardaespaldas. Había pertenecido al Grupo Especial de Operaciones dentro del Cuerpo Nacional de Policía en España. La cicatriz fue resultado de una intervención policial de la que se negaba a hablar. Por lo visto, antes del incidente, el hombre había formado parte del Centro Nacional de Coordinación Antiterrorista, interviniendo en algunas operaciones internacionales. En aquel momento, Boss había abandonado su empleo público y disponía de su propia empresa de seguridad, vendiendo sus servicios a precios desorbitados. Athila Broc consiguió, después de una negociación muy ventajosa para el empresario y un contrato inmejorable para el guardaespaldas, poner a aquel hombre bajo su nómina. El escolta se convirtió así en alguien imprescindible y la colaboración entre ambos duraba ya unos cuantos años.

Con el transcurso del tiempo, los negocios de Broc iban requiriendo de «servicios complementarios», lo que motivó que el cuerpo de seguridad creciera hasta convertirse en lo que actualmente era: un grupo de diez especialistas. Esos hombres estaban al mando de Boss y su preparación abarcaba, entre otros, el adiestramiento militar, la ingeniería mecatrónica, la seguridad privada, las artes marciales y el manejo a la perfección de armas y explosivos. Era un grupo del que nadie hablaba en voz alta, pero que todo el mundo conocía como el *ejército de Athila*.

Al margen de sus empresas farmacéuticas, seguía manteniendo actividad dentro del sector de las antigüedades. La obsesión de su padre había provocado que también él se sintiera atraído por objetos cuya belleza se acrecentaba con los años. Lo que jamás hubiera pensado era que la providencia volvería a poner en su camino, décadas más tarde, a la dueña de la tienda de Cádiz que tanto le había conmocionado en su niñez.

Tiempo atrás, alguien le habló de un nuevo negocio de anticuario que había abierto sus puertas en una calle céntrica de Valencia. Nada más entrar en la tienda, Broc se vio rodeado por el silencio reverencial y el conocido olor a recuerdos antiguos, pero también le envolvió un viejo aroma que no pudo identificar de inmediato, aunque consiguió remover su subconsciente. Caminó alerta entre las estanterías, al igual que había hecho su padre, admirando con devoción, acariciando con la punta de los dedos objetos de belleza imperecedera. De repente escuchó una voz que le erizó la piel y sus ojos se dirigieron hacia el mostrador de la tienda, a escasos metros de donde estaba. Se quedó petrificado al contemplar a la mujer que estaba atendiendo a otro cliente. La imagen le arrastró de golpe dentro de sus zapatos de niño de cinco años, se coló súbitamente en la piel del pequeño que se había acalorado, sin saber por qué, al mirar a la dueña de aquella tienda de Cádiz. Athila no podía apartar los ojos de la melena de destellos rojizos, de esos iris grises veteados de verde y ámbar, del cuerpo esbelto que se erguía en su casi metro noventa de esplendor. En su mente se coló de

nuevo ese perfume terrible y atrayente a la vez, del cual ahora conocía la procedencia.

—Enseguida estoy con usted —dijo la mujer, apartando por un instante la vista del otro hombre para posarla en Athila.

En ese momento, un fuerte estremecimiento le sacudió, haciendo aflorar sus peores instintos. Por supuesto, ella no le recordaba, pero él la hubiera reconocido en cualquier parte. Sobre todo, porque su apariencia seguía siendo joven. Broc tuvo claro que se trataba de la misma persona. La había oído hablar con su padre hacía muchísimos años y volvió a escucharla entonces. La misma voz ligeramente ronca y sensual. Ni siquiera se planteó la posibilidad de que esa mujer fuese pariente de la otra. *Era ella*, no cabía duda.

Disimulando como pudo su estado y una erección tremendamente molesta, consiguió preguntarle por el origen de una caja antigua de madera, de diseño muy elaborado, que había dentro de la vitrina más cercana. Cuando ella la sacó para mostrársela, se la arrebató de las manos casi con brusquedad, dejándola sobre el mostrador mientras dirigía su atención obsesiva a aquellos ojos que le mantenían la mirada. Le ordenó que se la envolviera sin siquiera preguntar cuánto costaba. Ella le entregó la caja envuelta para regalo junto a una tarjeta de la tienda, cobrándole un precio desorbitado. Pero a Broc no le importó.

—Por si le interesase algún otro objeto —indicó ella señalando la tarjeta, sin insinuar ni un amago de sonrisa.

Athila puso sus ojos en la pequeña cartulina blanca. Encima de la dirección de la tienda y de un número de teléfono figuraba el nombre de la propietaria.

*Iduna Melgar. Antigüedades.*

Era ella.

La caja de madera ocupaba un sitio distinguido en su habitación desde entonces, sobre la mesita de noche, recordándole cada día la imagen que ya no podría borrar de su cabeza y que se colaba en sus fantasías eróticas enfermizas. Innumerables veces se había preguntado cómo era posible semejante milagro, qué habría hecho para conservar su juventud después de tantos años.

No obstante, la vida jugaba sus cartas y la respuesta a ese enigma podía estar muy cerca. Conducida por la mano certera del destino, Norma Barnett se cruzó en su ruta y decidió contarle el acuerdo al que había llegado con esa mujer que le obsesionaba. Las piezas, al fin, comenzaban a encajar. Iduna Melgar tenía la clave de lo que él deseaba por encima de todo y no iba a esperar a que su socia le diera permiso para arrebatársela.

## El hallazgo

El hombre apartó los prismáticos de su cara con una sonrisa de triunfo. El cráneo rasurado al cero brillaba por el castigo del sol. Cogió el teléfono, localizó un contacto y oprimió la tecla de llamada.

—Soy Axl. Las tengo. Están escalando el morro Falquí.

La voz masculina al otro lado de la línea no pudo ocultar su excitación.

—¡Buen trabajo! No las pierdas de vista y, sobre todo, que no te descubran. Mando a Deep y a Who.

—Iré comunicando mi ubicación, Boss. Estoy apostado en la cala del Moraig, en Benitaxell.

Tras finalizar la conversación, el hombre guardó el móvil en un bolsillo de su pantalón y volvió a enfocar con los prismáticos hacia el objetivo. Se centró en una de las dos mujeres que le habían ordenado localizar. Era ella, no había duda. Con el carisma mortífero de una tarántula que teje su seda para acomodar el nido, la pelirroja ascendía por la vertical que retaba al mar. El arnés y los anclajes de seguridad no parecían hacerle ninguna falta. Los músculos de la espalda y los hombros, delineados por el esfuerzo y bañados por el sol, estaban brillantes de sudor. Observarla constituía un espectáculo fascinante.

El hombre se obligó a desviar su atención hacia la mujer que escalaba detrás de ella. Era morena y distinguió una clara determinación en sus rasgos latinos. *Otro bombón*, se dijo, dibujando una sonrisa cargada de lujuria. Desde luego, esa no era de las misiones más desagradables que le habían encomendado. Una tercera escaladora subía a continuación. Se trataba de una valquiria de larga melena rubia. En un preciso momento, la chica giró la cabeza y pudo admirar sus ojos azules, casi traslúcidos, a través de los binoculares de largo alcance. El observador se limpió una gota que le caía sobre el párpado y volvió a mirar a través de las lentes. La cuarta, de pelo rubio muy claro con un corte a lo *garçon*, se ajustaba a la descripción de su segundo objetivo. Aunque atractiva, era de menor envergadura que las otras y no parecía tan joven. De hecho, subía por la pared con mucho más cuidado, incluso con miedo. El grupo tendría una media de edad de unos veintitantos años, mientras que esta rondaría los cuarenta. Por la foto que le había facilitado Boss, sin duda se trataba de Norma Barnett.

La que cerraba la fila, por fin, era otra morena imponente de melena larga y rasgos exóticos, posiblemente con genes afroamericanos e indonesios. *Menuda tropa*. El hombre apartó los binoculares y las observó en la lejanía, aferradas a la expuesta pared. Por lo que podía ver, no tenían miedo alguno a las alturas. Se preguntó qué habrían hecho esas mujeres increíbles para estar en el punto de mira de su jefe. Estuvo contemplando la evolución de las escaladoras hasta que las vio alcanzar la cima y recoger sus pertenencias para marcharse. En cuanto desaparecieron de su vista, guardó a toda prisa los prismáticos en su mochila, cogió el

móvil y volvió a marcar el número anterior.

—Están a punto de irse.

El hombre escuchó unos segundos en silencio las instrucciones y luego habló.

—De acuerdo, acudo al parking de la cala de los Tiestos. No te preocupes, no las perderé de vista. Solo pueden salir por ese lugar.

Dirigiéndose a toda prisa hacia su motocicleta de gran cilindrada, que tenía estacionada a pocos metros, se ajustó el casco y partió de allí sin perder un minuto.

Al cabo de un instante, detuvo la moto en el lugar indicado para el encuentro. Enseguida vio que se aproximaba hacia él un todoterreno negro que conocía muy bien, deteniéndose a unos metros. El cristal oscurecido de la ventanilla descendió, dejando a la vista al ocupante del asiento del copiloto. Era un hombre de pelo muy corto al estilo marine y mirada gélida. Le hizo una señal para que se acercara. Sus ojos helaban la sangre a cualquiera. Axl se aproximó a él.

—Continuamos nosotros —dijo en un tono sin inflexiones.

—Muy bien, Deep. Todavía no han salido —indicó, bajando de nuevo la visera de su casco para marcharse.

El hombre subió de nuevo el cristal y el automóvil emprendió la marcha hacia las inmediaciones del morro Falquí. En una rotonda, a corta distancia, estaban estacionados los dos coches que buscaban: un Ford Mustang negro del 65 y un Plymouth Barracuda rojo. Por separado no podían pasar desapercibidos, pero juntos era imposible no verlos. El todoterreno negro se internó por un camino de tierra, a unos metros de allí. La pequeña vereda discurría entre un bosquecillo de pinos. Desde allí podían vigilar con los prismáticos sin ser descubiertos.

No habían transcurrido ni diez minutos cuando vieron aparecer al grupo de cinco mujeres aproximándose a los automóviles. Iban charlando despreocupadamente, casi eufóricas, ajenas a la vigilancia a la que estaban siendo sometidas. La pelirroja despampanante y la rubia más mayor de pelo corto subieron al Mustang, mientras que las otras tres ocuparon el Plymouth. Los dos coches iniciaron de inmediato la marcha. El todoterreno arrancó al cabo de un momento y comenzó a seguirlas a una distancia prudencial. En esa zona la circulación era escasa. Al poco, los dos coches se incorporaron a una vía más transitada y los perseguidores pudieron acercarse un poco más, pasando desapercibidos entre los numerosos vehículos. Por fortuna, el flujo de automóviles era abundante, lo que impedía que los deportivos hicieran alarde de sus motores. Si lo hubieran hecho, hubiera sido muy fácil perderlos. Unos cuarenta minutos más tarde se vieron inmersos en el caótico tráfico de la ciudad de Denia. Los ocupantes del todoterreno intentaron no perder de vista a los dos deportivos, tarea difícil debido a la circulación desordenada y densa. Cuando ya pensaban que se habían escapado, descubrieron que acababan de estacionar en la calle del Hospital, una vía muy próxima al castillo. Los hombres se detuvieron a unos doscientos metros y descendieron del vehículo blandiendo cámaras fotográficas como escudo. Las llevaban para pasar desapercibidos entre los muchos turistas que discurrían por la ciudad. Desde una prudencial distancia, vieron como abandonaban los deportivos para desaparecer, treinta metros más allá, dentro de una casa del inicio de la calle del Trinquet, bajo los muros del castillo.

En cuanto las vieron pasar al interior de la vivienda, los perseguidores regresaron al coche. El hombre de la mirada fría como el acero se dispuso a hablar por el teléfono móvil.

—Boss, tenemos la casa. Está al principio de la calle del Trinquet, en Denia. Desde el coche distinguimos la entrada perfectamente. Si salen, las veremos. Envía a alguien al final de la

calle, por si decidieran irse por allí y no nos diera tiempo a alcanzarlas. Circular por aquí es complicado.

El hombre escuchó a su interlocutor un par de segundos.

—De acuerdo. Who y yo nos turnaremos para descansar. No las perderemos de vista, ya lo sabes —concluyó.

Tres días más tarde, los dos ocupantes del todoterreno continuaban observando la casa con expresión de hastío. Los hombres que vigilaban desde la salida de la calle debían de estar sufriendo lo mismo. Who, de pelo y barba teñidos de un pulcro color blanco y gafas de sol de espejo azulado, salió del todoterreno y estiró los brazos. Después se inclinó para hablar con el otro por la ventanilla.

—Esto es muy raro, me da mala espina.

—Ya —respondió Deep, parco en palabras como era habitual en él.

—No es normal que sigan encerradas después de tres días y ninguna haya salido de la casa.

—Si no hay cambios, mañana deberíamos entrar.

—Comunicaselo a Boss. Si está de acuerdo, adelante. Ya sabes cómo es, no quiero problemas.

—No los tendremos —dijo agarrando el móvil.

El hombre salió también del coche y se alejó unos metros para hablar por teléfono. Al cabo de un rato, regresó junto a su compañero.

—Mañana vendrán los demás y nos meteremos en la casa. Alguien traerá nuestras motos. Si hay una persecución será más fácil que las alcancemos —afirmó Deep, dirigiendo su peligrosa mirada hacia la entrada de la vivienda.

La mano derecha, de forma instintiva, palpó el bulto del arma que llevaba sujeta con un arnés bajo la cazadora.

## Pasaje a Eterna

La vivienda de la calle del Trinquet, aunque era pequeña y muy vieja, había sido reformada para poder disponer de un baño y una cocina con todas las comodidades necesarias. También habían instalado aire acondicionado con bomba de calor. Por lo demás, mantenía la apariencia de una agradable casita de pueblo con paredes encaladas y mobiliario rústico. Colindaba con el alto muro que rodeaba los jardines del castillo de Denia. Hilda y Hebe se dirigieron de inmediato a la cocina para preparar algo de comer, mientras las demás se acomodaban en el salón.

—Aprovecha para descansar un poco durante la comida. Enseguida nos pondremos en marcha, quiero que salgamos cuanto antes hacia Eterna. Pasado mañana es luna llena, no podemos demorarnos más. Hay que preparar tu ceremonia de ingreso —manifestó Iduna.

—¡Una ceremonia de ingreso, cuánto honor! No te preocupes, la excitación por conocer la ciudad me ha quitado el cansancio de la escalada. Estoy lista —respondió Norma.

—Tenemos por delante un duro recorrido de más de seis horas en moto.

—¡Seis horas! ¿Dónde están las motos? No he visto ninguna en la puerta.

—Ya las verás —soltó Gea en tono gélido. Sus intensos ojos oscuros cortaban como el filo de una navaja.

Norma no se dejó intimidar. Al contrario, le sostuvo la mirada con descaro. Se dijo que esa mujer destilaba un peligro muy atractivo. Su perdición siempre habían sido las morenas con fuerte carácter. Era su debilidad. Decidió no preguntar nada más. Imaginaba que iba a tardar muy poco en enterarse de todo.

Hilda y Hebe comenzaron a servir una comida frugal. Le explicaron que no era recomendable emprender el viaje haciendo una digestión pesada. En cuanto terminaron, Iduna se levantó y subió las escaleras que conducían al piso de arriba. Al poco, regresó vestida con un mono rojo y negro que se acoplaba de forma escandalosa a sus curvas. En la mano llevaba otro idéntico que le entregó a Norma.

—Ponte esto y mete aquí tu ropa. Arriba hay un par de habitaciones y un baño —le explicó, dándole el mono y una bolsa de deporte—. Donde vamos no te hará falta nada. El calzado que llevas está bien, te servirá hasta que lleguemos.

Norma estaba entusiasmada. Lo agarró todo y subió a la planta superior. Cuando esa mañana Iduna la recogió en su apartamento, le pidió que dejara el móvil y la documentación en casa, con lo cual había frustrado la posibilidad de comunicarse con Margot a partir de ese instante. Tendría que arreglárselas para contactar más tarde con ella, ya que estaría esperando su llamada.

La noche anterior, Iduna le había dicho que iban a ir de escalada y así se lo comunicó a Margot, aunque esperaba que se tratara de una broma o de una metáfora. No obstante, esa mañana se dio cuenta de que la propuesta iba absolutamente en serio. La pelirroja dio su aprobación al atuendo que llevaba y le refirió que la escalada era una prueba para constatar si tenía suficientes agallas, ya que ese era uno de los requisitos para entrar en Eterna. Durante el trayecto en coche estuvo explicándole que se trataba de una actividad fantástica para estrechar los lazos entre las participantes. Por lo visto, esos lazos iban a ser esenciales a partir de aquel momento.

Iduna ni siquiera le había dicho dónde iban a realizar la escalada ni con quién, aunque insinuó que el lugar estaba cerca, pero a esas alturas todo ello carecía de importancia. Norma estaba lanzada y dispuesta a todo. No obstante, en cuanto llegaron al punto de encuentro se



quedó con la boca abierta al conocer a las que iban a ser sus compañeras de aventura. Las tres mujeres eran impresionantes. Ninguna medía menos de metro ochenta y eran guapísimas. Especialmente la morena de rasgos latinos. Su mirada morbosa escondía algo atrayentemente oscuro. Las hormonas de Norma le dieron el aviso. Tendría que sujetarlas con fuerza si no quería malograr sus planes. Aquella mujer encerraba peligro.

La edad de todas, como la de Iduna, rondaría los veinticinco años. Norma, que acababa de cumplir los cuarenta, se sentía absurdamente vieja a su lado. Si esa iba a ser la tónica general, podía hacerse una idea de lo que iba a encontrar en Eterna. La proximidad de su entrada en la ciudad le excitaba cada vez más, aunque no pensara quedarse allí mucho tiempo. Necesitaba constatar con sus propios ojos si lo que le había contado Iduna era cierto, si sus moradoras habían vencido de alguna forma a la muerte. Por su parte, ella sospechaba que la pelirroja se había dedicado a reclutar a chicas espectaculares para divertirse en su ciudad escondida. Pronto lo sabría. En todo caso, pensaba que la apuesta valía la pena. Era posible que hallara instrumentos distintos o caminos nuevos que no había explorado en sus investigaciones.

Las prendas que había traído ya estaban dentro de la bolsa. Se había colocado el mono directamente sobre la ropa interior. Se subió la cremallera y analizó su imagen en el espejo. Le quedaba como un guante. Por lo visto, la pelirroja tenía buen tino para las tallas. Aproximándose a su reflejo, contempló con cierta aprensión los ojos grises enmarcados por finas arrugas. Por un momento pensó que si todo fuese cierto, si su desconfianza no tuviera base, acabaría pareciendo otra y Norma no quería ser otra; lo que quería ser era inmortal. Se dijo que no era el momento para dudas. Había dado el paso y era tarde para volver atrás.

Cuando regresó a la planta baja, las cuatro estaban ya preparadas para partir. Todas llevaban el mismo atuendo y estaban verdaderamente imponentes dentro de sus monos ajustados. Se sintió algo cohibida, un sentimiento que no era habitual en ella, sobre todo en el instante en que Gea le dio un repaso de arriba abajo. Procurando ignorarla, entregó la bolsa con su antigua ropa a Iduna, que se limitó a dejarla sobre una silla.

Había presupuesto que saldrían de la casa para dirigirse al lugar donde tenían aparcadas las motocicletas, pero se llevó una enorme sorpresa cuando Iduna se dirigió hacia el espejo de cuerpo entero encastrado en la pared, cerca de la entrada de la vivienda, que sobresalía centímetro y medio del muro. Las demás la rodearon. La pelirroja puso la mano sobre el borde superior izquierdo y el espejo entero se retrajo hacia adentro, deslizándose hacia la derecha con un leve siseo. Iduna observó con una sonrisa la expresión asombrada de Norma. Lo que menos habría esperado esta era que allí existiese una puerta camuflada.

—Pero...

Tras ese «pero» no hubo una palabra más que se decidiera a salir de su boca. Por otra parte, ninguna parecía dispuesta a explicarle lo que estaba ocurriendo. Sabían que era lo bastante inteligente como para limitarse a ir tras la luz de la linterna sin hacer preguntas. El hueco conducía a un pasadizo sin iluminación. Una vez dentro, la pelirroja pasó el dedo por un dispositivo enclavado en la pared y la puerta volvió a cerrarse, acoplándose por completo al muro. Caminaron un trecho y cada vez el olor a moho era más intenso. Iduna podía seguir la línea de los pensamientos de Norma, deduciendo que aquel túnel llevaría al lugar donde tenían escondidas las motos y que de inmediato saldrían fuera por otra calle. Se le escapó una sonrisa al pensar lo pronto que se daría cuenta de su error.

Enfocó con la linterna el húmedo pasaje y, unos metros más allá, el muro frontal que parecía poner fin al recorrido. Había una ranura al nivel de los ojos. Iduna esperó a que Gea sacara una tarjeta y la introdujera en la oquedad. De golpe, un sonido similar al de la otra puerta

acompañó al desplazamiento de parte de la pared hacia la derecha. La luz artificial que provenía del otro lado las deslumbró momentáneamente. Norma estaba atónita. Y todavía más cuando descubrió que esa salida desembocaba en un túnel de unos dos metros de ancho y extensión indefinida.

La aclimatación del interior supuso un alivio. Allí hacía más fresco que en la calle, lo que hacía comfortable llevar el ajustado mono. Norma vio que el grupo se dirigía hacia un costado donde estaban alineadas las motos. Eran tres Triumph Rocket preciosas, de color negro mate.

—¿Dónde lleva este túnel? —preguntó, al fin, con los ojos muy abiertos.

—Directamente a Eterna —respondió Iduna.

—Un momento, dijiste que tardaríamos seis horas en llegar. ¿Vamos a ir todo el rato bajo tierra? ¿Habéis construido un túnel hasta allí?

Norma no salía de su asombro.

—Pararemos cada dos horas para que puedas estirar las piernas, no te preocupes —le dijo, sin responder a su pregunta—. Si te encontraras mal o quisieras descansar, me lo dices. Irás conmigo.

—No me lo puedo creer... —murmuró por lo bajo, mientras se ponía el casco y se acomodaba tras la espalda de Iduna. Hubiera preferido ir pegada a la peligrosa latina, pero no estaba en disposición de elegir.

En cuanto Norma afirmó estar lista, la máquina salió disparada detrás de Gea, que encabezó la marcha haciendo trepidar el motor de su Triumph. Hilda y Hebe iban juntas en la tercera motocicleta. Iduna pensó en la pequeña discusión que había mantenido la pareja, minutos antes, para decidir cuál de las dos llevaría la moto. Al final, Hebe había cedido y conducía Hilda. Antes de poner en marcha el motor, Iduna se había girado hacia la valquiria rubia dedicándole una sonrisa. Debía reconocer que envidiaba su relación. Contra todo pronóstico, parecían haber alcanzado una complicidad duradera.

Aunque le había costado mucho admitir la existencia de parejas consolidadas en Eterna, al final había tenido que rendirse a la evidencia. Las normas instauradas en un principio habían prohibido esa clase de relación estable entre sus moradoras. Iduna había defendido la idea de que las relaciones de pareja no podían durar, con lo que las desavenencias internas podían hacer peligrar la seguridad y la convivencia. Consecuente con ese pensamiento, institucionalizó un sistema de relaciones abiertas y libres. No habiendo posibilidad de ataduras, tampoco la habría de conflictos. Sin embargo, en esa ecuación había olvidado un factor: los sentimientos. Contra esa fuerza no existía protección posible. Tuvo que ceder tras constatarlo en sus propias carnes.

De repente Gea dio un tirón, aumentando la velocidad de forma brusca. Iduna se lanzó tras ella. Sentía la tensión de Norma a través de su espalda. Iban casi a doscientos kilómetros por hora y el vértigo de la velocidad las envolvía. La candidata había respondido muy bien al reto de la escalada, había ocultado su miedo con maestría. Ahora solo podía sentir admiración por la forma en que ella apretaba los dientes y se aferraba a su cintura sin una sola queja. Estaba cumpliendo muy bien sus expectativas. Además de constituir una valiosa aportación para las investigaciones científicas de Eterna, la mujer estaba demostrando tener carácter y agallas.

Las seis horas sobre la moto, a pesar de las dos paradas que hicieron para recuperar fuerzas, resultaban agotadoras para un cuerpo falto de entrenamiento. El cansancio reflejado en el rostro de Norma era patente, pero esta no emitió ni un solo sonido de protesta en todo el recorrido.

Cuando por fin dieron por concluido el viaje, Iduna se dijo que Norma debía de estar

desorientada e intrigada, ya que era imposible que hubiera adivinado la dirección que habían seguido y, además, cambiaron de trayectoria en varias bifurcaciones. Seguro que habría pensado que una vez que salieran del túnel y entraran en la ciudad se ubicaría fácilmente. Norma no tenía ni idea de lo lejos que estaba de eso.

Mientras tanto, la mente de la aspirante a Eterna giraba en torno a la idea de cómo podría comunicarse con Margot. Tendría que decirle dónde estaba y que se encontraba bien. Informarle del lugar exacto era imprescindible por si todo salía mal. Ella debería saber cuándo y dónde tenía que rescatarla en el caso de que no consiguiera abandonar por sus propios medios la ciudad. Iduna le había dicho que su vida a partir de entonces se desarrollaría en Eterna, pero su pensamiento difería un poco de esa premisa.

Al final del demoledor viaje, el túnel terminaba en un espacio más amplio donde dejaron estacionadas las motos. Gea volvió a insertar la tarjeta en otro mecanismo de apertura y una gran puerta de dos metros se deslizó a la derecha, descubriendo un espacio interior mucho más iluminado. En cuanto traspasaron el umbral, tal y como había hecho anteriormente, la mujer latina volvió a introducir la tarjeta y la abertura quedó sellada desde dentro. En aquel momento se encontraban en un corredor con dos puertas de cristal opaco a su izquierda. Según explicó Iduna, detrás estaban los centros de control, todo el sistema del cual dependía tanto el funcionamiento técnico como la seguridad de Eterna. Unos metros más adelante había cuatro puertas que daban acceso a sus viviendas.

—Voy a enseñarle su apartamento. Cambiaos y nos vemos en el restaurante —indicó Iduna, volviéndose hacia sus amigas.

Las otras se despidieron y desaparecieron por el fondo del corredor. A la derecha había cuatro grandes ascensores. Norma dedujo que tomarían uno de ellos para subir a la superficie y acceder por fin a la ciudad. Tenía unas ganas enormes de explorarla.

—Bueno, vamos allá —dijo Iduna, pulsando el botón de llamada del primero.

## Shock

Hundida en el sofá, Eva había entrado en un mutismo absoluto. Bebió un buen trago de *bourbon* sin apartar los ojos de la pared que tenía enfrente. Ni siquiera pestañeaba. Había dedicado la mitad de su vida a defender lo que creía justo, a procurar protección y una nueva oportunidad a cientos de mujeres. Acudían a ella para separarse de un marido que les cercenaba la vida y, por desgracia, en algunas ocasiones literalmente. Como abogada, solo aceptaba los casos de personas que creía indefensas, sin salida y, en su mayor parte, también maltratadas. Eva tenía muy claros sus principios. Era comprometida y directa.

*Y ahora esto.*

*Quienquiera que moviera los hilos ahí arriba, tenía un sentido de la justicia de mierda.*

Volvió a dar otro gran sorbo a su vaso.

María salió al jardín aferrada al móvil, buscando el teléfono de su amiga Mel con manos temblorosas. Sus espléndidos ojos azules estaban irritados por las lágrimas que había vertido en el baño. Intentaba controlarse para no empeorar el estado de ánimo de su pareja. Se había lavado la cara y ya no quedaban trazos de la máscara para las pestañas que había formado regueros negros en sus mejillas.

—¿Mel?

—¡María! ¿Qué pasa?

Notó a su amiga extraña a través del teléfono y eso la puso en alerta. María era la personificación de la alegría. Era muy raro oír su voz alterada.

—Por favor, ¿puedes venir? Necesito que me ayudes con Eva. Se ha encerrado en sí misma y no puedo sacarla de ese estado. Ya la conoces. Está bebiendo.

—Pero ¿qué ha pasado?

—No quiero contártelo por teléfono.

—Carla se ha ido a la editorial hace un rato. Estoy sola con Alejandra, pero tranquila, enseguida estaremos ahí.

Mel colgó sin siquiera despedirse. El pulso le latía acelerado por el miedo. El carácter conciliador y afable de María casaba muy mal con el tono angustiado que había oído al otro lado de la línea. Era verano y ya no había colegio, así que la niña estaba en casa con ella. Dejando a un lado el portátil con la nueva novela que estaba escribiendo, fue corriendo a por su hija de cinco años, que jugaba en el jardín a pocos metros.

Alejandra ya había desayunado y estaba vestida, así que tardaron tan solo dos minutos en salir a la calle. Mel no quería preocupar a Carla, su pareja, hasta no saber exactamente qué había ocurrido.

—Vamos a visitar a las tías —dijo, agarrando a Alejandra de la mano para conducirla hasta el coche.

La pequeña no preguntó nada. Ni siquiera parecía extrañada. Antes de acomodarse en el asiento del conductor, ajustó a Alejandra en la silla de bebés que tenía enganchada al asiento de atrás.

—¿Bajamos la capota, cariño?

—¡Síiii! —respondió la niña, entusiasmada.

Necesitaba sentir el viento en la cara. Tenía que tranquilizarse antes de llegar a casa de Eva. La situación le traía a la memoria una pesadilla demasiado reciente.

En cuanto llegó a casa de sus amigas, vio en la expresión de María que la situación era grave. Agachándose, esta cogió a la niña en brazos para darle un beso y la apretó contra su

pecho. La mirada aterrorizada de Mel se cruzó con sus ojos azules, que, en ese instante, estaban muy lejos de desprender el brillo habitual.

—¿Qué pasa? —preguntó con el corazón en un puño.

Antes de que María pudiera contestar, Alejandra se desasíó de ella para echar a correr hacia el salón. Cuando llegó hasta una Eva que parecía derrotada, la pequeña se subió al sofá para sentarse a su lado y le agarró la mano libre. La otra la tenía ocupada sujetando el vaso de *bourbon*.

—No te preocupes, Eva —soltó Alejandra con una dulce sonrisa.

Eva reaccionó como si le hubiesen dado una bofetada, volviéndose hacia la niña que le tiraba de la mano. María y Mel contemplaron la escena desde la puerta del salón y luego se miraron.

—¿De qué no te tienes que preocupar? —preguntó Mel, cada vez más nerviosa, mientras se acercaba al sofá. Eva se sacudió el flequillo de la cara en un gesto muy característico. Llevándose el vaso a la boca, dio un largo trago antes de hablar.

—Llevo un par de meses con dolores en la espalda y en el pecho, así que me hice unas pruebas —comenzó a explicar lentamente. La voz le temblaba un poco, algo bastante inusual en ella. Mel notó que se le formaba un nudo en la garganta—. Esta mañana hemos ido a la consulta de mi médico para que nos diera los resultados.

Sintiendo que le fallaban las rodillas, se sentó en el sillón más cercano a Eva esperando a que continuara.

—Para abreviar, tengo cáncer de pulmón.

Mel ajustó su corta melena pajiza detrás de las orejas en un gesto nervioso.

—¡No puede ser! Si hace mil años que dejaste de fumar..

—Pues ya ves —contestó con una mueca, volviendo a llevarse el vaso a los labios.

—Hoy en día hay muchos avances, Eva. Conocemos a personas que se han curado por completo. Iremos donde haga falta —alegó Mel, intentando quitar hierro al asunto.

—No te esfuerces —replicó sarcástica, dando otro gran sorbo a su bebida—. Está muy avanzado y tengo metástasis en el hígado.

—¡Joder, Eva, no bebas! Seguro que se podrá hacer algo.

María se había sentado también. Tenía la vista fija en el suelo. Su larga melena rizada le tapaba parte de la cara y Mel supo que estaba haciendo esfuerzos enormes para mantenerse fuerte. En aquel momento, Alejandra tiró de nuevo de la mano de Eva, que todavía mantenía aferrada.

—Patricia lo arreglará —sentenció la niña.

Eva la miró con fijeza. Mel percibió en su pupila un destello, la primera luz de esperanza en el fondo del túnel. Al escuchar las palabras de la pequeña, también María levantó la cabeza instantáneamente.

—Cariño, ¿qué quieres decir? —preguntó su madre.

—Patricia sabe quién puede curar a tía Eva.

Las tres se quedaron perplejas. No era la primera vez que Alejandra hacía esa clase de afirmaciones. Y lo más sorprendente de todo era que, de forma inexplicable, siempre tenía razón. Patricia era una amiga común, abogada especialista en asuntos financieros que trabajaba en el mismo bufete que Eva.

—Voy a hablar con ella ahora mismo —dijo Mel, mientras buscaba el número en el móvil.

María se sentó entonces al lado de su pareja, subiendo a Alejandra en su regazo. Los ojos enrojecidos estaban atentos al más mínimo movimiento de Mel al teléfono.

El tono de llamada dio paso enseguida a la voz de Patricia.

—¿Mel? ¿Pasa algo?

Era muy inusual que la telefonara en horas de trabajo.

—Estoy en casa de Eva. Está enferma y no va a poder ir al despacho. Necesitamos hablar contigo. ¿Podrías venir aquí en cuanto salgas? Es urgente.

—Claro, sobre las dos y media estaré ahí. Pero ¿qué es lo que pasa? Me has dejado preocupada.

—Te lo explicaremos luego.

—Está bien, voy a comunicárselo a los compañeros. Eva me dijo que tenía que arreglar unos asuntos a primera hora, pero que luego vendría. Nos preguntábamos dónde estaba.

—Luego te explico. Nos vemos dentro de un rato.

—Vale, hasta luego.

Cuando finalizó la llamada, Patricia permaneció pensativa mirando por la ventana de su despacho. Tenía un mal presentimiento.

Mel llamó entonces a Carla a la editorial.

—¿Qué ocurre? —preguntó alarmada.

—Estoy con Alejandra en casa de Eva y María. Eva está enferma y vamos a quedarnos con ellas. ¿Puedes venir directamente aquí cuando termines?

—Claro, pero ¿qué le pasa?

—Preferiría no decírtelo por teléfono. Hablaremos luego.

—No me gusta nada lo que capto en tu voz.

—Lo sé. Te esperamos aquí ¿vale?

—Bien, no haré más preguntas. Iré lo antes que pueda.

La primera que llegó fue Carla, poco después de las dos de la tarde. María había decidido no pensar más y preparar algo de comer, ya que la reunión se preveía larga. Se encerró en la cocina obligándose a sí misma a serenarse. El golpe había sido muy duro, pero si Alejandra había dicho que había solución, es que la había. Esa niña era un prodigio.

Mel le puso al corriente de lo que estaba sucediendo. Carla se sentó al lado de Eva y colocó a su hija sobre sus rodillas. La pequeña se negaba a soltar la mano de su «tía». Pese a las palabras de aliento que intentaba transmitir a Eva, el color avellanado de los intensos ojos de Carla se había vuelto bronce oscuro. Podía leerse en su rostro el horror que le había provocado la noticia.

A los pocos minutos, sobre las dos y veinte de la tarde, volvió a sonar el timbre. Patricia esperaba de pie ante la verja de entrada. Se había quitado las gafas de sol, entretejiéndolas en la larga cabellera, para poder admirar el mar en toda su plenitud. Aquel día mostraba el exacto tono esmeralda de sus ojos. Siempre había pensado que sus amigas eran unas privilegiadas al poder vivir en una casa junto al paseo marítimo.

Mel abrió al instante.

—Entra —dijo haciéndose a un lado.

Patricia se abstuvo de preguntar y se dirigió al salón seguida por su amiga. Cuando llegó ante Eva, vio el estado en que se encontraba y luego sus ojos se posaron en María, que estaba de pie a su lado. Después miró a Carla y a su hija.

—Contadme qué está pasando.

—Que me muero, eso es lo que pasa. Aunque, según Alejandra, la cosa no es tan grave porque tú vas a curarme —dijo Eva utilizando su conocido sarcasmo.

—¿Qué?

Patricia las contemplaba atónita esperando una explicación. Mel le indicó que se sentara y se dispuso a contarle lo que ocurría. Cuando terminó de hablar, Patricia se volvió hacia la niña sin entender nada.

—Cariño, ¿por qué dices que sé quién puede curarla?

—Iduna.

El nombre le impactó como un disparo. Reaccionó echándose hacia atrás en su asiento. Había palidecido y parecía en estado de *shock*.

—¿Quién es Iduna? —preguntó Carla, confusa.

—Alejandra, eso no puede ser —dijo Patricia con un hilo de voz, ignorando la pregunta de Carla.

—Si tú se lo pides, sí —soltó la niña con los ojos brillantes como espejos.

—¿Alguien me puede explicar quién es Iduna y por qué puede curarme? ¿Es médica o qué? Patricia tardó en responder. Su rostro estaba cada vez más desencajado.

—No, no es médica.

—No me digas que es una curandera... —dijo Mel.

Patricia negó con la cabeza. Todas las miradas confluían en ella.

—Tiene que ver con el sitio del que escapé —dijo por fin.

—¿Cómo? —soltó Mel confusa.

—¿Veis? Ya dije que no había nada que hacer —alegó Eva, volviendo su atención al vaso que llevaba en la mano.

—No sé qué deciros, ahora mismo no puedo pensar. Lo siento, Eva —dijo nerviosa, poniéndose en pie.

El silencio recorrió el salón como una ráfaga de viento helado.

—Lo siento, de verdad. En cuanto decida algo os llamaré. Dejadme un poco de tiempo —rogó, yendo hacia la puerta.

—Está bien, no te preocupes —intervino Mel, acompañándola fuera.

Mel regresó al salón y se sentó cerca de Eva.

—Tranquila. Esta noche iré a su casa e intentaré hablar con ella.

—Si quien puede ayudarnos tiene relación con el lugar en el que estuvo retenida, no vamos a poder hacer nada, Mel —intervino María—. Patricia dijo que era muy peligroso y no tenemos derecho a ponerla de nuevo en esa situación. Y tampoco pienso que debemos exponernos nosotras. Ella quiso mantenernos alejadas de ese asunto y por eso no contó nada de lo que le había pasado.

—De todas formas, hablaré con ella. Si existe una salida para esto, aparte de los cauces normales de la medicina, debemos valorarla —insistió Mel.

—Estoy de acuerdo, pero ten muchísimo cuidado —dijo Carla—. A ver qué te puede contar sin correr riesgos. Por nada del mundo querría que le ocurriese algo a nuestra hija. Patricia nos dijo que la gente de la que huyó era muy peligrosa.

—Yo no sé qué decir. Haced lo que queráis —sentenció Eva hundiéndose más en el sofá.

—Ella hablará con Iduna —anunció la niña.

—¿Quién es Iduna, cariño? ¿La conoces? —preguntó Carla.

—La mujer del pelo rojo.

Todas se quedaron mudas después de aquella afirmación. Todavía recordaban el dibujo que Alejandra había hecho tiempo atrás. En aquellos trazos se adivinaba una figura muy alta de melena rojiza amenazando con algo afilado a otra figura rubia. La pequeña había identificado a la rubia como Patricia. Los peores augurios se cernieron sobre el grupo. La niña había

declarado desde el principio que aquella figura de pelo rojo le daba miedo. El hecho de que ahora la erigiera como solución a la enfermedad de Eva hacía surgir múltiples preguntas. Mel esperaba encontrar las respuestas esa misma noche. Tendría que confiar en que su amiga cambiara de opinión y decidiera hablar de ese episodio tenebroso de su vida.



## Decisiones dolorosas

Patricia entró en su coche, pero no encendió el motor. Se apoyó en el volante unos segundos, contemplando la línea desdibujada donde parecía acabar el mar. Su mente era una olla a presión. ¿Tenía que volver a pasar por aquello? Definitivamente no. Giró la llave y se encaminó a toda velocidad al despacho. Debía terminar unas cuantas cosas urgentes y se le habían ido las ganas de comer. Al cabo de tres horas, las tareas más importantes estaban acabadas. Había hecho esfuerzos terribles para dejar a un lado el tema de Iduna, pero la cabeza se empeñaba en martillearle una y otra vez mezclando su nombre con el grave problema de Eva. A las seis y media decidió salir de allí. Ya no podía ignorar la cuestión por más tiempo. Tenía que pensar seriamente en ello.

Recostada en la hamaca de la terraza de su ático, fijó la vista en el firmamento iluminado. Sobre el regazo tenía la carta que había leído infinidad de veces durante los últimos meses. Su mente le decía que había hecho lo correcto no cediendo a la tentación, pero su corazón le gritaba lo contrario. La triste realidad era que no podía quitarse a Iduna de la cabeza. Cuanto más tiempo pasaba, más se convencía de que ella la habría olvidado, de que habría encontrado consuelo entre los brazos de las mujeres perfectas que la rodeaban. Pensar en ella, añorarla como lo hacía, no era más que una pérdida de tiempo, una tortura absurda.

Volvió a coger el papel y paseó una vez más su mirada por los trazos realizados con una finísima pluma. La última frase le quemaba como un hierro al rojo vivo.

Te devuelvo el pasado, ya que ese ha sido tu deseo. Nadie va a ir a buscarte ni a obligarte a volver, pero si decides regresar te estaré esperando. Mira en la guía de tu teléfono móvil. He grabado un número con mi nombre. Tan solo tienes que hacérmelo saber y acudiré a recogerte. Sé que todavía me llevas dentro. Estoy dispuesta a cambiar las normas por ti.

Iduna

Aunque la desconfianza le atormentaba, quería creerla. Estuvo a punto de borrar su número de la agenda del teléfono cientos de veces, pero siempre acababa conservándolo. A pesar de sus reticencias, de todo lo que había ocurrido antes de que decidiera huir de Eterna y de que ella la hubiese dejado a su suerte en los túneles, tenía que reconocer que Iduna había roto las normas varias veces por su causa. Y lo más definitivo: la había dejado escapar de allí sin represalias. Había confiado en su silencio.

Era hora de enfrentarse a ello. Y lo odiaba. Cuando pensaba que estaba suficientemente alejada de su pasado, que podía dejar atrás esa parte de su vida, la enfermedad de Eva y el vaticinio de Alejandra la empujaban de nuevo hacia el abismo.

El sonido del timbre del portero automático la sacó de su trance. Pensó en no contestar, pero algo le dijo que debía hacerlo. Se levantó, caminó sin ganas hasta la entrada y accionó el interfono. De inmediato escuchó la voz de Mel distorsionada por el tamiz metálico del aparato. Patricia suspiró y le abrió la puerta. Al cabo de unos segundos, la vio aparecer con una botella de vino en la mano.

—Pensé que te apetecería compartirla conmigo —dijo con una sonrisa.

—Anda, pasa.

Mel la siguió hasta la cocina y observó en silencio como abría la botella y preparaba algo de picar para acompañarla.

—Vamos a la terraza.

Patricia lo colocó todo sobre una mesita entre dos hamacas y le dijo a su amiga que se acomodara. El viento cálido las envolvía con la agradable fragancia del verano. Tomándose su tiempo para hablar, la recién llegada dio un sorbo a su copa mientras admiraba las vistas de la ciudad.

—Tu terraza es muy agradable —señaló, sin tocar por el momento el asunto que no iba a poder eludir mucho más.

—Por eso me decidí a comprar el ático. Este rincón me da la paz que necesito.

—Patricia...

—Tu hija me ha puesto en un buen aprieto —soltó, sin dejarla continuar.

—Solo quería decirte que no te sientas obligada a nada.

—Eso es muy fácil de decir, Mel, cuando me habéis señalado como la única que puede salvar la vida de Eva.

—Pero ¿es cierto? ¿Puedes?

Ella guardó silencio unos segundos.

—Es posible, aunque no sé si Eva y María querrían asumir las consecuencias.

—¿Qué consecuencias? ¿Se trata de una secta, Pat?

—He evitado hablar para no complicaros la vida. Si se enteran de que te he contado esto no sé qué podría ocurrir. A mí no me ha sucedido nada porque confían en mi silencio. Te diría que no se lo dijeras ni siquiera a Carla, pero sé que con ella no tienes secretos. Nadie debe saber que existen porque su supervivencia está en juego.

—¿La supervivencia de quiénes?

Patricia suspiró.

—De Eterna.

—¿Quién es Eterna?

Rio con amargura.

—¡Todas son eternas! —exclamó, con cierto humor cáustico.

—¿Cómo?

Mel la miró confusa. Ella tomó un sorbo de su copa, respiró hondo y se dispuso a hablar.

—Eterna es una ciudad. El lugar del que escapé.

—Una ciudad... —repitió Mel despacio.

—Así es, una ciudad solo para mujeres. Lo de menos es dónde está. Lo importante es lo que ocurre allí. Has de abandonar tu vida y a todos los que conoces para poder entrar. Y un dato fundamental: si entras, ya no sales.

—Pero tú lo hiciste.

—Estuve a punto de morir, Mel. Si no hubiera sido por Alejandra, estaría muerta. Ninguna ha salido de allí con vida. Llegasteis a tiempo porque tu hija sabía dónde buscarme.

—Y ahora ella quiere que vuelvas.

Patricia afirmó con la cabeza.

—¿Por qué pueden curar a Eva? ¿Quién es Iduna?

—Digamos que es como la alcaldesa de la ciudad.

—¿Y esa alcaldesa puede salvar a Eva?

La cara de Mel era de escepticismo. Patricia bebió de nuevo y posó su mirada unos segundos sobre el cielo estrellado sopesando lo que iba a decir.

—Lo que corre por sus venas es lo que puede curarla.

—¿Su sangre?

Mel la miraba con los ojos entornados.

—La sangre de Iduna encierra el secreto de la eterna juventud y de la inmortalidad.

—Me estás tomando el pelo.

Mel sonrió esperando que su amiga lo hiciera también, pero Patricia la miró sin muestra alguna de humor, limitándose a beber lentamente.

—¿Es cierto? —preguntó la escritora, incorporándose.

—Absolutamente. ¿Te acuerdas del aspecto que tenía cuando me encontrasteis? Ni siquiera me reconocisteis.

—Es verdad. Eras como una versión tuya veinte años más joven. Pensamos que te habías sometido a un tratamiento fantástico de cirugía plástica.

—Era el efecto de su sangre. Pero pudisteis comprobar que volví a mi edad biológica al cabo de un tiempo.

—Sí, eso fue bastante raro, lo reconozco.

—Eterna es una ciudad donde viven solo mujeres inmortales gracias a una ceremonia que se celebra cada veintiocho días, con la luna llena. En ella beben un preparado que lleva la sangre de Iduna, lo que les permite continuar siendo jóvenes. Pero tienen que hacerlo cada mes si no quieren volver a envejecer.

—Si no te conociera pensaría que estás mal de la cabeza. Lo que me cuentas es ciencia ficción, es como una película de vampiros.

—No me lo estoy inventando, Mel.

—Ya lo veo. Ahora mismo tengo todos los pelos de punta. Entonces, si Eva bebiera de su sangre...

—Probablemente la sanaría y la volvería joven e inmortal. O quizás allí podrían curarla sin más, sin necesidad de que participara en la ceremonia. En la ciudad disfrutan de unos avances científicos que el mundo ni siquiera sospecha.

—Estoy flipando ahora mismo. ¿Qué tenemos que hacer para llevarla allí?

—No es tan fácil.

—¿Por qué?

—Es Iduna la que decide quién entra. Además, hay una serie de condiciones que vuelven la vida un tanto... restrictiva.

—¿Y no compensa?

—A mí no —dijo con una sonrisa triste—. Y estoy segura de que a Eva y a María tampoco. De todas formas, el principal problema es que solo Iduna elige quién entra en Eterna y lo hace en virtud de las necesidades de la ciudad. No creo que quiera aceptar a dos personas que no conoce de nada. Si se entera de que os lo he dicho, no sé qué podría pasar.

—Alejandra dijo que tú podrías convencerla.

Patricia suspiró de nuevo.

—Soy la única que ha escapado de allí, Mel, ¿lo entiendes? Soy la gran traidora, la que puede poner en peligro su sistema. Solo los sentimientos que hubo entre las dos hacen posible que mi vida siga como antes.

Patricia enseñó a Mel la carta que había guardado en el bolsillo.

—¿Qué sientes por ella? —preguntó tras leer el papel.

—Me engañaría si te dijera que la he dejado atrás —respondió al cabo de unos segundos—, pero me da mucho miedo. Tú no sabes lo que fue aquello.

—No sé lo que pasaste allí, pero en su carta dice que está dispuesta a cambiar las normas. ¿De qué está hablando?

—En Eterna están prohibidas las parejas. La promiscuidad es lo imperante.

—¿Cómo? ¿Me estás diciendo que viven sin pareja durante toda la eternidad? ¡Eso va contra la naturaleza humana! ¿La gente que vive allí acepta eso?

—Fingen que lo aceptan. Se forman parejas a escondidas.

—¡Pero eso debe de ser horrible! ¡Es como volver de nuevo al armario!

—Eso es exactamente lo que dije yo, pero parece ser que Iduna lo tenía muy claro. Según ella, la falta de compromiso evita problemas de convivencia.

—¿Y las normas las impone ella?

—Sí.

—Entonces es una especie de dictadura...

—Algo parecido. Además, hay algunas otras cosas que no te he contado. Pero lo principal ya lo sabes.

—¿Y cómo aceptaste entrar ahí?

—Me engañó. Me enamoré de ella y luego me explicó esos «pequeños detalles sin importancia», como el hecho de que se acuesta con cada una de las candidatas después de la ceremonia de ingreso.

—¡Qué fuerte! Lo debiste de pasar muy mal.

—¿Entiendes ahora mis reticencias? Dice que me espera, pero no sé si puedo confiar de nuevo en ella, Mel. No quiero pasar por eso otra vez.

—Alejandra tiene muy claro que todo se va a solucionar. Puede que lo que dice la carta sea cierto y se haya dado cuenta de que esas normas son un error y de que te quiere.

—Yo sé que me quiere. O al menos me quería, ha pasado mucho tiempo. La prueba es que estoy aquí y conservo mi vida anterior. Pero también sé que en un momento dado tuvo que elegir y eligió Eterna y sus absurdas normas.

—¿Por qué no hablas con ella?

—Porque sé que en cuanto la vea me rendiré.

—La verdad es que debe de ser impactante conocer a una mujer inmortal —dijo Mel con una sonrisa incipiente.

—Ni te lo imaginas —contestó sin sonreír, mirando el borde de su copa.

—Sabes que en este momento tengo un millón de preguntas en la mente.

—Lo comprendo, pero creo que ya sabes demasiado. Lo digo por tu seguridad.

—Quiero que tengas claro que nada de lo que me has contado saldrá de aquí.

—Eso espero, Mel. Tan solo al hablar de ella me estoy poniendo paranoica. Es como si pudiera escuchar mis pensamientos.

—Después de lo que me has dicho, lo entiendo, pero todas estamos preocupadísimas por Eva. La verdad es que lo suyo no tiene buen pronóstico, por mucho que intentemos animarla.

—¿Crees que no lo sé? Encima me siento responsable de lo que le pase.

—Solo te pido que lo pienses y confíes en Alejandra. Por suerte o por desgracia, mi hija nunca se ha equivocado hasta ahora.

—Lo sé, le debo la vida. Prometo que lo pensaré —dijo por toda respuesta.

—Me voy a ir y te dejo tranquila. Es ya muy tarde y Carla me está esperando para cenar.

Mel dejó la copa vacía sobre la mesa y se incorporó. Patricia se levantó también para acompañarla hasta la puerta.

—Te llamaré con lo que decida —dijo antes de despedirse.

—Tan solo piénsalo —insistió, besándola en la mejilla.

En cuanto se quedó sola, Patricia volvió a salir a la terraza deseando que la cálida brisa le trajera la respuesta entretejida al insinuante aroma del galán de noche.

La pelota estaba en su tejado. Había estado allí todo el tiempo, pero ahora le tocaba jugar.

## Descubriendo la ciudad

Iduna estuvo atenta a la expresión de Norma en cuanto pulsó el botón del ascensor que iba a conducir las hasta la vivienda asignada. Estaba segura de que lo último que ella esperaba era que aquel aparato descendiera en lugar de subir a la superficie. Tan solo había cuatro teclas en el panel y había apretado la que ponía -4.

—¿Adónde vamos? —preguntó alarmada.

Sonrió levemente, pero no dijo una sola palabra. Norma obtuvo la respuesta cuando las puertas se abrieron y contempló algo que no esperaba en absoluto: una impresionante urbanización. Caminos serpenteantes se perdían entre jardines, llevando hasta construcciones adosadas de una sola planta. Si pudiera verse desde el cielo, la imagen recordaría a las ondas producidas al tirar una piedra en un estanque. Una serie de círculos concéntricos se iban extendiendo hacia fuera, comprendiendo cada uno de ellos un mayor número de viviendas a medida que se alejaban del laberinto ajardinado central. Llamó la atención de Norma el hecho de que las calles tuviesen nombres de deidades femeninas. En cada bifurcación había un pedestal sobre el cual descansaba una estatua de mármol blanco representando a una figura de la antigüedad. Algunas llevaban libros; otras, cántaros, espadas y cestos. Todas tenían en común la belleza, la juventud y la majestuosidad. Se dejó guiar por una de las sendas que discurrían entre el vergel de plantas. Estaban formadas por pequeñas piedras trabadas, al estilo de las calzadas medievales. El paisaje en su conjunto transmitía una sensación de bienestar y armonía inigualables, realizada por el aroma a hierba y a flores que imperaba en el ambiente.

—Es increíble. Estamos bajo tierra, pero parece haber luz natural... —susurró Norma, contemplando la alta bóveda que asemejaba el cielo inflamado por el atardecer.

—Hay muchas cosas que te van a sorprender. Ven, voy a enseñarte el que a partir de ahora será tu hogar.

Durante el trayecto se cruzaron con algunas moradoras de Eterna que las saludaron con respeto y curiosidad. Nunca había visto tanta juventud y atractivo juntos, pero lo que más le impactó fueron las miradas cargadas de sabiduría, algo inusual en gente aparentemente tan joven. La misma clase de profundidad que le había llamado la atención en los ojos de sus recién adquiridas amigas. Estaba algo más que asombrada.

Parecían perdidas dentro de un laberinto, cuando Iduna se detuvo ante la puerta de una de las viviendas. Al lado derecho, una placa indicaba el número 1155.

—¡No me digas que aquí hay más de mil casas!

—Exactamente dos mil. Pregúntale a Hebe. Es nuestra arquitecta principal. Te contará cómo conseguimos construir todo esto.

—No me lo puedo creer. Me encantará conocer los detalles.

—Pues aún no has visto nada —señaló Iduna, entregándole una tarjeta para que la introdujera en la ranura de apertura de la puerta.

Norma accionó el mecanismo como había visto hacer a Gea y se hizo a un lado para que Iduna entrara en la casa. Aquella encendió las luces y de inmediato quedó al descubierto el espacio circular y diáfano que constituía el interior. El suelo era de suave parqué y las paredes estaban pintadas de un color blanco satinado donde no había adornos ni cuadros. Dominaba la estancia una cama inmensa, rodeada por un mobiliario de estilo moderno y funcional, aunque también elegante. Había un escritorio y, sobre él, un ordenador portátil. En la vivienda existía otra puerta además de la entrada. Cuando Norma la abrió, se quedó con la boca abierta al

contemplar el enorme baño en el que, aparte del sanitario, un mueble con dos lavabos y un espejo que cubría toda una pared, había una bañera redonda de hidromasaje. También existía una ducha cuya caída de agua imitaba una cascada natural precipitándose sobre un lecho de guijarros. El diseño rivalizaba con el más lujoso de los hoteles.

—¡Es precioso!

—Ven, quiero enseñarte otra cosa —dijo Iduna, haciéndola regresar a la habitación.

Ante la mirada atónita de la recién llegada, cogió un mando a distancia que estaba sobre el escritorio. Al apretar uno de los botones, la estancia entera se convirtió en el fondo submarino de un océano tropical, con corales y toda clase de peces. El sonido que acompañaba al efecto visual multiplicaba la magia de las imágenes en movimiento, proyectadas en las paredes circulares, el suelo y el techo del apartamento. El resultado era tan real que ponía el vello de punta.

—Maravilloso... —susurró, observando embelesada el escenario tridimensional que la rodeaba.

—Cuando estés a solas podrás jugar un poco con esto. Hay hasta quince ambientes distintos. Te dejo unos minutos para que explores tu casa y escojas el tema que más te satisfaga. En esa cómoda tienes varios conjuntos de ropa para elegir. Con este mono nos estamos asando las dos. Voy a darme una ducha y a cambiarme. Te sugiero que hagas lo mismo. Dentro de unos minutos volveré a por ti para enseñarte el resto de la ciudad. Todavía hay mucho por descubrir.

—Me muero de ganas.

—Luego nos vemos —se despidió Iduna, dejándola sola en su apartamento.

Norma se quedó quieta unos instantes, intentando asimilar lo que estaba viviendo. Iduna era una mujer sumamente atractiva, aunque no era su tipo. Tampoco había notado ninguna clase de atracción por su parte, lo cual simplificaba las cosas. Le daba la impresión de que, tal como le había comunicado la primera vez que contactó con ella, tan solo buscaba en Norma sus conocimientos científicos. Se preguntaba —en el caso de que hubiera encontrado la fórmula de la eterna juventud, lo cual se resistía a creer— para qué la necesitaba. Era un dato que Iduna no había querido revelar todavía, aunque ella había insistido en saberlo cada una de las veces que le había propuesto venir a Eterna. Su contestación era siempre la misma: allí te lo contaré todo.

Sola en medio de la habitación, sumergida en el hipnótico fondo marino, empezó a sentirse confundida por momentos, a notar una apabullante sensación de irrealidad. Se bajó la cremallera del mono hasta la cintura. Como Iduna había dicho, se moría de calor. Fue hasta la cómoda que le había indicado y abrió uno de los cajones. Había ropa interior y bikinis de cuatro colores: malva, blanco, azul cobalto y arena. En el segundo cajón encontró conjuntos de camiseta de tirantes y pantalones de los mismos tonos. El tercer cajón contenía toallas, un albornoz blanco y unas chanclas. En el último había cuatro pares de zapatillas de idénticos colores que los conjuntos de ropa. Todo parecía sumamente cómodo. Se metió en el baño y miró dentro del mueble en el que estaban encastrados los lavabos. Ocupaba la pared de parte a parte. Allí había toda clase de artículos de aseo, champú, acondicionador, geles y sales de baño, pero nada de maquillaje ni pintura. Norma comprendió que a las mujeres que había visto no les hacía falta. Ninguna llegaba a los treinta años y, a esa edad, la belleza natural era más que suficiente. Sin embargo, ella se sentía un poco desprotegida sin siquiera un triste perfilador de ojos. Decidió que no le importaba. Tendría que acostumbrarse, no había ido allí para ligar.

Después de darse una ducha reconfortante, eligió el conjunto de color azul cobalto y se lo

puso. Las prendas eran de fino algodón y habían sido diseñadas aunando comodidad y seducción. Tenía que reconocer que se veía atractiva con aquel equipo. Frente al espejo, se despeinó el corto cabello con los dedos. El tono de la ropa resaltaba su color de ojos y contrastaba con el rubio intenso de su pelo. Se dio cuenta de que llevaba la misma clase de atuendo que vestían las moradoras de Eterna con las que se había cruzado hacía un momento. Antes no había advertido ese detalle, ya que combinaban prendas de distintos colores.

—O sea, que vamos a ir de uniforme —comentó al reflejo que la contemplaba desde el otro lado.

En realidad, le daba igual. Mucho mejor si no tenía que decidir qué ponerse. Estaba allí para descubrir la verdad que encerraba Eterna. Por ahora solo podía decir que Iduna había tenido muy buen gusto al reclutar a las mujeres que había visto. Como aquella, todas eran jóvenes, guapísimas y parecían muy inteligentes. La pelirroja le había intrigado desde su primera visita, y sobre todo cuando consiguió dar con ella en los lugares remotos donde Norma había pretendido esconderse. Lo que estaba claro era que Iduna disponía de información privilegiada y eso solo se conseguía con dinero e influencias. No obstante, de ahí a creerse que aquella mujer tenía la fórmula de la eterna juventud distaba un gran trecho. Intuía que tenía más edad de la que aparentaba, pero, si disponía de una gran fortuna, también estarían a su alcance los mejores cirujanos plásticos y un tiempo ilimitado para dedicarse a su cuerpo. Aquello tampoco revelaba nada fuera de lo normal.

De todas formas, ya estaba en aquella ciudad enigmática y pronto saldría a la luz lo que estaba intentando averiguar. Debía reconocer que le preocupaba un poco la sensación de estar en un búnker. No había llamado a Margot y no sabía si en algún momento podría hacerlo. Allí no parecía haber ningún teléfono. Tendría que intentarlo por internet. Luego probaría con el portátil que estaba sobre el escritorio. Creyó que le resultaría fácil atravesar las barreras de Eterna en cuanto hubiera alcanzado su objetivo, pero, después de lo poco que había visto, ya no estaba tan segura. Tendría que esperar a conocer el resto de la ciudad. Como una mosca incómoda, una leve inquietud comenzó a anidar en su cerebro. Con todo, la apartó a un lado para estar receptiva a los descubrimientos excitantes que le había prometido aquella mujer. Ya se preocuparía más tarde.

Iduna parecía necesitarla por su experiencia y conocimientos científicos, y eso era algo que le intrigaba muchísimo. Estaba segura de que también la había captado porque conocía las influencias y relaciones que Norma tenía en el campo de la investigación y pensaba aprovecharse de ellas. Bueno, esperaba que cada una obtuviera lo que estaba buscando. *Quid pro quo*.

El extraño sonido del timbre de la puerta, que incluso la asustó un poco, hizo que interrumpiera sus pensamientos. Era un coro de voces femeninas declamando un cántico litúrgico; una sucesión de notas a modo de mantra. Un escalofrío la recorrió de arriba abajo. Al abrir, se encontró de nuevo cara a cara con la regidora de la ciudad. Se había puesto el atuendo de color malva y estaba fantástica. Norma se cuidaba y tenía un buen cuerpo, pero su físico de cuarenta años estaba muy lejos de la perfección que exhibía aquella impresionante mujer.

—Te sienta muy bien nuestra ropa. ¿Preparada para seguir? —dijo Iduna.

—Estoy ansiosa —respondió, mirándola con sinceridad a los ojos.

Regresaron hasta la zona de ascensores atravesando sendas y jardines. Iduna advirtió la mirada de admiración de Norma al cruzarse de nuevo con decenas de mujeres de todas las razas y colores que deambulaban por aquel nivel. Parecía sorprendida de que algunas llevaran



una niña de la mano. Iduna le explicó que en Eterna no tenían por qué renunciar al deseo de ser madre. La forma de conseguirlo era algo que descubriría más adelante.

Norma no pudo mudar su expresión de incredulidad cuando se abrió la puerta del ascensor en el nivel tres. Apareció ante ellas una extensa superficie con varios edificios, todos diferentes, que confluían en una gran plaza ajardinada. La actividad en ese lugar era frenética. Había un número elevado de mujeres que entraban y salían de aquellas construcciones. Muchas de ellas transportaban cosas en pequeños vehículos motorizados. Iduna se adelantó a las preguntas de la recién llegada.

—Esta es la zona de servicios de Eterna. Aquí tenemos lo que hace a la ciudad sostenible. Otro día te enseñaré la granja, la piscifactoría, la bodega y el resto de dependencias. Imagino que querrás ver cuanto antes el centro de investigación.

—Por supuesto, me muero de curiosidad.

Fueron caminando hacia una edificación moderna, compacta, con grandes ventanales. Como en el espacio inferior, nada hacía pensar que estaban bajo tierra. La cúpula que cubría toda la extensión del nivel tres emulaba a la perfección un cielo cada vez más oscurecido a medida que la tarde iba avanzando.

En cuanto entraron en el edificio, las recibió una suave música de ópera.

—Relaja y abre la mente —señaló Iduna ante la cara cada vez más asombrada de Norma.

Fueron recorriendo laboratorios en los que se desplegaban distintas actividades. A través de las paredes acristaladas, Iduna le iba informando de las científicas que estaban trabajando en cada uno de ellos. La recién llegada se quedó de piedra al reconocer el nombre de algunas de las más prestigiosas investigadoras traídas desde distintas partes del mundo. Lo que no fue capaz de asimilar fue su aspecto físico. Sabía, por las fotos que había visto en algunas publicaciones y periódicos, que muchas de aquellas mujeres eran mayores que ella. Sin embargo, como todas las habitantes de Eterna, ninguna aparentaba en ese momento pasar de la treintena. ¿Qué ocurría en esa ciudad? ¿Tan buenas eran sus cirujanas plásticas?, se preguntó cada vez más atónita.

Pudo comprobar que cada uno de los laboratorios estaba equipado con los más avanzados aparatos que existían en el mercado. Eso le daba la medida de la abundancia de dinero que fluía en Eterna. Pensó con regocijo que, con tantas celebridades y medios excepcionales, su investigación avanzaría a un ritmo desenfrenado. No obstante, empezaba a sospechar que allí dentro había algo más, algo extraordinario que tenía que descubrir. Esa idea comenzó a espolear su imaginación.

Aunque le hubiera encantado ponerse enseguida a trabajar en uno de los laboratorios, Iduna la sacó de allí para acabar de enseñárselo todo. Le dijo que todavía era pronto para explicarle su cometido. Primero quería que disfrutara de Eterna. El primer nivel ya lo conocía, puesto que era por donde habían entrado a la ciudad. Además de las áreas dedicadas a la seguridad y el funcionamiento técnico de Eterna, estaban también los apartamentos de Iduna, Hebe, Hilda y Gea.

—¿Entonces vosotras no vivís en el cuarto nivel?

—No. Preferimos tener nuestras viviendas más cerca de la zona de control y de la salida. Las chicas y yo fuimos las que proyectamos Eterna y las primeras que vinimos a vivir aquí. Las fundadoras, por definirnos de algún modo. Tenemos algunos privilegios, pero también ciertas responsabilidades añadidas.

—Ya veo.

—Ahora iremos al segundo nivel. Te gustará. Digamos que es el corazón de la ciudad, la

zona donde transcurre la vida social.

Cuando se abrieron las puertas del ascensor, la expresión de Norma reveló a las claras el impacto recibido. No podía cerrar la boca. Aquella era la ciudad más increíble que hubiera visto nunca, aunque sin coches ni contaminación. Había paseos y árboles por todas partes, fuentes cantarinas y hasta un gran lago al fondo sobre el que se despeñaba una cortina de agua de unos diez metros, nacida milagrosamente del interior de una pared rocosa. La superficie era inmensa y absolutamente extraordinaria. Por la cantidad de mujeres que veía, allí debían de estar concentradas en ese instante la mayoría de las ciudadanas. Iduna le explicó someramente lo que había a su alrededor: el restaurante, un pub, zona de cines, juegos e instalaciones deportivas. Estas incluían, entre otras cosas, un rocódromo, un estadio y una piscina olímpica.

Continuando con el recorrido por el segundo subterráneo, Norma reparó enseguida en el templo egipcio que se erigía en la zona oeste del lago. Iduna le indicó que iba a saber muy pronto a qué se destinaba esa magnífica edificación. Después le señaló otros inmuebles, informándola de qué actividades se desarrollaban en su interior. En ese momento no tenía tiempo para mostrárselos por dentro, pero le prometió que iba a tener infinitas ocasiones para descubrirlos. Uno de ellos albergaba la biblioteca que, según le contó, era una réplica casi idéntica de la Biblioteca Nacional. En el contiguo, la construcción que llamaban *La Universidad*, las ciudadanas compartían toda clase de conocimientos. También había un hospital. Junto a él estaba el enorme pabellón de entretenimiento, una zona dedicada al ocio con distintas atracciones, entre las que destacaban las máquinas simuladoras de aventura y varias salas de cine. Dentro de las instalaciones deportivas habían construido un estadio con gradas. La mujer pelirroja le explicó que allí era donde se celebraban los partidos de *sweetball*, el deporte más aplaudido de Eterna. No quiso contarle más sobre dicho juego. Solo le adelantó, con una sonrisa maliciosa, que valdría la pena que lo descubriera por sí misma.

Se acercaba la hora de la cena y Norma sintió que el estómago le rugía. La comida ligera que habían hecho, unida a las emociones posteriores, habían provocado en ella un hambre canina. Iduna pareció leerle el pensamiento.

—Imagino que tendrás hambre. Vamos a cenar. Las chicas estarán ya esperándonos.

Al entrar en el restaurante, Norma vio que muchas mesas estaban ya ocupadas. El local había sido diseñado para disfrutar de cierta intimidad y, a la vez, permitir que comiera un gran número de personas. Había reservados de distintos tamaños, formados al abrigo de maceteros que constituían auténticas paredes naturales. Iduna la condujo hasta la zona del fondo, un rincón acogedor en el que estaban ya esperando Gea, Hilda y Hebe. Los ojos de la mujer latina la recorrieron de arriba abajo sin disimulo, lo que hizo que Norma se estremeciera de placer. *Vaya, parece que no le soy indiferente.* Con intención deliberada, ocupó el sitio que había frente a ella, dejando que Iduna se sentara a su lado. Quería verle la cara, descubrir lo que pasaba por la mente de esa mujer que siempre parecía estar en guardia.

El hambre de Norma fue satisfecha con creces. Iduna se dedicó a mostrarle los platos más sabrosos del restaurante y los vinos más apreciados. Algo achispada y tras dar un sorbo a su copa, Norma se pasó la lengua por los labios sin apartar la vista de los ojos fieros de Gea, que, aunque aparentaban indiferencia, no se perdieron un ápice del sensual gesto. Divertida, Hilda dio un golpecito por debajo de la mesa a su pareja. Iduna, ignorando deliberadamente el flirteo descarado de la recién llegada con la mujer latina, aprovechó para informarla sobre lo que iba a ocurrir durante la ceremonia, así como de todos los preparativos que tenían que hacer. Solo faltaban veinticuatro horas para la celebración. Le recomendó que dedicara el día siguiente a

olvidarse de todo y disfrutar de las ventajas que le proporcionaba la ciudad. De hecho, iba a empezar a relajarse desde ese momento, ya que después de cenar acudirían al pub.

El local de copas de Eterna era una magnífica terraza a modo de oasis tropical que disponía de varias barras y pistas de baile. Había reservados con sofás y almohadones, separados entre sí por vaporosas cortinas blancas. Durante la hora nocturna, velones encendidos repartidos por todo el local creaban un ambiente relajado y mágico. A Norma le recordaba un pub que había en Valencia en la zona de la playa: el Beso de Luna. Había ido por allí alguna vez y se sentía como en casa.

Las chicas la condujeron hasta un reservado cercano a una pista de baile y todas se acomodaron entre los cojines mullidos. Esta vez fue Gea la que buscó sentarse al lado de Norma. Esta la ignoró premeditadamente, centrando su atención en Iduna para que le explicara más cosas de aquella ciudad que estaba resultando paradisíaca. Hilda y Hebe se habían acercado a una de las barras para pedir varios combinados. Al poco, regresaron acompañadas por una camarera que portaba las copas en una bandeja y las fue depositando sobre la mesa.

Norma se había dejado asesorar por Iduna y saboreaba con gusto el cóctel que acababan de traerle. A pesar de estar girada hacia la mujer pelirroja, no podía obviar la fuerte radiación de energía que provenía del otro lado, el calor que emanaba del cuerpo de Gea, cuya pierna estaba literalmente pegada a la suya. Era evidente que entre las dos ardía un fuego invisible. A Norma comenzó a hacérsele insoportable su proximidad y, en cuanto tuvo ocasión, se levantó para bailar al ritmo de una suave música chill-out con Hilda. Ambas se movían despacio, con los ojos entrecerrados, realizando una danza sensual e hipnótica de la que los ojos de Gea no se despegaban. En un momento dado, su mirada se encontró con la de Norma. La tensión sexual entre ellas era más que patente. No obstante, y contra todo pronóstico, Gea se levantó, le dijo algo a Iduna al oído y desapareció. Las dos mujeres volvieron a sentarse en cuanto acabó la canción.

—¿Gea se ha ido? —preguntó Norma.

—Sí, estaba cansada —apuntó Iduna. Su entonación no revelaba nada extraño—. Por cierto, hay algo que necesito saber. Después de la ceremonia alguien tiene que velar tu despertar. Debes decirme quién quieres que esté contigo.

—Ella —respondió sin dudar, haciendo un gesto hacia la salida.

—¿Gea?

—Sí.

—Mañana se lo diré. Imagino que aceptará. El despertar es algo... muy íntimo. Ya lo comprobarás.

Desde luego, Norma esperaba que lo fuera.

## El despertar

Se despertó con los párpados todavía cerrados y la sensación de haber descansado de maravilla. De pronto sintió un hormigueo, una extraña euforia que nacía y comenzaba a extenderse desde la parte baja de su vientre. Recordó de golpe las mañanas de domingo cuando era muy joven y despertaba fresca, radiante, después de dormir doce horas de un tirón. Estaba henchida de una energía que la desbordaba y no podía controlar.

Al abrir los ojos se encontró con la magnífica estampa en movimiento de la sabana africana, la imagen viva y tridimensional proyectada en las paredes y el techo de aquella habitación. Una habitación que no era la suya.

De forma instintiva se acarició el abdomen con la mano. Estaba desnuda. Las líneas bien dibujadas de unos abdominales que no recordaba se perfilaron bajo sus dedos. Al levantar el brazo izquierdo observó que, en la parte interna, un poco más arriba de la muñeca, le habían hecho un pequeño tatuaje con la imagen de la daga fenicia; el mismo tatuaje que llevaban todas las ciudadanas de Eterna en alguna zona de su cuerpo. De golpe, le vino a la cabeza todo lo que había sucedido.

El brebaje. Se había tragado aquella poción que, en un principio, se llevó a los labios con bastante reticencia. Lo que contenía el cuenco que pusieron en sus manos tenía todo el aspecto del vino tinto. Al saborearlo descubrió que, efectivamente, sabía a vino con un ligero toque de miel, pero también había un tercer componente. El regusto metálico lo delataba. Era sangre. Miró a su alrededor y vio que todas las mujeres se acercaban a la boca el líquido como si fuese el elixir más exquisito. A pesar de la aprensión, o quizás por ello, se lo bebió de un trago evitando recrearse en su sabor. Fue a los pocos segundos de hacerlo cuando comenzó a notar la visión borrosa. Debió de desmayarse, ya que no se acordaba de nada más. La habían drogado, eso estaba claro.

No tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba inconsciente. Ni siquiera sabía cómo había llegado hasta ese cuarto, ni quién la había llevado hasta allí. Alzó la cabeza y, tras la sorpresa inicial, se le escapó una sonrisa. Gea leía sentada en un sillón. Vio que se había quitado el vestido que llevaba en la ceremonia y se había puesto el uniforme de color arena. La mujer de rasgos latinos debió de notar el movimiento en la cama, pues levantó la vista del libro y la miró. Sus ojos brillaron al contemplar a Norma. Se levantó sin prisa, mostrando una seguridad en sí misma que la provocaba sobremanera. Dejando el libro sobre el escritorio, se acercó por fin a la cama.

—¿Cómo te sientes? —preguntó con voz grave.

—Fantástica —susurró Norma insinuante, percatándose de que la voz que salía de su garganta tenía unos matices mucho más sensuales y roncós de los que recordaba.

Estaba hambrienta. Hambrienta de ella. La miró a los ojos. Gea la excitaba mucho más que cualquiera que pudiera recordar. Se sentía arder tan solo de constatar el deseo que centelleaba en su mirada.

—No lo dudo, ven —respondió, alargando la mano para ayudarla a levantarse. El tacto de sus dedos era suave y duro a un tiempo, provocándole un latigazo electrizante que la recorrió entera. Norma se dejó guiar hasta el baño. Ante el espejo, la mujer morena la enfrentó con la verdad; una verdad en la que no había querido creer hasta entonces. Lo que tanto había deseado y temido a un tiempo estaba allí, delante suyo. La imagen reflejada poco tenía que ver con la Norma que había entrado en la ciudad unos días antes. Contempló con una mezcla de admiración y recelo a aquella mujer explosiva que le devolvía la misma mirada asombrada.

Sus rasgos la asustaban, de tan distintos. Los ojos, de un gris resplandeciente, parecían más grandes. Tampoco recordaba tener esas pestañas larguísimas. La boca, estirada en una sonrisa incrédula, parecía más sensual, de labios más perfilados. Observó las raíces de su cabello, de un color caoba furioso, que asomaban por debajo del pelo rubio, reivindicando el tono natural de la belleza salvaje que la miraba. Norma continuó con la inspección de su cuerpo nuevo y desconocido. Los pechos la retaban erguidos, con todo el aspecto de haber aumentado al menos una talla. No tenía ni un gramo de grasa que sobrara y hasta la última arruga había desaparecido de su rostro. Contempló con asombro la curva de las caderas, el pubis depilado, la suave firmeza de sus cuádriceps. No recordaba haber tenido jamás esa figura ni esos músculos, ni siquiera con veinte años. Y podía jurar que era más alta que antes. Gea estaba tras ella y no la rebasaba en tamaño. Aquello era una locura. El resultado que estaba contemplando era digno del mejor prestidigitador. Apartando la mirada del espejo, se tocó los brazos, el vientre, los pechos. Ese cuerpo no le pertenecía, pero la tenía cautiva, embelesada.

Volvió a dirigir la atención a su reflejo, maravillándose del contraste que hacía su piel nacarada con el bronceado perfecto de la mujer latina. Al elevar la vista hasta el rostro de Gea, pudo constatar el anhelo evidente que se vislumbraba en sus ojos oscuros. Una ola de lujuria la sacudió de la cabeza a los pies, demasiado potente como para dejarle articular palabra. Gea pareció adivinar sus pensamientos. De improviso, sintió su mano entre las piernas; una mano que sabía lo que hacer de una forma delicada pero certera. El arrebató de deseo la pilló desprevenida, provocando que se doblara hacia adelante para apoyarse con fuerza en la encimera del lavabo. Era incapaz de sostenerse en pie, pero la mujer morena no parecía dispuesta a dejarla caer. Pegó su pelvis a las nalgas de Norma y los dedos comenzaron a deslizarse sin prisas, arrancándole muy despacio la poca cordura que le quedaba. Se echó hacia atrás instintivamente para apoyar la espalda en el cuerpo de la latina, dejándose llevar por la cadencia perfecta de sus manos. Un grito gutural que no reconoció como suyo se le escapó de la garganta. *Déjate llevar*, oyó. Pensó que se caía al suelo de pura debilidad, pero el fuerte brazo de Gea la sujetaba por la cintura mientras la arrastraba una y otra vez a la cumbre del éxtasis. Nunca en su vida había experimentado un placer tan demoledor, un goce que explotaba en lo más profundo de sus entrañas, extendiéndose en oleadas al resto del cuerpo. El corazón y el sexo le palpitaban con fuerza. Levantó la vista y observó su cara en el espejo. Las mejillas arreboladas y el brillo exultante de sus ojos le confirmaron que lo que acababa de experimentar era auténtico. Miró a Gea y lo que vio en su expresión hizo que se girara de golpe para entregarle sus labios. *Me encanta su boca...* La mordisqueó y jugueteó con su lengua hasta que la morena se apartó de ella con las pupilas como carbones encendidos. Agarrándola de la muñeca, la arrastró hasta la cama.

A Norma le faltaban manos para arrancarle la ropa. La tumbó de espaldas y no esperó a que ella le indicara lo que quería. Lo sabía de sobra. Se instaló entre sus muslos, asiéndola fuertemente de las caderas. No iba a ser suave. Algo le decía que ella lo quería duro, brusco, sin concesiones. La respiración acelerada de Gea se convirtió en un quejido continuado que la llevó a un estado cercano al delirio. Sus dedos la aferraron para sujetar la cabeza, para evitar que se apartara ni un milímetro. Norma desconocía qué le estaba pasando, pero hacía tiempo que había perdido el control sobre su propio cuerpo. Soltándose de sus manos, se encaramó encima de la mujer morena y comenzó a moverse enroscada a ella, alcanzando un trance feroz en el que se confundían los placeres de ambas. El sudor corría por las pieles entremezclándose de forma obscena. Abrazadas y exhaustas, les faltaban fuerzas para despejarse la una de la otra. Norma la miró a los ojos, muy de cerca, a esos ojos que tanto la intimidaban. *Dios mío, es*

*preciosa...* Durante un instante descubrió una expresión perdida, un atisbo de debilidad, de desconcierto, que nunca habría esperado ver. Fue tan solo un segundo, un espejismo. De inmediato el gesto desafiante volvió a florecer en el rostro de Gea. Norma se apartó de ella para tumbarse de espaldas en la cama.

—¿Qué me ha pasado? —preguntó, en cuanto recuperó el aliento.

—Es el efecto de la sangre de Iduna. Además de convertirte en inmortal, te dota de una especial receptividad al sexo.

—Es... portentoso. Me siento como si me hubiera vuelto insaciable y no pudiera parar.

—Así es. Todas vivimos en una permanente excitación, sobre todo inmediatamente después de la ceremonia. Por suerte, en Eterna no hay cortapisas para disfrutar. Seguro que, en adelante, no tendrás problemas para llevarte a quien quieras a la cama.

—¿Incluida tú? —sugirió Norma, acariciando su abdomen.

—Yo tengo muchas obligaciones —respondió sin siquiera mirarla. Se levantó con brusquedad para dirigirse al baño—. Tendrás que irte. He de resolver unos asuntos.

—Por supuesto —respondió Norma, sin dejar entrever su decepción. Recogió la breve túnica blanca que pendía de una silla y se la puso, atándose las tiras de cuero de las sandalias. Al palpar el pequeño bolsillo de su ropa, advirtió que la tarjeta de apertura de su vivienda continuaba allí.

—Gracias por todo —dijo a modo de despedida a la habitación vacía, justo antes de cerrar tras ella la puerta del apartamento.

Encerrada en el baño, Gea miró su reflejo, preguntándose qué acababa de ocurrir. Se había acostado con muchas mujeres a lo largo de su vida, pero ninguna le había hecho sentir la compenetración que había experimentado con Norma, ese sentimiento de afinidad. Creía haber vivido algo así una vez, pero evitaba recrearse en su recuerdo. La mujer que hacía lustros le había provocado parejas emociones era Iduna. Desde entonces había pasado mucho tiempo y demasiadas cosas. Ahora ninguna de las dos era la misma persona.

Lo que tenía claro era que debía alejarse de Norma. Se dijo que nunca más volvería a repetirse un encuentro similar, un encuentro que la dejaba en una situación de debilidad absoluta. No se lo podía permitir. Le hizo la promesa al rostro implacablemente hermoso y aterrorizado que la contemplaba al otro lado del espejo.

## Una vida nueva

Norma caminó decidida hacia los ascensores. Tenía muchas cosas en las que pensar y no iba a invertir ni un minuto de su nueva vida en analizar el rechazo de Gea y los sentimientos que ello le generaba. Era cierto que la conexión que había experimentado con la mujer latina iba más allá de una magnífica experiencia sexual, pero si Gea no quería que volviera a repetirse, no iba a ser ella la que se echara a sus pies suplicando un nuevo encuentro. No iba a hacerlo por mucho que le gustara. Y le gustaba. Mucho. Debía centrarse en sus fines y en tratar de digerir las transformaciones de su organismo, incluida la extrema velocidad y concentración de su mente. En aquel momento, su objetivo prioritario era saber cómo utilizar lo que estaba circulando por sus venas para completar la información que faltaba en sus investigaciones. Lo que le había pasado en las últimas horas era una auténtica locura. Siempre había sido escéptica respecto a las promesas de Iduna de otorgarle la eterna juventud, pero ahora la nueva Norma no podía sino burlarse de esa otra Norma suspicaz. *¿Cómo era posible semejante metamorfosis? ¿Sería cierto que la sangre de Iduna era la clave de lo que había estado buscando toda su vida?* Imaginaba que pronto le pediría que colaborara con ellas en el laboratorio. No sabía exactamente para qué la necesitaba, y mucho menos después de lo que acaba de constatar, pero no tardaría en averiguarlo.

El cerebro le bullía de excitación. Todavía tenía grabada a fuego la experiencia vivida durante la ceremonia en la que había participado el día anterior. Eso sí que era un auténtico rito iniciático destinado a cohesionar a una sociedad. Al lado de aquello, lo que hacían en La Esencia parecía un juego de niños.

Iduna no había querido darle demasiada información sobre lo que iba a ocurrir durante el acto. Tan solo le aseguró que tras esa celebración encontraría las respuestas que había venido a buscar.

El enorme templo donde se había celebrado el rito imponía realmente. Su alta cúpula interior, de un profundo azul casi negro, simulaba a la perfección el firmamento salpicado de estrellas en el que resplandecía una luna llena esplendorosa. Una de las imágenes que más la sedujo fue la recreación del estilo de las vestales por parte de las ciudadanas de Eterna. Todas, incluida ella, iban ataviadas con cortas túnicas de seda blanca sujetas a la cintura por un cordoncillo de oro. En los pies llevaban sandalias enlazadas a los tobillos mediante tiras de cuero. Desde luego, quien hubiera diseñado aquel atuendo tenía muy clara la seductora imagen que pretendía ofrecer. La parte superior del vestido caía indolente resbalando sobre los hombros, pero solo hasta el límite que forzaba el juego de la imaginación.

En la entrada del edificio donde se iba a celebrar el acto se encontraban dos magníficas guardianas que sujetaban entre las manos antorchas encendidas de gran altura. La imagen evocaba épocas remotas. Una vez dentro, Norma contempló el inmenso patio cuadrado central donde se agolpaban las ciudadanas que iban llegando. Lo delimitaba un bosque de columnas que separaban esa zona del pasillo perimetral, de unos cuatro metros de ancho, totalmente alfombrado con colchonetas y almohadones. Al fondo, justo en el lado opuesto a la entrada, estaba el impactante altar de mármol blanco, elevado sobre un escenario al que se accedía por una ancha escalinata. Con todo, la gran protagonista era una pileta, también de mármol, que habían situado delante del altar. Estaba llena hasta el borde de un líquido rojizo y oscuro. Todo el conjunto recreaba la espeluznante escenografía de un rito de sacrificio.

Sin poder evitarlo, Norma sintió que se le encogía el estómago. La imponente presencia de Iduna, conduciéndola hasta la cama circular que había colocada frente al escenario, a los pies

de la escalinata de piedra, consiguió provocarle un sentimiento contradictorio de devoción y temor. La túnica que llevaba la conductora de la ceremonia, a diferencia de las demás, le llegaba hasta los tobillos y dejaba un espectacular hombro al desnudo, así como la pierna derecha, que asomaba a través de un corte confeccionado en el lateral con un propósito muy claro. Su imagen era de una belleza y una sensualidad arrebatadoras. Del cordón dorado que ceñía su cintura pendía una daga sujeta a la cadera que era una auténtica obra de arte. Tallada en oro, la empuñadura representaba el busto de la diosa Astarté. Nunca había visto a Iduna tan atractivamente peligrosa. Observando la magnífica daga, llegó a temer por su seguridad. Se dio cuenta de que se había metido en esa aventura ignorando los pormenores de la ceremonia, que bien podía tratarse de un ritual concebido por un grupo de psicópatas. Se preguntaba si no sería ella la víctima del sacrificio.

Minutos antes, a una distancia considerable del templo, había podido oír el cántico que, a modo de invocación ritual, repetía el coro de voces femeninas formado por los cientos de moradoras de Eterna que estaban ya reunidas en el interior.

Iduna y ella habían sido las últimas en llegar. El fuerte aroma a incienso le embotó los sentidos y se dejó envolver por el mantra atávico, que se repetía en su cerebro hasta conseguir embriagarla de una forma sobrenatural. «*Isis, Astarté, Diana, Hécate, Deméter, Kali, Inanna; Isis, Astarté, Diana, Hécate, Deméter, Kali, Inanna...*», declamaba, sin pausa, aquel coro magnífico.

Iduna la dejó junto a la cama redonda y comenzó a subir los escalones con un movimiento cimbreado e hipnótico. Muy cerca de Norma, a la izquierda, se habían colocado Hilda, Hebe y Gea. Todas las mujeres presentes tenían puesta su atención en la directora de la ceremonia, que se había situado ya tras el altar. Había un pequeño micrófono frente a ella. Una ayudante escultural aguardaba a cada costado. Los ojos de Norma no podían despegarse de la mujer pelirroja. Iduna abrió un pequeño armario de madera tallada que había junto al micrófono y extrajo un cuenco que refulgía como el oro. Con gran ceremonial, lo pasó a la mujer que estaba a su derecha. Esta se aproximó a la pileta de mármol para echar su contenido en el líquido oscuro. Norma contempló, con un estremecimiento de aprensión, la imagen de esa cosa espesa y roja cayendo dentro de la pileta. Por la densidad y el color, no tenía la menor duda de que era sangre. La otra ayudante comenzó a remover el líquido con un instrumento largo. De inmediato, Iduna dio inicio al acto con una frase que reverberó en el templo y le erizó el vello de la nuca: «Vuestra es la ambrosía». Fue entonces cuando se dio cuenta de que cada una de las ciudadanas de Eterna llevaba un cáliz de bronce en la mano. Todas las copas, de un atractivo diseño que parecía antiguo, tenían grabada la imagen de Astarté. Desde luego, como ceremonia ritual aquello no tenía parangón, pensó, intentando dejar a un lado la inquietud que le corría por dentro.

Una a una, las habitantes de Eterna fueron desfilando ante las dos asistentes, que se encargaron de llenar con un cacillo el cáliz que portaban. A medida que bajaban del escenario, Norma contempló cómo se iban acomodando sobre los almohadones en la zona perimetral del recinto, dejando el patio cada vez más vacío. Las copas descansaban entre sus piernas cruzadas. Le llamó la atención que ninguna hacía mención de beber. *Porque de eso se trataba sin duda, ¡había que beberse aquello!*

Cuando la última ciudadana hubo llenado su copa, lo hicieron las dos ayudantes y fue entonces cuando Iduna extrajo del pequeño armario un cáliz idéntico y llamó a Norma.

—¡Iniciada, Astarté te reclama! —dijo con voz grave.

Norma notó que todas sus reticencias se le agolpaban en las rodillas, sintiéndose incapaz de subir hasta ese altar sin ayuda. Tuvo que obligarse a recordar por qué estaba allí. Intentando



que sus pasos parecieran seguros, ascendió hasta el escenario. Allí recibió la copa que una de las ayudantes había llenado con el escaso líquido sobrante de la pileta. A continuación, obedeció al gesto de la conductora de la ceremonia, que la invitaba a descender y ocupar de nuevo su lugar junto a la cama redonda.

Le vinieron a la mente algunas de las palabras que Iduna había dirigido a las allí congregadas, con la daga en la mano apuntando al cielo, antes de dar la orden de beber.

*«Como en todos los plenilunios, escuchad las palabras de la Gran Madre...», «... soy reina de toda sabiduría...», «... mío es el secreto que abre la puerta de la juventud y mía es la copa de la vida, el Santo Grial de la Inmortalidad que ahora compartimos. Bebed, pues, de ella.»*

Había llegado el momento. Observó como todas las asistentes comenzaban a beber y no tuvo más remedio que acercarse el cáliz a los labios con una mezcla de temor, desconfianza y extraña excitación. Se dijo que lo peor que podía pasar era que la arrollase la sugestión colectiva y acabara borracha con una insignificante copa de vino que, además, estaba aderezada con algo que no quería recordar; así que se bebió aquello de golpe, de un solo trago. Después de tomar el brebaje, que no resultó tan desagradable como prometía, lo último que recordaba era que todo se volvió borroso. Su mente cayó en un agujero negro hasta el instante en que había despertado en la cama de Gea.

Lo vivido le parecía inquietantemente irreal. Pensó que, en ese momento, lo que necesitaba con urgencia era una ducha. Y estaba muerta de hambre. Sonrió ante la idea de comprobar si, tal como le habían asegurado, podría atiborrarse de comida sin engordar ni un gramo. Tal vez, disfrutar una temporadita de la ciudad no iba a ser tan horrible como en un principio había imaginado.

Veinte minutos más tarde, Norma entraba en el restaurante y recorría con la mirada el local. Se sentía llena de energía, joven y tremendamente atractiva dentro de aquel espectacular conjunto de color azul cobalto, el que más le gustaba. Sus amigas estaban sentadas en la mesa de siempre. Todas, excepto una. Faltaba Gea. Cuando se aproximó a ellas, vio la admiración reflejada en sus rostros. Las tres se levantaron para felicitarla.

—¡Estás espectacular! —exclamó Hilda antes de abrazarla.

—¿Y ese color rojo que asoma por debajo de tu pelo? —inquirió Hebe. Sus ojos rasgados sonreían.

—Norma siempre ha sido de las más —respondió Iduna, ofreciendo que se sentara en la misma mesa que ellas.

—Gracias, chicas. Tengo tantas preguntas que hacer que no sé por dónde empezar, pero ahora solo quiero comer. Estoy famélica.

—Lo comprendo —dijo Iduna—. No te preocupes, tenemos tiempo. Disfruta de la comida.

Norma pidió varios platos, a cual más sabroso que el anterior. Todo le resultaba apetecible. Mientras la camarera apuntaba los pedidos, su atención viajó hasta la puerta del restaurante. Gea estaba allí. Se había vestido de blanco, lo cual resaltaba su tono de piel tostado y le daba un aspecto más impresionante si cabe. A su pesar, una ola de deseo la recorrió de arriba abajo. Hizo grandes esfuerzos para sujetar sus instintos, que tiraban de ella como nunca lo habían hecho y, sobre todo, para evitar que las demás fueran conscientes de la excitación que a duras penas podía controlar. Los ojos de las dos se encontraron, permitiéndole leer el mismo deseo en su mirada antes de que tuviera tiempo de disimularlo. Fue un pequeño triunfo que iba a guardarse para ella. Aprovecharía esa debilidad más adelante, se dijo, centrando su atención en la copa de vino que le acababan de llenar. Gea se sentó enfrente, pero ya no se dignó a mirarla ni una sola vez durante toda la comida. Por supuesto, ninguna de las ocupantes de la mesa hizo

comentario alguno sobre lo que acababa de suceder entre ellas, aunque todas sabían que Gea había sido la encargada de cuidar del despertar de Norma. Sus amigas la debían de conocer a la perfección. Sabían que era parca en palabras y, por lo que ella había constatado, más parca todavía en demostraciones de afecto.

*Muy bien, si quieres jugar a eso, jugaremos*, pensó Norma. Tenía claro que esa mujer, que se esforzaba por mostrarse fría y distante, la deseaba tanto como ella. Sus ojos no habían podido esconderlo. Ya se ocuparía de eso más tarde. Ahora su pensamiento se centraba en saciar su hambre con los platos que acababan de depositar en la mesa. Debía reconocer que todas sus necesidades básicas se habían acentuado con el cambio.

La comida estaba exquisita. En cuanto hubo despachado el postre, constató que lo que le habían prometido era cierto. Ni siquiera se sentía pesada, aunque había comido mucho más de lo que tenía por costumbre. El verdadero problema era que, en ese instante, el hambre se había desplazado hacia otro punto de su organismo. Había una zona muy concreta de su cuerpo que palpitaba, aparte del corazón. La piel le ardía tan solo de pensar en tener a Gea en su cama. Esa mujer la atraía mucho más que cualquiera que hubiera conocido. Buscó su mirada y la encontró, aunque ella volvió a desviarla antes de ofrecerle nada revelador. Estaba bien entrenada para esconder sus emociones. El resto de la mesa no parecía darse cuenta de la corriente de alto voltaje que circulaba entre las dos, aunque estaba segura de que ambas eran muy conscientes de ello.

Norma decidió distraer los impulsos de su cuerpo llevando la conversación hacia el punto que le interesaba.

—Bueno, ahora que ya he saciado mi hambre —dijo mirando intencionadamente a Gea, la cual no se dio por aludida—, me gustaría que me explicaraís la razón por la cual me habéis traído a Eterna. Por lo que he podido constatar, vuestros logros son bastante más avanzados que los míos.

Esta frase iba dirigida a Iduna, quien paladeó el último sorbo de su copa antes de responder.

—Está bien, es hora de que lo sepas. La parte del rejuvenecimiento y la vida eterna para todas nosotras está resuelta. Pero hay algo que se nos resiste y para ello nos vendrían muy bien tus conocimientos.

—Me resulta difícil creerlo, pero cuéntamelo.

—A lo largo de más de cincuenta años hemos intentado, sin éxito, reproducir la fórmula original que provocó mi conversión. Yo fui la primera y, de hecho, soy la única verdaderamente inmortal. La única que no necesita de ningún rito para continuar viviendo. El resto dependéis totalmente de mi sangre. La ceremonia de ayer ha de repetirse cada plenilunio para que todas podáis seguir siendo jóvenes.

—¿Más de cincuenta años? ¡Madre mía! ¿Pero qué edad tenéis?

—Sumamos cerca de cuatrocientos años entre las cinco —respondió Hilda, divertida.

—Es increíble... ¿Y cómo conseguiste ser inmortal? Porque no me estás mintiendo, ¿verdad? Ya he visto los efectos que ha producido en mí tu sangre —inquirió mirando a Iduna a los ojos.

—No, no te he mentado. Es una larga historia. Mi padre me dejó un importante legado al morir. Durante una de sus investigaciones arqueológicas, mi tatarabuelo consiguió un objeto muy valioso que ha sido custodiado de generación en generación hasta que mi padre me lo transmitió tras su muerte. Es la daga fenicia que viste en la ceremonia. La utilizaban hace miles de años las adoradoras de Astarté durante sus ritos. Estas constituían una secta de sacerdotisas que probablemente llegaron desde Biblos alrededor del año 2500 antes de Cristo,

y erigieron un templo en la península ibérica, en la antigua Gádir, colonia fenicia antecesora de lo que hoy conocemos como Cádiz. No me preguntes cómo, pero aquellas mujeres lograron encontrar la fórmula secreta de la eterna juventud y la encerraron en un mecanismo oculto en la daga. Nadie sabe si todavía existen y siguen viviendo escondidas en alguna parte del mundo, o si ocurrió algo y se han extinguido para siempre. El templo yace en el fondo del mar, en el arrecife sumergido en la Punta de la Nao. El caso es que la daga llegó a mis manos y seguí las instrucciones que me dejó mi padre. Al herirme en el brazo con ella, el líquido que contenía la cápsula escondida en la empuñadura pasó a mi torrente sanguíneo. La metamorfosis que sufrí fue similar a la que has experimentado.

—Espera un segundo, ¿y por qué no la utilizó tu tatarabuelo?

—Esa es otra de las razones por la que estás aquí. La transformación no funciona con los hombres. De hecho, el contacto con la fórmula original, o con la sangre de cualquiera de nosotras, provoca la muerte de un hombre en cuestión de segundos. El cofre que contenía la daga lo señala de forma tajante. La conversión solo es posible en mujeres. El contacto con el fluido de la daga, que, según dice la leyenda grabada en el interior de las paredes del cofre, contenía la sangre de Astarté, produce la descomposición de las células sanguíneas del hombre y la muerte instantánea.

—Curioso... —dijo pensativa—. La verdad es que no veo el momento de ponerme a trabajar en ello. ¿Cuándo empezamos?

—No tengas prisa. Como te he dicho antes, tenemos mucho tiempo —respondió Iduna—. Creo que querrás disfrutar primero de las diversiones que ofrece Eterna. Acabas de estrenar tu nuevo cuerpo. ¿No te apetece probarlo?

—Ya lo he hecho —soltó, provocadora, mirando de forma significativa a Gea, la cual seguía manteniendo una expresión inescrutable—. Pero sí que me gustaría constatar otros aspectos.

—¡Esta tarde tenemos partido! Tienes que formar parte de uno de los equipos, te va a encantar —exclamó Hilda, con el optimismo que la caracterizaba. Como las otras integrantes de la mesa, hizo caso omiso de la alusión directa al sexo que ella acababa de hacer.

—¿Partido de qué? —preguntó Norma con los ojos muy abiertos.

—De *sweetball*. Es una de las diversiones de mayor éxito en Eterna —señaló Hebe.

—¡Ah! Ya me había comentado algo Iduna. La verdad es que nunca he sido demasiado buena en las actividades deportivas —indicó, con cierta aprensión.

—Ni nosotras —intervino Iduna—. Pero ahora todo es diferente. Tienes un nuevo organismo que te va a reclamar muchas cosas. Una gran cantidad de energía que tendrás que gastar. Debes poner a prueba tu cuerpo y divertirte. Los parámetros de nuestra antigua vida no sirven aquí.

—El *sweetball* es muy simple —se apresuró a explicar Hilda—. Hay dos equipos con seis mujeres cada uno y una bola dorada en el centro del campo. El juego consiste en hacerse con la pelota e intentar conseguir traspasar la línea de fondo del equipo contrario.

—¿Cómo en el rugby? ¿Solo eso?

—Similar. Además, vale todo, excepto hacer daño a conciencia —explicó Hebe.

—Parece fácil.

—Pues no lo es tanto, ya lo descubrirás... —afirmó Hebe con una sonrisa procaz.

—Si os apetece, podríamos ir a darnos un baño al lago para hacer tiempo hasta el partido —sugirió Iduna.

—Parece algo relajante, perfecto. Preferiría no hacer demasiado ejercicio después de lo que he comido —rió Norma.

—Será muy relajante, te lo aseguro —dijo Hilda, guiñando un ojo.

—Pues entonces, vamos.

Las cinco salieron del restaurante para volver a sus apartamentos y cambiarse. Habían quedado que se verían al borde del lago al cabo de diez minutos. Norma entró en su vivienda y fue hasta el mueble que contenía la ropa. Cogió con dos dedos un diminuto bikini del color azul y sonrió. Nunca se le hubiese ocurrido ponerse una cosa así en el pasado. Se lo ajustó y contempló su imagen en el espejo. No podía creerse que esa espectacular mujer fuese ella. Enfundada en el albornoz blanco y con unas chancas del mismo color que el bikini, salió del apartamento. Cuando llegó al punto acordado, divisó a Hilda y Hebe cerca de la cascada que estallaba contra el agua, al fondo de la laguna. Estaban besándose apasionadamente. Apartó la vista excitada y algo incómoda, para posarla sobre otra pareja que, a las claras, estaban haciendo el amor cerca de la orilla opuesta. Por lo visto, no existían inhibiciones en aquella fantástica ciudad. En ese momento comprendió el guiño de Hilda cuando afirmó que bañarse en el lago era de lo más relajante. Descubrió a Iduna sola, flotando bocarriba con los ojos cerrados. Norma decidió no molestarla. Se daría un chapuzón e intentaría que su cabeza dejase de pensar. Abandonando el albornoz en una de las hamacas que había junto a la orilla, se aproximó al agua hasta que esta le lamió los pies. Estaba agradablemente caliente. Fue deslizándose dentro, con lentitud, dejándose envolver por la calidez del estanque. Tomó aire para sumergirse y se hundió en busca de la enigmática soledad de las profundidades. Comprobó que no había ni tres metros hasta el fondo. De repente, notó la firmeza de un brazo que la agarraba por la cintura y tiraba de ella hacia arriba. Ya fuera del agua, se encontró cara a cara con la mirada ardiente de Gea. La mujer morena la sujetaba contra su cuerpo mientras se movía lo justo para que las dos se mantuvieran en la superficie. Sin que hiciera falta palabra alguna, comenzaron a besarse con hambre. Mientras Gea exploraba la boca de Norma lentamente, una de sus manos se perdió dentro del bikini, haciendo que esta se apartara para tomar aire a bocanadas. Aquella mujer desataba infiernos interiores que desconocía poseer. Cuando quiso darse cuenta, la morena la había arrastrado hasta la cascada y, haciéndole traspasar su manto poderoso, le mostró uno de los lugares lujuriosamente ocultos de Eterna. Contra la pared de piedra, Norma supo lo que era el deseo sin fisuras. Ni siquiera le importaba que pudiera oírlas o verlas alguien. Se dejó llevar por aquellos dedos que la quemaban con un ardor que jamás había conocido, mientras los ojos implacables de Gea le mantenían la mirada absorbiendo cada uno de sus gestos de gozo, adivinando cuál de sus caricias la hacía volar más lejos del suelo. *Por la diosa, me tienes hechizada...*

No obstante, si había pensado que Norma iba a mantenerse pasiva, estaba en un error. Guiada por la pasión, la mordió en un hombro, al tiempo que sus manos encontraban también los puntos más débiles de la morena. Esta soltó un hondo gruñido y sus manos aceleraron el proceso, induciendo a Norma a que se dedicara con más ahínco a satisfacer sus deseos. Al instante, los sonidos de placer de ambas quedaron ahogados por el atronador ruido del agua precipitándose desde lo alto.

Gea se soltó del abrazo y la miró a los ojos durante segundos interminables, sin decir una sola palabra. *Eres una mala influencia...*

Norma no pudo descubrir qué había en la mente de esa mujer que, después de hacerle el amor de una forma salvaje y delicada a la vez, se sumergió de nuevo, desapareciendo tras la gruesa cortina de la cascada. Le hacía sentir muchísimas cosas, pero era absolutamente indomable. Cuando se disponía a salir de allí, se dio cuenta de que había perdido la parte baja del bikini durante el encuentro. Maldiciendo interiormente, nadó hasta donde había dejado

sus cosas. Al salir del agua procuró adoptar una actitud despreocupada. Sobre la hamaca en la que había dejado su ropa estaba la pieza que le faltaba. Gea había demostrado tener un perverso sentido del humor. Se puso la prenda, envolviéndose en el albornoz. Su primer impulso fue echar un vistazo alrededor, esperando que sus actos no hubieran causado demasiada expectación. Hebe salía en ese momento del lago y la miró sonriendo. Norma intentó con todas sus fuerzas no sonrojarse. Hizo acopio de todo su orgullo para mirar a los ojos de su amiga. No veía por ninguna parte a Hilda. Tampoco a Iduna. Y estaba claro que Gea se había ido.

—Si quieres jugar con nosotras a *sweetball* tienes unos minutos para secarte y ponerte otro bikini. Quedamos directamente en el estadio.

—¿Otro bikini? —preguntó Norma sorprendida. Su incomodidad se esfumó como por ensalmo.

—Sí, el *sweetball* se juega en bikini. Puedes venir con cualquier conjunto de ropa encima, pero en los vestuarios tendrás que quitártelo. Ponte el blanco, jugarás en mi equipo. Será divertido.

Hebe se alejó y Norma la siguió con la mirada durante unos segundos. Estaba claro que en aquella ciudad primaba la diversión por encima de cualquier otra cosa. Ahora bien, no le extrañaba. Acababa de disfrutar de un encuentro sexual intenso y su cuerpo parecía dispuesto a empezar de nuevo. Ni siquiera sentía el menor atisbo de cansancio o laxitud. La constatación de su nuevo estado le produjo una euforia indescriptible. Ajustando el cinturón del albornoz, se dispuso a regresar a su vivienda.

\*\*\*

Iduna estaba a punto de salir hacia el estadio para participar en el partido de *sweetball* de esa semana, uno de los acontecimientos que las ciudadanas esperaban con mayor expectación. Solo había una actividad que lo superara en interés: la ceremonia mensual. Todavía disponía de unos minutos, así que se sentó ante su ordenador portátil y abrió la aplicación de una conocida red social. Solo ella y Gea —como responsable principal de la seguridad de Eterna— tenían acceso completo a internet dentro de la ciudad. Buscó la página que había visitado decenas de veces en los últimos meses. Los ojos color esmeralda de Patricia la reclamaban desde su foto de perfil. Se maldijo por no poder desprenderse de sus sentimientos. Desde que ella había decidido huir de allí, no había ni un solo día que su recuerdo no la martirizara. Apagó el ordenador y metió su tarjeta de seguridad en un bolsillo del pantalón. Justo cuando estaba a punto de alcanzar la puerta, sonó su teléfono móvil. Pensó que sería Gea para comunicarle algún problema que hubiese surgido, pero cuando vio el nombre que aparecía en pantalla, cerró los ojos y apoyó la espalda en la pared.

## La llamada

Patricia regresó al salón y se dejó caer en el sofá. Pensó que en la terraza cabía la posibilidad de que la oyera alguien. Abriendo la guía de su teléfono móvil, contempló el nombre del contacto que tantas veces había estado a punto de borrar. Intentó imaginar dónde estaría en aquel momento. Igual se encontraba haciendo algo que no le permitiera oír su llamada. O, simplemente, puede que no respondiera, que hubiera perdido todo interés en ella. Incluso era posible que hubiese borrado su número después de tanto tiempo. Era consciente de cómo le palpitaba la vena del cuello. No obstante, tenía que intentarlo. Apretó la tecla y se puso el teléfono en la oreja. La mano que sujetaba el aparato temblaba ostensiblemente. Al tercer pitido, escuchó la voz que tanto había deseado y temido.

—He estado esperando tu llamada cada día.

Patricia notó que las lágrimas se agolpaban en sus ojos y tragó saliva, procurando que la voz no la delatara.

—Necesito verte.

—Voy a tu casa ahora mismo.

—¡No!

La negativa le salió de la garganta sin pensar.

—Nos veremos mañana en el paseo marítimo. A las doce, en Vivir sin Dormir —propuso Patricia con firmeza.

—Me gustaría disponer de un poco más de intimidad.

—Quiero que hablemos. Si estamos a solas no podremos hacerlo.

—Está bien. Acepto tus condiciones.

En cuanto colgó el teléfono, Patricia se llevó las manos a la cara y apretó con fuerza, intentando ordenar las múltiples emociones que se agolpaban en su cerebro. No obstante, tenía que reconocer que una corriente de euforia la recorría por dentro.

*He estado esperando tu llamada cada día.*

Estaba hecho. Iba a verla de nuevo.

\*\*\*

Las horas parecían transcurrir con una torturadora lentitud. Se obligó a sí misma a esperar y se fue de casa cuando solo faltaba un cuarto de hora para el encuentro. No quería llegar antes que ella. Las circunstancias jugaban a su favor, ya que el aparcamiento en la zona del paseo marítimo en esa época del año requería grandes dosis de paciencia. Consiguió estacionar el coche a unas manzanas del lugar de la cita. Esperaba que Iduna no se diera cuenta de lo ansiosa que estaba por verla, de lo mucho que había deseado lo que estaba a punto de ocurrir. Sin embargo, era muy difícil ignorar las señales que emitía el vestido corto ajustado a sus curvas y los altos tacones que realzaban su figura. Había estado yendo al gimnasio con asiduidad durante aquellos meses. El ejercicio físico siempre la ayudaba a liberar energía, a olvidarse de las necesidades acuciantes de su cuerpo. De rebote, había conseguido un aspecto que atraía miradas tanto de hombres como de mujeres. Llevaba la melena suelta por debajo de los hombros y había mantenido un color de piel envidiable durante los últimos meses, recurriendo a sesiones programadas de rayos UVA. Cualquiera la calificaría como una mujer espectacular y segura de sí misma. Ella se esforzaba por encajar dentro de ese papel a medida que se aproximaba al local donde había quedado con Iduna. Necesitaba dejar atrás toda

debilidad, precisaba sentirse poderosa para conseguir equilibrar aquella cita, para lograr que cediera ante las condiciones que le iba a proponer, para que no supiera que el corazón le latía desbocado ante la idea de verla.

Vivir sin Dormir hacía honor a su nombre al permanecer abierto desde las once de la mañana hasta su cierre a altas horas de la madrugada. El local era tan afamado que a las doce del mediodía ya era difícil encontrar una mesa sin ocupar. Era justo lo que Patricia quería: estar rodeada de gente, al aire libre, en unas condiciones que imposibilitaran la intimidad. Dado que el local tenía salida a dos calles, prefirió caminar hasta el paseo marítimo y entrar por la puerta que daba a la playa en lugar de hacerlo por la vía trasera. El paseo estaba abarrotado de gente que pretendía disfrutar del verano. El calor persistente empujaba a todo el mundo hacia el mar.

Desde los cincuenta metros que la separaban de la terraza del local pudo distinguirla sin ningún género de dudas. El corazón brincó en su pecho. Era imposible no reconocerla. Estaba sentada en primera línea, oteando el horizonte. Ella no se había percatado de su presencia, así que Patricia aminoró el paso y aprovechó para contemplarla a placer. La fina blusa resaltaba su bronceado y le marcaba un torso que ella conocía muy bien. La tela formaba una combinación perfecta con sus ojos, que en ese momento permanecían ocultos tras las gafas de sol. La larga melena cobriza ondeaba suelta y despeinada por la caricia del viento. Patricia tragó saliva y se dirigió con paso firme hacia ella. Ahora no podía flaquear. En cuanto Iduna la vio, dejó las gafas sobre la mesa, irguió su casi metro noventa de superioridad y fue unos pasos a su encuentro. Las dos mujeres se miraron sin tocarse. Transcurrieron algunos segundos antes de que ninguna de las dos pudiera dirigirse la palabra.

—Estás preciosa —susurró Iduna por fin.

Por mucho que se hubiera preparado para escuchar esa voz enronquecida, personal, su sonido se le clavó en el alma.

—Tú también, como siempre —dijo, sin permitirse sonreír.

Evitando cualquier otro saludo que la obligara a entrar en contacto físico, Patricia cubrió el espacio hasta la mesa y se sentó.

Iduna esperó a que ella se acomodara para volver a ocupar su lugar.

—¿Qué quieres beber? —dijo, haciéndole una señal a la camarera que en aquel momento se acercó hasta allí—. Yo estoy tomando vino blanco.

—Lo mismo, gracias.

No volvieron a decir nada hasta que la chica dejó la copa de Patricia sobre la mesa y se marchó.

—Tenemos mucho de que hablar y no creo que este sea el escenario adecuado —señaló Iduna con suavidad.

Sus ojos la taladraban. Patricia apartó la mirada y la dirigió hacia el mar. El corazón se le agolpaba en la garganta y le faltaba el aire. Como una broma del destino, en el local sonaba en aquel momento la voz de Beyoncé cantando *Sandcastles*.

*«... and your heart is broken because I walked away, show me your scars and I won't walk away...»*

—No me fío de estar a solas contigo —dijo por fin.

—Creo haberte demostrado que te respeto.

Patricia permaneció callada. Tenía miedo de sí misma, pero aquello no podía decirlo en voz alta.

—No voy a tocarte. Por favor, vámonos de aquí —continuó Iduna—. Hay oídos por todas partes. Y no dejan de mirarnos.

—¿Te parece raro? —soltó Patricia con humor, intentando ocultar sus sentimientos.

—Por favor...

—De acuerdo —dijo al cabo de unos segundos. Apuró de un solo trago su copa y se levantó—. Ya sabes dónde está mi casa. Te espero allí.

Sin darle tiempo a contestar, echó a andar por el paseo. Ni siquiera se giró. Mientras aceleraba el paso no dejaba de pensar en que aquello era un error, pero ya no podía dar marcha atrás. Iduna dejó un billete sobre la mesa y contempló cómo se alejaba. Después caminó con determinación hacia el aparcamiento.

Llegó a su casa pensando en la ventaja que le otorgaba disponer de una plaza de parking en el edificio. Se dijo que Iduna tardaría algunos minutos en poder estacionar el Mustang en el barrio. Fue hasta la cocina, preparó un aperitivo y lo sacó a la terraza. Tan solo iban a hablar, no tenía por qué ponerse tan nerviosa. Descorchó una botella de vino, la puso en una cubitera y sacó dos copas. El sonido del timbre la asustó, provocando que diera un respingo. Abrió sin preguntar. En pocos segundos la tendría ante ella. Iba a meter al lobo en casa, pensó aterrorizada. Cuando oyó el ascensor deteniéndose en su planta, abrió la puerta.

Iduna salió y avanzó hacia ella, haciendo que el pulso se le acelerara en las venas. En cuanto estuvo dentro, Patricia se volvió y cerró la puerta. De inmediato, sintió sus manos en la cintura tirando hacia atrás. Las rodillas le fallaron. La mujer pelirroja le dio la vuelta y la enfrentó con la mirada.

—No me toques, por favor...

Ignorando las palabras, hizo caso a lo que sus ojos le gritaban y enmudeció sus protestas con los labios. Patricia sintió el hambre de aquella boca y abandonó toda posibilidad de razonar. *Cómo echaba de menos sus besos...* La envolvió con intensidad la fragancia a bosque, a tierra, a peligro, cegándole la parte racional de la mente. Ella la presionó con su cuerpo contra la pared, pero Patricia no estaba dispuesta a ceder el poder. Con un rápido movimiento, salió de la encerrona y la empotró contra el muro, mientras la besaba desaforadamente hasta dejar sus labios hinchados. *Hacía tanto tiempo...*

En algún momento Iduna debía de haber metido las manos bajo su corto vestido, ya que el tanga se le había enredado en los tobillos. De una patada lo apartó lejos y desabrochó con furia el pantalón de la pelirroja introduciendo los dedos en el lugar que tanto había añorado. *Oh, Dios mío...*

Iduna emitió una queja que se parecía más a un gruñido y la contienda las llevó hasta el suelo. Patricia tenía ya el vestido enrollado en la cintura. A pesar de las quejas, la boca de Iduna se apropió de la parte de su cuerpo que pensaba por sí misma, inmovilizándole las caderas con los fuertes brazos. Patricia chilló y se aferró a su pelo, tirando de él hasta que la otra tuvo que aflojar la presión que ejercía con las manos. Si alguien las estuviese contemplando no sabría distinguir si se peleaban o hacían el amor frenéticamente. En ese instante, Patricia aprovechó para hacerle un cepo con las piernas y voltearla, aplicando todo el peso de su cuerpo para mantenerla quieta bajo su control. Esta emitió una risa ronca, cargada de excitación. Patricia volvió a llevar los dedos hasta su zona incandescente y vio como el gris del iris comenzaba a adquirir un tono metalizado, oscuro, entregándose sin remisión a las caricias. Se había rendido por fin. Su pelvis comenzó a moverse al ritmo imperioso que le imponía. Sin dejar de acariciarla, le ordenó que la poseyera y ella obedeció. Sus ojos delataban un deseo furioso, incontrolable. *Dentro, te necesito dentro...* Patricia cabalgó como una amazona enardecida contemplando la mirada nublada por el placer de la mujer que tenía debajo. El sudor le perlaba la frente por el esfuerzo de retener el orgasmo que se avecinaba intenso,



demoledor. De la garganta de Iduna brotó su nombre con un gemido estremecedor. Esa fue la gota que colmó el vaso. Patricia soltó las riendas y se abandonó a un goce tan profundo que la llevó a flotar de nuevo sobre las aguas de Eterna, aferrada a la locura de la diosa de fuego.

Tras aquella lucha tan íntima, las dos yacían exhaustas sobre el parqué de la entrada. Ni siquiera habían avanzado un metro hacia el interior de la vivienda. Patricia se esforzaba en recobrar el resuello, desmadejada sobre el cuerpo de Iduna. Esta tenía los ojos cerrados, saboreando una derrota que sabía a triunfo.

—¿Ves como no me puedo fiar de ti? —dijo al cabo de unos segundos con la respiración todavía entrecortada.

—Te he echado tanto de menos... —declaró sin responder a su pregunta.

Patricia se incorporó y la miró a los ojos.

—Dejaste que me perdiera en los túneles. Estuve a punto de morir.

—No me lo recuerdes, por favor.

—¿Que no te lo recuerde?

—Tú no sabes lo que me destrozó hacerlo.

—¡Pero lo hiciste! ¡Las normas por encima de todo!

Se levantó arreglándose el vestido y comenzó a andar hacia el interior de la casa. Iduna permaneció tumbada en el suelo durante un segundo. Después se incorporó y fue tras ella. La encontró en la terraza, sirviendo vino en las copas. Vio como se dejaba caer en una de las hamacas con la bebida en la mano, contemplando el horizonte con gesto inexpresivo. Iduna agarró su copa y ocupó la otra hamaca.

—Respeté tu decisión y confié en tu silencio.

—En la carta decías que estabas dispuesta a cambiar las normas —la interrumpió—. ¿Era cierto o solo un subterfugio para que volviera?

—Absolutamente cierto. ¿Por qué has tardado tanto? He estado esperando tu llamada cada día, cada hora durante estos meses.

—Sabes la respuesta. No sé si creerte.

—Hay muchas cosas que han cambiado desde que te fuiste —Iduna contemplaba el cielo con los ojos entrecerrados mientras hablaba—. Convoqué a la asamblea y abolí la prohibición.

—¿Qué quieres decir?

—Que ahora un sinfín de parejitas felices recorren Eterna, a riesgo de que todo explote por los aires.

—¿Lo ves? Sigues sin creer en ello. ¿Cómo voy a regresar contigo sabiendo que eres incapaz de una relación monógama? ¿Cuánto tiempo aguantaste sin acostarte con otra? ¿Hasta la siguiente ceremonia?

—Desde que te fuiste se acabó.

—¿Qué se acabó?

—Ya no me acuesto con las iniciadas. Ellas eligen al lado de quién quieren despertar de entre una serie de candidatas voluntarias. Yo no figuro en la lista.

Patricia la observó en silencio. Quería creer en sus palabras, pero temía demasiado que volviera a hacerle daño. Ella se incorporó para sentarse en el borde de la hamaca.

—Puedes decidir no creerme, pero te aseguro que no me he acostado con nadie desde tu partida. Te puedes hacer una idea de lo doloroso que ha sido a nivel físico dentro de Eterna.

—Eras libre de hacerlo —dijo sin mirarla, aunque esas palabras aceleraron los latidos de su corazón.

—No pude. Te veía por todas partes.

—¿Me estás diciendo la verdad?

Los ojos de Patricia la miraron con fijeza para leer en su rostro cualquier signo de engaño. Iduna se aproximó muy despacio y la besó con una dulzura desconocida.

—Ven.

La agarró de la mano para conducirla al dormitorio. Desnudas en cuerpo y alma, hicieron el amor durante horas, riéndose a carcajadas, llorando de emoción; con ternura, con arrebatos, durmiendo a trechos, despertando de nuevo con hambre en las manos. Tan solo salían de la cama para poder alimentarse. Después regresaban presurosas con el fin de recuperar las caricias perdidas.

—Vuelve conmigo. Nada tiene sentido sin ti —le pidió Iduna.

—Sabes que quiero estar contigo, pero todavía hay muchas cosas que tenemos que hablar.

—Entonces, hablemos —dijo apoyándose sobre un codo.

—Eterna es una jaula de oro. No quiero vivir encerrada.

—Sabes que es solo temporal. Estamos más cerca de lo que piensas de salir de allí y exportar nuestra sabiduría al mundo, convertirlo en un lugar mejor donde vivir.

—Antes hablabas de controlarlo.

Iduna suspiró.

—He tenido mucho tiempo para pensar y no sabes cuántas cosas me he replanteado desde que te marchaste.

—Entonces, ¿cuál es ahora tu objetivo?

—Ya ni siquiera estoy segura. Mi padre me habló de la responsabilidad que conllevaba ser inmortal y te aseguro que a veces dudo poder llevar ese peso. Ni puedo, ni quiero ser quien dirija el mundo. Pero sé que es mi obligación mejorarlo de alguna forma. Estoy a punto de tomar la decisión de abrir las puertas de Eterna de una vez. No tengo ningún derecho a retener a las ciudadanas si quieren marcharse. Creo que ha llegado el momento de que cada una se responsabilice del secreto que compartimos. Es indudable que la seguridad de todas depende de nuestro silencio, pero creo que nuestra sociedad ha llegado a una madurez suficiente. Ya no le encuentro sentido a estar allí encerradas con la cantidad de cosas que hay que cambiar fuera.

—Me sorprende mucho lo que estás diciendo. ¿Cómo vas a conjugar eso con la dependencia física y económica que tienen contigo? Ten en cuenta que perdieron sus vidas anteriores para unirse a Eterna.

—Tengo muchísimos planes que te iré contando. Desde luego, no las voy a dejar a su suerte, a no ser que eso sea lo que ellas elijan, pero habrá que poner esos planes en práctica progresivamente.

—Me gustará conocerlos.

—Y a mí contártelos. Espero disponer de mucho tiempo para hacerlo. ¿Vas a regresar conmigo? Porque si no es así, me gustaría saber por qué tomaste la decisión de volver a verme.

Patricia permaneció pensativa un momento antes de responder.

—Miles de veces pensé en regresar, pero no voy a mentirte, ha habido un detonante que me ha hecho tomar finalmente la decisión. Voy a volver contigo, pero tengo que pedirte un favor.

—Dime.

—Tengo una buena amiga que está muy enferma. Un cáncer terminal. Solo en Eterna podría sobrevivir. Quisiera llevarla a ella y a su pareja.

—¿Les has contado la existencia de Eterna? —inquirió seria.

—No, pero me gustaría hacerlo. Para mí son como mi familia, Iduna. Y están sufriendo mucho.

—Lo que me pides rompe todas las reglas.

—Lo sé. Si aceptaran se quedarían en Eterna. Eso se lo dejaría muy claro.

—¿A qué se dedican?

—La que está enferma es una abogada muy buena. Se llama Eva y trabaja conmigo en el bufete. Su pareja es María. Es pintora, una artista excepcional.

—¿Y estarían de acuerdo en vivir allí?

—No lo sabré hasta que se lo contemos, aunque, vistas las opciones, no creo que les quede otra salida. Llevan juntas media vida.

Iduna se mantuvo callada durante unos segundos.

—No me has contado cómo conseguiste salir de los túneles —dijo mirándola profundamente a los ojos, sabiendo que tocaba un tema doloroso.

—Gracias a Alejandra, la hija de cinco años de otras amigas, Mel y Carla. Es una niña muy especial que, entre otros dones, ve el futuro. Ella les guio hasta donde me encontraba, la salida de Sos del Rey Católico. Estuve muy cerca de la muerte.

—Lo siento muchísimo. ¿Podrás perdonar mi obcecación algún día?

—Creo que ya he empezado a hacerlo —respondió acercando sus labios.

## El partido

Norma llegó al estadio y se dirigió a los vestuarios. Imaginaba que sus amigas estarían allí. Como esperaba, en el interior encontró a Gea, Hebe y Hilda junto a otras chicas. Estaban preparándose para salir al terreno de juego. Se quitó la ropa y la dejó en la taquilla que Hebe le indicó. Gea y Hilda llevaban los bikinis de color lavanda, mientras que Hebe y ella los llevaban blancos. Gea la miró una décima de segundo para continuar untándose la piel con algo que iba extrayendo de una botella transparente. Se trataba de un líquido oleoso, puesto que el cuerpo le brillaba por entero. El fulgor de su piel unido al perfume que desprendía la loción le excitaron de nuevo los sentidos. Reconoció el sensual aroma del azahar. Las otras se habían embadurnado también con aquello y sus pieles estaban radiantes.

—¿Qué hacéis? —preguntó Norma. No se podía creer lo que estaba presenciando. A pesar de sus esfuerzos, sus ojos no podían apartarse de la figura resplandeciente de Gea.

—Toma —respondió Hebe sonriendo, pasándole su botella—. Es aceite corporal.

—¿Vamos a jugar con esto puesto?

—¿Qué crees que hace tan interesante el *sweetball*? —rio Hilda—. Nos escurrimos todo el rato de los brazos de nuestras contrincantes. Vuelve el juego muy resbaladizo y fragante. Te va a encantar.

—¿Has visto a Iduna? —preguntó Hebe—. Llevamos rato esperándola.

Antes de que pudiera responder, se escuchó el tono amortiguado de un teléfono móvil. El sonido procedía de la taquilla que había junto a Gea. Esta la abrió con su tarjeta de seguridad y respondió de inmediato, alejándose unos metros para poder hablar en la intimidad.

—No sabía que aquí se permitieran los teléfonos —señaló Norma.

—Solo tienen móvil Iduna y ella. Gea es la máxima responsable de seguridad de Eterna.

Norma tomó nota mental del dato. Cabía la posibilidad de que en algún momento tuviera a su alcance ese teléfono. Ya había constatado que tampoco podía avisar a Margot mediante correo electrónico ni por internet. La red que había en Eterna tenía un uso restringido a determinadas páginas y no permitía ningún contacto con el exterior.

Al cabo de un minuto, Gea regresó y guardó el móvil en su taquilla, dejándola bien cerrada. Algo en su actitud había cambiado. Parecía enfadada.

—Francesca, hoy te toca jugar en el equipo blanco —ordenó a una chica morena de ojos claros que todavía no se había cambiado.

—¿Iduna no va a venir? —preguntó Hebe con cara de extrañeza.

—No —respondió sin dar más explicaciones.

Mientras se embadurnaba con aquel aceite embriagador, Norma vio cómo se llevaba a un rincón a las otras dos y hablaba con ellas en tono airado. Algo había ocurrido. Algo que a Gea no le hacía ninguna gracia.

—¿Ha pasado algo? —les preguntó en cuanto se volvieron a acercar a ella.

—No. Iduna ha tenido que irse para ocuparse de unos asuntos. Ya volverá. Ahora vamos a divertirnos —contestó Hilda—. Me hubiera gustado que la hubieras visto en acción. Es una fiera. Pero tendrás miles de ocasiones, no te preocupes.

—Bueno, ya me diréis qué tengo que hacer..

—Procurar que nadie atraviese nuestra línea de fondo con la pelota —explicó Hebe, que jugaba en el mismo equipo que Norma—. Tienes que placar a la que veas acercarse con el bikini lavanda y la bola en la mano e intentar quitársela.

—¡Madre mía! No sé si seré capaz —rio.

—Confía en tu nuevo cuerpo —dijo Hilda guiñándole un ojo—. Te sorprenderás.

Norma salió al estadio tras ellas y se quedó de piedra al llegar a la cancha de juego. El pabellón deportivo estaba absolutamente abarrotado. No cabía ni un alma más en las gradas. Las doce jugadoras saludaron a un público entregado que las vitoreaba sin cesar. Después se colocaron en lados opuestos del terreno de juego. Norma, Hebe y otras cuatro integrantes de su equipo se colocaron en el fondo sur. Constituían el equipo blanco. En el fondo norte se situaron Gea, Hilda y cuatro mujeres más, todas ellas ataviadas con los bikinis de color lavanda. En cada lateral había una mujer vestida de color arena. Se trataba de las responsables del arbitraje del partido. Una de ellas colocó en el centro de la línea intermedia del campo una bola dorada, del tamaño de una pelota de vóley, retirándose después a su banda lateral. Al cabo de unos segundos, la otra emitió un pitido con su silbato y los dos equipos se lanzaron a toda velocidad a por la bola. Norma se quedó momentáneamente paralizada hasta que vio que Hebe salía como una bala hacia el centro y corrió en pos de ella. Pudo ver como Gea lograba atrapar la bola antes que nadie y zafarse de las manos de Hebe para correr por el lateral con su presa dorada bajo el brazo. Una rubia del equipo blanco logró placarla y tirarla al suelo, consiguiendo que la pelota se le escurriera de las manos, ocasión que aprovechó Hebe para agarrarla y correr hacia el fondo contrario. En ese instante fue Hilda la que se lanzó a la cintura de Hebe, provocando que rodaran ambas por el suelo con la pelota entre las dos. De inmediato, dos chicas del equipo lavanda se echaron sobre ellas formando una melé de cuerpos enredados. Ni siquiera se veía la bola. Todas las jugadoras se concentraron alrededor, vigilando el revoltijo de brazos y piernas que había en el suelo. En un momento dado, Norma vislumbró que la pelota asomaba por debajo de los cuerpos. Sin pensarlo ni un segundo, tiró de ella y la robó, comenzando a correr hacia el fondo perseguida por varias jugadoras del equipo contrario. Excitada, podía oír las respiraciones aceleradas tras ella. Estaba maravillada por la agilidad de su nuevo cuerpo. Se sentía ligera como una pluma y se dio cuenta de que ninguna lograba alcanzarla. Atravesó rauda la línea de fondo, lo que hizo estallar en gritos y vítores al estadio entero. *¡Había conseguido un tanto!*, se dijo con alborozo, mientras recibía los abrazos de sus compañeras de equipo que se precipitaban sobre ella para felicitarla. En la distancia, vio a Gea observándola con los brazos en jarras. Norma no pudo evitar que se le escapara una sonrisa provocadora. Regresaron a sus puestos y, tras un segundo toque de silbato, todas volvieron a correr hacia la bola. En esa ocasión, fue Hebe la que consiguió hacerse con ella. Al ver que Hilda y otra chica lograban alcanzarla, le lanzó la bola a Norma, que salió como una exhalación por el lateral. Esta vez no iba a resultar tan fácil. Gea corría hacia ella como un huracán. Cuando faltaban escasos pasos para llegar a la línea de fondo, ella se lanzó a su cintura, arrastrándola al suelo. Las dos resbalaron varios metros a causa del aceite, entrelazadas estrechamente. Norma se empeñaba en no soltar la pelota, lo cual resultaba de lo más difícil, ya que tenía a Gea sobre ella y el aroma del azahar nublándole la mente. A todo ello se añadió el peso de otras dos jugadoras que se le echaron encima. Se encontraba bajo un montón de mujeres hermosas, pero lo único de lo que era consciente era del musculoso cuádriceps de Gea presionando contra su entrepierna y de la proximidad de su boca. Se abrasaba de calor, y no precisamente por la aglomeración de cuerpos. A pesar de ello, continuó en su empeño de no dejarse arrebatar la pelota, que mantenía apretada junto a su costado, hasta que los labios de Gea le hicieron perder la noción de dónde estaba. La lengua de la mujer latina acarició el interior de su boca y ya no pudo ser consciente de lo que había a su alrededor. *Me vuelves loca...* Ni siquiera se dio cuenta de que las otras dos jugadoras le habían quitado la bola y se peleaban enredadas dos metros más allá. Gea la besaba con una entrega

sin igual en el centro del estadio, mientras arreciaban los gritos de las mujeres del público. Cuando estaba a punto de perder la dignidad y dejarse llevar por el deseo que la consumía, la morena se separó de ella de golpe, no sin antes dejarle ver la furia arrebatada que transmitían sus ojos. *No sé cómo librarme de ti...* En absoluto silencio, la dejó tumbada en el suelo y salió corriendo hacia las que seguían luchando por la pelota. Norma tardó unos segundos en reaccionar. Toda la sangre se había agolpado en la misma parte de su organismo y le costaba hilar un pensamiento coherente. Por fin se puso en pie y trató de incorporarse al juego. Por mucho que deseó que la escena se repitiera, ya no volvió a ser protagonista de un encuentro similar en la media hora que duró el partido. Gea parecía haber renunciado a perseguirla y los placajes a los que fue sometida por parte de otras jugadoras no fueron acompañados por ningún tipo de maniobra de seducción. El partido acabó con un empate a tres tantos, lo cual era absolutamente irrelevante. Norma se dio cuenta de que hacían aquello por pura diversión. Cuando finalizó el encuentro, se retiraron a sus viviendas para ducharse. Habían quedado en verse más tarde dentro del restaurante.

Pensó que no le importaría pasar una temporada en la ciudad. Si todo seguía así, iba a ser una tarea bastante agradable encontrar la fórmula permanente de la eterna juventud.

## La revelación

Iduna contemplaba a Patricia con gesto serio. Esta estaba buscando un contacto en su teléfono móvil. Por fin, apretó una tecla y se lo puso al oído. Al segundo pitido alguien le contestó al otro lado.

—¿Patricia? Siento haberte puesto en esta situación horrible, de verdad —dijo María sin dejarla hablar.

—Tranquila, María, he decidido ayudaros. Me gustaría presentaros a alguien. ¿Podemos vernos en unos minutos?

—Venid cuando queráis, nosotras no vamos a ir a ninguna parte.

—Vale, pues en media hora estaremos ahí.

—Os esperamos. Patricia...

—Dime.

—Gracias —susurró con un hilo de voz.

—No me las des todavía. Luego nos vemos.

En cuanto colgó el teléfono, María se volvió hacia Eva.

—Cariño, Patricia va a venir con alguien.

—¿Y?

—Que tengo el presentimiento de que puede ayudarte.

Eva se pasó las manos por la cabeza, retirando el flequillo rebelde de su cara. Miró hacia la pared sin contestar. Desde hacía unas horas estaba encerrada en un mutismo desesperanzador. María había conseguido que se apartara del alcohol. No obstante, desde que se enteró de su enfermedad apenas había probado la comida. Siempre había sido de constitución frágil, pero en las últimas horas se había hecho todavía más patente una delgadez extrema.

En el reducido interior del Ford Mustang de Iduna, Patricia la observaba como si todavía no creyera que estuviera allí, a su lado. Puso su mano sobre la que ella tenía apoyada en el cambio de marchas.

—Gracias por confiar en mí. Soy consciente de todo lo que estás arriesgando por mi culpa.

—Me demostraste la clase de persona que eres y sé que no me equivoqué al devolvarte tu pasado. Como te he dicho, he podido pensar en todo lo que me dijiste. Soy yo la que estoy agradecida por haberme abierto los ojos respecto a muchas cosas. Por eso te quiero a mi lado —respondió devolviéndole una mirada de un gris intenso—. Necesito que me ayudes a llevar esta carga, que me alientes cuando ya no pueda más y que me digas lo que piensas cuando creas que me equivoco. Aunque tuviera que llevarme a Eterna a todas tus amistades, valdría la pena.

Patricia tiró de los dedos de Iduna y besó el dorso de su mano.

Al cabo de unos minutos, María escuchó el timbre de la puerta y vio a las dos mujeres en la pantalla del videoportero. De inmediato, abrió la verja de entrada. Las visitantes avanzaron por el sendero del jardín hacia el porche de la vivienda.

—Es bonita —comentó Iduna, admirando las líneas redondeadas de la casa de estilo ibicenco, con la fachada de un blanco refulgente.

—Sí, siempre me ha transmitido una sensación de paz. Es muy del estilo de María, ya lo verás.

Iduna contempló a la mujer de largos mechones rubios ondulados que las estaba esperando ante la puerta abierta. Sus ojos, de un azul intenso, estaban algo enrojecidos y enmarcados por leves ojeras. La mirada de María llevaba la esperanza tatuada.

—Hola —dijo la recién llegada alargando la mano—. Me llamo Iduna.

—Muchísimas gracias por venir. Soy María. Pasad —dijo estrechándole la mano con una sonrisa luminosa. No podía disimular la sorpresa ante el aspecto imponente de la mujer que acompañaba a Patricia.

Eva estaba sentada en el sofá y ni siquiera se levantó cuando María entró en el salón acompañada por las dos mujeres. No obstante, salió de su mutismo.

—¡Genial! El famoso personaje de pelo rojo... —soltó en tono sarcástico.

—¿Qué sabe de mí? —preguntó Iduna, volviéndose hacia Patricia con gesto preocupado.

—¿Te acuerdas de Alejandra, la hija de mis amigas Mel y Carla de la que te hablé? Hizo un dibujo de las dos. Tú llevabas la daga en la mano. Mis amigas pensaron que me estabas amenazando con algo punzante. No te preocupes, nunca les revelé quién eras ni lo que había ocurrido.

—La verdad es que, la amenazaras o no con esa daga, el hecho de encontrar a Patricia en el estado en el que estaba no te dejó en muy buen lugar.

—Eva, eso ha quedado atrás. Iduna ha venido a ayudarte —señaló Patricia, conciliadora.

—Veo que no tienes pelos en la lengua y eso me gusta. Se nota que eres una luchadora. Necesitamos mujeres así —señaló Iduna.

—¿Necesitamos? No sé si Patricia te ha dicho que me estoy muriendo. No tengo tiempo que perder, así que cuéntame qué vienes a ofrecerme. Espero que no sea un balneario con tratamientos milagrosos que consigan alargar mi agonía. Te advierto que no soy de las que esperan a que la muerte les llegue. Me gusta elegir.

—Cariño, por favor... —rogó María, poniéndole una mano en el hombro.

—No voy a hacerte perder el tiempo, Eva. Al contrario, voy a darte más del que supones. Como creo que te gusta la sinceridad, lo primero que quiero que sepas es que esto no lo hago por un motivo altruista. Lo hago porque quiero a Patricia, vosotras sois sus amigas y ella me lo ha pedido.

—De hecho, lo que está haciendo por vosotras pone en un riesgo enorme su proyecto —intervino Patricia.

—Muy bien, soy todo oídos —declaró Eva, sin muchas ganas.

—¿Cuántos años dirías que tengo? —preguntó Iduna.

—¿Vamos a empezar con acertijos? —soltó Eva con cara de hastío.

—Respóndeme.

El tono imperioso de su voz y su expresión corporal hizo que Eva relajara su actitud.

—Aparentas unos veintitantos, pero algo me dice que eres mayor —se decidió a contestar por fin—. ¿Treinta y cinco?, Pat, cada vez te las buscas más jóvenes —dijo con un atisbo de humor que no podía ocultar su cansancio.

—Mírame a los ojos —ordenó Iduna, sentándose a su lado en el sofá—. Tengo noventa y ocho años.

—¿Has venido a tomarme el pelo? —soltó airada.

—Te está diciendo la verdad, Eva —señaló Patricia.

—A la mierda. Las dos —dijo, mirando alternativamente a una y a otra. Se levantó con esfuerzo y desapareció del salón.

—Por favor, no se lo tengáis en cuenta. Ahora mismo la hago volver, por favor... —rogó María, contemplando a Iduna con asombro por lo que acababa de revelar.

—Tranquila, ve a por ella —contestó Patricia.

María entró en la cocina y encontró a Eva a punto de servirse una copa de *bourbon*. Sin



pensarlo siquiera, se la arrebató de las manos.

—¡Eva Arráez! Vas a salir ahí y a escuchar lo que quiera que tengan que contar por muy absurdo que parezca, o te juro que me mato y te dejo sola con esto.

Eva se volvió iracunda hacia ella y las dos se contemplaron con furia retadora. Al descubrir una decisión tan inusual en la mirada de su pareja, Eva no pudo evitar que se le escapara una risita.

—Eso ya lo hiciste una vez...

—¡Sí, pero ahora será de verdad! —respondió María, contagiándose de la breve risa que tanto había echado de menos—. Anda, vamos.

Entrelazó los dedos con los de Eva y tiró de ella un poco, hasta que notó que se rendían sus defensas y aflojaba su testarudez.

—Eva está lista para escuchar lo que tengáis que decir —anunció María en cuanto regresaron al salón, obligando a su pareja a volverse a sentar en el sofá. Se puso junto a ella y ya no le soltó la mano por miedo a que perpetrara otro amago de huida.

—Por favor, Eva. Lo que te ha dicho Iduna es absolutamente cierto. Solo tienes que recordar el aspecto que tenía yo cuando me encontrasteis. Aparentaba quince años menos —indicó Patricia.

Eva siguió callada.

—Lo que voy a contaros implica dos cosas —comenzó a explicar Iduna—. La primera es que no podéis transmitir a nadie lo que vais a oír. La segunda es que, de inmediato, tendréis que dejarlo todo y venir a vivir a mi ciudad. Al menos un mes, aunque, una vez allí, hablaremos sobre si os quedáis más tiempo o no. Podéis contar en el trabajo que os vais de vacaciones, pero no le diréis a nadie la verdad, ni siquiera a vuestra familia. Tenéis que decidir ahora mismo si vais a hacerlo.

—¿Ahora mismo? Imposible —afirmó Eva.

—¿Cuánto tiempo crees que te queda? —soltó Iduna contundente.

—Déjala que siga —intervino María, apretando su mano—. Aceptaremos lo que nos digas.

Eva volvió a guardar silencio, resignada, y se frotó la cara como queriendo borrar de su mente un mal sueño.

—Lo creáis o no, no solo no envejezco, tampoco voy a morir. Nunca.

—¡Ja! ¿Y cómo es posible semejante privilegio, si puede saberse? —preguntó Eva, todavía más escéptica.

—Mi sangre es inmortal.

—¿Eres de otro planeta o algo así? —apuntó María, dispuesta a creer cualquier cosa que pudiera salvar a su pareja.

—No —sonrió—. Hace mucho tiempo entré en contacto con una sustancia que me otorgó la inmortalidad. Esa sustancia estaba encerrada en un objeto ritual, una daga fenicia que mi tatarabuelo consiguió cuando trabajaba en unas excavaciones. Más adelante os explicaré los detalles. Ahora solo os diré lo que necesitáis saber: podemos curar a Eva. Y no solo eso. Si así lo decidís, vais a vivir eternamente jóvenes. Las dos. Nos refugiamos en una ciudad que tiene lo necesario para ser felices y dedicamos nuestro tiempo a divertirnos y a hacer crecer nuestra sabiduría.

—¿Y dónde está esa maravilla? ¿Cómo es que nadie la conoce? ¿Cuántas sois? —pregunto María, entusiasmada.

—Sería muy peligroso que el mundo supiera de nuestra existencia, aunque supongo que algún día sucederá. Nada puede esconderse eternamente. Cuando estéis dentro intentaré

resolver todas vuestras dudas. Ahora tenéis que decidir si confiáis en mí, dando el paso que puede salvar la vida de Eva, o si vais a quedaros aquí y esperar a que un milagro la cure.

—Por descontado que aceptamos —se apresuró a responder María.

—Espera un momento —intervino Eva, agarrando el brazo de María para frenar su ímpetu—. ¿Estás segura de lo que dices? Viene una desconocida y nos cuenta que es inmortal y que tenemos que dejarlo todo para seguirla a un supuesto lugar de ensueño del que nadie ha oído hablar.

—Cariño, si ahora mismo nos hubiera ofrecido subir a una nave espacial y llevarnos a otra galaxia, le hubiera dicho que sí sin dudarle. Siempre que me ofreciera la más mínima posibilidad de salvar tu vida, aceptaría lo que fuese.

—Esto es absurdo, ¿es que no lo ves?

—Eva, escúchame, por favor —intervino Patricia—. Yo he estado allí. Las normas entonces eran distintas y por eso decidí irme. Te lo contaré todo algún día. Te aseguro que vas a salvar tu vida si aceptas la propuesta de Iduna. Voy a volver a ese lugar. ¿Eso no te dice algo? Las cosas han cambiado tanto que no quiero separarme nunca más de ella —afirmó, agarrando la mano de la mujer pelirroja—. Y te aseguro que la ciudad a la que vamos es todo lo que os ha dicho y mucho más.

—Eva, por favor... —rogó María.

Ella se echó de nuevo hacia atrás el corto cabello con los dedos, en un gesto muy suyo, resistiéndose todavía al acoso al que estaba siendo sometida. Al cabo de unos momentos, miró a su pareja con expresión derrotada.

—No puedo pensar. Haremos lo que decidas.

María la abrazó estrechamente antes de volverse hacia Iduna.

—¿Cuánto tiempo tenemos para despedirnos de nuestra familia y amigos?

—Podéis hablar con ellos por teléfono ahora. Ya sabéis lo que tenéis que decirles. Os vais de vacaciones. Inventaos un destino.

—Joder —susurró Eva.

—Si tenéis que hacerlo, hacedlo en este momento. Voy a avisar de que vamos para allá.

Ambas se levantaron de inmediato para coger el móvil. Iduna les advirtió que tuvieran mucho cuidado con lo que contaban, ya que, debido a la emoción del momento, podía escapárseles algo inconveniente.

María cerró los ojos y pensó que todavía no habían comunicado a nadie lo de la enfermedad de Eva, así que tendría que realizar un esfuerzo enorme para fingir naturalidad. Eva también comenzó sin muchas ganas a llamar a su familia. Los rostros de las dos revelaban la complejidad de sus sentimientos. Luchaban con un cúmulo de emociones. Aunque el contenido de las palabras era intrascendente, se podía leer la despedida en el matiz de cada frase pronunciada.

Mientras ambas hablaban con sus familiares, Iduna salió de la casa para llamar a su vez a Gea. Pidió a Patricia que estuviera atenta a las conversaciones de las dos para evitar que dijeran alguna cosa que pudiera delatarlas.

Tenía que hablar con Gea para contarle las novedades y pedirle que prepararan una vivienda para dos nuevas ciudadanas. Le había dicho que salía de Eterna para ir a recoger a Patricia y ella, como era de esperar, le expresó claramente su disconformidad. No le había perdonado que la hubiese dejado marchar tiempo atrás, poniéndolas a todas en peligro. Iduna pensó que su ánimo no iba a mejorar cuando se enterara de que iban a ser tres las invitadas a entrar en la ciudad. Con el teléfono pegado a la oreja, recorrió mecánicamente el camino que

atravesaba el jardín de la casa. Al cabo de un rato, maldijo por lo bajo. Gea no respondía a su llamada. Tendría que intentarlo más tarde.

## Intrusos

Nadie consideró excesivamente extraño que, a plena luz del día, el petardeo atronador de diez motocicletas de gran cilindrada atravesara las calles de Denia para detenerse frente a una casa en la calle del Trinquet. La ciudad de veraneo vivía en plena efervescencia su estación más cálida, por lo que era habitual que masas de turistas procedentes de todos los puntos del planeta se dedicaran a ocupar cada rincón para disfrutar de sus encantos. Las que no hubieran pasado desapercibidas, de haberlas llevado en la mano, eran las Glock 18C que los moteros ocultaban bajo sus cazadoras. El que parecía estar al mando, un hombre fornido de mediana edad con el pelo bien recortado y jaspeado de canas, dio la orden para que los otros descendieran de las motos y le siguieran. Una fina cicatriz recorría su mentón desde el lóbulo de la oreja izquierda hasta el borde de la boca. Oculto por el nutrido grupo que le rodeaba, logró abrir la puerta de la casa en escasos segundos con el juego de llaves maestras que traía consigo. Se metió dentro y los otros nueve hombres se internaron tras él. Con las armas desenfundadas, permanecieron quietos aguzando el oído. La casa parecía deshabitada, pero no podían estar seguros. Encendieron la luz.

—Deep, Bono, arriba —ordenó, señalando la escalera que conducía al piso superior.

Los que se quedaron en la planta baja recorrieron las distintas estancias sin encontrar ocupantes. No existía otra puerta por donde salir de la vivienda y tampoco hallaron un acceso que conectara con otra calle, aunque lo cierto era que aquellas mujeres habían entrado allí y nadie las había visto salir. Sobre una silla estaba la bolsa con la ropa que había llevado Norma esa mañana. Los dos hombres que habían inspeccionado la planta de arriba confirmaron que allí tampoco había nadie.

—Despejado arriba, Boss.

—Está claro que por la puerta principal no han salido, así que hay que buscar una puerta oculta. Repartíos por toda la casa. No nos iremos de aquí hasta que la encontremos. Mercury, tú a esa habitación. Jagger y Axl, quedaos en el salón. Deep y Bono, id arriba con Kurt, Who y Le Bon. Iron, conmigo a la cocina.

Los hombres se dispusieron a rastrear cada rincón de la vivienda, incluido el interior de los armarios. Con minuciosidad, revisaban cada centímetro de las paredes buscando una grieta sospechosa, una ranura invisible. Su entrenamiento abarcaba esa clase de misiones y eran muy meticulosos. Boss había reclutado a los mejores. Si allí había un lugar de escape, no les iba a pasar desapercibido. Sabía que la recompensa valía la pena, Broc pagaba muy bien los trabajos.

Iron, un hombre de rasgos duros y larga melena negra sujeta en una cola, salió de la cocina y se dispuso a inspeccionar el pasillo.

—¡Boss, aquí hay algo!

El jefe acudió a su lado para que le mostrara lo que había encontrado. El otro le señaló el gran espejo encastrado en la pared. Desde el suelo hasta el borde superior mediría dos metros y medio.

—En la parte de arriba he tocado algo metálico. Como una placa lisa.

Axl se aproximó a ellos.

—Voy a la moto a por el Xaver 800. Nos dirá si hay algo detrás —decidió, saliendo a la calle.

Al cabo de un minuto regresó con una mochila. De ella extrajo un aparato con pantalla incorporada, estuvo manipulándolo unos segundos y comenzó a escanear la pared.

—Veo un pasadizo. No hay rastro humano, pero han tenido que salir por aquí. Se perciben

claramente las guías. Se trata de una puerta corredera.

—Llama a Le Bon —ordenó Boss.

Al poco, Axl regresó con un joven con el pelo muy corto, teñido de un rubio tan claro que parecía casi blanco. El resto del grupo se encontraba ya reunido en el salón.

—A ver si averiguas cómo se abre esto. Axl dice que arriba hay una placa.

El joven cogió una silla y se subió encima. Estuvo analizando el borde superior del espejo y enseguida volvió a bajar.

—Me temo que es un sensor, una apertura de huella dactilar. He visto alguna como esta. Es una de las cerraduras más difíciles. ¿Qué núcleo tiene la puerta?

—Metálico. Diría que acero —respondió Axl.

—Optaría por el corte con plasma.

—Pues adelante —dijo Boss.

Los dos hombres salieron a la calle de nuevo para regresar con un aparato similar a una batería de coche. Axl rompió la superficie del espejo y retiraron los trozos para poder trabajar limpiamente. A la vista quedó la plancha metálica del núcleo. Se colocó unos guantes y gafas de protección, conectó la manguera, la pinza de toma de tierra, enchufó el aparato a la red y calibró los parámetros. Los demás se retiraron a una distancia prudencial. En cuanto estuvo todo listo, puso en marcha la máquina. Acompañando al siseo propio del aire a presión, una luz cegadora fue dibujando la línea de corte que discurría paralela al marco del espejo. A continuación, Axl empujó el bloque, que cayó limpiamente al otro lado con un ruido seco.

Quedó a la vista el inicio de un corredor oscuro. Boss sacó una pequeña linterna y se internó por el hueco, ordenando a los demás que esperasen. Se trataba de un pasadizo de metro y medio de ancho que continuaba unos treinta pasos hasta rematar en una pared. Enfocó el muro con la linterna. Allí había una ranura, una especie de mecanismo hecho para introducir una tarjeta. De inmediato, llamó a Le Bon. Sin dudar ni un segundo, el joven acudió y extrajo de la mochila que llevaba a la espalda una pequeña caja de herramientas. Mientras el jefe le iluminaba, desmontó hábilmente el mecanismo y manipuló un cable. Un suave sonido de fricción acompañó al desplazamiento de la pared hacia un lado, dejando entrar borbotones de luz procedentes del interior. Boss hizo un gesto para que permaneciera quieto, sacó su arma y se asomó por el hueco.

—Despejado. Vamos.

Tras pasaron la entrada abierta en el muro, la cual daba acceso a un túnel sin final aparente.

—Aquí hay aire acondicionado —dijo Boss.

Se agachó para inspeccionar el suelo.

—Huellas de neumáticos. Por el dibujo y el grosor diría que han utilizado motos de gran cilindrada. Eso quiere decir que el túnel puede ser largo. Volvamos a la casa.

El hombre llamó enseguida al resto del grupo.

—Espero que hayáis traído el kit de supervivencia en vuestras mochilas. No sabemos cuánto tiempo tardaremos en encontrarlas. Hay un túnel y he visto huellas de motocicletas. Las seguiremos. Metamos nuestras motos, hay espacio suficiente.

Salieron al exterior y fueron introduciendo las diez motocicletas en la casa. Si algún viandante pasó por la calle y se percató de la maniobra, no mostró excesivo interés. En Denia todo era posible, nada era extraño. El traslado fue bastante fácil, ya que no existía ningún escalón ni obstáculo que dificultara el acceso al túnel desde la puerta de entrada, ni siquiera en su paso a través del hueco del espejo, el cual llegaba hasta el suelo. Estaba claro que la reforma de la vivienda había sido ideada ex profeso para aquella finalidad.

Una vez dentro del corredor iluminado, Boss les indicó que iban a seguir las huellas hasta descubrir dónde conducían. No existía duda de que las mujeres cuya vigilancia les había sido encomendada habían salido por aquel túnel. Con toda probabilidad, aquellas marcas les llevarían hasta el lugar donde se ocultaban. Cuando dieran con ellas, cumplirían las órdenes a rajatabla. Debían capturar con vida a las dos que Broc había indicado y llevarlas ante él.

El grupo inició la marcha, conduciendo al principio con cautela para evitar perder las huellas. Las motos avanzaron largo rato a un ritmo lento. Uno de los motoristas, con mechas rubias desgreñadas y barba de dos días, puso el equipo de música de su Harley en acción y comenzó a atronar *Smells like teen spirit* de Nirvana, rebotando de forma estimulante contra las paredes del túnel interminable. Las marcas seguían una trayectoria continua, así que el jefe ordenó con un gesto aumentar la velocidad para acercarse cuanto antes a un destino que todavía les era desconocido. La orden dada y la energía de la canción sirvieron de acicate a todos, de forma que el grupo comenzó a acelerar al unísono imponiendo un ritmo infernal a la marcha.

—¡Dale caña, Kurt! —gritó el que iba detrás suyo, haciéndose oír a duras penas por encima del volumen de la música.

Al cabo de poco más de una hora, Boss ordenó parar y descendió de su máquina.

—Vamos a tomar algo. No sabemos cuánto va a durar esto —dijo, sacando una botella de agua y una barra energética de su mochila. Los otros le secundaron.

—¿En qué dirección vamos? —preguntó Axl, un hombre rapado al cero con aspecto de culturista.

—¿Deep? —demandó el jefe a otro integrante de su equipo.

El interpelado, cuya mirada era temida por su inquietante frialdad, contempló la brújula que llevaba en el reloj y respondió de forma escueta.

—Hacia el norte.

Al cabo de unos minutos, dio la orden de continuar. Volvieron a seguir las huellas impresas en el túnel, que parecían discurrir en línea recta sin bifurcación de ningún tipo. De repente, el que capitaneaba la marcha dio el alto. El camino se partía en dos en aquel punto.

Boss descendió de la moto para inspeccionar el suelo con detenimiento.

—Continuaremos por la derecha. Las huellas están mucho más marcadas.

Hasta en tres ocasiones tuvieron que detenerse para decidir qué ruta tomar, ya que el camino se dividía en algunos tramos del recorrido. Al cabo de casi siete agotadoras horas, el grupo alcanzó el final del túnel. El corredor se ensanchó dejando a la vista una pared aparentemente sin salida. A un lado había dos Triumph estacionadas. Tan solo una pequeña ranura, similar a la que habían encontrado al principio, delataba la existencia de una puerta en aquel muro. A una señal de Boss, Deep bajó de su máquina, buscó dentro de un bolsillo de su cazadora abierta y extrajo una navaja automática. Con un rápido movimiento, hizo saltar la hoja y rajó las ruedas de las dos motos. Estaba claro que las mujeres a las que perseguían habían llegado hasta allí con ellas. Cogió las llaves, que tenían puestas en el arranque, y se las guardó. Debían asegurarse de que no pudieran huir. Boss indicó con un gesto a Le Bon que era su turno. El joven de pelo rubio platino se quitó la mochila para volver a sacar su pequeña caja de herramientas.

\*\*\*

Bajo el chorro de la ducha de su apartamento, Gea intentaba borrar las huellas que la atracción irrefrenable por Norma había dejado en su cuerpo. No conseguía apartarla de su mente y eso

era malo. Muy malo. Durante el partido había tenido que alejarse de ella y huir lo más rápido posible. Debía desembarazarse de un sentimiento que se le estaba yendo de las manos. Tomó la decisión de no coincidir con Norma en lo que restaba de encuentro. Necesitaría toda su fuerza de voluntad para evitar verla durante un tiempo; el que hiciese falta hasta que la obsesión que la corroía desapareciera por completo.

Antes de acudir al restaurante para cenar, decidió acercarse al centro de control para hacer una visita a las guardianas que se ocupaban aquella tarde de la vigilancia. Quería comprobar que todo seguía tranquilo. Debía tener especial cuidado en esos momentos, ya que Iduna se encontraba lejos de Eterna.

La sacaba de sus casillas que hubiese acudido a la llamada de Patricia y, mucho más, que la hubiera dejado escapar de la ciudad meses antes sin tomar represalias. Esa mujer era la debilidad de Iduna y estaba convencida de que más tarde o más temprano se lamentaría por ello.

Contempló el atractivo contraste de las dos mujeres que ocupaban la zona de vigilancia aquella tarde. Savannah era de raza negra y hermosos ojos rasgados. Su compañera Rita, por el contrario, tenía el pelo muy rubio y rasgos propios de la Europa del Este. Ambas charlaban relajadamente, sentadas en sus puestos ante las pantallas que controlaban distintos puntos de la ciudad. La tarde parecía transcurrir con la normalidad acostumbrada.

—¿Todo bien? —inquirió Gea nada más entrar.

Las dos levantaron la vista al unísono.

—Muy tranquilo —respondió la mujer negra.

—Hemos visto el partido. La nueva es buena —comentó la rubia.

Gea no respondió al comentario. Se limitó a observar con expresión ociosa las distintas pantallas. De repente, como una terrible premonición, se encendió una luz verde en el panel. Era el aviso de que la entrada a los túneles había sido abierta. Gea supuso que Iduna habría regresado y dirigió al instante la vista hacia el monitor que mostraba el espacio que conectaba los corredores con Eterna. Tenía la firme convicción de que iba a ver asomarse a la mujer pelirroja acompañada por Patricia. Sin embargo, lo que contempló hizo que entrecerrara los ojos un segundo, como si a su cerebro le costara procesar la imagen. Instintivamente, su mano fue hasta un gran pulsador rojo que destacaba en el cuadro de mandos. Nunca pensó que algún día tendría que apretarlo, que tendría que tomar esa fatal decisión.

Por los altavoces instalados en puntos estratégicos de toda la ciudad comenzó a escucharse el sonido de una alarma junto a la voz que repetía un mensaje de forma pausada pero contundente.

*«Evacuación. Acudid al punto H. No uséis los ascensores. Evacuación. Acudid al punto H. No uséis los ascensores...»*

El punto H era bien conocido por las habitantes de Eterna. Todas habían sido informadas, durante los primeros días de su incorporación a la ciudad, de la existencia de una rampa de salida al exterior, cuyo acceso se abriría automáticamente en caso de riesgo extremo que hiciese necesaria la evacuación de la ciudad. Al apretar el botón, Gea había activado el mecanismo que hacía accesible la rampa. Esta se encontraba camuflada en el nivel tres, justo en la parte trasera del edificio de lavandería.

La política de Eterna incluía preservar la vida de sus ciudadanas, descartando cualquier enfrentamiento o violencia. Cada una de ellas era un elemento importantísimo dentro de la ciudad. En Eterna no existían las armas, ni tampoco las circunstancias que las hicieran necesarias.

—¡Bloquea el control! —gritó Gea a la mujer negra.

De forma instantánea, la guardiana apretó una tecla. Se oyó el clic que anunciaba que el cierre de seguridad de la puerta acristalada, la puerta que daba acceso al control, había sido accionado.

—¡Intrusos! —exclamó Rita, visiblemente nerviosa, con la vista fija en el monitor—. ¿Qué hacemos?

—Van armados. No perdamos la calma —sugirió Gea.

Las tres escucharon el sonido de pasos rápidos que se iban aproximando al otro lado de la puerta. La mente de Gea funcionaba a toda velocidad. Recordó que el cristal que las separaba de ellos era a prueba de balas, pero no sabía con qué otros medios contaban esos hombres. Por lo pronto, habían conseguido llegar hasta allí y abrir todos los accesos a los túneles. De repente, una ráfaga de balas impactó contra la puerta sin conseguir abrirla. Las tres dieron varios pasos atrás, esperando lo peor. La visión tamizada del cristal al ácido permitió a Gea ver que una mano fijaba algo oscuro por el lado exterior.

—¡Al suelo! —exclamó con rapidez.

La explosión barrió la sala de control, lanzándolas contra la pared del fondo junto al mobiliario de la habitación y una lluvia de cristales. Rodeada por una nube de humo, Gea se movió con cuidado por miedo a clavarse los vidrios que había alrededor y sobre su propio cuerpo. Los oídos le pitaban a causa de la fuerte detonación. Algo aturdida, se puso de rodillas y gritó.

—¡No estamos armadas! ¡No disparéis!

Un hombre con una cicatriz en la mejilla la agarró del brazo y tiró de ella hasta ponerla boca abajo en el suelo. Gea se dejó hacer. Debía pensar en algo, pero necesitaba recuperarse un poco. Se dio cuenta de que tenía un corte en el brazo izquierdo que le sangraba bastante. Haciendo caso omiso a su herida, el hombre le colocó unas esposas y la levantó del suelo a trompicones, sacándola de la sala hasta el pasillo. Cuatro intrusos más llevaron a las otras al exterior. Rita estaba inconsciente y la arrastraron por el suelo.

Gea notó que los pitidos iban apagándose y comenzaba a oír poco a poco lo que ocurría alrededor. También sintió que se iba cerrando el corte del brazo. Por suerte, las maravillosas propiedades de la sangre de Iduna actuaban rápido.

Los desconocidos la obligaron a sentarse en el suelo junto a las otras dos. Rita entreabrió los ojos, regresando con lentitud al mundo consciente.

Gea levantó la vista y observó a los diez hombres que la rodeaban. El de la cicatriz parecía estar al mando. Por el aspecto del grupo, tuvo claro que se trataba de mercenarios. Tendría que andar con cuidado. Esa clase de gentuza no se andaba con medias tintas.

—¿Qué queréis?

—Así que tú eres la jefa. Buscamos a dos mujeres. Iduna Melgar y Norma Barnett.

El corazón de Gea pegó un brinco en el pecho.

—¿Por qué las buscáis?

Intentó pensar con rapidez. Sabía la conmoción que estaría reinando en ese momento en la ciudad. Necesitaba entretenerlos para dar tiempo a que el mayor número de ciudadanas abandonara Eterna.

—Aquí las preguntas las hago yo. Si no nos decís dónde encontrarlas, vamos a devastar cada rincón de este escondrijo vuestro hasta que demos con ellas.

—No hará falta. Iduna no está aquí. Salió ayer a resolver unos asuntos. A Norma podemos encontrarla.



—¿Qué es eso del punto H? —inquirió el de la cicatriz.

—El lugar por donde salir de aquí en caso de amenaza.

—¡Levantadlas! —ordenó a sus hombres—. Nos vas a llevar hasta allí.

Las obligaron a incorporarse. Gea se maldijo por no haberse dado cuenta de que Norma les iba a traer problemas. Su perspicacia la solía alertar de un posible conflicto cada vez que elegían candidata nueva para entrar en Eterna. Le había ocurrido con Patricia. En el caso de Norma, Iduna les había hablado con tanto convencimiento de las ventajas que la científica podía ofrecer a la ciudad que logró anular sus defensas. Se echó en cara la debilidad que sentía por ella. Había conseguido nublar por completo su intuición.

Las empujaron hacia el descansillo, deteniéndose ante las viviendas de ellas cuatro.

—¿Adónde dan estas puertas? —preguntó Boss.

—Son apartamentos, pero ahora mismo están vacíos. Uno es el mío.

—Ábrelos.

—Suéltame las manos. No hacen falta las esposas, no tenemos armas y vosotros nos superáis en número.

Boss hizo una señal a Kurt, que acudió a quitarle las esposas a Gea. Esta se frotó las muñecas doloridas. Necesitaba pensar en algo y ganar tiempo. Sacó la tarjeta de seguridad y abrió su propio apartamento. De inmediato, Kurt se la quitó de las manos y la guardó en un bolsillo. Gea sabía que Hilda y Hebe habían regresado a su vivienda tras el partido. Era la puerta contigua a la suya y todavía debían de estar dentro. Tenía la esperanza de que se hubieran escondido bien. Tal vez pudieran escapar y avisar a Iduna. Ellas sabrían dónde encontrarla.

Dos de los hombres entraron en el apartamento de Gea y lo inspeccionaron de arriba abajo. Cuando salieron, Kurt probó la tarjeta en la siguiente puerta y su intuición no falló. La vivienda quedó accesible de inmediato. Él no lo sabía, pero había robado la única tarjeta que tenía acceso a todas las entradas. Los hombres se dispusieron a registrarla mientras Gea cruzaba los dedos para que no encontraran a sus amigas. Aguantó la respiración hasta que los hombres regresaron afirmando que allí no había nadie. Debían de haberse ocultado muy bien, aunque Gea no podía imaginar dónde. El mismo resultado obtuvieron en los otros dos apartamentos del nivel uno. Uno de ellos estaba vacío ya que Hilda y Hebe habían decidido vivir juntas desde que la prohibición fue abolida. El otro era la vivienda de Iduna y esta no se encontraba en la ciudad. Por suerte, aquellos hombres no estaban interesados en robar nada de valor, ya que hubiera sido muy fácil descubrir el cofre con la daga en uno de los compartimentos del escritorio privado de Iduna. Por lo visto, cualquier cosa que no fuese encontrar a las dos mujeres les resultaba irrelevante.

Gea pensó, con cierto alivio, que ya había transcurrido el tiempo suficiente como para permitir la huida de todo el mundo. Mientras los asaltantes las empujaban hacia los ascensores, se preguntó dónde estaría Norma en esos momentos.

—¿Dónde conducen los ascensores? —demandó Boss.

—A los distintos niveles de la ciudad.

—¿De la ciudad? —preguntó con sorpresa. Acto seguido, apretó los botones de llamada de cada uno ellos—. Estad atentos, puede haber gente dentro.

Con algunos segundos de diferencia, las cuatro puertas se abrieron poniendo al descubierto los cubículos vacíos. Boss echó un vistazo al panel interior de la cabina y constató que había cuatro botones que descendían a pisos inferiores.

—¿La tarjeta también sirve para ponerlos en marcha? —preguntó al observar la ranura que

había encima de los mandos.

Gea asintió.

—Kurt, Jagger y Le Bon, venid conmigo. Los demás ocupad de dos en dos los otros ascensores, no quiero sorpresas. Kurt, introduce la tarjeta en cada uno y accionalos. Nos vemos todos en el dos.

En cuanto el ascensor comenzó a descender, Boss colocó a las tres mujeres delante del grupo a modo de escudo, por si hubiera alguien esperándoles fuera. No obstante, la puerta se abrió en el nivel inferior sin que se dejara ver ningún comité de bienvenida. Los asaltantes salieron a la vez de los cuatro ascensores con las armas dispuestas. Uno de los hombres emitió un silbido de admiración.

—Esto es alucinante —soltó Jagger, verbalizando lo que todos estaban pensando.

Un sueño de metrópoli con amplios espacios dedicados al esparcimiento, calles, jardines y edificios, se extendía delante de sus ojos. Al fondo, la superficie del enorme lago lanzaba destellos, recibiendo el beso de la cascada que se derramaba desde varios metros de altura.

En otras circunstancias, la ciudad hubiera sido considerada un paraíso. Sin embargo, ahora mostraba un inquietante aspecto fantasma realzado por la luz mágica del atardecer, algo imposible dentro de aquel espacio subterráneo.

\*\*\*

Hebe susurró al oído de Hilda.

—He oído los ascensores. Vamos.

Impulsando hacia arriba el futón japonés con los brazos, logró levantarlo lo suficiente para que su pareja saliera y la ayudara desde fuera. Era bastante pesado. En el instante en que comenzó a sonar el aviso de alarma por los altavoces, las dos estaban acabando de vestirse. Iban a salir a buscar a Gea cuando escucharon el ruido de carreras en el exterior y las ráfagas de fuego sobre el cristal. Todavía no habían podido reaccionar cuando les sorprendió la explosión, que repercutió por toda la planta como un terremoto. Ambas se pegaron a la pared, aturdidas. En un acto instintivo, Hebe levantó con gran esfuerzo el futón y le dijo a Hilda que se metiera dentro.

Se habían tumbado bocarriba en el imposible espacio que ofrecían los bajos de la cama desde el tablero hasta el suelo, de forma que habían tenido que aplastar la cara contra la madera. Nadie hubiera imaginado que debajo de aquella estructura casi pegada a tierra cabrían dos personas. Apenas podían respirar. Por suerte, la inspección del apartamento por parte de los intrusos no había durado ni dos minutos.

Con mucho cuidado, Hebe se acercó a la entrada y aguzó el oído. No se escuchaba nada. Ignoraba si habían dejado a alguien vigilando la zona, pero tendrían que arriesgarse. Procurando no hacer ruido, entreabrió la puerta y sacó la cabeza. El pasillo parecía despejado. Hizo una señal a Hilda para que la siguiera.

Las dos avanzaron pegadas a la pared y, al alcanzar la sala de control, contemplaron a través del cristal reventado el caos que reinaba dentro. También había gotas de sangre en el suelo. Hebe no lo pensó mucho. Andando deprisa, pasó por delante de los ascensores. Las puertas estaban cerradas. Con Hilda siguiendo sus pasos, llegó hasta la salida a los túneles y comprobó que el acceso estaba abierto. Sin duda, alguien había desmontado el mecanismo de apertura, cuyas tripas de cables pendían sin pudor. En cuanto pasaron a la zona donde estaban aparcadas las motos, descubrieron que junto a las suyas había otras diez. Hebe se dirigió de inmediato hacia las dos Triumph propiedad de Eterna. Desolada, constató que alguien había rajado las ruedas de las dos motocicletas y además se había llevado las llaves. Una inspección rápida le

confirmó que las otras motos tampoco disponían de la llave de arranque. Ninguna de las dos tenía ni idea de poner en marcha una moto sin llave. Además, no tenían tiempo que perder. Esos hombres podrían volver en cualquier momento. Hebe sospechaba que la única forma de salir de allí sería aventurarse por los subterráneos.

—Tenemos dos opciones: o buscamos la salida por los túneles o nos arriesgamos a descender y alcanzar el punto H —comunicó a Hilda.

—A estas alturas deben de tener controlados todos los niveles y no sabemos cuántos son. No podemos entrar en la ciudad, nos cazarían. Hay que encontrar a Iduna —dijo Hilda, con un brillo de desesperación en sus nítidos ojos azules.

—¿Estás dispuesta? Sabes que hay más de doscientos kilómetros hasta la primera salida. No sé si lo lograremos sin agua ni comida. Nuestra inmortalidad tiene límites. Sin un soporte vital mínimo no sobreviviremos.

—Lo conseguiremos, cariño.

—Pues entonces, vámonos ya. Los intrusos pueden regresar —resolvió, echando a andar por el larguísimo pasillo. Hilda se puso junto a ella y sincronizó la marcha con los pasos de su pareja. Tenían un agotador y tal vez suicida camino por delante.

## La búsqueda

Los diez hombres y las tres mujeres echaron a andar por la calle principal de la ciudad desierta. Ellos tenían las armas preparadas para cualquier eventualidad. Las notas de una canción les alcanzaron desde el edificio que había a su izquierda. Se trataba de *Georgia on my mind*, interpretada por Annie Lennox. Boss sintió un escalofrío recorrer su nuca. Aquello no le gustaba nada. Todos sus sentidos se encontraban alerta. La incursión podía acabar en una emboscada, aunque el hecho de llevar rehenes les protegiera de alguna forma. Guardando una atención máxima, se dirigieron hacia el lugar de donde provenía la música, que resultó ser un pub con preciosas terrazas ajardinadas. El local, que en otro momento hubiera resultado un sueño, ofrecía un aspecto turbador. La personal voz de la intérprete resonaba con mayor nitidez en el interior, estrellándose contra los asientos desnudos de los reservados, las telas que los cubrían y las barras vacías. Los cubitos de hielo comenzaban a derretirse dentro de las copas abandonadas, algunas prácticamente sin tocar.

—Parece que todo el mundo se ha ido con mucha prisa. Llévanos hasta ese punto H. Sin trucos —ordenó el jefe.

—Está en el nivel tres —contestó Gea.

—Condúcenos hasta allí.

\*\*\*

Norma acababa de ducharse tras el partido y caminaba hacia el restaurante cuando comenzó a atronar por toda la ciudad la señal de evacuación. Conmocionada, se detuvo en medio de la avenida principal del área de esparcimiento de Eterna. Cientos de mujeres salían corriendo de los edificios hacia un mismo punto: el lugar donde confluían las escaleras que conectaban los distintos niveles.

Por norma general, nadie usaba las escaleras para ir de una zona a otra, ya que la altura de cada sector de la ciudad era enorme y los escalones numerosísimos, pero la orden que gritaban los altavoces era tajante: *no utilicéis los ascensores*.

Se quedó momentáneamente paralizada, pensando qué podría haber ocurrido. Ese era un contratiempo inesperado que incidía de forma negativa en sus planes. No podía tener más mala suerte. Había conseguido introducirse en Eterna y ahora debía abandonar precipitadamente la ciudad. Entrecerró los ojos ante la idea que le había venido a la mente. Aquello tenía toda la pinta de ser obra de Broc. Quizás la habían seguido. *Maldita sea...* pensó con rabia. Ignorando el torrente de mujeres que avanzaba a toda prisa en la misma dirección, Norma corrió hacia el restaurante para esconderse. Desde una de las ventanas dispondría de una vista privilegiada de la avenida principal. Si alguien aparecía por allí podría verlo sin ser descubierta.

No habían transcurrido ni dos minutos cuando se escuchó una fuerte detonación, amortiguada por la gruesa cúpula que separaba ese nivel del sector superior. La onda expansiva hizo temblar levemente la ciudad. Tan solo esperaba que su intuición fuese correcta y la alarma no estuviera provocada por una debacle natural. Mientras aguardaba agazapada tras la ventana, concluyó que la explosión había sido causada con toda seguridad por los hombres de Broc, el peligroso grupo de mercenarios que tenía a su servicio. Esperaba que la intención de esos bárbaros no fuera destruir Eterna, aunque ya era tarde para lamentarse. Con Broc nunca se tenía la certeza de nada. En ese momento pensó en el error que había cometido

al aliarse con él. Había sido excesivamente confiada al contarle sus propósitos. Nunca hubiera imaginado que actuaría al margen de los planes que ella había elaborado concienzudamente. Unos planes que beneficiaban a los dos. Era cierto que esperaba obtener su ayuda a través de Margot si no hubiese otro medio para poder salir de allí, pero su intervención en esos momentos tiraba sus objetivos por tierra. La ambición de Broc era desmedida y parecía no estar dispuesto a dejar que nada se interpusiera en su ruta. No era de los que buscaban caminos elaborados. Él iba directo a la meta sin importarle lo que costara ni lo que dejara atrás. Norma comprendió que había sido borrada de la ecuación de un plumazo.

Desde la ventana pudo ver a los invasores con claridad. Contó diez hombres. Iban armados y el aspecto de todos ellos era amenazador. Habían cogido a tres mujeres como rehenes. *Joder, ella no...* exclamó para sí misma cuando identificó a Gea. Tenía que solucionar aquello. Su cerebro comenzó a trabajar a toda máquina. Sabía lo que debía hacer. Respiró hondo y abandonó su escondite para dirigirse a la puerta. Fuera, el grupo estaba a unos veinte metros y parecía dispuesto a volver a los ascensores. En cuanto salió del restaurante, levantó los brazos y empezó a caminar hacia allí. Boss la vio de inmediato y levantó su arma ordenándole que se detuviera.

—¡No disparéis, no voy armada!

Gea se preguntó quién sería la inconsciente que había salido del restaurante y se dirigía hacia ellos. No podía verla bien, ya que le tapaba el jefe de los invasores. En cuanto se apartó y pudo reconocerla, apretó los dientes. *Mierda...*

Boss hizo un gesto hacia Deep, el cual se acercó a la mujer y la empujó sin miramientos con su arma hasta que estuvo delante de su jefe.

—Ponle las esposas —ordenó.

—¡Espera! —le detuvo Norma—. ¿Os envía Broc?

—¿Quién eres? —preguntó Boss entrecerrando los ojos.

—Me llamo Norma Barnett. Broc y yo somos socios.

El rostro de Gea se encendió de cólera, como si le hubiesen pegado una bofetada. Apretó los puños en un movimiento instintivo.

—No te pareces a la foto que he visto de Norma Barnett —señaló Boss, sin mover un músculo.

—Esta ciudad transforma a las personas. Llévame hasta la última planta del edificio que Athila tiene en el Paseo de la Castellana y te lo demostraré.

Boss la contempló unos segundos con expresión concentrada.

—Está bien. Tengo instrucciones de llevar también a Iduna Melgar. ¿Sabes dónde puedo encontrarla?

—Ella no está en la ciudad. Pero no os preocupéis, todo lo que Broc necesita lo tengo yo. No hace falta que os las llevéis a ellas —dijo, señalando con un gesto a las tres mujeres.

—Ellas se vienen con nosotros —contestó tajante—. Volvemos arriba. Repartíos —ordenó a sus hombres, señalando los ascensores.

El grupo regresó sobre sus pasos. Esta vez Norma acompañaba a las tres rehenes. Durante el ascenso, Gea le clavó la mirada con odio; una mirada que ella sostuvo sin titubear. Necesitaba que adivinara sus intenciones. *No he sido yo, no quería que ocurriera esto.* Lo último que deseaba era que le hiciesen daño. De hecho, había intentado que la dejaran libre. A ella y a las dos guardianas. Las cosas se habían complicado, pero ya pensaría algo para convencer a Broc de que las soltara. Por suerte, el magnate todavía la necesitaba para alcanzar sus objetivos. Si Broc quisiera matarla ya lo habría hecho. Además, no había conseguido capturar a

Iduna. Él sabía que la información que podía facilitarle Norma era valiosa, pero lo que ignoraba era que el descubrimiento primordial corría por el interior de sus venas. Ese era su seguro de vida.

Kurt volvió a accionar los mecanismos con la tarjeta y todos se dirigieron al nivel superior. Con las armas en alto, los hombres de Boss volvieron a inspeccionar la zona por donde habían asaltado la ciudad. Allí no había nadie.

—¿Hay otra forma más sencilla de salir de aquí? —preguntó el jefe a Norma—. No quisiera regresar por esos malditos túneles con las motos.

—Las motocicletas caben en los ascensores. Podríamos salir por el punto H —sugirió Norma.

Gea le lanzó otra mirada iracunda. *Maldita seas...* Esperaba que las ciudadanas hubieran tenido tiempo de alejarse de Eterna. En caso contrario, aquellos bárbaros las cazarían con facilidad. La rampa de evacuación desembocaba directamente en un bosque de la zona. La única esperanza era que, en su avance hacia el punto establecido de reencuentro, tuvieran tiempo de esconderse entre los árboles si escuchaban acercarse a alguien.

—¿Dónde conduce ese punto H? ¿Podremos circular con las motos? —preguntó Boss.

Norma miró a Gea. Ella desconocía esos detalles. Solo le habían informado de que en ese lugar se abriría una salida en caso de evacuación.

Gea decidió contar la verdad. Ya vería qué hacer una vez estuvieran en el exterior. Por lo pronto, no parecía que aquellos hombres tuvieran la intención de destruir la ciudad, pero tampoco podría asegurarlo. Prefería conducirlos lejos de Eterna.

—En el punto H hay una rampa que sale al exterior. Podrán pasar las motos sin problemas —informó Gea, apartando la mirada de Norma.

Los sentimientos que le inspiraba aquella mujer eran demasiado contradictorios, demasiado punzantes. Notaba sus ojos sobre ella, pero no le iba a dar el placer de revelarles la lucha que libraba su cabeza. En adelante la trataría como a una enemiga. No volvería a caer en la ingenuidad de confiar en sus palabras, ni mucho menos en la debilidad de ceder ante lo que sus hormonas le pedían por su sola presencia.

—Perfecto —respondió el jefe—. Vamos a por las motos. Tú llevarás la mía hasta la salida —pidió a la mujer latina—. Axl y Kurt, que las otras dos lleven las vuestras. Quitadles las esposas.

Boss quería evitar que las rehenes intentaran escapar mientras sus hombres estaban ocupados en transportar las motocicletas. Tendrían que utilizar los músculos que todas ellas parecían haber ejercitado a conciencia.

El jefe no se había equivocado. Ninguna dio muestras de estar realizando un esfuerzo supremo al llevar las pesadas motos hasta los ascensores. En cuanto apretaron el botón del nivel tres, ordenó a sus hombres que fueran con cautela en cuanto se abrieran las puertas. No sabían lo que podían encontrar allí. Permanecieron con las armas listas, pero en cuanto llegaron a su destino descubrieron que la situación era la misma que en el nivel dos. Con idéntica sorpresa a la que habían experimentado anteriormente, se toparon con el área de servicio de Eterna, un espacio descomunal dedicado al mantenimiento de la ciudad. Alrededor de una plaza central con altos árboles, se levantaban construcciones de diverso diseño y actividad. Los ojos de los recién llegados recorrieron con incredulidad los carteles que había en las paredes de los edificios: «Granja», «Hospital», «Centro de Investigación». En otros no había letrero alguno.

La sensación de vacío les golpeó de nuevo. El nivel estaba desierto y el gemido esporádico

de algún morador de la granja aportaba un matiz inquietante al silencio sepulcral. Gea advirtió que el transporte de las motocicletas a pie supondría un esfuerzo enorme debido a la gran distancia que existía hasta el edificio de lavandería. Este estaba ubicado en la parte más alejada del lugar donde se encontraban en aquel momento. Ante la evidencia, Boss dio la orden de que pusieran en marcha las máquinas y las mujeres subieran con ellos. Norma fue invitada a ocupar el asiento trasero de su moto. Tanto Gea como las dos guardianas fueron esposadas a una pieza metálica que había en el pequeño respaldo de las Harley. La latina fue sujeta a la de Deep y las otras dos a las de Axl y Mercury.

En cuanto llegaron al centro de lavandería, al fondo de aquella parte de la ciudad, Gea indicó que lo rodearan hasta las espaldas del edificio. Allí se encontraron con un hueco abierto de unos cuatro metros de ancho por cinco de alto. La enorme salida daba acceso a una rampa oscura que se iba enroscando en forma de suave espiral. Tuvieron que encender los faros de las motos para poder avanzar. A medida que ascendían, iba llegándoles el leve resplandor de la luz del exterior. Gea notó cierto alivio al comprobar que no había ni rastro de las habitantes de Eterna a lo largo del recorrido. Temía que alguna se hubiera rezagado. En cuanto alcanzaron la superficie, el viento fresco y la luz dorada del ocaso sorprendieron al grupo. Dentro de la ciudad la temperatura era mantenida artificialmente en un agradable intervalo entre los veintidós y los veinticuatro grados. Los cambios en la iluminación interior no dejaban de ser un falso remedo del ciclo solar. Gea podía adivinar el impacto que estaban experimentando las dos guardianas al volver a contemplar la realidad que existía fuera. Ninguna de ellas había salido de la ciudad desde su admisión. La que menos tiempo llevaba en Eterna, la mujer negra, fue reclutada a finales de los años noventa. Pudo constatar que ambas miraban hacia las altas copas de los abetos y se dejaban embriagar por el aroma a bosque que, como una caricia fragante, los envolvía a todos. La rampa desembocaba directamente en una superficie terrosa ocupada por matorral bajo que, de forma caótica, crecía entre tronco y tronco de un tupido abetal.

—¿Y ahora qué? —preguntó Kurt, que había encabezado la marcha.

—Hay que cruzar el bosque en diagonal hacia el oeste. Pronto encontraremos una carretera que conduce hasta Roncesvalles —respondió Gea.

Esperaba que su rostro no reflejara la preocupación que le corría por dentro. Las habitantes de la ciudad habían huido por la misma ruta, pero desviándose hacia el sur. Aunque llevaran cierta ventaja, lo normal sería que las fueran alcanzando a medida que iban atravesando el bosque. Por muy despacio que circularan con las motos, no iban a pie como ellas.

Los expertos moteros fueron esquivando los abetos y la tupida maleza, avanzando con cuidado pero sin tregua.

—¡Allí se ve la carretera! —gritó Kurt.

Se detuvieron un instante para contemplar la franja grisácea que se abría cien metros más allá. Todos pusieron su atención en el lugar señalado por el hombre que iba encabezando el grupo, el camino que les permitiría circular más rápidamente y sin tanto peligro. Ninguno advirtió el mar de ojos que vigilaban su avance desde sus escondites improvisados. Las ciudadanas de Eterna se habían ido fundiendo con troncos y arbustos a medida que oían aproximarse las Harley, convirtiéndose en silenciosos fantasmas repobladores del bosque.

## El infierno de la huida

Hebe miró de reojo a Hilda. Estaba inusualmente pálida. Aunque no se quejaba, las ojeras comenzaban a hacerse visibles en torno a la delicada piel del rostro. Ella misma empezaba a notar calambres en las piernas y le costaba fijar la vista. Podía imaginar el calvario que estaría pasando su pareja. Se había dejado llevar por el arrebatador optimismo y la energía de Hilda, llegando a creer que iban a lograrlo. En ese momento ya no estaba tan segura.

—Descansamos un poco, si quieres —sugirió con un hilo de voz.

—Sabes que si nos detenemos no volveremos a levantarnos. Tenemos que seguir —replicó Hilda sin siquiera mirarla, emitiendo un quejido al final de la frase, como si le hubiera costado un esfuerzo sobrehumano hablar.

Llevaban horas caminando, tal vez días, y la maldita bifurcación de la primera salida de los túneles no aparecía por ninguna parte. Por el dolor lacerante de los miembros y el nivel de agotamiento, debían de haber recorrido más de doscientos kilómetros sin parar ni un solo minuto. Por no hablar de la sed. La imagen de un chorro de agua cristalina bajando por sus gargantas se había convertido en una obsesión. Para Hilda, emitir esas insignificantes palabras había supuesto un desgaste doloroso. La sequedad de la boca ya era insoportable y las funciones cerebrales comenzaban a ralentizarse. Ambas confiaban en que el ánimo de su pareja no decayera. Era el acicate que las mantenía en pie. El mínimo signo de debilidad daría al traste con la poca fuerza que les quedaba. A lo largo del insufrible camino, las dos habían flaqueado varias veces y todas ellas habían recibido el apoyo de la otra, lo cual les permitió llegar hasta el punto en el que se encontraban. La salida no debía de estar muy lejos, se decían.

En ese momento, el hecho de caminar se había convertido en un acto mecánico, en algo que no podían permitirse racionalizar. Si lo hacían, si se detenían, aunque fuese un solo segundo, acabarían en el suelo sin posibilidad alguna de levantarse. Ello significaría una muerte segura.

Hebe fijó la vista borrosa en el fondo del túnel que ofrecía acunarla con promesas engañosas. En su delirio, el pasadizo le susurraba, invitándola a que descansara en el duro lecho del suelo, que se durmiera tan solo unos minutos. Como si Hilda también hubiese escuchado aquella invitación asesina, aquella quimera generada por el agotamiento, la valquiria se plegó como una hoja. El sonido brutal del golpe en la cabeza contra el asfalto retumbó por todo el corredor. Hebe se dejó caer de rodillas para cogerla entre sus brazos con las nulas fuerzas que le quedaban.

—Vete —murmuró Hilda con un hilo de voz, en cuanto su pareja se sentó junto a ella y colocó su cabeza apoyada encima de los muslos.

Una fea marca rosada, que pronto se volvería del color del vino, había aparecido en su sien izquierda. Los ojos de Hilda habían perdido el brillo habitual. Los espectaculares iris, de un azul traslúcido, se habían tintado de un desagradable tono humo. Hebe, al borde de la desesperación, la abrazó hasta que notó la flacidez de sus miembros. Haciendo frente al dolor, consiguió arrastrarse hasta la pared para obtener un apoyo y, casi a ciegas, logró volver a ponerse en pie y continuar un camino errático en el que la sola fuerza motriz la constituía la esperanza. Necesitaba imperiosamente encontrar una salvación para Hilda. Y para ella misma.



## Un aviso providencial

Mel tecleaba en su portátil a ritmo frenético, sin escuchar siquiera las risas de Alejandra, su hija de cinco años. Esta jugaba en el jardín arrojando la pelota a su pastor alemán una y otra vez. El perro acudía siempre entusiasta a por la bola. Cuando la pequeña se demoraba más de lo previsto en su lanzamiento, soltaba un ladrido seco de excitación.

—¡Allí, Dark! —gritaba la niña, al tiempo que el balón dibujaba una parábola en el aire para ir a parar al otro lado de la terraza.

La escritora estaba tan absorta en su nueva novela que no le molestaba la algarabía que Alejandra y el perro estaban montando a escasos metros. No obstante, había algo a lo que Mel no se podía sustraer. Carla, su pareja, acababa de entrar en el salón para dirigirse hacia una cómoda situada en la pared de enfrente. A pesar de que ella había evitado hacer ruido para no perturbar su concentración, Mel dejó de escribir, levantó la cabeza y la observó por encima de sus gafas de lectura. Carla estaba de espaldas, inclinada hacia el mueble buscando algo en el cajón inferior. La escritora apartó el mechón pajizo que caía sobre uno de sus ojos para poder contemplarla con mayor nitidez. La mujer morena llevaba un vestido veraniego, muy corto, que se elevaba de forma indiscreta por efecto de la postura. Repentinamente se enderezó, con un folleto en la mano, dispuesta a marcharse de la misma forma silenciosa en que había entrado. La mirada de su pareja la hizo detenerse. Carla se irguió y un brillo travieso apareció en sus intensos ojos oscuros.

—¿Me estabas mirando el culo?

—Absolutamente.

—No quería interrumpirte. Estaba buscando esto —dijo, levantando el folleto publicitario de una feria del libro—. Sabía que lo había guardado por aquí.

—No mientas. Has venido a provocarme —soltó Mel, mostrando una sonrisa malévola.

—Me has descubierto...

Carla se aproximó, sorteó la mesa auxiliar donde estaba el ordenador portátil y se sentó sobre su regazo. Mel la rodeó con los brazos, apartó la larga melena oscura que caía hacia delante y mordisqueó sus labios hasta que ella se echó hacia atrás con la respiración alterada.

—Alejandra está ahí mismo...

—Mmmmm... —respondió Mel con los ojos entrecerrados, acariciando de forma inconsciente el interior del muslo de la mujer que tenía sentada encima.

Como si la pequeña hubiera escuchado pronunciar su nombre, apareció de repente en el salón con el pastor alemán pisándole los talones.

—¡Cariño! —exclamó Carla, levantándose de golpe del regazo de su pareja.

—¡Mami, tienes que llamar a Patricia! —urgió la niña, agarrando de la mano a Mel y tirando de ella para obligarla a levantarse.

—¿Quieres que llame a Patricia? —inquirió la escritora, olvidando completamente sus intenciones de hacía un minuto. Miró de reojo a Carla. Cuando su hija hacía esa clase de peticiones inusuales, algo en la mente de las dos se ponía en estado de alerta.

—Sí, tiene que ayudar. Se van a morir —insistió la pequeña.

Mel tragó saliva y miró abiertamente a Carla buscando compartir su desasosiego.

—Llámala, corre —indicó Carla, con la preocupación presente en la voz.

Mel cogió el teléfono móvil y buscó el contacto de Patricia. No hacía demasiado que había hablado con ella y esperaba que hubiera tomado una decisión con respecto a la situación de Eva. Había pensado dejar pasar un poco más de tiempo para que su amiga meditara sobre ello,

ya que la cuestión no era fácil, pero el destino había intervenido de forma irrefutable. Si su hija había dicho que había que llamarla y que alguien se estaba muriendo, no podía pensárselo dos veces.

Al segundo tono, la voz de su amiga le llegó con nitidez.

—¿Mel? Estoy en casa de Eva.

—¿En casa de Eva? ¿Pasa algo? —inquirió, todavía más alarmada.

—No. He venido a presentarles a Iduna.

—¿Está ahí contigo?

—Ahora mismo está en el jardín, hablando por teléfono. Eva y María han tomado una decisión. Se vienen con nosotras.

—Escucha, Patricia, no sé cómo decirte esto.

—¿Qué pasa? —preguntó, expectante.

—Alejandra me acaba de pedir que te llame.

—¿Para decirme qué?

—Que alguien necesita tu ayuda. Ha dicho literalmente: «tiene que ayudar, se van a morir».

—¡Ya estamos otra vez! ¿Quiénes van a morir? —inquirió con la voz alterada. María y Eva la miraron con cara de extrañeza.

—No tengo ni idea. ¿Quieres hablar con ella?

—No, no quiero. Pero tendré que hacerlo —sentenció, cada vez más nerviosa.

Mel llamó a su hija y le entregó el móvil, apretando previamente el botón del altavoz para poder oír la conversación. La pequeña se lo colocó frente a la cara y habló hacia el auricular.

—Hola.

—Hola, cariño. Cuéntame qué pasa.

—Dile a Iduna que Hilda y Hebe van a morir.

Patricia puso cara de espanto y corrió al jardín con el teléfono en la mano. La expresión del rostro de Iduna revelaba preocupación. No paraba de dar vueltas por el camino empedrado, como si andar le sirviera para pensar mejor. Se aproximó a ella con el teléfono de Mel entre los dedos.

—Es Alejandra —dijo Patricia, pasándole el móvil.

—¿La niña?

Asintió con la cabeza. Iduna agarró el teléfono. Patricia también había conectado el altavoz.

—Hola —dijo una vocecita infantil.

—Hola, Alejandra.

—Tienes que rescatar a Hilda y Hebe. Se van a morir.

Iduna sintió que un escalofrío le recorría todo el cuerpo. Ni siquiera se planteó una mínima duda.

—¿Qué ha pasado?

—Unos hombres malos han entrado.

Iduna fue hasta la pared más cercana y se apoyó en ella. Una fuerte aprensión la sacudió de arriba abajo.

—¿Dónde están ellas?

—En los túneles, cerca de un sitio que se llama Suso.

—Gracias, Alejandra.

—Date prisa.

—No te preocupes. Ahora mismo voy.

Sin dar explicaciones, cortó la llamada, devolvió el móvil a Patricia y entró a toda prisa en

la casa. Su pareja la siguió, evitando comentar nada.

—Lo siento mucho, ha habido un cambio de planes. Tendréis que esperar un poco. Antes de llevaros a ningún sitio tengo que resolver un problema.

—¿Qué ha ocurrido? —se atrevió a preguntar Patricia, algo más que preocupada.

—Ya la has oído, un grupo de hombres ha entrado en la ciudad. Hilda y Hebe deben de haber escapado por los túneles y están en grave peligro. Hay que ir hacia allí. No hay tiempo que perder.

—¿Qué pasa con nosotras? —preguntó Eva con mala cara.

—No te preocupes. Lo tuyo lo solucionaremos, pero tendréis que esperar unos días. Tengo que averiguar qué ha pasado. En cuanto pueda os recogeré y nos iremos. Mientras tanto, no habléis con nadie de lo que os he contado. Ni una palabra. Prometédmelo.

—Prometido —dijo María, resignada—. Ya nos avisaréis.

—Tenemos que irnos ya —declaró Iduna yendo hacia la puerta. Patricia se despidió de sus amigas.

—Estad tranquilas, ella siempre cumple sus compromisos. Regresaremos.

—Seguro que sí —soltó Eva, sarcástica.

—Confiamos en ti, Patricia —resolvió María mirándola a los ojos.

—Volveremos, te lo prometo.

Mientras Iduna conducía el Mustang a toda velocidad, Patricia observaba en silencio su rostro concentrado. No se atrevía a interrumpir el curso de sus pensamientos

Al cabo de un tiempo que le pareció interminable sin que su compañera dijera una sola palabra, al fin se decidió a preguntar.

—¿Qué es eso de Suso? ¿Adónde vamos?

—Al Monasterio de Suso, en San Millán de la Cogolla.

—¿Nos vamos a Logroño? ¡Son al menos cinco horas de viaje!

—Con el Mustang las reduciremos a cuatro. Espero que lleguemos a tiempo —respondió, apretando el acelerador a fondo en cuanto entraron en la autovía.

Al cabo de unos minutos, Iduna detuvo el automóvil en una gasolinera.

—Mientras lleno el depósito, compra cuatro botellas de bebida isotónica. Y algo dulce, barras de cereales, por ejemplo.

—De acuerdo.

Una vez retomaron la ruta, Patricia se atrevió a hacer la pregunta crucial.

—¿Qué va a pasar con Eterna?

Casi podía oír los pensamientos de Iduna viajando a toda velocidad.

—No lo sé. Las circunstancias han acelerado los planes. Si han entrado intrusos en la ciudad, espero que Gea haya podido poner en marcha el protocolo de evacuación. Tenemos un lugar alternativo de encuentro que solo algunas responsables de seguridad conocen. Tengo la esperanza de que las ciudadanas hayan podido escapar y estén dirigiéndose hacia allí en este momento. Lo que no sé es por qué Gea no coge el teléfono, ni por qué Hilda y Hebe no han huido por el punto H, es la manera más rápida de salir a la superficie. Ir por los túneles es un suicidio. Tú lo sabes mejor que nadie.

—Lo sé muy bien. Tal vez no tuvieron elección.

Por toda respuesta, Iduna miró fijamente la carretera mientras la tensión se reflejaba en su mandíbula. El Mustang dio un tirón, aumentando de golpe la velocidad, lo que obligó a su acompañante a agarrarse de forma instintiva al apoyabrazos de la puerta.

## Medidas desesperadas

Al pequeño Monasterio de Suso, en San Millán de la Cogolla, se llegaba tras una escarpada carretera que ascendía por la montaña desde el señorial Monasterio de Yuso. Ya era de noche cuando el Mustang alcanzó la entrada de arco oval y madera maciza, cerrada a cal y canto, del viejo edificio de origen visigodo. Desde lo alto de la fachada de piedra, dos ventanucos protegidos por rejas parecían observarlas, como grabando su imagen entre las que con toda certeza habrían acumulado con el devenir de los siglos.

Patricia salió del automóvil y se estiró, pensando en cómo narices iban a entrar ahí. Le dolían los músculos por el largo viaje y la tensión. A pesar de la velocidad que Iduna había impuesto a la marcha, lo cual les permitió llegar mucho antes de lo esperado, ambas estaban nerviosas por el estado de Hilda y Hebe. Desde la comunicación de Alejandra habían transcurrido varias horas. Iduna agarró la bolsa con lo adquirido en la gasolinera y metió dentro un pequeño botiquín que llevaba en el maletero. Con ella en la mano, descendió a toda prisa hasta un estrecho sendero que recorría el lateral oeste del monasterio. Patricia fue tras ella sin preguntar. El camino de tierra conducía a una explanada elevada con escasos árboles que ocupaba la parte trasera de la edificación. Aunque la luz que aportaba la luna menguante era escasa, Iduna parecía moverse con comodidad por aquel lugar oscuro y escarpado. Patricia procuraba mantenerse cerca por miedo a no seguir bien sus pasos y despeñarse por el terreno desigual. Una vez alcanzado el muro trasero, se detuvieron ante dos verjas de gruesos barrotes, casi escondidas entre los hierbajos. Patricia observó estupefacta cómo Iduna ponía un pie en una barra transversal, luego en otra y saltaba limpiamente al otro lado. La cancela tendría al menos dos metros de altura.

—Venga —le instó.

—No pretenderás que haga eso. Voy a romperme la crisma.

—No tenemos tiempo de discutir. Dame la mano.

Ante la urgencia de su voz, Patricia maldijo por lo bajo y se aferró a un barrote con la mano izquierda, mientras se aupaba por encima de la verja impulsándose con el pie en las mismas barras horizontales que había utilizado ella. Iduna le tendió la mano desde el otro lado. Apretando los dientes, dio un salto. Los brazos de su pareja amortiguaron la caída, aunque no pudo evitar maldecir cuando su tobillo izquierdo se dobló inconvenientemente.

—¿Te has hecho daño?

—Joder, sí. Espero no haberme roto nada —dijo masajeándose el sitio lastimado.

—Hay que darse prisa.

—No te preocupes —dijo con un gesto de dolor mientras se incorporaba—. Te seguiré como pueda.

Iduna se adentró con una pequeña linterna encendida en lo que parecía una cueva. La lesionada fue tras ella, intentando no apoyar su peso en el pie izquierdo. El tobillo le dolía bastante y lo notaba inestable. A medida que se iban internando en esa especie de gruta, el techo parecía encogerse, obligándolas a avanzar prácticamente agachadas. Patricia se apoyó en la pared rugosa soltando un taco. Por suerte, enseguida alcanzaron una zona más amplia, que su compañera iluminó con el haz de luz.

—¿Qué es esto?

—Las cuevas de Suso. Aquí vivían los antiguos eremitas en el siglo VI junto a San Millán. Sobre estas cuevas se erigió el Monasterio.

—Está lleno de sepulcros —dijo con un estremecimiento.

Patricia contempló cómo se agachaba hacia uno de los enterramientos que estaba vacío. La vio sacar una tarjeta del bolsillo y acercar la mano a la parte posterior. Con un ruido de rodamientos, la pared de la cueva se abrió dejando un hueco de unos sesenta centímetros de ancho por metro y medio de alto. La iluminación artificial que surgía del interior estalló de repente en el habitáculo oscuro y la obligó a parpadear varias veces para acomodarse a la luz.

—Vamos —urgió Iduna, agachándose para desaparecer por el hueco.

Patricia la siguió con cuidado. Parecía que la lesión de su tobillo no era muy grave, puesto que podía apoyarlo a pesar del dolor. Imaginó que se habría hecho tan solo un esguince.

Al rebasar la entrada se dio cuenta de que ya estaban en los túneles. Vio como Iduna echaba a correr hacia su izquierda. Ella procuró seguirla, pero le era imposible mantener su ritmo. Unos trescientos metros más allá, observó como se arrodillaba ante un bulto. Había un cuerpo en el suelo. En cuanto llegó junto a ella distinguió a Hebe echada de espaldas con los ojos cerrados. Iduna le sujetaba la nuca y vertía en su boca un poco de bebida isotónica.

—Está viva, gracias a la diosa —dijo casi para sí misma.

Al poco, Hebe abrió unos ojos apagados y agarró con fuerza la botella para dar un gran trago. Enseguida habló con voz áspera.

—Hilda. Ayudad a Hilda —suplicó, señalando hacia el interior del túnel.

—Cuando se acabe la botella dale esto —ordenó Iduna, entregándole una de las barritas energéticas de la bolsa. Rápidamente se puso en pie y echó a correr en la dirección que había indicado Hebe.

Unos quinientos metros más allá distinguió el cuerpo.

Hilda no se movía. Yacía bocabajo con la cabeza ladeada. Iduna le dio la vuelta, poniéndola de espaldas. No le notaba el pulso.

—¡Maldita sea! —exclamó, insuflando aire en sus pulmones. Su amiga no reaccionaba. Había comenzado con la reanimación cardiopulmonar cuando Hebe llegó hasta ellas. Su expresión era de terror y estaba lívida. Patricia se acercaba al grupo cojeando ostensiblemente.

—¡Hilda, por favor! —gritó Hebe, con las lágrimas cayéndole por el rostro, mientras se sentaba en el suelo y colocaba la cabeza de la mujer rubia sobre el regazo.

Patricia las alcanzó por fin, pero no podía emitir palabra. Sus ojos no se apartaban del rostro demacrado y sin expresión de Hilda.

Iduna dejó de masajear su corazón y sacó el botiquín de la bolsa. Se hizo un torniquete en el brazo y le pasó una jeringa de tamaño considerable a Hebe.

—Ayúdame —pidió—. Media jeringa, habrá bastante.

Patricia las observaba horrorizada. Hebe intuyó lo que iba a hacer y no dudó ni un instante. Hincó la aguja en la vena que sobresalía del brazo de su amiga. Liberando el torniquete, la sangre comenzó a llenar la jeringa hasta que alcanzó la mitad. Entonces, retiró la aguja. Mientras Iduna presionaba el lugar del pinchazo, pidió a Hebe que subiera la camiseta de Hilda por encima de su cabeza para localizar la zona requerida. Sin esperar ni un segundo, cogió la jeringuilla cargada de sus manos y la clavó con determinación, insuflando su sangre directamente en el órgano paralizado de Hilda como si se tratase de una carga de adrenalina.

El tiempo parecía haberse detenido. Las tres mujeres contemplaron silenciosas el cuerpo inmóvil cuando, de repente, una convulsión lo sacudió.

Respiraba. Hilda había comenzado a respirar de nuevo.

Hebe explotó en un sollozo nervioso y Patricia se puso una mano en la frente, como si no creyera lo que acababa de ocurrir. Iduna abrió con rapidez otra botella de bebida isotónica y

comenzó a echar unas gotas en los labios entreabiertos de su amiga. La lengua de Hilda apareció tímida, recibiendo aquellas gotas milagrosas y, un segundo después, su boca reclamó con avidez que vertiera el líquido más deprisa. La mano larga y pálida de la mujer nórdica se alzó y empujó con torpeza la botella para que su contenido cayera velozmente. Hebe le sujetaba la cabeza, incrédula todavía de que su pareja hubiera vuelto a la vida. En cuanto apuró la bebida, abrió los ojos y buscó la mirada de Hebe.

—No... llores, cariño —consiguió decir. Notaba arena en las cuerdas vocales.

Las pupilas de Hilda estaban tan dilatadas que sus ojos parecían negros. Un dedo tembloroso limpió el reguero de lágrimas que descendía por su rostro.

—Toma. Has de comer algo —afirmó Iduna, abriendo una barra de cereales.

Sin apartar los ojos de su pareja, Hilda comenzó a masticar aquello como si fuese el manjar más exquisito del universo. Iduna, sentada junto a ellas, las contemplaba en silencio. Respiró hondo y tragó saliva para desembarazarse del nudo que había atenazado su garganta. Luego levantó la vista hacia Patricia, que, de pie, observaba la escena con los ojos brillantes.

—Gracias —dijo Hilda, con voz ya totalmente clara, en cuanto hubo terminado de comer. Daba la impresión de que una corriente de vida la hubiese atravesado de la cabeza a los pies.

—Menudo susto nos has dado.

—Hay que ir a la ciudad, han entrado intrusos —dijo, intentando levantarse.

—Lo sé, pero esperaremos un momento. Aún estás débil.

—Tonterías. Me siento desbordante de energía.

—Me alegro, pero vayamos despacio —pidió Iduna.

—¿Te ha avisado Gea? —preguntó Hebe—, ¿te ha contado lo que ha ocurrido?

—Y, por cierto, ¿cómo sabíais que estábamos aquí? —inquirió Hilda.

—Es un poco largo de explicar. En el camino hablaremos. No sé nada de Gea, no coge el móvil. Me tenéis que contar qué habéis visto.

Hilda comenzó a hablar.

—No sabemos qué habrá pasado en la ciudad. Estábamos en el apartamento cuando comenzó a sonar la señal de evacuación. Acto seguido, escuchamos disparos y luego una fuerte explosión proveniente de nuestro mismo nivel. Nos escondimos bajo la tabla de la cama. Alguien entró a registrar la vivienda, pero no nos vieron. Eran hombres, escuchamos sus voces. Esperamos un rato y nos atrevimos a salir cuando oímos que se metían en los ascensores y volvió el silencio.

—El primer nivel estaba desierto, debieron de llevarse a las guardianas con ellos —añadió Hebe—. La puerta de la sala de vigilancia había volado por los aires y vi rastros de sangre.

—No nos atrevimos a bajar a la ciudad. Con toda seguridad estaban dentro y no sabíamos cuántos eran, así que nos decantamos por los túneles —continuó Hilda.

—Las ruedas de nuestras motos estaban rajadas y se había llevado las llaves. No tuvimos más remedio que echar a andar y alejarnos lo más posible. Allí había una decena de motocicletas aparcadas junto a las nuestras, pero ninguna tenía la llave de arranque.

—Recordadme que tenemos que hacer un cursillo rápido de cómo robar una moto —dijo Iduna medio en broma—. ¿Te encuentras bien, Hilda?

—Estupendamente. Tenemos que irnos ya, hay que volver a Eterna.

Las cuatro regresaron andando hasta las cuevas de Suso y atravesaron la pequeña salida al exterior. Iduna volvió a cerrar la puerta que conducía a los túneles. Con la ayuda de sus amigas, Patricia sorteó el obstáculo de la alta verja, aunque esta vez sin consecuencias dolorosas. El tobillo le palpitaba, pero era soportable.

—¿Por dónde vamos a entrar a la ciudad? ¿No será peligroso? —preguntó Patricia.

—Creo que lo mejor será intentarlo por el punto de evacuación. Imagino que nadie se habrá preocupado de cerrarlo —respondió Iduna, conduciendo el Mustang a una velocidad poco recomendable por el camino descendente de la montaña—. En caso contrario, probaremos otra cosa.

—¿A cuánto está de aquí?

—Unos doscientos kilómetros hacia el norte.

—¿Nos vais a contar por fin cómo nos habéis encontrado? —preguntó Hebe.

Iduna conducía concentrada en la oscura carretera. Patricia se volvió hacia el asiento trasero y se dispuso a explicar a sus amigas lo que había sucedido.

—Es un poco extraño, pero imagino que a vosotras ya nada os lo parecerá. Nos ha avisado Alejandra, la hija de cinco años de unas amigas. Puede ver ciertas cosas, incluso antes de que sucedan.

—¡Qué maravilla! —exclamó Hilda—. ¿Fue ella la que te salvó cuando te fuiste?

—Sí, ella me encontró.

—Pues me alegro. Me alegro de que estés viva y hayas decidido regresar. Porque vuelves con nosotras, ¿verdad?

—Así es —respondió, contemplando a Iduna. Esta apartó los ojos por un momento de la carretera y devolvió una ardiente mirada a su pareja. Patricia la retuvo unos instantes y luego su expresión se agravó.

—Aunque no sabemos si habrá un lugar al que volver... —dijo en voz queda, poniendo en su boca la preocupación de todas.

—Siempre hay un lugar al que volver, por eso no te tienes que inquietar —manifestó Iduna.

Ante el tono cálido tan poco usual, Hilda hizo un levantamiento de cejas a Hebe y la agarró de la mano, mostrando una ancha sonrisa. Su pareja se quedó mirando por unos momentos los dedos entrelazados y observó con dulzura el bello rostro nórdico.

—Habrá que dar las gracias a esa niña —dijo emocionada.

—Habrá que hacerlo —respondió Hilda, apretándole la mano.

—Dudo que tengamos ocasión —intervino Iduna.

—Nunca se sabe... —señaló Patricia, retirando un mechón de pelo tras la oreja de la conductora. Esta agradeció la caricia, pero guardó silencio. Había mucho en lo que pensar. Muchas decisiones que tomar.

El deportivo se adaptaba con facilidad a las innumerables curvas que discurrían entre el frondoso abetal. Iduna echó un vistazo al GPS y condujo unos cientos de metros más, hasta una ruta que se abría a la derecha de la carretera de montaña. El pequeño camino de tierra desembocaba en un claro. Eran las dos de la mañana cuando detuvo el Mustang, estacionándolo en un lugar escondido desde donde no se divisaba la carretera principal.

—Cojamos un par de linternas del maletero. Nos harán falta.

Las cuatro mujeres bajaron del coche. Iduna entregó una de las linternas a Hilda y se quedó con la otra.

—¿Puedes andar bien? —preguntó a Patricia.

—Sí, me molesta un poco, pero iré con cuidado.

—De acuerdo. Seguidme.

Como si tuviera un navegador en su cabeza, se sumergió en la oscuridad del bosque en dirección norte, rociando la tierra y los numerosos matorrales con el haz de luz. Al cabo de unos diez minutos, hizo un gesto con la mano para que se detuvieran. Se llevó un dedo a los

labios, aunque a ninguna de ellas se le hubiera ocurrido hacer el menor ruido. Las cuatro temían por igual averiguar a qué se enfrentaban. Iduna les indicó que esperaran allí, apagó su linterna y comenzó a caminar a ciegas. Al cabo de unos instantes, su vista se acomodó al escaso resplandor que provenía de la luna. Unos pasos más allá, distinguió la gran roca flanqueada por dos abetos centenarios. Ese era el lugar. A medida que se aproximaba, parapetándose tras los troncos de los árboles, lo que aparentaba ser una pared rocosa inmensa y negra se fue convirtiendo en una enorme boca que surgía del bosque. Iduna avanzó unos metros pegada a la pared y aguzó el oído. Su instinto le dijo que el camino estaba despejado. Entonces regresó sobre sus pasos para llegar hasta donde había dejado a sus amigas.

—Todo parece tranquilo, pero no hay que confiarse, no sabemos si todavía están dentro. La puerta del punto de evacuación sigue abierta. Vamos a entrar muy despacio, sin hacer ruido. Haced lo que yo haga. Apaga la linterna cuando te lo indique, Hilda.

En cuanto llegaron a la gran entrada, Iduna apagó su luz e hizo un gesto hacia Hilda. Esta asintió y la oscuridad se las tragó momentáneamente. Al poco, los ojos de las cuatro se acomodaron a la escasa iluminación natural. Iduna avanzó por la espiral descendente, indicando a las demás que se pegaran a la pared y la siguieran. La bajada a ciegas duró unos minutos, hasta que, paulatinamente, la rampa fue iluminándose por la luz que llegaba del interior. Estaban muy cerca del tercer nivel de la ciudad. La buena noticia era que el sistema eléctrico seguía funcionando. En cuanto alcanzaron el inicio del punto de evacuación, avanzaron pegadas al muro oeste del edificio de lavandería. El silencio era abrumador. De repente, un mugido atravesó la noche, poniéndoles los pelos de punta.

—Tranquila, es solo una vaca —susurró Iduna, al ver que Patricia se ponía una mano en el pecho y se pegaba a la pared con cara de susto—. Vamos a registrar edificio por edificio. Estad preparadas. No sabemos con qué podemos encontrarnos.

Entraron primero en la granja, descubriendo que los animales seguían viviendo con absoluta normalidad. Todo estaba automatizado, por lo que tenían agua ilimitada y comida durante largo tiempo. Todavía faltaba mucho para que hubiera que reponer los silos de suministro. Fueron registrando cada estancia para constatar que, salvo los inquilinos de la granja, allí no había ni un alma. El invernadero también estaba desierto y funcionaba con la temperatura perfectamente regulada. En apariencia, la tecnología que mantenía con vida la ciudad no había sido dañada. El mismo resultado obtuvieron con la inspección de las bodegas, el edificio de lavandería y limpieza, el de cocina, el laboratorio de investigación y el resto de los servicios del tercer nivel. Lo único distinto e inquietante era que Eterna se había convertido en una ciudad fantasma.

—Vamos a bajar a los apartamentos, pero utilizaremos las escaleras. Si hay intrusos, el ruido de los ascensores podría alertarles.

En el cuarto sótano el silencio era estremecedor. A lo largo de los jardines ornamentales y los amplios paseos se respiraba una ausencia que helaba la sangre. Entraron en varios apartamentos para corroborar que allí no había nadie, aunque todavía encontraron señales de actividad reciente: piezas de ropa sobre las camas, el aroma del gel utilizado hacía poco tiempo... Iduna decidió que era inútil registrar vivienda por vivienda. Si la señal de evacuación se había disparado, lo lógico era que todas hubieran acudido al punto de encuentro y tampoco tenía mucho sentido que los intrusos se hubieran resguardado en alguno de los apartamentos, ya que no había nada de valor. Propuso que continuaran la inspección en el segundo nivel.

La ausencia del ruido habitual de gente en la zona de esparcimiento sobrecogía mucho más que la de cualquier otro lugar de Eterna. El vacío atronador que imperaba en la ciudad era



solo mitigado por la música que provenía del pub. Como una premonición macabra, la voz de Billie Holiday cantando *Strange fruit* se extendía por aquel desierto espectral. Iduna tuvo un mal presagio. La cascada seguía rompiendo sobre la superficie cristalina del lago, emitiendo un borboteo continuo, pero no se escuchaba nada más. Ni un solo ruido de pasos, de conversaciones, de risas, que indicara la existencia de vida humana en la que había sido la parte más concurrida de la ciudad. Lo único positivo era que tampoco encontraron a ninguna de las ciudadanas herida o muerta. Los juegos, los cines, el estadio, el templo... todo había sido abandonado. Cuando hubieron registrado hasta el último rincón del nivel dos y visto los claros signos de que el lugar había sido evacuado a toda prisa, las cuatro se detuvieron en medio de la avenida principal contemplando sobrecogidas la ciudad vacía. Ninguna osó decir una palabra. Cada una estaba elaborando en silencio su particular despedida de Eterna.

—Vamos arriba —ordenó Iduna con voz lúgubre.

El último tramo larguísimo de escalones conducía hasta un muro infranqueable. Con los sentidos alerta, Iduna introdujo la tarjeta magnética en una ranura oculta a un palmo del suelo. Parte del muro se desplazó a un lado con un siseo, dejando accesible el primer nivel. Las cuatro aguzaron el oído pegadas a la pared. Si los intrusos no se habían marchado, solo podrían estar allí. Pasados unos segundos, no se oía sonido alguno que delatara presencia humana. Iduna hizo una señal a las otras para que permanecieran inmóviles. Con sigilo, se asomó al distribuidor que separaba sus apartamentos de las dos zonas de control. La puerta del área de vigilancia, como habían descrito Hilda y Hebe, estaba reventada. Había cristales por todas partes. La otra entrada acristalada, tras la cual estaban los mecanismos que daban vida a la ciudad, se veía abierta pero intacta. Iduna se aproximó sin hacer ruido, cuidando de no pisar los cristales esparcidos por el suelo. Los dos habitáculos estaban desiertos, pero le inquietó descubrir que, como dijo Hebe, había rastros de sangre. Alguien había sido herido. Pensó de inmediato en las guardianas que estaban de vigilancia ese día. ¿Se las habrían llevado los asaltantes? Al menos habían podido dar la señal de alarma. A continuación, entró en su vivienda y comprobó que estaba libre de intrusos. Con un suspiro de alivio, vio que su escritorio no había sido forzado. Uno por uno, fue revisando los apartamentos de sus amigas para constatar que estaban vacíos. Quienquiera que hubiera entrado en Eterna ya se había ido. No sabía qué habrían ido a buscar o si el hallazgo de la ciudad había sido casual, pero cabía la posibilidad de que regresaran. Tenían que salir de allí cuanto antes. La ciudad había dejado de ser segura. Se asomó a la entrada de los túneles y vio las dos Triumph con las ruedas rajadas. No había ni rastro de las motocicletas de los invasores. Eso le corroboró que habían abandonado Eterna. Volviendo sobre sus pasos, entró de nuevo en su apartamento, abrió el escritorio y cogió el cofre que guardaba la daga. Al levantar la tapa, pudo respirar aliviada cuando sus ojos se encontraron de nuevo con la joya de oro. Se otorgó un instante para contemplar el busto de la diosa Astarté esculpida en la empuñadura, la diosa cuya sangre circulaba por sus venas. Después salió de la vivienda para ir al encuentro de sus amigas.

—No están sus motos, sin duda se han marchado. Tenemos que salir de aquí. Podrían regresar en cualquier momento.

—Menos mal —dijo Hilda, al contemplar el cofre que portaba Iduna en sus manos—. Temía que la hubieran robado.

—No creo que fuera esto lo que venían buscando. De hecho, no da la impresión de que hayan estado registrando nada a fondo —señaló Iduna con cara de preocupación.

—Quizás encontraron los túneles por azar —dijo Patricia.

—Las casualidades no existen —declaró Hebe mirando a Iduna—. ¿Estás pensando lo

mismo que yo?

—Norma.

—¿Quién es Norma? —preguntó Patricia.

—La última en entrar en Eterna. Fue la fundadora de una sociedad secreta llamada La Esencia. Resultaba muy valiosa para nuestras investigaciones. Estuve estudiando sus movimientos mucho tiempo y la tenté varias veces con nuestra ciudad. Al final decidió venir. Es una científica muy reputada y sus logros se habían aproximado bastante a la fórmula de la eterna juventud, aunque sin éxito. Es demasiada coincidencia que alguien haya descubierto Eterna justo después de su incorporación.

—¿Es posible que haya contactado con alguna persona ajena a la ciudad? ¿Que haya podido dar nuestra ubicación? —señaló Hebe.

—Imposible, pero puede que nos hayan seguido, que nos hayan visto con ella cuando estábamos fuera. Creo que hemos caído en una trampa —afirmó Iduna.

—¿Y ahora qué hacemos? —inquirió Hilda.

—Alejémonos de aquí. Tengo que hablar con la encargada de la reubicación. Quería comprobar el estado de la ciudad antes de ponerme en contacto con ella.

Bajaron hasta el nivel tres en uno de los ascensores y volvieron a recorrer la rampa que llevaba al exterior. En cuanto estuvieron dentro del Mustang, Iduna marcó una tecla en su teléfono y puso el altavoz para que todas pudieran escuchar la conversación. A pesar de la hora intempestiva, se escuchó la voz despierta de una mujer.

—¿Aitana?

—¡Gracias a la diosa! Estaba esperando tu llamada. He estado a punto de marcar tu número a pesar de que las normas lo prohíben.

—Has hecho bien, tenemos que seguir blindando la seguridad. ¿Está Gea contigo? No contesta al teléfono.

—Aquí no ha llegado. Además de vosotras cuatro, solo faltan Rita y Savannah, que estaban de guardia, y Norma, la nueva. Pensaba que estaríais todas juntas.

Guardó un elocuente silencio. Se estaban confirmando sus sospechas, puesto que Norma también había desaparecido. Necesitaba pensar. Era muy extraño que Gea no se hubiese puesto en contacto con ella. Con toda probabilidad, los intrusos, con Norma a la cabeza, se habían llevado a Gea, Rita y Savannah. Iduna intuyó cuál podría ser la causa. La sociedad secreta de Norma pensaba utilizarlas de conejillos de indias para sus investigaciones. La sangre que corría por las venas de las cuatro era muy valiosa.

—¿El protocolo está en marcha? —preguntó, sin dar más explicaciones a su interlocutora.

—Sí, después de pasar por el lector de tatuajes, comenzamos a reubicar a las ciudadanas en las casas.

Las habitantes de Eterna tenían tatuada la daga fenicia en su cuerpo desde el día de su primera ceremonia. Cada tatuaje incorporaba un código con toda la información de la portadora. Iduna dedujo que les habría costado muy poco tiempo cruzar la base de datos con los resultados del lector y averiguar de este modo si faltaba alguien.

—Perfecto. Ahora mismo vamos para allá —contestó.

Tras finalizar la llamada, Patricia se quedó mirando fijamente a su pareja.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

Su voz denotaba el cansancio que comenzaba a apoderarse de ella a pesar de la excitación de los acontecimientos. También estaba hambrienta. No habían comido nada desde el mediodía. Iduna parecía incombustible.

—A nuestro nuevo hogar. Está a pocos kilómetros de aquí. Llegaremos en unos minutos.

—¿Una segunda Eterna cerca de aquí? No me lo puedo creer.

—Más o menos. Ya lo verás.

A medida que se adentraban por una carretera en dirección sur, el abetal se iba haciendo más denso a ambos lados del camino. Iduna tomó un desvío a la izquierda y circuló con cuidado por una vía más estrecha y sinuosa. Al cabo de un par de minutos, desembocaron bruscamente en una zona urbanizada. Un letrero a la derecha de la ruta indicaba el nombre del lugar: «Urbanización Gubla».

La urbanización estaba cercada por una gruesa muralla de abetos estratégicamente situados, de forma que nadie podría intuir que tras el tupido bosque existiera una población de más de mil casas. En la entrada principal se levantaba una garita de piedra blanca desde donde un par de guardianas controlaban el tránsito de personas, levantando y bajando una barrera automática. En su interior, un circuito de pantallas devolvía las imágenes de las cámaras situadas a lo largo y ancho de todo el perímetro de la urbanización.

El Mustang se detuvo ante la entrada. La conductora bajó la ventanilla para hablar con la mujer que estaba aguardando su llegada junto a la barrera.

—Hola, Aitana —saludó Iduna, dedicando un atisbo de sonrisa a una joven morena de pelo muy corto.

—Estoy encantada de verte —dijo, accionando el mando que elevaba la barrera.

—Nos vemos en mi casa.

—De acuerdo —dijo la mujer, disponiéndose a seguir al Mustang con una motocicleta.

Iduna enfiló la ancha avenida principal.

Patricia no podía despegar sus ojos de la ventanilla, contemplando la sucesión de viviendas blancas rematadas por tejados de pizarra gris a cuatro aguas, iluminadas por una hilera de farolas que parecía extenderse infinitamente. Las construcciones formaban un paisaje de montaña idílico. Desde los tejados se elevaban chimeneas a distintas alturas. Contemplando las casi cien casas dispuestas a los lados de la avenida principal, cada una independiente, distinta y con su parcela ajardinada, Patricia pensó que quien hubiera diseñado la urbanización había cuidado de que, a pesar del color uniforme de las viviendas, las formas constructivas fueran diversas.

—Es preciosa... —susurró.

—Después de Eterna, nuestras arquitectas tenían el listón muy alto. ¿Verdad, Hebe?

—¡Desde luego! Teníamos que hacer algo que superara en diseño y comodidad a la ciudad. Nos ayudó bastante contar con un espacio enorme y además en el exterior.

—¿Y ahora vamos a vivir aquí? ¿No es muy arriesgado? Este lugar es mucho más accesible que la ciudad.

—Ahora hablaremos de eso. Ahí está la casa —señaló Iduna.

En el último tramo de la avenida, estacionó el deportivo delante de una vivienda de dos plantas. Un porche se adelantaba a la fachada, cubriendo parte del sendero empedrado que partía de la entrada a la propiedad. La amplia extensión de césped que rodeaba la casa estaba cercada por una valla blanca. Aitana paró la motocicleta detrás del coche y se acercó al grupo de cuatro mujeres.

—Aquí tienes —dijo, entregando a Iduna varias llaves unidas por una figura de madera que tenía impreso el tatuaje de la daga fenicia.

—¿Te acuerdas de Patricia? —dijo, presentándolas—. Se incorpora de nuevo a nuestra sociedad. Aitana es la organizadora principal de la reubicación.

—Tendré que habilitarle una casa y procurarle nueva documentación.

—No hará falta, va a vivir conmigo. Y, por lo pronto, conservará su identidad originaria —afirmó, soltando de la argolla una de las llaves para entregársela a su pareja.

Patricia aceptó la llave con un regocijo interno difícil de ocultar. El gesto le hizo ver que Iduna estaba dispuesta a cumplir sus promesas.

La organizadora sacó de las alforjas de la motocicleta un portafolios de piel con cremallera y se lo entregó a Hilda y Hebe.

—Aquí tenéis. Vuestra vivienda es la de la izquierda —dijo, señalando una preciosa casa similar a la de Iduna, pero con una forma algo distinta—. Dentro encontraréis la documentación a vuestro nombre. También teléfonos móviles, tarjetas de crédito y las claves de vuestras nuevas cuentas.

Ambas se miraron sin poder ocultar la emoción. No obstante, descubrir su nuevo hogar tendría que esperar. La reunión que iban a tener era primordial. Las cinco mujeres accedieron a la nueva casa de Iduna y Patricia. Nada más entrar había un distribuidor con tres puertas y una escalera ascendente. Iduna abrió la puerta más grande, de dos hojas, para que el grupo pasara directamente al salón de la vivienda. Una barra americana separaba la amplia cocina del lugar donde iban a tener la reunión. Dos sofás de tres plazas y un par de sillones de relax rodeaban la mesa baja central. Más allá estaba la zona de comedor. El mobiliario tenía un diseño moderno, alternado con objetos antiguos que dotaban de un aire muy personal a la casa. También otorgaba calidez una gran chimenea. En uno de los muros había una pantalla plana de televisión de dimensiones enormes. Otra de las paredes estaba totalmente acristalada y daba acceso al jardín trasero, donde podía verse, iluminado por las farolas, un espacio con cubierta móvil que cobijaba una piscina y un par de tumbonas. También existía un área de relax con mesa y sillones bajo un porche de madera. En el lugar más apartado del jardín habían construido una barbacoa bajo un techado. Patricia, Hilda y Hebe contemplaron el exterior extasiadas ante el buen gusto y las comodidades que ofrecía la vivienda. Y, ante todo, por la posibilidad de una vida al aire libre alejada de los subterráneos de Eterna.

Iduna reclamó la atención de sus amigas y las hizo sentarse alrededor de la mesa auxiliar. Aitana se metió en la cocina.

—Si me permitís, aquí tenéis una nevera para enfriar vinos, por supuesto llena. ¿Os apetece una copa? También he dispuesto unos platos con jamón y queso. Imaginé que vendríais con hambre.

—Sí, por favor —dijo Hilda con una amplia sonrisa, levantándose para ayudar a la organizadora de la reubicación.

En cuanto todas tuvieron sus copas llenas, Iduna comenzó a hablar.

—Sé que estamos cansadas y hambrientas, pero nuestra situación es grave. La seguridad de la ciudad se ha visto comprometida por un grupo que ha descubierto Eterna y ha logrado entrar, lo cual quiere decir que ya no podemos vivir allí. No sabemos exactamente qué buscaban, aunque tengo una teoría.

Mientras todas daban cuenta de la comida y el vino, Iduna contó las circunstancias que llevaron a la incorporación de Norma a Eterna.

—Creo que, así como nosotras hemos intentado utilizar sus conocimientos en beneficio de nuestras investigaciones, los miembros de su sociedad han decidido utilizar los nuestros, con o sin el consentimiento de Norma. Puede que les haya hablado de nuestra existencia antes de entrar en la ciudad. Lo cierto es que no ha podido comunicarse con nadie desde el día de la escalada. Han tenido que localizarnos y seguirnos para poder encontrar Eterna. Y deben de

tener un equipo muy bueno de rastreadores, puesto que han dado con el acceso a los túneles y han sabido qué dirección tomar.

—¿Qué va a pasar con Gea? —preguntó Hebe, preocupada.

—No lo sé, Hebe. Deduzco que se la han llevado con ellos, igual que a Savannah y a Rita. Creo que pretenden continuar con las investigaciones de la sociedad utilizando la sangre de las cuatro.

—Dudo mucho que consigan lo que nosotras no hemos logrado, que es reproducir la fórmula original que corre por tus venas —señaló Hebe.

—En cuanto vean que no la consiguen seguro que se ponen en contacto contigo para proponer un intercambio. Te necesitan a ti. Gea llevaba el teléfono con tu número. Te llamarán —intervino Hilda.

—No menospreciéis la inteligencia y los conocimientos de Norma. Es posible que consiga la fórmula. No obstante, lo logre o no, tenemos que encontrarlas. No voy a esperar a que me llamen. Hay que dar con ellas antes de la próxima luna. Si transcurre un mes y no renuevan la sangre morirán en pocos días. Al menos Gea, que es la que más años tiene.

—¿Cómo sabemos que no han seguido a las ciudadanas hasta aquí? —preguntó Patricia.

—No lo sabemos, pero no lo creo. Ya hubieran asaltado la urbanización —respondió tajante Iduna—. Esa es otra cuestión que tenemos que abordar. Vivir en el exterior significa exponernos al mundo. Hemos estado barajando la posibilidad de salir de la ciudad, pero esperábamos que sucediera mucho más tarde, cuando estuviera todo preparado para dar el paso. Esto nos obliga a acelerar las cosas y tomar decisiones arriesgadas.

—En principio, parece ser que solo esa sociedad conoce nuestro secreto y dudo mucho que les interese divulgarlo. Podríamos llegar a un acuerdo. Siempre que no sea ofrecerte a ti en bandeja, claro —propuso Hebe.

—Creo que es prioritario poner todos nuestros medios en marcha para encontrarlos —dijo Hilda.

—Mañana comenzaremos a llamar a nuestros contactos. Ahora es preciso que descansemos. Reuniremos a las ciudadanas a primera hora. Dejando aparte la excitación de salir al exterior, deben de estar asustadas —señaló Iduna.

—Están esperando saber qué ha ocurrido. Han sido reubicadas en las casas conforme a su situación en Eterna. Siguiendo el protocolo, se les ha facilitado su nueva documentación, móviles, tarjetas y cuentas y han recibido la orden de no salir de la vivienda a la espera de instrucciones —explicó Aitana.

—Convoca una reunión a las diez enviando un mensaje a los teléfonos. Que acudan al edificio de la Asamblea. Imagino que ya sabrán dónde está, tienen los planos de la urbanización. Y tú ve a dormir un poco, son casi las cuatro de la mañana.

—De acuerdo —dijo Aitana, levantándose para marcharse.

—Gracias por tu trabajo y el de tu equipo. Lo habéis hecho increíblemente bien.

Aitana se limitó a guiñar un ojo y sonreír antes de salir.

—Vosotras, id a ver vuestra casa —indicó Iduna, dirigiéndose a Hilda y Hebe—. Sé que os morís por conocerla. Y descansad, mañana tendremos un día duro.

—¡Vamos! —exclamó Hilda, tirando de la mano de su pareja.

Cuando se quedaron a solas, Iduna echó la cabeza hacia atrás en el sofá, cerrando los ojos unos segundos. Patricia le agarró la mano.

—¿Estás preocupada? —dijo.

—Mucho. Esto puede ser el principio del fin.

—No podemos pasar toda la eternidad escondidas bajo tierra.

—Escondidas no, pero tendremos que vivir huyendo si el mundo descubre nuestro secreto.

—¿Cómo lo vamos a evitar? En cuanto salgamos de este lugar verán nuestro aspecto y al cabo de un tiempo se harán preguntas. Somos muchas.

—Todas esas cosas voy a tratarlas en la asamblea. Y también me preocupa Gea.

—Por lo que nos has contado, encontraste a Norma cuando te lo propusiste, con su antigua identidad y con la nueva. No creo que tengas mucho problema en hacerlo otra vez.

—Eso espero. Mañana hablaré con todos nuestros contactos. Cuatro mujeres de esas características no pueden haber pasado desapercibidas. Les pediré que vigilen todos los edificios relacionados con La Esencia. Lo más seguro es que las hayan llevado a uno de sus laboratorios.

—No te preocupes, las encontraremos —afirmó Patricia, apretando su mano.

Iduna se quedó mirando los dedos entrelazados.

—No te he preguntado si querías vivir conmigo, lo siento. Lo he dado por hecho —dijo Iduna.

—Es cierto, no me lo has preguntado.

Los ojos de Patricia desprendían un brillo esmeralda.

—¿Y quieres?

—Por supuesto —respondió, aproximando muy despacio su boca.

El beso duró tan solo unos segundos, ya que Iduna se apartó bruscamente para ponerse en pie.

—Estarás agotada y tengo que reunir a la asamblea en pocas horas. Vamos a dormir. Prohibidos los besos hasta mañana —dijo con la mirada pintada de un gris tormentoso.

—Tienes razón, estoy muerta. Será mejor que no nos toquemos, pero podríamos hacer un *tour* rápido por la casa. Me gustaría verla.

—Claro, vamos.

Iduna la condujo hasta la entrada, abrió la puerta situada a la izquierda y le dio a un interruptor, iluminando el garaje. Dentro había un todoterreno y una motonieve. Todavía quedaba espacio para otro automóvil grande.

—Todos los garajes están igualmente equipados. En un lugar de montaña como este es imprescindible. Además, estamos a bastante distancia de la población más próxima.

Después abrió la puerta situada a la derecha del salón. Daba acceso a una habitación de matrimonio con su propio baño completo.

—Por si tenemos visita o te enfadas conmigo y decides dormir aquí.

—Muy útil —contestó con una sonrisa irónica.

—Vamos arriba.

En la planta superior había dos puertas. La de la izquierda conducía al dormitorio principal, que tenía una cama enorme, un vestidor, un baño con ducha e hidromasaje y una terraza que se asomaba al jardín trasero de la casa.

—Habrás visto que las paredes están nítidas. Las dos habitaciones tienen el mecanismo de recreación de ambientes que había en nuestros apartamentos de Eterna —explicó Iduna.

—Así las chicas no lo echarán de menos. El cambio de vida va a ser muy radical.

Patricia no pudo resistirse a salir a la terraza para contemplar la magnífica vista nocturna del bosque y de la montaña.

—Esto es espectacular... —susurró casi para sí misma.

—¿Has visto el vestidor?

—¿No está vacío?

—No. Han pensado en todo. Necesitaremos ropa de calle. Se acabaron los conjuntos homologados.

Dentro del vestidor había tanto ropa informal como trajes y vestidos para asistir a reuniones y eventos. Aunque ninguna prenda era de marca, todas tenían un diseño fascinante y estaban hechas a medida.

—Puedes traer tu propia ropa, si te apetece, o bien pedir que te la hagan nuestras diseñadoras. Toda esta ropa es de mi talla. No estaba previsto que viniera a vivir una segunda persona a esta casa.

Patricia estuvo observando los trajes y zapatos que llenaban la mitad del armario.

—Quien haya diseñado estas prendas tiene un gusto exquisito. Ya tengo ganas de verte con esto puesto —dijo, sacando un conjunto muy sexy de ropa interior que había en uno de los cajones.

—Será mejor que continuemos —dijo Iduna, apartándose de ella intencionadamente—. Tenemos que dormir un poco.

Abrió la habitación de la derecha. Era un despacho. Sobre la mesa de roble había un ordenador de última generación y un portátil. Las paredes estaban revestidas con armarios y estanterías todavía vacíos. Después regresaron a la planta baja y salieron al jardín. Además de la fantástica decoración, el aroma a bosque y el aire limpio lo inundaba todo.

—¿Te gusta?

—Mucho. Pero me gusta más el hecho de que sea *nuestra* casa —respondió, aproximándose a ella para robarle un nuevo beso.

Esta vez fue Patricia la que tuvo que apartarse cuando un deseo furioso amenazó con arrastrarlas.

—Perdóname, cuanto te tengo cerca no puedo contenerme —dijo, acalorada.

—No digas nada más. Vámonos a la cama —respondió Iduna, agarrándola de la mano para arrastrarla hasta la habitación.

## La Asamblea

El edificio en el que estaba prevista la reunión de las habitantes de Gubla se ubicaba a un par de minutos a pie desde la vivienda de Iduna y Patricia, en la plaza situada al final de la larga avenida principal. Mientras avanzaban hacia allí iban coincidiendo con decenas de residentes que, vestidas por primera vez con ropa distinta a los uniformes habituales, convergían desde las calles contiguas siguiendo la dirección que llevaba al punto de encuentro.

La plaza de Gubla la constituía una gran explanada rodeada de edificios que guardaban el estilo común de la urbanización, con distintos tonos de gris y blanco. El principal, al que habían puesto el nombre de La Asamblea, era una gran construcción rectilínea formada por bloques de piedra de color gris claro, con la apariencia exterior de un ayuntamiento. Los edificios circundantes tenían letreros en la fachada principal para identificar su naturaleza. A la izquierda se situaban la biblioteca y el hospital; a la derecha, el polideportivo y un restaurante-pub.

En cuanto Patricia entró en La Asamblea, se dio cuenta de que había sido concebida para cumplir las funciones del antiguo templo de Eterna. Los anchos pasillos perimetrales, separados del patio central por columnas, estaban cubiertos con una gruesa moqueta de color malva y cientos de cojines que llenaban todo el recorrido. Al fondo del amplio atrio, una escalinata curva llevaba hasta el altar, situado en medio de un escenario elevado. En ese momento solo había sobre él un discreto micrófono. Rompía la homogeneidad del altísimo techo una claraboya esférica, ubicada en el mismo centro del patio. A través de ella se filtraban los rayos solares, iluminando de forma natural todo el recinto. Durante la noche estaba previsto que la luz de la luna atravesara el cristal bañando el templo.

A medida que entraban en el edificio, las pobladoras de la urbanización se iban colocando en el atrio —como tenían por costumbre durante las ceremonias—, ocupando las filas semicirculares de bancos de piedra que habían sido diseñadas emulando un anfiteatro. Iduna indicó a Patricia que se colocara en primera fila, en los asientos libres junto a la gran cama redonda que había frente a la escalinata. Siguiendo su sugerencia, se sentó al lado de Hilda y Hebe, que habían llegado ya. A continuación, la dirigente subió hasta la zona elevada y se colocó tras el altar, acoplando el micrófono a la altura adecuada.

Patricia la contempló con un estremecimiento de placer. Iduna había elegido unos tejanos claros de talle bajo que delineaban sus magníficas piernas. La melena rojiza caía ondulada sobre los hombros, contrastando con el blanco impoluto de la blusa. En la urbanización la temperatura era más fría que en el interior de la ciudad, por lo que sus pobladoras podían vestir con prendas muy distintas a las que acostumbraban a llevar en Eterna, otorgándoles una individualidad que antes no parecían tener.

A la entrada de La Asamblea, un escáner identificaba a cada una de las residentes a través de su tatuaje, enviando los datos de asistencia directamente a una pantalla sobre el pórtico de entrada, frente al altar. Cuando Iduna comprobó que el número de las allí reunidas coincidía con las moradoras adultas de la urbanización, con excepción de las dos guardianas de la garita, las cuatro desaparecidas y las tres mujeres que cuidaban en aquel momento de las menores, comenzó a hablar.

—Buenos días, vecinas. Como todas sabéis, el momento que todas ansiábamos, la salida de Eterna para regresar al mundo, ha llegado antes del tiempo previsto. Las circunstancias son graves. Os informo de que la alarma se accionó debido a la irrupción de intrusos en nuestra ciudad.



Un murmullo se extendió por La Asamblea. Iduna levantó las manos para reclamar silencio y continuó hablando.

—Espero que vuestra nueva ubicación os haya gustado. Disfrutad de ella hasta que se os asigne un destino. Mientras no controlemos mínimamente las circunstancias del exterior, os pediría que no salieseis de la urbanización. Podría ser peligroso. Sé que os han dicho que permanezcáis en vuestras casas hasta nueva orden y, por lo tanto, no conocéis vuestro entorno. Aquí vais a encontrar muchos alicientes, además del obvio, que es la vida al aire libre. Todo ha sido diseñado para que no echéis de menos la ciudad. Tenemos una biblioteca que cuenta con un par de salas anexas para impartir clases, un hospital-laboratorio, donde continuaremos nuestras investigaciones mientras podamos, y este edificio —al que llamaremos La Asamblea—, que actuará como templo para las ceremonias y como lugar de reunión. También disponemos de un polideportivo con un gimnasio, un rocódromo, la guardería donde habéis dejado a vuestras hijas y un estadio donde seguiremos jugando al *sweetball*.

Iduna tuvo que acallar de nuevo las voces excitadas.

—Por fin, disponemos de un restaurante, con todas las comidas a las que estáis acostumbradas, y un pub similar al que había en Eterna. En cuanto a vuestras casas, habréis comprobado que todas cuentan con una piscina privada y climatizada. Tened en cuenta que aquí puede llegar a hacer bastante frío. De hecho, nieva a menudo en invierno. Los veranos son suaves, como podéis ver. Por otra parte, también disponéis en vuestras viviendas de una televisión con todas las cadenas que existen en el mercado, públicas y privadas. Quiero que estéis bien informadas de todo lo que pasa en el mundo. En vuestros ordenadores, cuya clave os va a facilitar hoy Aitana y su equipo, tenéis acceso libre a internet. Solo os pido una cosa: lleváis el suficiente tiempo en Eterna como para saber que la confidencialidad es fundamental. Si hacéis algo que pueda comprometer nuestra condición, la comunidad que hemos construido se desmoronará y con ella todos nuestros planes. Estaremos en grave peligro. Sé que tendréis la tentación de averiguar qué ha pasado con la gente que conocisteis en vuestra anterior vida. Tened en cuenta que hay una multitud ahí fuera que está dispuesta a cualquier cosa con tal de conseguir vuestro don, y también muchas empresas y gobiernos dispuestos a utilizaros como ratas de laboratorio. Os recomiendo que no os pongáis en contacto con el pasado. En este momento es vuestra responsabilidad mantener el secreto que compartimos.

Un silencio elocuente se extendió por el atrio. Iduna hizo una pausa y las observó con gravedad.

—Viviendo en el exterior, a pesar de que la ubicación de este lugar es difícil de localizar, estamos expuestas a grandes riesgos. En el caso de que se acerquen por aquí personas ajenas, deberemos actuar con absoluta normalidad, como los habitantes de cualquier otra urbanización del mundo. Si alguien muestra interés, nuestras guardianas comunicarán que no hay ninguna vivienda en venta. Advertirán que la urbanización es privada y que está prohibido el paso a visitantes que no vengán acompañados por propietarios. Si os ven desde la entrada, tan solo podrán decir que aquí viven mujeres guapísimas.

Las sonrisas afloraron, liberando parte de la tensión acumulada.

—Para las que tengáis curiosidad por el nombre, Gubla es la antigua denominación de la ciudad fenicia de Biblos. Hemos querido brindar un pequeño homenaje al origen de nuestro don.

Iduna hizo otra pausa antes de continuar.

—Os voy a informar del estado actual de nuestra comunidad y cuáles son nuestros retos.

Seguirán funcionando los equipos que se encargan de la limpieza semanal de las casas y de los elementos comunes. También tenemos granjas e invernaderos cercanos que son de nuestra propiedad. Van a suministrarnos los alimentos que necesitamos. Disponemos de sistemas autónomos de generación de electricidad, agua y también de reciclaje de todo tipo de residuos. Las que queráis cocinar en casa, podéis hacerlo. Habréis visto que tenéis los frigoríficos y las despensas llenos. Todo lo que necesitéis podéis pedirlo a las administradoras del restaurante. El dinero dentro de la urbanización no es necesario. En cuanto se os haya otorgado un destino fuera, se os activarán las tarjetas de crédito que se os han facilitado y se os informará del contenido de vuestras cuentas. Los teléfonos que os han dado tienen limitada el área de uso por el momento. Solo podréis comunicaros con el resto de la urbanización.

Iduna esperó a que todas asimilaran lo que acababa de anunciar y continuó hablando.

—Aunque los intrusos han abandonado la ciudad, es posible que regresen. No podemos volver a vivir allí. No es seguro. Un equipo se encargará de transportar los animales a las nuevas granjas y de recuperar el contenido de la biblioteca y de lo que nos interese tener aquí. Cuando la ciudad esté vacía, desconectaremos todo el sistema que la mantiene con vida.

La asamblea guardó silencio, a la espera de lo que venía a continuación.

—También ha ocurrido algo más preocupante. Los asaltantes se han llevado a cuatro de nuestras ciudadanas: Gea, Savannah, Rita y Norma. Por supuesto, vamos a hacer lo necesario para recuperarlas. Por el momento, y salvo orden contraria, cada luna llena vendremos a La Asamblea a celebrar el rito. Las cosas han cambiado y las normas también. Cada una de vosotras podrá decidir si quiere continuar siendo joven o prefiere abandonar ese privilegio. Es una decisión muy personal. Si tenéis preguntas, este es el momento.

Una mulata de larga melena rizada levantó la mano. Iduna indicó a Aitana que le pasara un micrófono inalámbrico para poder hablar.

—Eterna ha sido descubierta a pesar de todas las medidas de seguridad. Este lugar es mucho más vulnerable. ¿Qué hacemos si esos hombres vienen con armas a buscarnos?

—En la garita de seguridad hay una alarma similar a la de Eterna, Liana. Se os enviará una señal de evacuación. Si se da el caso, deberéis escapar por vuestros propios medios atravesando el abetal que nos circunda. Tendréis que llevar con vosotras los móviles para poder ser localizadas y reagrupadas en una nueva ubicación que se os dirá. Esta urbanización no es la única que tenemos. Mientras tanto, deberéis esconderos en el bosque. Se os mandará de inmediato un mensaje para indicaros el nuevo punto de reunión. Como habéis podido comprobar, la urbanización no es una cárcel. Las barreras de abetos se pueden atravesar a pie, aunque desde fuera es imposible ver las casas. Existe un tupido muro natural que nos resguarda. Solo sería plausible un ataque desde la entrada principal. En todo caso, las cámaras apostadas en el perímetro identificarían la existencia de intrusos. Las guardianas bajarían las barreras de protección y darían la alarma. Eso nos otorga un tiempo precioso. Si ocurriera en pleno invierno, deberéis poneros la ropa de nieve que tenéis en vuestros vestidores. Las raquetas que hay en los garajes os facilitarán avanzar si el bosque está nevado. Las motonieves no son viables con tan poco espacio entre los árboles.

Iduna volvió a dejar un tiempo para que asimilaran sus palabras.

—Pensad que el desalojo de Eterna se ha realizado mucho antes de lo previsto. Ahora es el momento de estudiar en profundidad el siguiente paso a dar. Algunas de vosotras estabais a punto de ser asignadas a un nuevo destino. Por supuesto, además de regresar cada plenilunio, podréis venir siempre que queráis y pasar los días que os apetezca en Gubla. La urbanización y vuestras casas están a vuestra disposición. Eso sí, guardando especial cuidado de que nadie os

siga hasta aquí. ¿Alguna pregunta más?

Los comentarios arreciaron en el interior de La Asamblea, pero nadie más manifestó sus preocupaciones.

—Sabéis que podéis preguntar lo que queráis en cualquier momento. Yo siempre estaré disponible para resolver vuestras dudas. Solo quiero deciros una cosa más. Imagino que a muchas os habrá sorprendido ver de nuevo a Patricia entre nosotras. Ha vuelto para quedarse y vivirá conmigo.

El sonrojo en el rostro de Patricia lo decía todo. Su pareja acababa de hacer oficial la relación ante la comunidad. Iduna continuó.

—En la página web de la urbanización, a la que solo podemos acceder las que vivimos aquí, encontraréis toda la información que necesitáis. Entre otras cosas, la lista de teléfonos y domicilio de cada una de vosotras, por si queréis comunicaros. También la carta del restaurante, la programación de actuaciones en directo en el pub y, cómo no, información sobre los partidos de *sweetball*. Ahora podéis ir a disfrutar de Gubla.

La algarabía se desató dentro del edificio. A medida que iban saliendo, todas comentaban lo que acababan de oír. Iduna bajó de la zona elevada y se dirigió adonde estaban Patricia, Hilda y Hebe.

—Chicas, hay que ponerse en marcha. Vamos a mi despacho y allí nos repartiremos los teléfonos de nuestros contactos. Tenemos que comenzar de inmediato a investigar el paradero de Gea y las demás. También hay que avisar a los equipos de traslado para que acudan a Eterna a vaciar la ciudad.

—Lo haré yo —dijo Hilda.

—Recuérdales que tengan cuidado. No sabemos si los intrusos han vuelto o piensan hacerlo. Que se aseguren de que en la ciudad no hay nadie.

—Por supuesto.

—Hebe, ven conmigo y estudiemos a quién hay que llamar.

Las cuatro salieron de La Asamblea y fueron caminando hasta la vivienda de Iduna y Patricia. Hilda se despidió para cumplir el mandato desde su casa. Una vez en el despacho, Iduna buscó en el ordenador el archivo que necesitaba. Abrió una base de datos con el nombre de La Esencia e imprimió varias hojas.

—Si te parece bien, te encargas de los contactos que hay en estas dos hojas. Yo me quedo con el resto. Que te cuenten si han visto algo sospechoso, si hay algún movimiento inusual, si han utilizado las tarjetas de crédito, toda esa clase de cosas. Descríbeles a las mujeres que buscamos.

—En cuanto tenga noticias, te aviso —dijo Hebe, despidiéndose.

Iduna permaneció frente al ordenador y levantó la vista hacia Patricia.

—Puedes darte un baño si te apetece. El agua de la piscina está caliente. En cuanto acabe de hacer unas llamadas, acudiré a tu lado.

—¿No puedo ayudar?

—Me temo que no, cariño. Tardaré un buen rato. Tengo que hablar con mucha gente. Puedes aprovechar para ir a dar una vuelta.

—Está bien, saldré a dar un paseo. Llevaré mi móvil. Llámame en cuanto acabes o si has averiguado algo.

Antes de marcharse, rodeó la mesa y se inclinó hacia Iduna para darle un beso.

—Gracias —dijo, yendo hacia la puerta.

La había llamado *cariño*. Patricia no podía borrar la sonrisa de su cara.

La mujer pelirroja se quedó un instante mirando el lugar por donde ella había salido. Le sobrevino un estremecimiento de temor. No sabía si merecía ser feliz ni cuánto duraría esa felicidad, pero pensaba aprovechar cada minuto.

Al cabo de dos horas, todos los contactos que vigilaban las instalaciones de La Esencia estaban activados. Por el momento, nadie había tenido constancia de la llegada de las cuatro mujeres. Era como si se las hubiera tragado la tierra. Iduna miró hacia las montañas con preocupación. Hebe la había llamado diciéndole lo mismo. Hasta ese instante, en ninguno de los laboratorios repartidos por el mundo habían detectado movimientos sospechosos, ni entrada ni salida de gente inusual. El desconocimiento del aspecto que tenían los intrusos era un problema, ya que ninguna de las ciudadanas los había visto. Ni siquiera Hilda y Hebe. Iduna esperaba que hubiera noticias durante los días posteriores. Estaba convencida de que algo los delataría.

El sonido de la llave en la puerta la sacó de su concentración. Miró la hora y se asombró de lo rápido que había pasado la mañana. Oyó los pasos que subían la escalera y Patricia asomó la cabeza.

—¿No tienes hambre?

—La verdad es que sí. Estaba tan concentrada que no me he dado cuenta de la hora que era. Vamos al restaurante —propuso, levantándose.

Patricia se acercó a ella. Cogiéndola por la cintura, la besó en los labios suavemente.

—¿Has averiguado algo?

—Vamos a comer. Por el camino te lo cuento.

Durante el breve trayecto, Iduna le informó de la inexistencia de señal alguna que delatara la ubicación de Gea y las demás. Tendrían que esperar resultados en los próximos días.

En cuanto entraron en el restaurante, Patricia comprobó que había sido concebido al estilo del de Eterna, con mesas de varios tamaños y un diseño elegante y atractivo. El enorme local estaba casi lleno, así como la terraza interior que daba entrada al pub. Las mesas estaban dispuestas de forma que sus ocupantes tuviesen intimidad, proporcionada por plantas ornamentales que servían de separación. Iduna la condujo hasta una mesa para dos en un rincón discreto y acogedor de la terraza.

—Qué raro que esta mesa esté libre —comentó Patricia.

—No es tan raro —sonrió, mostrándole el pequeño letrero que había en el centro y que rezaba «Iduna»—. En adelante, esta será nuestra mesa cuando nos apetezca una comida o cena romántica.

—Veo que continúan los privilegios de las fundadoras.

—Algunos sí —sonrió de nuevo.

Patricia la contempló durante un segundo sin hablar. La tensión parecía haber desaparecido de sus facciones, a pesar de la preocupación que debía de estar devorándola por dentro.

—¿Qué piensas? —preguntó Iduna.

—Que eres guapísima.

—Nada comparable contigo. Y te sienta muy bien esa ropa.

Patricia había tenido que recurrir al vestidor de su pareja. Había elegido una camisa azul de seda y pantalón blanco.

—El pantalón me aprieta un poco. Mis curvas ya no son las de una jovencita de veinticinco.

—Pues cualquiera lo diría —afirmó con una sonrisa seductora.

—¿Me prefieres así o te gusta más la joven que surge tras la transformación?

—Tu belleza no radica en la juventud. Te sale de dentro. Está en la luz que transmites, en la

expresión de tus ojos.

—Me emociona que me digas eso, porque quería preguntarte si no te importa que no me someta a la ceremonia por ahora.

—La decisión es tuya, Patricia. Podrás hacerlo en cualquier momento. Yo tan solo quiero compartir la vida contigo, tengas el cuerpo que tengas.

—Te lo agradezco, cariño. En cuanto sufra la depresión de la flacidez volveremos a hablar de esto —rio.

—Para eso falta mucho tiempo —dijo contemplándola con deseo.

—No me mires así, que tenemos que comer.

Con la sonrisa en los labios, Iduna hizo una señal a una de las camareras. Entre plato y plato, fue respondiendo a algunas de las cuestiones que rondaban por la mente de su pareja.

—Me gustaría ir a mi casa a por algo de ropa y otras cosas. Quisiera traerme el portátil, la tablet y algunos libros.

—Como quieras. Mañana iremos a recoger a tus amigas. Deben de estar muy preocupadas. Le pediré a Aitana que les prepare una vivienda. Llámalas luego y avísalas. Antes de ir a por ellas pasaremos por tu casa y cogemos lo que necesites. Llevaremos el todoterreno que viste en el garaje. Tiene un buen maletero.

—Gracias. La verdad es que la situación de Eva no es halagüeña.

—La someteremos a una revisión en el hospital y aliviaremos su estado hasta que sea luna llena.

—Tu sangre la curará, ¿verdad?

—Por completo. Es más, aunque decidieran no volver a someterse a la ceremonia, ya no habría ni rastro de la enfermedad en su cuerpo.

—¿Qué crees que pasará con Gea?

La mirada de Iduna se ensombreció.

—Espero que podamos encontrarla antes del plenilunio. Sabes que desde el primer momento comienza la lenta reversión. Aunque durante los treinta días siguientes a la ceremonia no se perciben grandes cambios, cada día que pasa a partir de ahí se acelera el proceso. Hora a hora se irá deteriorando más. Y tiene más de noventa años. No creo que resista ni cinco días después del primer mes.

—¿El rito ha de coincidir necesariamente con la luna llena?

—Eso decían las instrucciones grabadas en el cofre de la daga, pero parece que no es determinante. Con Hilda hemos visto que mi sangre surte el efecto esperado sin haber plenilunio. Si fuera necesario, lo volvería a hacer con Gea, Savannah y Rita.

En el momento más relajado del café, Patricia decidió preguntar por una serie de cuestiones que la inquietaban.

—¿Qué planes tenéis para el mundo exterior? Has dicho en La Asamblea que ya hay destinos preparados para muchas de las habitantes de Gubla.

—Como sabrás, nuestras ciudadanas han sido captadas por su brillantez en alguna rama de la ciencia, la tecnología o las artes. Durante los años transcurridos en Eterna, además de divertirnos hemos adquirido conocimientos y profundizado en algunas materias. Ha llegado el momento de poner en práctica y compartir esa sabiduría.

—Eso me parece perfecto, pero ¿cuál es el fin último que buscáis? Me asustaste mucho cuando me dijiste, hace tan solo unos meses, que pretendías controlar el mundo.

—Si te dije eso, fue una estupidez por mi parte. Como te he dicho, el mundo es incontrolable. Incontrolable y prácticamente un infierno para la gran mayoría de la

humanidad. Han desaparecido los valores fundamentales que alimentan el espíritu humano y el dinero se ha convertido en un monstruo que nosotros mismos hemos erigido en rey y que va a terminar por devorarnos. Ya lo está haciendo. Nuestra meta es humanizar el mundo, hacer más sencilla la convivencia, restaurar una manera de interactuar que elimine la violencia, la discriminación y el dolor.

—Muy bonito, pero también muy utópico. ¿Tienes claro cómo conseguir esa meta idílica?

—Evidentemente, no podemos cambiar el planeta en un mes. Tenemos un plan elaborado en distintas fases. Hay que actuar sin prisa, pero sin pausa. Si algo tenemos es tiempo.

—Imagino que habrá trastocado los planes el hecho de tener que abandonar el refugio de Eterna tan pronto.

—Esto nos obliga a acelerar los pasos, nada más.

—Me intriga muchísimo esa planificación de la que hablas.

—La perspectiva global, las líneas exactas y los detalles concretos solo los conocemos Hilda, Hebe, Gea y yo, pero estaré encantada de compartirlos contigo, si te interesan.

—Claro que me interesan. Si realmente el fin vale la pena, podéis contar conmigo en lo que pueda ayudar, ya lo sabes.

—Tú eres una pieza muy valiosa para nosotras, Patricia. Por supuesto que necesitaremos tu experiencia. El programa de reestructuración del sistema económico actual necesita de expertas en finanzas como tú.

—¿Pretendes cambiar el sistema financiero? ¿El de todo el planeta? —inquirió con los ojos muy abiertos.

—Así es. El actual solo lleva al sufrimiento de la gran mayoría de la humanidad en beneficio de una minoría que ostenta la riqueza.

—¿Y cómo piensas lograrlo?

—No va a ser fácil y sé que nos va a llevar mucho tiempo. Algún día todo el mundo podrá tener una vida digna. Si eliminamos los privilegios exorbitados que ostenta una minoría de la población, hay riqueza de sobra en la Tierra para que cada uno de sus habitantes pueda vivir como lo hacemos nosotras aquí, con un nivel de ocio, trabajo, educación y sanidad inmejorables. Solo suprimiendo el armamento mundial ya obtendríamos un avance inmenso y desaparecería un gran número de problemas de la humanidad.

—Estoy de acuerdo, pero ¿cómo vas a conseguir que ese monstruo que es la industria armamentística desaparezca?

—Ofreciendo a la cumbre que los gobierna alicientes más interesantes. Por ejemplo, la inmortalidad. La posibilidad de tener una vida plena, sin guerras, con todo el tiempo del mundo para divertirse, aprender y crecer interiormente.

—No creo que los poderosos cedan tan fácilmente. Intentarán robarte la fórmula y continuar con sus privilegios. Es más, se harán mucho más ricos.

—Por eso iremos muy poco a poco. Introduciremos gente formada en las cúpulas de poder de los organismos más influyentes. Ya te digo que no es cosa de un año ni de dos. Van a hacer falta muchos lustros para conseguir avances significativos. Una de las cosas más importantes, para evitar la corrupción y lo que estás diciendo, es lograr la transformación de la conciencia colectiva mediante la educación. Desde esas comunidades iremos exportando un cambio de mentalidad. Vamos a acabar con el imperio de la fuerza y del egoísmo para instaurar el de la solidaridad. Y cuando eso ocurra, será el momento de compartir nuestro don con todo el mundo.

—Ojalá tengas éxito —dijo con un suspiro de escepticismo—. Lo que me estás contando es

una utopía maravillosa. Imagino que habréis estudiado los núcleos de poder que rigen el planeta y sabréis lo que son capaces de hacer. La vida humana no significa nada para quien busca perpetuar ese poder.

—Tiempo al tiempo. Hay algo que el ser humano desea tanto o más que el poder. El poder es efímero, la eterna juventud, no. Jugamos con una baza incuestionable. Solo necesitamos implantar un cambio de mentalidad. Conseguir que la humanidad deje de ser un peligro para ella misma.

—Te deseo suerte con eso. Sabes que hay muchas posibilidades de que os arrebaten a la fuerza vuestro don. Ten en cuenta que las ciudadanas que introducís en esos destinos no van a enfermar ni a envejecer nunca. En poco tiempo las sospechas se convertirán en certezas y habrá miles de organizaciones dispuestas a lo que sea por obtener vuestro privilegio, como ha sucedido con La Esencia.

—En estos momentos tenemos algunas cosas adelantadas. Ya hay gente de ámbitos muy altos que sabe de nuestra existencia y pertenece o quiere pertenecer a nuestra comunidad. Todas esas personas se están dedicando a protegernos y a proteger nuestro secreto. Tenemos muchas fórmulas para evitar que nos descubran. Por ejemplo, los destinos rotatorios. Con ello lograremos que ninguna permanezca el suficiente tiempo en el mismo lugar como para despertar sospechas.

—No obstante, ¿qué vais a ofrecer a los hombres que están en la cúpula del poder? Porque a las mujeres les podréis ofrecer la inmortalidad, pero a ellos no.

—Te sorprendería lo que están dispuestos a aceptar por una simple promesa de futuro. Algunos ya saben que nuestras investigaciones van en la línea de encontrar la fórmula que funcione con ellos y estoy convencida de que más tarde o más temprano la hallaremos.

Patricia permaneció callada unos segundos contemplando a su pareja.

—La verdad es que te admiro, pero no envidio tu misión. Cargar con el compromiso de mejorar el mundo no debe de ser fácil.

—No lo es. Aunque mi padre me advirtió sobre la responsabilidad que conllevaba utilizar la daga, ni siquiera llegué a intuir mínimamente lo que iba a suponer.

—Podías haberte dedicado a disfrutar de tu larga vida y olvidarte del resto, pero no lo has hecho.

—No va con mi naturaleza. Además, sería muy doloroso disfrutarlo sola —afirmó, mirándola intensamente—. Ver morir a la gente que amas una y otra vez.

—Tienes razón. Sabes que puedes contar conmigo. Espero conseguir que esa carga sea más ligera —dijo agarrando su mano por encima de la mesa.

—Ya lo haces, te lo aseguro.

## En manos de Athila

—Espero que esté todo a tu gusto —señaló Broc en cuanto entraron en el moderno laboratorio—. Todo es de última generación.

En ese momento Norma se encontraba a solas con el magnate. No es algo que le agradara, precisamente. A pesar de que siempre la había tratado con una respetuosa distancia, Athila Broc le producía escalofríos. Tanto ella como Gea, Savannah y Rita habían sido enclaustradas en cuatro habitaciones, con las puertas convenientemente cerradas desde fuera. Broc informó a Norma que se le permitía abandonar su cuarto, pero solo con el objeto de encerrarse en el laboratorio durante horas. Sabía que no la dejaría salir de allí hasta que consiguiese la fórmula. Y ni siquiera estaba segura de que, lográndolo, la dejara ir con vida. Por supuesto, en el trayecto desde su habitación al laboratorio, o a las habitaciones de las mujeres retenidas a las que debía sacar periódicamente muestras de sangre, iría siempre acompañada por Broc o alguno de sus esbirros.

Norma estuvo recorriendo el laboratorio con gesto analítico. Odiaba y temía a Broc, pero no iba a permitir que esos sentimientos interfirieran en sus planes. La astucia era lo que le había hecho sobrevivir hasta ahora y no pensaba estropearlo todo.

—La verdad es que te has gastado dinero con esto, pero podías haber esperado un poco a que pudiera tener más datos. Ni siquiera me has dado tiempo a acceder a sus investigaciones.

—Viendo tu transformación, estoy seguro de que con lo que hay en tu organismo no necesitas nada más para concluir el trabajo. Lástima que no hayamos podido traer a Iduna Melgar. Me hubiera encantado tener una charla con ella.

Norma contempló con desagrado el brillo malsano de los ojos de Broc.

—Siento contradecirte, Broc, pero hay algunas cosas que desconoces. No va a ser tan sencillo. Mi sangre y la de las tres mujeres que me acompañan no encierra la información que precisamos. A pesar del aspecto que puedes contemplar, el cambio que se ha operado en mí no es definitivo. Durará apenas un mes. Es la fórmula original la que hemos de conseguir. La fórmula primigenia solo corre por las venas de Iduna. Reproducir su sangre no va a ser nada fácil, pero te aseguro que lo conseguiré.

—La encontraré. La tendremos aquí muy pronto, te lo aseguro. En el peor de los casos, en el teléfono móvil de la mujer morena hay varias llamadas tuyas. Parece ser que la está buscando desesperadamente. Esta mujer debe de ser importante para ella. Vamos a comprobar cuánto. Le propondré un trueque.

—Yo de ti no perdería el tiempo. Ella jamás cederá ante un chantaje. La conozco. Déjame trabajar con lo que tenemos. No me has dado la oportunidad de comenzar mis investigaciones con nuestra sangre. Puede que al final no necesitemos a Iduna Melgar.

Athila la contempló en silencio, analizando sus palabras.

—No voy a renunciar a ella. Mientras trabajas emprenderé su búsqueda. Ese es el tiempo del que dispondrás, lo que tardemos en encontrarla y traerla aquí. He convencido a dos de tus mejores científicos para que vengan a ayudarte. Altman y Yonath. Se alojan en la ciudad. Vendrán en dos horas. Y, por cierto, no pierdas el tiempo intentando que te ayuden a escapar de aquí. No van a hacerlo. Tengo bajo vigilancia a sus familias.

—No pienso irme. Mi prioridad es conseguir la fórmula —dijo mirándolo a los ojos, intentando no transmitir ni un ápice del miedo que sentía—. Para empezar, voy a necesitar muestras de sangre de las tres cautivas.

—Uno de mis hombres te acompañará.



—Está bien. ¿Lo hacemos ahora? Ya me has dejado claro que voy contrarreloj.

Norma se puso la bata y los guantes y se dispuso a elegir el material que necesitaba mientras Broc hacía una llamada con su móvil. Al cabo de un minuto, apareció ante la puerta del laboratorio un hombre con cierto atractivo desaliñado.

—Kurt, acompaña la. Tiene que sacar sangre a nuestras invitadas. Eres responsable de su seguridad —le ordenó.

Sin decir una palabra, el hombre escoltó a Norma, que ya había salido del laboratorio con una bandeja cargada con el instrumental. El corredor conducía a una escalera que ascendía a la planta superior. Recorrieron un ancho pasillo con puertas a ambos lados. Todas eran de madera maciza y estaban ornamentadas con trabajadas molduras. Kurt se detuvo ante la primera. Era la habitación que enfrentaba a la de Norma. Antes de que abriera, se encaró con él.

—Necesito cierta intimidad. Cuando pase, cierra y quédate fuera. No te preocupes, no va a sucederme nada.

—El jefe ha dicho que me encargara de tu seguridad.

—Las conozco, no van a atacarme. Además, no les serviría de nada, no podrían salir de aquí.

—Como quieras.

El guardián, apartando las greñas rubias de sus ojos para ver mejor, introdujo la llave en la vieja cerradura, dejando entrar a Norma en la habitación. Como le había indicado, cerró tras ella.

Norma comprobó que la estancia era similar a la suya, amplia, con caros muebles bastante antiguos. En una pared había una estantería con libros. Al menos les serviría para mitigar las horas de encierro. El cuarto también disponía de baño propio. La luz entraba a través de dos ventanucos enclavados en la parte alta de la pared exterior y protegidos por una gruesa reja de forja. Savannah, que estaba echada en la cama, se levantó de un salto y fue hacia ella. Norma sujetó la bandeja con una mano y le hizo un gesto con la otra para que no alzara la voz.

—¿Esto lo has maquinado tú? —le recriminó la mujer negra en un susurro.

—Te prometo que no he tenido nada que ver. El que ha originado todo esto es un miembro de mi sociedad. Sin duda ha estado vigilando mis pasos —dijo en voz apenas audible—. Sígueme el juego. Les haré creer que estoy de su lado. Voy a intentar por todos los medios sacaros de aquí.

—Tendrás que darte prisa, no tenemos tiempo, Norma. En cuanto pase un mes envejeceremos muy rápido. Rita y yo tenemos casi ochenta años. Y creo que Gea más de noventa.

—Lo sé, pero tenéis que confiar en mí. Voy a extraeros sangre con cierta asiduidad. Nos retienen para que investigue y consiga obtener la fórmula que reproduzca la sangre de Iduna. Mientras seamos útiles nos mantendrán con vida. Yo me encargaré de eso.

—Sea lo que sea que hayas pensado, date prisa.

—Lo haré.

Tras conseguir la muestra que necesitaba, llamó con los nudillos a la puerta y escuchó cómo el hombre volvía a girar la llave para dejarla salir.

—¿Todo bien?

—Sin problemas, ya te lo he dicho. Van a colaborar, no tienen más remedio.

Norma repitió la misma operación en la habitación de al lado, donde tenían encerrada a Rita.

Cuando Kurt abrió, por fin, la estancia contigua a la de Norma, esta respiró hondo y se

preparó para enfrentarse a Gea. Estaba de pie en medio de la habitación, de espaldas, con la vista alzada hacia las pequeñas ventanas enrejadas. Al escuchar la llave, se volvió rápidamente y la miró con ojos furibundos.

—¡Eras una maldita traidora!

Norma intentó que bajara la voz.

—¡No pienso callarme! ¿Sabes lo que has hecho?

Al escuchar el tono airado, el hombre abrió de par en par la puerta con la Glock en la mano. Norma se puso entre los dos y extendió los brazos para evitar que se acercara a ella.

—No pasa nada. Tranquilo, yo me encargo. Vuelve a cerrar.

El guardián miró a la mujer latina, cuya expresión no podía esconder la furia.

—Si le tocas un pelo te pego un tiro entre los ojos —dijo Kurt fríamente, mostrando su sonrisa más encantadora.

—No hará falta. Quédate tras la puerta —ordenó Norma, con voz imperativa.

—Tú misma —dijo con desgana, antes de volver a cerrar con llave desde fuera.

Gea siguió mirándola con ira, aunque no volvió a decir una palabra.

—Por favor, escúchame —susurró Norma.

Ella se giró de espaldas y fijó de nuevo su atención en los ventanucos.

—Yo no quería esto.

—No te creo —soltó sin mirarla.

Norma continuó hablando en tono muy bajo, para evitar que el otro la oyera a través de la puerta. El grosor de la misma y de las paredes del cuarto jugaban a su favor.

—Athila Broc es un miembro de mi sociedad, eso es cierto, pero lo de intervenir en Eterna ha sido cosa suya. Debió de localizarnos y seguirnos. Yo no tenía ni idea.

—¿Por qué debería creerte? —inquirió dándose la vuelta, aunque en tono más calmado—. De todas formas, es culpa tuya que Eterna y todo lo que comporta haya desaparecido para siempre. Tú los has traído hasta nosotras. ¿Sabes los años que llevamos luchando por preservar nuestra ciudad, defendiendo a nuestras ciudadanas del peligro exterior? Habéis acabado con todo.

—Lo siento. Te prometo que voy a hacer lo imposible por sacaros de aquí. Lo creas o no, también soy su prisionera, aunque voy a intentar que confíe en mí y baje la guardia.

Gea permaneció en silencio y volvió a darle la espalda.

—Nunca nos encontrarán aquí... —susurró para sí misma.

Norma se acercó a ella y la cogió del brazo.

—¡No me toques!

—Está bien —dijo soltándola, aunque los ojos de ambas reflejaban lo que el repentino contacto había provocado en las dos—. Sabes lo que quieren. Necesito la sangre de todas. Voy a mantener esta farsa el tiempo que pueda.

Procurando no mirarla, Gea claudicó y se sentó al borde de la cama. Extendió el brazo, permitiendo que le aplicara un torniquete para hacerle la extracción. Los dedos de Norma le quemaban allá donde la tocaba. Cuando levantó de nuevo la vista hacia ella, pudo contemplar que sus ojos grises brillaban.

—¡Vete! —le pidió con brusquedad, poniéndose en pie para volver a contemplar las rejas que la encarcelaban.

Salió de la habitación sin despedirse. Con todas las muestras en la bandeja, se dirigió al laboratorio, procurando que Kurt no intuyera su estado emocional. A su pesar, ella le generaba una preocupación y unos sentimientos difíciles de ocultar.

*Maldita seas*, masculló Gea apretando los dientes. Encerrada entre aquellas cuatro paredes, a su mente acudió una estrofa de la canción *Descubrí* de Vanesa Martín.

«*Los besos, malditos los besos que a mí me encendieron pidiéndome más. ¿Quién puede? Que diga quién puede frenar el veneno que vino a matar. Mentira, que es todo mentira. ¿Quién puede pedirle razones al mar? Su vida y la mía quedaron en un punto muerto...*»

Con los ojos cerrados, apoyó la frente en el muro. *Iduna nunca nos encontrará aquí*, repitió para sí misma, notando el frío tacto de la piedra.

## Las invitadas

Una lluvia persistente barría el paseo marítimo, refrescando la aridez de un verano que duraba demasiado. Eran poco más de las cuatro de la tarde cuando Iduna, tras pasar por casa de Patricia para llevarse las cosas que necesitaba, estacionó el todoterreno frente a la vivienda de Eva y María. Habían hablado con ellas esa mañana para decirles que irían a recogerlas.

Un par de segundos después de haber pulsado el timbre de la entrada, la valla que daba acceso al interior se abrió y los brillantes ojos azules de María sonrieron desde el zaguán de la casa. Traía consigo una pesada maleta que arrastró a lo largo del sendero encharcado que atravesaba el jardín.

—Lo siento. He cogido lo imprescindible, pero sigue siendo demasiado. No podía abandonar mi caja de pinturas y unos cuantos libros de arte —dijo, justificándose, mientras se aproximaba con el abultado equipaje a las recién llegadas—. No soy capaz de separarme de ellos.

—No hay problema —respondió Iduna, adelantándose para agarrar la maleta y llevarla hasta el coche.

Unos metros atrás, Eva cargaba con una bolsa no muy grande. Sin decir una palabra, se la entregó para que la pusiera junto al equipaje de María.

El gran todoterreno disponía de dos filas de asientos tras el de la conductora. La pareja se acomodó en la primera fila, detrás de Iduna y Patricia. Esta se giró hacia ellas en cuanto emprendieron la marcha.

—Nos detendremos a mitad del recorrido para ir al baño, tomar un café o lo que os apetezca. No tienes muy buena cara, Eva. Intenta relajarte, incluso dormir un poco. El viaje durará unas cinco horas. Si necesitas que paremos antes, dilo.

—De acuerdo —asintió con voz queda.

Patricia se dispuso a buscar música para el camino. El tiempo y los ánimos orientaron su elección, conduciéndola de manera inconsciente hasta la versión de Megan Washington sobre la conocida canción de The Doors *Riders in the storm*. La voz pausada de la intérprete acunó los pensamientos de Eva. Tenía la vista clavada en los regueros de lluvia que corrían por el cristal. María la miró, cogió su mano y entrelazó sus dedos con los de ella. Eva no despegó los ojos de la ventanilla, pero se aferró a esa mano con fuerza.

Al cabo de las cinco horas previstas abandonaron la transitada carretera para internarse, durante un tiempo que a la enferma le pareció eterno, por solitarios caminos de montaña al abrigo de árboles que apenas dejaban ver el cielo. Por fin, los faros iluminaron el cartel que anunciaba el nombre de la urbanización. Eva estaba mal y había pedido que detuvieran el coche tres veces para ir al baño. Cuando llegaron ya era de noche. Iduna condujo directamente hasta el hospital, dado el estado en el que se encontraba la enferma. Cuando salieron del todoterreno, entre María y Patricia tuvieron que ayudarla a rebasar la entrada del edificio. Estaba mareada y un sudor frío le había pegado el largo flequillo a la frente. Apenas se tenía en pie.

—Seguidme. Vamos a hacerle un reconocimiento ahora mismo —señaló Iduna.

Las condujo hasta una sala circular que tenía en el centro una especie de sarcófago conectado a una máquina. Una mujer de cabellos castaños y mirada incisiva salió al encuentro del grupo.

—Tenéis que desnudarla. Ha de tumbarse bocarriba dentro de la cápsula diagnóstica —ordenó, activando un mando para que el aparato descendiera y facilitara la entrada en él.

Mientras la plataforma bajaba, la cubierta transparente se elevaba formando un ángulo de noventa grados.

Patricia se retiró a una distancia prudencial para dejar un poco de intimidad a la pareja. Iduna la acompañó. Entre la doctora y María desnudaron a Eva, que no protestó en absoluto. Patricia pensó que su amiga debía de estar bastante mal, ya que su fuerte carácter y su sarcasmo habían desaparecido por completo. En cuanto se tumbó dentro, la médica le pidió que cerrara los ojos y se relajara, ya que tenía que bajar la tapa acristalada y sellar la cápsula. Eva tragó saliva y lanzó una mirada de pánico a su pareja.

—Tranquila, cariño —pidió María con voz dulce—. No pienso separarme de tu lado.

—No te preocupes, dentro puedes respirar con normalidad. Terminaremos enseguida — anunció la facultativa.

La mujer ajustó unos parámetros en la máquina y un leve siseo recorrió la cápsula, inundándola de una luz azulada. Eva apretaba los ojos con fuerza, intentando alejar la sombra de la claustrofobia. Al cabo de unos minutos, la doctora accionó el mando y la cubierta volvió a levantarse dejando a Eva libre.

—Ya puedes ayudarla a salir. Que se acueste allí —pidió a María, señalando la camilla que había a pocos metros a su derecha. Le dio una tela para que se cubriera.

La cápsula descendió, permitiendo que Eva pudiera ponerse en pie con menos dificultad. María la condujo hasta la camilla. Mientras tanto, la doctora fue hasta el ordenador y estuvo examinando un par de minutos la pantalla.

—La imagen es nítida. ¿Quieres verla? —preguntó, dirigiéndose a Iduna. Esta se aproximó al ordenador y observó lo que la mujer le indicaba.

—Esta zona es bastante grande. Vamos a actuar aquí y aquí —explicó, señalando dos puntos en la imagen—. Será suficiente. Las chicas RYC harán su trabajo.

—¿Quiénes son las chicas RYC? —preguntó María.

La doctora sonrió.

—Llamamos RYC a las sustancias que utilizamos. Bloquean las enzimas culpables de la metástasis del cáncer y, además, «convencen» a las células cancerosas para que vuelvan al redil. Rastread y convencen: RYC.

—Entonces, ¿esas RYC la curarán?

—Detendrán la enfermedad y al cabo de un tiempo estaría curada —intervino Iduna—. Pero el proceso de conversión es lento y no asegura que se vea libre de volver a padecer un cáncer en el futuro. Imagino que preferiréis algo más inmediato y totalmente irreversible. La ceremonia a la que se va a someter es lo único que asegurará la curación completa y que esas u otras células cancerosas no vuelvan a aparecer.

—Lo que le vamos a inyectar no solo paralizará su enfermedad, sino que le hará sentir mejor —señaló la doctora, mientras cargaba dos jeringas con una sustancia transparente. Las agujas eran bastante largas, lo que hizo que Eva comenzara a sudar de nuevo.

La mujer miró la pantalla una última vez, fue hasta la enferma y le dio un vaso con un líquido blanquecino.

—No te preocupes. Esto te hará descansar. No notarás nada.

Eva lo bebió sin rechistar. No tenía fuerzas para discutir. A los pocos segundos sintió que los párpados le pesaban y cayó en un sueño profundo.

—¿Qué le has dado? —preguntó María.

—Un inductor del sueño. Los pinchazos suelen ser molestos. Cuando despierte se encontrará muchísimo mejor.

La doctora retiró el paño que cubría el cuerpo de Eva para localizar los puntos exactos de su organismo donde iba a aplicar las RYC. Sin dudar ni un segundo, inyectó el contenido de las jeringas en las zonas que la pantalla había revelado de forma nítida, volviendo a tapar a Eva con la tela.

—Despertará en unos veinte minutos. Cuando lo haga, podréis llevarla a casa.

—¿Ya está? —preguntó María, sorprendida.

—Sí, ya hemos acabado.

María se quedó junto al cuerpo relajado de Eva. Quería tener fe en el feliz resultado de lo que acababan de hacer a su pareja, pero la inquietud se negaba a abandonarla. Patricia se acercó a ella y le puso una mano en el hombro.

—No te preocupes, de verdad. Va a ir bien.

—Lo sé, pero ha sido todo tan repentino... —respondió, intentando contener las lágrimas.

—María, sé que en los últimos días vuestras vidas han dado un vuelco terrible, pero te prometo que va a ser un cambio muy positivo. Vais a vivir experiencias que nunca habríais imaginado. ¡A todo el mundo no le ofrecen la posibilidad de la eterna juventud! —afirmó sonriendo, en un intento de aliviar la angustia de su amiga.

—En cuanto se despierte os acompañaremos a la nueva casa. Espero que os guste. He intentado que se acomodara a vuestras necesidades —intervino Iduna, que se había aproximado también a la camilla donde descansaba Eva.

—No sé cómo podré agradeceros esto —dijo María, limpiándose dos lágrimas que habían escapado a su control.

—Bueno, se me ocurren varias formas, vuestro talento es muy valioso para nosotras. Pero de eso hablaremos en cuanto todo haya pasado y se haya celebrado la ceremonia de ingreso —señaló Iduna.

Al cabo de un rato, Eva abrió los ojos y comenzó a moverse.

—Espera unos minutos antes de levantarte —aconsejó la doctora.

Eva fijó la vista en María, que se inclinó enseguida hacia ella.

—Hola, cariño —dijo con la mirada radiante—. ¿Cómo te encuentras?

—Mareada. ¿Qué coño me habéis dado?

—Me parece que se encuentra mejor —sonrió Patricia.

—Un relajante —respondió la doctora con una sonrisa—. Enseguida pasarán los efectos y te encontrarás bien. No te levantes todavía.

—Quiero largarme de aquí —protestó Eva.

—No estás en disposición de rebelarte. Tendrás que aguantar un poco más —alegó María fingiendo reñirla. En su fuero interno, le reconfortó ver que Eva esgrimía de nuevo su carácter, y eso era una señal estupenda.

Cuando la enferma puso los dos pies en tierra, pudo constatar que era capaz de andar sin necesidad de ayuda. El corto sueño le había liberado de parte de su cansancio y ya se encontraba dispuesta a presentar batalla, armada con su escepticismo acostumbrado.

—¿Y ahora qué toca? Sorprendedme.

—Vamos a acompañaros a vuestra nueva casa —dijo Patricia.

—Cariño, solo te pido que abras la mente y te dejes llevar —intervino María.

—Sabes que siempre he sido de mente abierta —dijo en tono mordaz.

Patricia levantó los ojos al cielo y rodeó el coche para acomodarse en el asiento del copiloto. Iduna, que mantuvo un sabio silencio, abrió la puerta para facilitar que sus invitadas entraran en el todoterreno. Condujo internándose por varias calles y al fin detuvo el coche delante de

una balaustrada blanca que daba acceso a un precioso jardín, iluminado ahora por la luz de las farolas. El camino que conducía a la entrada de la vivienda estaba ribeteado de decenas de maceteros con flores silvestres, lo que aseguraba un recibimiento colorido y vivaz. Iduna les enseñó toda la casa, la cual conservaba el estilo de la urbanización. Pero les había reservado una sorpresa. El jardín trasero era algo más grande que el de las otras viviendas, ya que había un espacio cubierto de unos setenta metros cuadrados, además de la zona de terraza, la barbacoa y la piscina.

En cuanto entraron en ese anexo a la edificación principal, María se quedó con la boca abierta contemplando el estudio de pintura que habían montado para ella. Bastidores y lienzos en blanco de todos los tamaños aguardaban apoyados en una de las paredes. El estudio disponía de un lateral totalmente acristalado que podía replegarse a un lado, abriendo el espacio por completo. Su diseño dejaba entrar la luz natural a raudales. Iduna se había informado de los materiales que utilizaba María para sus pinturas y había incluido un armario surtido a su disposición. El muro del fondo del estudio era amplio y tenía dispositivos para sujetar una tela de grandes dimensiones.

—Me habéis dejado sin palabras —dijo María emocionada.

—¿Qué nos va a costar todo esto? —rezongó Eva.

—Vuestra discreción —respondió Iduna.

Eva se apoyó en la pared. Estaba muy cansada, pero eso no le impedía cuestionar a su interlocutora con la mirada. Observaba a Iduna con los ojos entrecerrados, intentando descubrir qué estaba ocultando.

—Entiendo tu desconfianza. Presupongo que eres una mujer muy realista y que procuras guardar distancias con lo que escapa a tu razón —añadió.

—No imaginas cuánto. Me han sucedido suficientes cosas como para correr cuando algo dispara mis alarmas. Y te aseguro que ahora mismo están todas sonando. Además, no puedo decir que los antecedentes que conozco de ti sean muy halagüeños. Reconozco que acabo de ver una tecnología alucinante y que ahora mismo me encuentro un poco mejor, aunque cansada. No tengo ni idea de lo que me habéis dado, pero está claro que algo bueno ha hecho. Ahora bien, sigo teniendo serias dudas de que tengáis en vuestras manos la cura definitiva de una enfermedad que se está llevando a un porcentaje elevado de la población por delante y que el mundo no la conozca. Algo falla.

—Solo te pido que esperes unos días y lo comprenderás todo. Ahora bien, te aviso de que lo que vas a ver y sentir va a poner patas arriba esa mente racional que tienes. Quiero que estés preparada. Entiendo que el ofrecimiento de ayuda altruista que hemos hecho te haga sospechar. Hoy en día nadie da algo por nada. En realidad, nosotras tampoco. Seguro que nos vendrán muy bien tus servicios como abogada en algún momento, pero te prometo que seguirás teniendo libertad para elegir. No vamos a someterte a ningún tipo de chantaje ni nada por el estilo. Solo te pedimos que respetes nuestro secreto. Eres tú la que vas a tener en tus manos la posibilidad de destruirnos.

Eva la observó en silencio.

—Está bien, puesto que os habéis empeñado en mantenerme con vida, lo mínimo que puedo hacer es concederos el beneficio de la duda.

—Y dar las gracias, cariño —señaló María.

—Bueno, eso ya veremos.

—Con el beneficio de la duda nos basta. Ahora creo que debemos descansar todas. Espero que disfrutéis de vuestra casa. Tenéis ropa en el vestidor y comida en la nevera. En la página

web de la urbanización encontraréis el teléfono del restaurante. Funciona las veinticuatro horas del día. Poned en el buscador «Urbanización Gubla». Podéis pedir lo que os apetezca, lo traerán enseguida.

—Gracias, de verdad —repitió María.

—Una cosa que no os ha dicho Iduna es que aquí no funciona el dinero, así que pedid lo que queráis. Mañana nos vemos —dijo Patricia, despidiéndose.

En cuanto se fueron, Eva se dejó caer en el sofá.

—Estás muy cansada, cariño. ¿Tienes hambre? —preguntó María.

—No, pero imagino que tendremos que comer algo.

—Vale, voy a traer el portátil que hay en el despacho y buscaré la página del restaurante.

Eva escuchó los pasos de María subiendo la escalera y paseó la vista por el amplio salón y la cocina office. Era todo demasiado perfecto. Sus alertas seguían encendidas.



## Encerradas

—¿Sé puede saber qué estás haciendo? —interpeló Gea a Norma en cuanto su guardián cerró la puerta tras ella.

—No es fácil, Gea; cada vez que me muevo del laboratorio llevo a algún tipo pegado.

—Han pasado diez días desde la última vez que viniste. Espero que hayas conseguido algún avance —dijo, todavía furiosa.

—Es muy difícil. Hago lo que puedo, pero el camino hacia la fórmula está yendo muy deprisa. Solo necesito estudiar la evolución de nuestra sangre. Ahí está la clave —afirmó, dejando los utensilios de extracción sobre la mesita de noche.

—¿Y a quién le importa la fórmula? —le espetó—. Me refiero a nuestra huida. Tienes que sacarnos de aquí o moriremos.

—No levantes la voz. Nos va a oír.

—Para ti es fácil. ¿Cuántos años tienes? ¿Cuarenta? Eso es todo lo que vas a perder. No sobreviviré mucho más de veinte días sin la sangre de Iduna.

—Escúchame, por favor —dijo acercándose a ella. Necesitaba que la entendiera—. Te aseguro que lo último que quiero es que mueras. Es prácticamente imposible escapar de aquí. Por eso me estoy dedicando día y noche a encontrar algo que pueda darnos más tiempo.

Mientras hablaba se había ido aproximando a ella. Levantó una mano y la dejó posada sobre su mejilla, intentando calmarla.

—Confía en mí, por favor.

Gea no fue capaz de contestarle.

Cuando salió, Broc estaba aguardando en el pasillo. Sabía que Norma había estado trabajando incansablemente en la fórmula y esperaba que hubiera alcanzado algún logro. Por lo que le había dicho, estaba cada vez más cerca del éxito anhelado.

—Tenemos que hablar. Vamos al laboratorio —anunció.

Ella le siguió hasta su lugar de trabajo. Broc entró y cerró la puerta.

—¿Qué pasa? —preguntó, mirando sus ojos carentes de compasión. Sus defensas se pusieron en guardia.

—Me has dicho que estás muy cerca de conseguir una fórmula, aunque sea provisional. Eso ya sería un éxito. Podríamos almacenarla para utilizarla mensualmente. Pero ahora quiero que hagas algo.

Norma esperó a que continuara. Todavía tenía grabada la cara de desesperación de Gea, pero intentó por todos los medios que esos pensamientos no tuvieran reflejo en su rostro.

—Quisiera probarlo.

—¿Cómo?

—Quiero ser tu conejillo de indias. Aunque lo que ahora manejas no sea la fórmula definitiva, aunque tu sangre esté luchando por retornar a la normalidad, quisiera probar sus efectos. Quiero ser joven de nuevo, aunque sea por un espacio breve de tiempo. Lo asumo.

Norma tuvo un instante de pánico. Su cerebro se puso en marcha a mil por hora, luchando para no dejarse llevar por el odio que sentía hacia ese hombre. Sería demasiado fácil. En aquel instante, si hacía lo que él le estaba pidiendo, una gota de su sangre lo mataría en pocos segundos. Debía ser inteligente. Su muerte no serviría de nada. El lugar en el que las tenían retenidas estaba custodiado por los esbirros de Boss. La desaparición de Athila Broc solo serviría para que aquellos mercenarios se deshicieran de ellas. Si no se equivocaba, ellos sabían que estaba siendo obligada a trabajar en aquel laboratorio, pero ninguno conocía la

verdadera finalidad de su trabajo. No tenían ni idea de lo que realmente era Eterna. Solo cumplían órdenes. No les pagaban por pensar. Norma se tomó su tiempo para responder.

—No es tan fácil, Broc.

—¿Por qué? —preguntó, irritado por la negativa.

Ella lo miró un segundo antes de responder y luego apartó la vista, sabiendo que su respuesta no le iba a gustar.

—La sangre de Iduna y, por tanto, la que ahora corre por nuestras venas, es un veneno mortal para los hombres. Te mataría en pocos segundos. Esa es la razón por la que ella me pidió que entrara en Eterna. Y la razón por la que estoy investigando a marchas forzadas en este laboratorio. Necesito tiempo para encontrar la clave. No solo tengo que conseguir la inmortalidad definitiva. Necesito averiguar por qué la fórmula no funciona con los hombres y remediarlo.

Norma contempló cómo Broc tensaba la mandíbula de pura frustración. Estaba claro que no se esperaba esa respuesta. Se le veía furioso. No obstante, contuvo toda la ira en el brillo asesino de sus pupilas.

—Encuétrala —le ordenó.

La amenaza de esa mirada no dejaba lugar a dudas. Su vida dependía de ello.

## Se acerca el plenilunio

Cuando el aparato aterrizó en el aeropuerto internacional Henry E. Rohlsen de Saint Croix, Patricia agradeció que ese fuera el último vuelo. Llevaban encerradas dentro de un avión casi un día entero y tuvieron que hacer dos escalas. Había podido dormir muy poco y acusaba el *jet lag*. Ni siquiera eran las cuatro de la tarde, con lo cual todavía quedaban unas cuantas horas para poder acostarse. Estaba agotada. Contempló a Iduna con envidia. En su cuerpo no había señal alguna de cansancio.

—Vamos —indicó su pareja, arrastrando el equipaje de mano hacia la zona de control del pequeño aeropuerto.

Patricia intentó seguir su ritmo enérgico, pero le resultaba una meta imposible. Además, todavía le molestaba un poco el tobillo. Afortunadamente, la lesión que se hizo en el Monasterio de Suso resultó ser bastante leve.

Tuvieron suerte, ya que nadie las retuvo para inspeccionar sus maletas. Iduna había mostrado un pasaporte estadounidense y, además, exhibía un perfecto acento neoyorkino. El nivel de inglés de Patricia era aceptable, pero ella podía pasar perfectamente por norteamericana.

La humedad en la isla era muy alta y estaba nublado. Iduna avanzó con paso decidido hacia la empresa de alquiler de coches. Tenía previsto quedarse tan solo un par de días, así que había que actuar sin demora. El objetivo era hacer las averiguaciones pertinentes y después regresar. Ese viaje era su última apuesta para dar con Gea. Estaba segura de que el único lugar al que no habían podido acceder sus contactos era la casa que el padre de Norma tenía en esa isla, muy cerca de la playa.

La vez anterior que Iduna consiguió encontrarla se escondía allí, en la isla de Saint Croix. En esa ocasión recibió una negativa a su propuesta de que se incorporara a Eterna. Norma ocupaba entonces una lujosa cabaña oculta entre la vegetación y de difícil acceso. La vivienda estaba situada sobre una loma y ofrecía unas vistas espectaculares del mar Caribe, pero era absolutamente invisible desde cualquier punto o carretera de la isla e incluso desde el aire. Si desde un barco alguien se fijaba en aquel saliente de roca rebosante de plantas, jamás sospecharía que se trataba de la terraza privada de una vivienda. El bosque tropical la rodeaba por completo.

Iduna sabía que el hecho de haberla localizado allí, meses atrás, dejó estupefacta a Norma y la empujó más tarde a tomar la decisión de ingresar en Eterna.

Después de casi un mes de investigaciones baldías, había decidido jugar esta baza antes de darse por vencida. Ese viaje tenía que hacerlo ella misma, no podía delegarlo. Era la única que conocía con certeza la ubicación exacta de aquella cabaña. No quería dejar en manos de otras personas una misión tan delicada, la última oportunidad de hallar a Gea.

Patricia se había empeñado en acompañarla, cosa que no hacía ninguna gracia a Iduna. Si era cierto que las tenían secuestradas en ese lugar, la aventura iba a ser algo más que peligrosa.

Alquilaron un *jeep* y colocaron el pequeño equipaje en el maletero. Cuando Iduna comenzó a recorrer las difíciles carreteras de la isla a una velocidad poco recomendable, con el hándicap de tener que conducir por el carril izquierdo —costumbre que los lugareños habían adoptado por influencia inglesa—, Patricia notó cómo se volvían a quejar sus doloridos músculos.

—¿El hotel está muy lejos? —preguntó, cogiéndose fuerte a la puerta para minimizar el traqueteo del camino plagado de baches.

—Llegaremos en unos minutos. Son solo catorce kilómetros.

*¡Catorce kilómetros en medio de este suplicio!*, pensó, agarrándose con más fuerza.

Iduna dejó el automóvil en el parking del *resort* y ambas se dirigieron a recepción. La habitación que les dieron ofrecía unas hipnóticas vistas al mar, pero Patricia solo se permitió echar un rápido vistazo, dejó la maleta en el suelo y se tumbó vestida en la enorme cama.

—Descansa mientras me ducho. Luego tomaremos algo y esperaremos a que anochezca. Faltan un par de horas —indicó Iduna.

—Oh, sí —gimió con los ojos cerrados.

La mujer pelirroja apoyó las manos en la pared de la ducha y se entregó a la lluvia cálida cayendo sobre su cabeza. Con los ojos cerrados, dejó que su mente se liberara de la tensión de los últimos días. Desde la desaparición de Gea, los contactos que vigilaban los inmuebles vinculados con La Esencia habían ido comunicando puntualmente el resultado de su trabajo. Todos coincidían en la absoluta normalidad de sus actividades. Vigilaban a los científicos que entraban y salían de los laboratorios, pero no había nadie que encajara con las descripciones facilitadas. Los *hackers* le informaban diariamente del estado de las cuentas de Norma, pero las noticias eran desesperanzadoras. Desde su entrada en Eterna no había utilizado ninguna de sus tarjetas bancarias, ni había realizado operación alguna. En los distintos países en los que operaba La Esencia, los equipos de investigación estaban apostados cerca de cada una de las instalaciones vinculadas con laboratorios de la sociedad. Cada madrugada realizaban análisis con cámara térmicas y con instrumentos que captaban el sonido a través de los muros más gruesos. Hasta el momento, todos habían coincidido en que, excepto los guardias de seguridad y los animales con los que se experimentaba, nadie permanecía durante la noche en esos edificios.

Iduna estaba muy preocupada. Faltaban pocos días para el plenilunio y era como si se las hubiera tragado la tierra. Solo le quedaba por estudiar una posibilidad: el retiro de Norma en esa casa de Saint Croix. Era un lugar perfecto para esconderse. Tenía información de que Norma había establecido hacía poco un nuevo laboratorio en las instalaciones de una firma farmacéutica de la Isla. Esa empresa formaba parte de la multinacional Broc Corporation. Iduna había investigado al dueño de la multinacional y las conclusiones a las que había llegado no le gustaban nada. Athila Broc podía ser la causa de todo aquello. El centro estaba bajo vigilancia desde el principio, pero tampoco allí se habían detectado movimientos fuera de lo normal. Aunque no tenía una especial intuición que le indujera a pensar que iba a encontrarlas en la cabaña, no podía dejar de investigar esa posibilidad. Prácticamente era la última carta que le quedaba.

Cuando Iduna salió del baño, Patricia dormía plácidamente tumbada bocarriba sobre la cama. Decidió dejarla descansar y se dirigió hacia el bar del complejo turístico, que disponía de una amplia terraza frente a la costa. Faltaban casi dos horas para que la luz cayera y tenía mucho que pensar. Sentada en una mesa en primera línea, pidió un combinado y se dispuso a elaborar su estrategia para el encuentro con Norma. En el caso de que no estuviera allí, sus probabilidades de encontrarla se recortaban muchísimo. Tendría que considerar cuál sería el siguiente paso. No quería pensar en la posibilidad de perder a Gea. Ella había sido la primera mujer de la que se enamoró y también la primera en hacerla sufrir y llevarla a descartar el amor, aunque hacía muchísimo tiempo que todo eso quedó atrás. Ahora era parte de su familia. Compartió con ella su secreto y la había tenido a su lado desde el principio de los proyectos, aunque no siempre estuviesen de acuerdo con las decisiones a tomar.

Al cabo de poco más de una hora, vio a Patricia atravesando la terraza para ir a su encuentro.

—¿Por qué no me has llamado? —dijo sentándose a su lado.

—Parecías agotada.

—He abierto los ojos y no sabía dónde estaba. Me he dado una ducha rápida. Imaginé que estarías aquí. ¿Qué tomas?

—Un *painkiller*.

—¿«Mata penas»? —preguntó divertida.

—Algo así —sonrió Iduna—. Es un cóctel originario de las islas. Lleva crema de coco, nuez moscada, ron añejo del mejor y zumo de naranja y piña.

—Me apunto.

—Sí, pero solo uno. Tenemos que estar bien despiertas para lo de esta noche.

—Por supuesto. Aunque no lo creas, haber dormido un poco me ha ayudado mucho. Te lo agradezco. Después de eso y la ducha, me encuentro fresca y preparada para lo que haga falta.

Iduna hizo un gesto al camarero con el fin de que trajera otro cóctel como el suyo.

—Cuando nos acerquemos al lugar quiero que te quedes en el coche y vigiles por si viene alguien.

—Quiero ir contigo. No te voy a dejar sola.

—He de escalar para acceder a la casa desde la terraza. Es peligroso, Patricia. Me ayudará mucho más que vigiles el entorno. Si se acercara alguien, me llamas al móvil. Lo llevaré en el bolsillo en modo vibración.

—¿Y si hay alguien de guardia y te cogen?

—No habrá nadie de guardia, no les hace falta. La casa está muy escondida.

—Está bien, haré lo que me pides, pero ten muchísimo cuidado.

—No tengo ningún interés en caer en sus garras, créeme —dijo mirándola con media sonrisa.

—No voy a estar tranquila. Llámame en cuanto puedas. Y no hagas ninguna tontería.

—No te preocupes. Si las encuentro, volveré y elaboraremos un plan. Ahora mismo solo quiero saber si están allí.

El sol se hizo un hueco por debajo de las nubes para trazar pinceladas mágicas sobre el agua caribeña. El ocaso había llegado. La luz iba cayendo casi al mismo ritmo que el contenido de los cócteles, mientras las dos observaban embelesadas la estampa que se extendía ante sus ojos. Iduna se obligó a reaccionar.

—Hora de irnos —anunció, volviéndose hacia ella.

Patricia vio juguetear el colorido atardecer en el iris de Iduna y no fue capaz de hablar. Solo podía mirarla con el corazón arrebatado. Tuvo que hacer un esfuerzo extraordinario para ponerse en pie.

Avanzaron con el *jeep* por una estrecha carretera resguardada por tupidas arboledas a ambos lados. Al cabo de unos minutos, Iduna tomó una senda a la derecha y estacionó el coche a unos doscientos metros, internándose en la foresta por un hueco entre árboles. Si alguien se aventurara a esas horas por aquel desvío no vería el vehículo, ya que estaba oculto y bastante alejado de la carretera.

—Ten en cuenta que si abres cualquier puerta se encenderá la luz interna del coche y podrían verte. Si ves acercarse a alguien, agáchate y llámame. Acudiré enseguida. Deséame suerte —dijo, besándola antes de salir.

—Ten mucho cuidado —le pidió antes de que se alejara.

—Lo tendré —respondió, agachándose a la altura de la ventanilla para mirarla. Después fue hasta la parte trasera, cogió una pequeña mochila que había incluido dentro de su equipaje de

mano y comenzó a andar, desapareciendo entre la vegetación.

Patricia observó ensimismada como la esbelta figura de Iduna, vestida con pantalón corto y camiseta verde militar, se confundía con el denso follaje circundante. Se había puesto una gorra del mismo color que escondía sus cabellos rojizos. En cuanto la perdió de vista, desvió su atención hacia el lugar donde debía estar el camino, unos metros más allá. Rogó para que no apareciera el haz de unos faros a lo lejos. Durante un segundo, se imaginó encerrada dentro de una ratonera y tuvo que serenarse. Iduna sabía lo que hacía, se dijo sin demasiada convicción.

La frondosidad de los árboles y plantas tropicales de aquella zona, que se encontraba en una colina elevada de la isla, ayudó a Iduna a camuflarse tragándose por completo, aunque también le dificultaba la visión. No obstante, guiada por el resplandor de la luna, por la orientación que le indicaba la brújula y, ante todo, por el reducido equipo de visión nocturna y térmica que llevaba en la mochila, alcanzó a tocar, al cabo de unos minutos, uno de los pilares de madera que elevaban la vivienda del suelo. Desde abajo, la casa parecía completamente a oscuras. Utilizando las mismas hendiduras que había hecho en la madera el día en que encontró a Norma, hacía unos meses, trepó por el contrafuerte hasta colarse en la amplia terraza que rodeaba toda la cabaña. La floresta la envolvía, ocultándola de miradas curiosas. En ese momento solo podrían verla desde dentro, así que se agachó y, sigilosa como una pantera, se deslizó hasta detenerse bajo la ventana que daba al salón. No había ninguna luz encendida y tampoco se oía nada. Miró incrédula la pantalla del equipo. Le indicaba que dentro de la casa no se apreciaban fuentes de calor. Decepcionada, se levantó y rodeó la vivienda. Allí no había nadie. Sin poderse creer que su última oportunidad hubiera acabado en fracaso, sondeó cada centímetro hasta convencerse de la falta de indicios de vida. La cabaña estaba deshabitada. Pensativa, descendió por el mismo pilar y volvió sobre sus pasos. En aquel instante, su cabeza había entrado en ebullición. Cuando llegó al coche y abrió el maletero para dejar la mochila, Patricia se sobresaltó.

—¡Qué susto! Estaba mirando fijamente el camino y no te he oído llegar.

—Lo siento, soy muy silenciosa —afirmó, acomodándose en el asiento del piloto.

—¿Están aquí? No ha pasado nadie en todo el rato.

—No, no hay señales de vida. Tenemos que volver —señaló contrariada, poniendo en marcha el *jeep*. Permaneció en silencio durante todo el trayecto. Patricia captó su estado de ánimo y no dijo nada hasta que estuvieron en el *resort*.

—¿Pedimos algo al servicio de habitaciones? Estoy hambrienta.

—Claro, llama. Elige lo que quieras para las dos.

Patricia hizo el pedido y miró a su pareja. Esta había salido a la terraza de la habitación y contemplaba silenciosa la oscuridad del mar, acodada en la barandilla. Intuyó que en ese momento le apetecía estar sola y no quiso interrumpir sus pensamientos. Imaginaba la preocupación que debía de ocupar su mente. Agarrando el mando de la televisión, buscó un canal al azar. La CNN daba en aquel momento una noticia que la hizo mirar atenta la pantalla. Las previsiones del tiempo en la zona eran alarmantes. En menos de cuarenta y ocho horas tendrían la visita inesperada de un ciclón tropical de nivel cuatro que comenzaba a aproximarse desde el Atlántico. Las autoridades de Florida estaban recomendando la evacuación. En un primer instante se quedó petrificada, pero de golpe procesó la información y salió al encuentro de Iduna.

—¡Tenemos que irnos!

—¿Irnos a dónde? —preguntó con extrañeza.

—A Miami. Están evacuando a la población. Se acerca un huracán de nivel cuatro. Si esperamos al vuelo que tenemos dentro de dos días no podremos salir.

Iduna entró en la habitación a toda prisa y prestó atención a las noticias. De inmediato, cogió el teléfono que había sobre la mesilla de noche y marcó el número de recepción. Una voz amable le contestó enseguida. Tras una breve conversación, colgó el teléfono.

—Preparemos la maleta y durmamos un poco. Nos llevarán hasta el aeropuerto a las ocho. Están trasladando a toda la gente que quiera salir de la isla hacia el continente. Los hoteles de la zona se hacen cargo de los gastos de traslado. Nos van a reservar dos asientos en el vuelo de las nueve de la mañana que va hasta Miami. Intentaré adelantar el de regreso a España —dijo, cogiendo su móvil.

Patricia la escuchó hablar con una mujer y pedirle que buscara dos asientos en cualquier vuelo que saliera al día siguiente desde Miami hacia España. O, en caso de imposibilidad, hacia cualquier ciudad de Europa. Iduna se mantuvo al teléfono hasta que su interlocutora le comunicó que ya tenía la reserva hecha. El vuelo salía al día siguiente a las 16:55. Cuando llegaran a Madrid no serían ni las ocho de la mañana.

Patricia se dijo que otra vez sufriría el horrible *jet lag*, pero se alegraba de alejarse de las garras del ciclón. Las imágenes que había visto otros años en las noticias y que afectaban a toda la zona caribeña eran atroces. Además, debían estar durante el plenilunio en la urbanización y solo faltaban cuatro días.

Al cabo de pocos minutos llegó lo que Patricia había encargado para la cena. Las dos comieron en la terraza, frente a las espectaculares vistas nocturnas. A pesar de la humedad, no hacía demasiado calor.

—Me hubiera gustado disfrutar de un día más en este paraíso contigo —dijo Iduna.

—Las circunstancias no son las adecuadas. Ya tendremos tiempo —respondió, entrelazando sus dedos con los de ella.

—Todo el que tú decidas.

Su mirada encendió algo en su interior que había quedado mitigado por el cansancio.

—Vamos a la cama —urgió, levantándose sin esperar respuesta.

Horas después, el sonido del teléfono de la habitación despertó a Iduna, que extendió el brazo y respondió dando las gracias. Eran las siete de la mañana. Tenían una hora para ducharse, desayunar y salir con el microbús que las llevaría al aeropuerto. Patricia se apoyó en un codo y sonrió.

—¿Nos duchamos juntas?

—Ni pensarlo.

\*\*\*

El *resort* en el que estaban no era muy grande y aquella era una época poco recomendable para viajar al Caribe, debido a la posibilidad de que se formaran ciclones. A pesar de ello, el microbús iba repleto de turistas que habían tenido que interrumpir sus vacaciones para ponerse a salvo. En unos minutos llegaron al aeropuerto. Vehículos procedentes de distintos puntos de la isla vomitaban a sus ocupantes, que iban dirigiéndose con sus maletas a la terminal que les habían indicado. El avión estaba esperando ya en la pista.

Mientras aguardaban la señal de embarque, Patricia contempló al enorme grupo de viajeros que se encontraban en su misma situación. Estupefacta, reparó entonces en una pareja de mujeres que charlaban a unos metros de ellas.

—No me lo puedo creer —dijo en voz alta.

Iduna vio como se alejaba sin decir nada y la siguió.

—¡Qué casualidad! ¿Qué hacéis aquí? —inquirió Patricia, dirigiéndose a la pareja.

Una de ellas era casi tan alta como Patricia. Sus ojos de color pardo verdoso la contemplaron sin poder ocultar su asombro. Tenía un pelo muy liso de color castaño claro que le llegaba hasta los hombros. La otra, una belleza de melena oscura e inteligentes ojos de color avellana, la miró con expresión concentrada, como queriendo procesar la información. Tras la sorpresa inicial, las dos pusieron sus ojos en la impresionante mujer pelirroja que acompañaba a Patricia. Al ver la cara de las dos, esta las presentó.

—Os presento a Iduna. Estas son Samoa y Ronda.

—Imposible no reconocerlas —señaló Iduna—. Muy interesante su última novela *La bodega*, señora Bellpuig. Doctora Lamarca, admiro muchísimo sus investigaciones.

—Llámame Samoa y tutéame, por favor.

—A mí también, por supuesto —dijo Ronda.

—¿Recuerdas a Patricia? —señaló Samoa, dirigiéndose a su pareja—. Coincidimos en la primera presentación del libro en Valencia.

—Por supuesto —respondió, lanzándole una mirada de reconocimiento.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó Patricia.

—Imagino que lo mismo que vosotras, intentar disfrutar de unas vacaciones en el momento equivocado. Solo llevamos tres días y nos toca regresar. Pero eran las únicas fechas que Ronda tenía disponibles, así que decidimos arriesgarnos —respondió Samoa.

Iduna la observó con atención.

—Por lo menos habéis podido disfrutar tres días. Nosotras llegamos ayer —intervino Patricia.

—Vaya, habéis tenido mala suerte —apuntó Ronda.

—Bueno, seguro que podremos volver en unas fechas más propicias —comentó Samoa, mirando esta vez a Iduna con interés. Su intuición la avisaba de algo respecto a aquella mujer y no sabía de qué exactamente—. Igual el destino hace que nos volvamos a juntar. ¿A vosotras también os unió la declaración de la renta? —preguntó con expresión traviesa.

—No, no es una de mis clientas —contestó Patricia, sonriendo—. Aunque no suene muy romántico, nos conocimos en nuestra ginecóloga.

En aquel instante, la megafonía anunció la apertura del embarque. Todos los viajeros se agruparon formando una cola y la conversación se interrumpió. A los pocos minutos estaban dentro del avión colocando sus maletas en el hueco libre del compartimento que había sobre sus asientos. Patricia buscó a las otras con la vista. Vio a Samoa cinco filas atrás, intentando encontrar un sitio para su bolsa de mano.

En cuanto se sentó junto a Iduna, esta dijo algo sin apartar la mirada de la ventanilla, como si se tratase de un comentario casual.

—No me habías contado que eran amigas tuyas.

Patricia sonrió.

—Hay muchas cosas que todavía no he tenido tiempo de contarte. Samoa y yo estuvimos saliendo antes de conocerte, pero la cosa no funcionó. Yo no estaba en mi mejor momento y ella estaba enamorada de Ronda. Siempre lo ha estado. Se conocen desde que eran niñas. Al final acabamos siendo buenas amigas, aunque no nos vemos mucho.

—¿Has sabido de ella recientemente? Me da la impresión de que ha puesto mucho de su vida en la última novela —afirmó con un claro propósito.

—¿Por qué lo dices? Ahora que caigo, sí que hay algunas cosas —dijo Patricia, pensativa—.



¿Cómo dijiste que se llamaba Norma antes de cambiar de identidad?

—Noelia Blanchard.

—¿Cómo es físicamente?

—No muy alta, con ojos grises, pelirroja...

—¡Noe!

—¿La conoces?

—Era amiga suya. Me la presentó una vez.

—Vale, pues entonces parece que todo encaja.

—*¡La bodega no es ficción!* Lo que cuenta en el libro ocurrió de verdad... —soltó asombrada—. Me acabo de acordar de algo que comentó Alejandra cuando nos encontramos con Mel en la presentación de la novela. Cuando Samoa se acercó a besarla le dijo: «Tienes que ir a Saint Croix. Están allí». Ninguna sabía a qué se refería, pero Mel recomendó que le hicieran caso. Y creo que lo han hecho. Samoa siempre ha sido muy cabezota. Debe de estar muy frustrada por no haber podido encontrar a Noe para ajustar cuentas. El huracán le habrá impedido continuar con su búsqueda.

—Cuando leí el libro, imaginé que Samoa Bellpuig estaba contando la historia de La Esencia y de Noelia Blanchard, aunque hubiera cambiado los nombres y algunos hechos —aseguró Iduna—. Había demasiadas coincidencias. Yo andaba hacía tiempo detrás de Noelia para que se uniera a Eterna. También me interesaba la doctora Ronda Lamarca, por supuesto, pero su actual estado personal y todo lo que supe que le había ocurrido después de leer la novela no la hacían un sujeto fácil de convencer. Leyendo el libro de Samoa descubrí los mecanismos retorcidos que utilizaba esa sociedad para conseguir sus fines y la situación de clandestinidad de su fundadora. Lo que no sabía era la conexión que tenían contigo.

—Desde luego, el mundo es un pañuelo. No doy crédito.

Las cuatro volvieron a reunirse cuando descendieron del avión. Samoa y Ronda habían facturado sus maletas y tenían que dirigirse a la zona de recepción de equipajes que les habían indicado. Pudieron conseguir un vuelo que salía hacia París a las once de la noche. En ese momento, el Aeropuerto Internacional de Miami era un caos de gente intentando huir de Florida hacia cualquier destino.

—Nosotras vamos a ver si nuestro vuelo sale a la hora prevista. Volamos a Madrid en unas tres horas —dijo Patricia.

—¿Os apetece que comamos juntas? —sugirió Samoa.

Patricia miró a Iduna.

—Claro —contestó esta sin dudar—. Pero salgamos del aeropuerto. Esto está abarrotado. Conozco un buen restaurante que está cerca. Podéis dejar las maletas aquí.

Mientras aguardaban a que llegaran los equipajes, Iduna buscó el teléfono del restaurante y reservó una mesa. Después, acompañaron a Samoa y Ronda hasta la zona de consigna. Patricia y ella prefirieron llevar consigo sus pequeñas maletas.

The Capital Grille estaba a unos quince minutos en taxi desde el aeropuerto. En la entrada del local, dos leones de piedra daban la bienvenida a los comensales. Era un restaurante de estilo clásico, elegante, pero lo mejor era que permitía cierta intimidad para conversar. Además de por sus carnes, era famoso por contar con una excelente bodega de vinos.

La conversación resultó fluida, ya que Samoa y Ronda comenzaron a narrar lo que habían conocido de la isla durante esos tres escasos días, derivando luego la charla hacia la excelente comida que estaban disfrutando. Patricia intervenía activamente en la conversación, aunque el hecho de conocer la verdadera causa del viaje de sus amigas la tenía inquieta. Iduna se mostró

educadamente silenciosa. No obstante, de vez en cuando asentía o realizaba un breve comentario. En cuanto llegaron a los postres, Patricia ya no pudo soportar más el peso de la mentira que sobrevolaba por encima de sus cabezas.

—He de deciros algo.

Iduna la miró con intensidad, temiendo lo que vendría después. Las otras dos la observaron con extrañeza.

—Aunque os hubierais quedado más días no habrías encontrado a Noe. Ya no está allí.

Ronda, que estaba llevándose a los labios una copa de champagne, se atragantó y comenzó a toser.

—¿Qué sabes tú de Noe? —preguntó Samoa con los ojos muy abiertos.

—Bueno, digamos que por su causa han desaparecido tres amigas nuestras —intervino Iduna—. Nosotras también la estamos buscando. Sabíamos exactamente dónde tenía su refugio, pero no hay nadie, así que podemos aseguraros que ya no está en la isla.

Un silencio tenso se impuso en la mesa.

—¿A qué te dedicas exactamente? —preguntó Samoa.

—Al negocio de las antigüedades.

—Ya. Entre otras cosas...

—No podemos contaros nada más —señaló Patricia—. Por favor, no preguntéis. Solo quería que os quedarais tranquilas, que no pensarais que la habíais dejado escapar en Saint Croix. Alejandra tenía razón. Estuvo allí, pero ya se ha ido.

—Ya que Patricia se ha empeñado en hablar de este tema —intervino nuevamente Iduna—, debo recomendaros que no la sigáis buscando. Comprendo que lo que os hizo fue tremendo, he leído tu libro. Pero tenéis que saber que la gente que la rodea es muy peligrosa. La Esencia no ha acabado. Solo cerraron la bodega y apresaron a unos cuantos miembros. La sociedad tiene ramificaciones por todo el mundo. Este tema os viene muy grande.

—¿Y a ti no? —inquirió Samoa.

—Es posible —afirmó mirándola fijamente.

—¿Eres de la CIA o algo así? —insistió.

—Déjalo, por favor —pidió Ronda.

—Bueno, chicas misteriosas, no preguntaré más, pero quiero que sepáis algo. Inicié este viaje en contra de la voluntad de Ronda. Ella fue la más perjudicada, pero aun así prefiere dejar correr el tema. Yo no puedo. Tenía que intentar atrapar a Noe y que pagara por sus actos. Por su culpa estuve a punto de perder a la mujer que quiero y eso no se lo perdonaré nunca. Y el hecho de que siga haciendo daño a personas inocentes me saca de quicio.

—Lo comprendo, pero tienes que entender que hay cosas que escapan a nuestro control. Hay momentos en que debes decidir si quieres continuar con tu vida o arriesgarte a perderla. Y este es uno de ellos, te lo aseguro —señaló Iduna.

Samoa cogió su copa y bebió un buen trago. Después estuvo observando en silencio a Iduna.

—Está bien, me rindo. Ni siquiera sé por qué tengo que fiarme de tus palabras. Me pareces una persona interesante, pero también peligrosa. A pesar de eso, o precisamente por ello, voy a hacerte caso.

—A mí sí me conoces —dijo Patricia—. Sabes que soy honesta y te pido que sigas su consejo, Samoa. Continúa con vuestras vidas, disfrutad de lo que tenéis, que es maravilloso. Puede que Noe acabe pagando lo que ha hecho. Otros se encargarán de ello. Incluso puede que esté haciéndolo ya.

—Apenas os conozco y no sé a qué os dedicáis, pero tampoco me importa. Os agradezco que

nos hayáis contado esto —intervino Ronda—. Necesito que vuelva la paz a nuestras vidas, eso es todo lo que deseo.

El reloj corría deprisa y tenían que regresar al aeropuerto. Las dos parejas se despidieron a la entrada del recinto.

—Me he alegrado de veros —dijo Patricia.

—Yo también —señaló Ronda.

—Quizás volvamos a encontrarnos —apuntó Samoa, extendiendo el brazo hacia Iduna.

—Nunca se sabe —respondió esta, manteniéndole la mirada mientras le estrechaba la mano.

Al tiempo que Iduna y Patricia caminaban hacia la terminal de salida, los ojos de Samoa no podían apartarse de las dos figuras que se estaban alejando. Aquella enigmática mujer pelirroja iba a proporcionarle inspiración para una larga novela. De eso estaba segura.

## Regreso a Gubla

Apoyada en el marco de la puerta del estudio, Eva contemplaba en silencio la forma en que María acariciaba el enorme lienzo sujeto a la pared. Las palmas de sus manos trazaban armónicas líneas de color sobre la superficie blanca. El cuadro combinaba diversos tonos de verde. Verde esperanza, pensó. Aunque no había hecho ruido alguno, la pintora debió de intuir su presencia, porque se dio la vuelta y le sonrió.

—¿Cómo te encuentras hoy? —dijo yendo hacia ella.

—Bien. Hace días que no siento dolor, aunque sigo sin tener ganas de nada.

—Acuérdate de lo que dijo la doctora. Es normal que estés cansada. Es debido a la lucha entre lo que te ha inyectado y las células cancerosas de tu cuerpo.

—Eso dice ella.

—Ten confianza, cariño. De hecho, no te encuentras peor. Eso ya es un logro. Dentro de un par de días será luna llena.

—Sí. Pero Iduna y Patricia no han regresado. Sigo sin creerme una mierda de lo que nos han dicho.

—Ten paciencia. Estoy segura de que llegarán a tiempo.

—¿A tiempo de qué, de hacer el paripé?

—Tendrás que reconocer que este lugar es alucinante. ¿Has visto las chicas que viven aquí? Son todas jóvenes y guapísimas.

—Eso solo quiere decir que la pelirroja tiene buen gusto y hace unos *castings* estupendos.

—Pues yo estoy convencida de que hay mucho más detrás de todo esto y me muero por conocerlo. ¿Cómo ha decidido dejarnos entrar con los años que tenemos? Duplicamos la edad de cualquiera de las mujeres que viven aquí.

—Parece ser que se ha encaprichado de Patricia. Ya nos dijo que se lo debemos a ella.

—Bueno, reconocerás que no tenemos nada que perder y que en este sitio se vive de lujo. No hemos de preocuparnos por nada y tú estás mejor. Yo no puedo pedir más.

—Sí, aquí se vive *demasiado* bien. Hay gato encerrado. Seguro.

—¿Te he dicho alguna vez que pareces una vieja cascarrabias? —dijo cogiéndola por la cintura y apretándola contra ella.

—Miles de veces. Y acabas de ponerme la camisa perdida de pintura.

\*\*\*

Eran casi las dos de la tarde cuando el Mustang de Iduna rebasó la entrada de la Urbanización Gubla. El avión había aterrizado a su hora, las 7:55 de la mañana, en el aeropuerto Adolfo Suárez de Madrid. El deportivo las estaba esperando en el parking y durante el viaje de regreso solo se habían detenido una vez.

Dejaron el coche en casa y fueron andando hasta el restaurante de la urbanización. Imaginaban que Hilda y Hebe estarían allí. Ya había hablado por teléfono con ellas desde el aeropuerto.

En cuanto Hilda las vio entrar les hizo una señal con la mano para que acudieran a su mesa, ubicada en un lugar discreto de la terraza interior.

—Me alegro de que hayáis vuelto, aunque siento que no las hayáis encontrado. Estábamos preocupadas por las noticias sobre el ciclón. Pensábamos que no podríais regresar a tiempo —dijo Hebe.

—Hemos escapado por los pelos. Lo que me preocupa es que sigue sin haber rastro de ellas. Ahora sí que no sé dónde buscar —señaló Iduna con cara de circunstancias.

—¿Habéis comido? Sentaos con nosotras y hablamos —dijo Hilda.

—Sí, hemos tomado algo en el camino, hace un rato. Pero me vendría bien un café —respondió Patricia—. El *jet lag* me está haciendo polvo.

—Te creo. Demasiadas horas de vuelo en dos días —señaló Hilda—. Y ahora ¿qué hacemos? Teníamos la esperanza de que las encontrarais allí.

—Habrá que seguir buscándolas, pero debemos continuar con nuestros planes —respondió Iduna—. No podemos parar. Hay que preparar el rito de pasado mañana y tenemos muchísimo trabajo. Necesitamos asignar destinos al mayor número posible de ciudadanas. A pesar de las medidas de seguridad, aquí acabarán encontrándonos. Esta urbanización había sido diseñada como un hogar estable, como paso intermedio para salir definitivamente al exterior con el transcurso de los años. Constituía nuestra primera apertura al mundo. Pero el descubrimiento de Eterna lo ha convertido en un refugio provisional, ahora ya no estamos seguras aquí. Puede que incluso la siguiente ceremonia tengamos que realizarla en otro lugar. Para entonces, espero que todas estemos desempeñando nuestros nuevos cometidos y solo tengamos que reunirnos una vez al mes.

—Salir así de Eterna ha tirado nuestros planes por tierra. Ahora tendremos que escondernos y huir continuamente —declaró Hebe con cierta amargura.

—Si tenemos cuidado y hacemos bien nuestro trabajo, conseguiremos vivir bastante tiempo sin tener que cambiar de ubicación —la animó Iduna.

—Hemos vivido muchos años en Eterna, siendo felices y aprendiendo muchísimo —dijo Hilda—. Es una lástima que tengamos que irnos ahora de Gubla. Este lugar es maravilloso y nos permite seguir haciendo las mismas cosas. Además, estamos acostumbradas a vivir en comunidad.

—Eso es cierto, Hilda —señaló Iduna—. Pero las circunstancias nos empujan. Por otra parte, el mundo real no es esto y nuestro objetivo es mejorar el mundo real. Aunque no nos guste, es el momento de empezar y hay que hacerlo desde dentro.

—Supongo que nosotras cuatro nos veremos a menudo, no solo durante la ceremonia —dijo Hebe.

—Por supuesto, ya sabéis que nuestros planes son conjuntos. Pero ahora mismo hay que crear una nueva vida, trabajo y casa para cada una de las mujeres que están aquí. Y son más de mil. Solo teníamos objetivos configurados para doscientas de ellas y no era algo inminente. Ahora la reubicación de todas se ha convertido en una prioridad.

—¿No ves complicado reunir una vez al mes a más de mil mujeres procedentes de todas las partes del mundo? —planteó Patricia.

—Mucho, pero habrá que hacerlo durante un tiempo. Espero que no demasiado. Vivir eternamente sin depender de mi sangre es un logro que espero podamos alcanzar pronto. Por eso contacté con Norma, pensé que podía acelerar nuestras investigaciones. Lo que no me imaginaba era que su incorporación iba a tener estas consecuencias.

—Disponemos de excelentes científicas trabajando en ello. Olvídate de Norma por el momento. Encontraremos la fórmula, recuperaremos a Gea, Savannah y Rita y veremos qué hacemos a continuación —señaló Hebe.

—Eso espero —respondió Iduna seria, mientras se terminaba la taza de café que le habían servido hacía un rato.

—Me gustaría ver a Eva y María. Estarán preocupadas si no saben que hemos regresado —

indicó Patricia.

—No las he visto hoy. Suelen venir más tarde a comer —dijo Hilda.

—Vamos a deshacer la maleta y descansar un poco. Esta tarde iremos a su casa y hablaremos con ellas —propuso Iduna.

\*\*\*

Eva se encontraba en el jardín trasero, recostada en una hamaca, cuando sonó el timbre de la puerta. Envuelta en su albornoz, recibía en el rostro las últimas caricias de uno de los pocos días soleados del otoño. Acababan de darse un baño relajante en las cálidas aguas de la piscina. María estaba en ese momento metiendo en el horno una apetitosa lasaña para cenar. Desde que vivían allí, se esforzaba por preparar cosas deliciosas que abrieran el apetito de su pareja; el apetito gastronómico, ya que el sexual parecía haberse esfumado desde la noticia de su enfermedad. Programó el horno y fue a abrir.

—¡Ya estáis aquí! Estaba segura de que llegaríais a tiempo para la luna llena —dijo besándolas—. Pasad. Y perdonad que vaya en albornoz. Acabamos de darnos un baño.

—No te disculpes, María —respondió Patricia—. Estáis en vuestra casa y no hemos avisado de que veníamos. ¿Cómo estáis?

—Esta urbanización es un sueño. A decir verdad, solo nos falta el mar. Pero lo importante es que Eva parece estar mejor. Ya come más y está tranquila. Voy a decirle que habéis venido. Sentaos. ¿Os apetece un vino blanco?

—Estupendo. Iduna tiene que explicaros algunos detalles relacionados con la ceremonia.

María salió al jardín y regresó al cabo de un minuto acompañada por Eva.

—Te veo muy bien, tienes buen color —dijo Patricia, levantándose para besarla. Iduna se puso en pie, pero guardó las distancias.

—Las vacaciones sientan bien a cualquiera. Me alegro de que hayáis vuelto. Estaba segura de que no llegaríais a tiempo para esa «hechicería» que me habíais prometido —soltó, con su mordacidad de siempre.

—De eso quería hablaros —intervino Iduna, ignorando su tono.

María apareció en ese momento con el vino abierto dentro de una cubitera y varias copas. Lo dejó todo sobre la mesa baja y regresó a la cocina a por algo para picar. En cuanto estuvieron todas, Iduna se dispuso a explicar lo que iba a pasar al término de dos días.

—Tengo una primera pregunta importante: ¿os vais a someter las dos a la ceremonia?

María miró a su pareja y luego empezó a hablar.

—Hemos estado discutiendo sobre eso. La decisión de venir aquí la hemos tomado con la finalidad de que Eva se cure. No me preguntéis por qué, pero tengo la intuición de que decís la verdad y realmente podéis otorgar el don de la eterna juventud. Aunque ella sigue escéptica, solo hay que observar a las mujeres que viven aquí. He de ser sincera, no sé si estoy preparada para ese cambio en mi vida. Como habéis dicho que la ceremonia se hace cada mes, ya que la inmortalidad que transmitís no es definitiva, creo que voy a abstenerme y disfrutar de la curación de Eva. Con eso ya seré feliz. Al mes siguiente, si nos permitís elegir, decidiremos si hacerlo o no.

—De acuerdo —respondió Iduna—. Desde que aceptasteis venir a Gubla nació un fuerte vínculo entre nosotras, así que os prometo que podréis elegir en cualquier momento. No tiene que ser necesariamente al mes siguiente. Formáis parte de nuestra comunidad y compartís nuestro secreto. Cuando estéis preparadas y si así lo queréis, lo haremos.

—Os lo agradecemos muchísimo, de verdad —dijo María, agarrando la mano de Eva. Esta

permaneció en silencio.

—Ahora voy a explicaros lo que va a ocurrir pasado mañana —continuó Iduna—. La ceremonia comenzará justo a la hora en que se inicie el plenilunio, a las 7:02. Un cuarto de hora antes deberemos estar en La Asamblea. Yo vendré a recoger a Eva a las 6:45. María, tú esperarás en casa a que volvamos. El rito es muy sencillo. Ella beberá un elixir que la sumirá en un sopor profundo. Cuando despierte, lo hará entre tus brazos. Tendrás que velar su sueño y cuidar de ella.

—Perfecto. ¿Cuánto dura la ceremonia?

—Menos de una hora. El tiempo necesario para que todas las ciudadanas acudan, una a una, a por su ración de elixir y se celebre el rito.

—Estaré esperando ansiosa.

—Eva, tendrás que vestirte con algo holgado, cómodo —sugirió Iduna.

—No te preocupes, la ropa que me habéis preparado aquí me viene bastante «holgada», como tú has dicho.

—Después de la ceremonia te vendrá perfecta.

—Lo que tú digas —soltó en tono cáustico.

—María, ¿podemos hablar fuera un momento? —intervino Patricia, levantándose.

—Claro, vamos.

Las dos se dirigieron al jardín interior. En cuanto estuvieron alejadas del salón, Patricia se giró hacia ella y la miró a los ojos.

—Hay una cosa que tienes que saber y para la que debes estar preparada. La Eva que te van a devolver después de la ceremonia no solo estará curada, tendrá veinte años menos.

—No te preocupes, me parecerá chocante, pero ya la conocí a esa edad. Recuerda que llevamos toda la vida juntas.

—No se trata únicamente de eso, María. Prepárate para recibir un *shock* tremendo. No solo será joven, será la versión optimizada de la Eva joven que conociste. Lo que quiero decir es que será más alta, más musculosa, más perfecta.

—Pues es difícil de imaginar —dijo riéndose.

—Y una cosa más.

—Dime.

—Todas las mujeres tras la ceremonia muestran un apetito sexual desaforado. Tendrás que cubrir sus necesidades.

—¿Y eso es un problema? ¡Me parece genial! ¿Sabes cuánto tiempo llevamos en el dique seco?

—Que conste que te he avisado —dijo riéndose.

\*\*\*

No eran aún las ocho de la mañana del día señalado cuando volvió a sonar el timbre de la puerta. María corrió a abrir. Los nervios la atenazaban desde que Iduna se había llevado a Eva hacía una hora. Cuando la vio en el umbral portando en brazos su cuerpo, el corazón le dio un vuelco. Se hizo a un lado para que subiese la escalera hasta la habitación de matrimonio llevándola en volandas como si fuese ingrávida. Pensó que aquella mujer era portentosa. Contempló cómo la depositaba sobre la cama y le quitaba las zapatillas. Luego se giró hacia ella.

—Estará así varias horas, las que su cuerpo necesite para realizar la mutación. Pase lo que pase y veas lo que veas, no intentes despertarla. Cuando sea el momento, ella abrirá los ojos y

te buscará.

—¿Ha ido todo bien? —preguntó con cara de preocupación, mirando a su pareja inconsciente. Su aspecto era el mismo que hacía una hora, cuando había salido de casa.

—Perfectamente. Lo comprobarás por ti misma, ten paciencia. Ahora os dejo a solas.

—Gracias —dijo con los ojos de un azul luminoso.

—No me las des. Hablaremos más tarde.

En cuanto Iduna se fue, María se acostó en la cama junto a Eva sin osar tocarla. No pensaba dejarla sola ni un instante. Quería tener fe, pero estaba aterrorizada. Le asustaba que la ceremonia no diera resultado, que no despertara o que la mujer que volviera en sí no fuese la misma. Tenía miedo de lo que iba a presenciar en las siguientes horas, pero temía mucho más que no ocurriera nada. Su cabeza era un maremágnum de emociones contrapuestas.

Recostada de medio lado, vigiló su respiración pausada. Durante la primera hora no notó ningún cambio, pero, unos minutos después, comenzó a suceder algo: el tórax de Eva empezó a subir y bajar más deprisa. Alarmada, María se apoyó sobre un codo y contempló su cuerpo con detenimiento. Las costillas movían la tela arriba y abajo, en un vaivén hipnótico. ¿Tenía la mente confusa o el abdomen de Eva se estaba ciñendo por completo a la superficie blanca de la camiseta? Se frotó los ojos, intentando aclarar lo que su cerebro le estaba transmitiendo. A través del leve tejido comenzaban a dibujarse unos músculos bien definidos. Desvió la vista hacia los holgados pantalones de chándal. El algodón gris claro empezó a tensarse por efecto de la presión de los cuádriceps. Instintivamente, sus ojos fueron hasta el rostro. Su aspecto, incluso dormida, estaba cambiando perceptiblemente. Los rasgos eran los mismos, pero había algo distinto. A medida que transcurrían los minutos iban desapareciendo las ojeras, se iban difuminando las pequeñas líneas de expresión alrededor de los ojos y la boca, se iba rellenando la estructura ósea de su cara. Incluso el color de la piel estaba mutando. Un poco después, las mejillas mostraban ya un saludable aspecto sonrosado. María contemplaba embobada el cuerpo que tenía a su lado sin poder creer lo que estaba presenciando. La piel tersa y los labios más carnosos, absolutamente sensuales, la tenían hipnotizada. La Eva que había compartido con ella más de media vida, la que se aproximaba a marchas forzadas a la cincuentena, se estaba convirtiendo delante de sus ojos en una joven de poco más de veinte años. Las canas que tintaban las sienes de su rebelde pelo negro habían sido empujadas hacia fuera, debido al crecimiento imposible de medio centímetro de cabello negro brillante. María parpadeó, anonadada. Un impulso la llevó a estirar la camiseta hacia arriba, con cuidado de no despertarla, para admirar el vientre liso y los abdominales marcados. Sus dedos temblorosos tiraron un poco más de la tela, para descubrir dos pechos como melocotones redondos, turgentes, de los cuales sobresalían dos pequeños pezones oscuros y erectos. Su corazón se aceleró. Se moría por acariciar esa piel que prometía la textura de la seda. Obligándose a serenarse, se apartó de ella y la observó imponiendo un poco más de distancia. Cuando se levantó esa mañana, Eva se había puesto una camiseta que le venía grande y larga. De hecho, le llegaba hasta la cadera. En ese instante, la misma prenda le cubría apenas la cintura, dejando casi al descubierto el atrayente ombligo. Por fuera del pantalón asomaban unos tobillos fuertes que anteriormente estaban cubiertos por el tejido sobrante que se abombaba hacia abajo. Estaba anonadada. La Eva acostada en la cama era visiblemente más alta que la anterior. Y su volumen, sin duda alguna, había aumentado. Pero lo más perturbador de todo era la sensualidad que se desprendía de aquel cuerpo. Aun estando dormida, era absolutamente irresistible. Tuvo que echar mano de toda su fuerza de voluntad para no acercarse a sus labios y besarlos lentamente hasta despertarla. Continuó observándola, aferrada a los brazos de la



butaca, a unos metros de ella. Ya no se fiaba de sí misma, así que debía evitar estar tan cerca que su presencia la quemara. Si las transformaciones internas iban en consonancia con los cambios externos, tenía claro que estaba curada. Aquello sí era un milagro. El milagro que habían estado esperando.

Al cabo de unos minutos, que a María se le hicieron eternos, Eva abrió los ojos y contempló las imágenes que discurrían por el techo de la habitación. Ella había elegido para ese momento una escena marina muy similar a la que estaban habituadas a contemplar desde su casa en Valencia: la playa que había sido testigo de su amor desde hacía varias décadas.

En ese instante, el mar susurraba a la arena mensajes que Eva creyó escuchar por primera vez. Se quedó quieta, oyendo el rumor mágico de las olas. Entonces advirtió el fuego luminoso, como una luz azul volcánica que la recorría por dentro. Esa luminiscencia interior estaba lanzando latigazos de energía a cada una de sus células. Podía sentirlo. Lo notaba en sus dedos, en sus mejillas, en el pecho, en el vientre, entre sus piernas. Sobre todo, entre sus piernas. Se incorporó de golpe, como una leona hambrienta lista para la caza. Y, en ese momento, la vio.

Los ojos de María, que revelaban su ansia, no se habían perdido detalle de las reacciones de su pareja al despertar. Ahora sentía la fuerza de esa mirada oscura, salvaje, tocándola en la distancia. Demasiada distancia. Eva se puso en pie, tensa, sin poder apartar la vista de la mujer que la abrazaba sin tocarla. María se aproximó a ella y constató que tenía que levantar la cara para contemplar sus rasgos, puesto que ahora ya no eran de una altura similar. Sin embargo, Eva no parecía darse cuenta de esa diferencia. Agarrándola por la cintura, la besó con una pasión que no recordaba. La cabeza le daba vueltas y supo que nada le importaba ya fuera de esas cuatro paredes. Eva no dijo ni una palabra. Le quitó la ropa en silencio, pero con una contundencia que le sofocó y avergonzó simultáneamente. Por primera vez en su vida, le importaba que descubriera que su cuerpo no era ya terso y perfecto. La desventaja entre ambas era patente. Con todo, los pensamientos de Eva no parecían ir por el mismo camino. Su boca, sus manos, sus ojos, le demostraron una devoción sin límites, amándola de una forma agresiva y tierna, silenciosa y rugiente, temerosa y visceral a un tiempo. María se dejó llevar y conjugó su gozo con el placer de ella, componiendo una canción que rimaba de forma magistral con el estruendo del agua que se estrellaba por todas partes a su alrededor. Como si las estuviera viendo, el mar avanzaba pletórico desde el techo, las paredes y el suelo a su encuentro íntimo con la arena.

El cansancio las amansó a intervalos, pero la voracidad volvía una y otra vez a inundar sus sueños, enredándose lo onírico con la realidad hasta que el agotamiento de María forzó una tregua.

—Estás mayor —rio Eva.

—No me avergüences —respondió seria, intentando taparse con la sábana.

—¿Pero qué haces? ¡Es broma, tonta! ¡Si tenemos la misma edad!

María se apoyó en un codo y la miró a los ojos, en silencio.

—¿Por qué me miras así?

—No te has dado cuenta, ¿verdad?

—¿De qué me tengo que dar cuenta? Lo único que sé es que me han dado a beber algo esta mañana que, aparte de provocarme un sueño reparador, ha hecho que me sienta de maravilla. Seguro que ese brebaje llevaba cocaína o algo así, pero con efecto retardado. Primero te duermes y luego te excita. ¡Son buenas con las drogas estas tías! —exclamó, riendo—. Y si te cuento lo de la ceremonia, alucinas. No veas cómo les va el teatro. Te hubiera encantado verlo. ¡Vaya representación! Hasta hubo un momento en que se me pusieron los pelos de punta.

María dejó que acabara.

—Cariño, ¿puedes acompañarme al baño? —le pidió con una sonrisa.

Cuando la colocó ante el espejo, Eva dio varios pasos atrás, espantada, como si hubiese visto un fantasma. Luego miró a María y bajó la vista para analizar su propio cuerpo por primera vez.

—¿Esa soy yo? —inquirió, señalando su reflejo desnudo. Estaba tan pálida que parecía a punto de desmayarse. María le acercó un taburete del baño para que se sentara.

—Tranquila, cariño, sé que esto es demasiado para ti.

—No puede ser, esto no puede ser verdad, me estoy volviendo loca —declaró, agarrándose la cabeza con las manos. Mantenía los ojos cerrados con fuerza—. El tumor se ha extendido al cerebro. ¡Llévame al hospital!

Ella le habló con voz dulce, calmándola.

—Mi amor, estás curada. Ha ocurrido lo que ellas decían, no estaban mintiendo. Estás curada y eres joven. Es un milagro.

—Estoy soñando —insistió, volviendo a taparse los ojos con las manos.

—No estás soñando. Yo estoy aquí contigo —afirmó, apartándole los dedos de la cara.

Eva abrió los ojos y la miró con expresión aterrorizada.

—¿Qué está pasando?

—Sabes que existen cosas que no podemos explicar. Nos han pasado algunas a lo largo de nuestra vida en común, recuérdalo. Esta es una de esas cosas extraordinarias. Y bienvenida sea.

Eva se levantó con lentitud del taburete para enfrentarse de nuevo con la imagen extraña que le ofrecía el espejo. Estuvo recorriendo con los dedos cada palmo de su anatomía, como si no pudiera creer lo que estaba viendo. Tenía que admitir que la chica joven y despampanante que la miraba desde el otro lado repetía sus acciones a la perfección. Analizó su cara, sin atisbo de arrugas. Se retiró el pelo para contemplar las raíces negrísimas.

—Acojonante.

María sonrió al ver que empezaba a asimilar la realidad asombrosa que acababa de atropellarla.

—¡Estoy buenísima! —exclamó, todavía sorprendida.

María se echó a reír.

—¡Ya lo creo!

Eva no podía dejar de analizar la imagen del espejo. Levantó un brazo y marcó un bíceps espectacular. Luego se palpó los abdominales. Medio girada de espaldas, se observó por detrás.

—¡Menudo culo!

—Siempre has tenido un culo precioso —alegó María, divertida, mientras le apretaba una nalga con picardía.

Por toda respuesta, Eva la cogió en brazos, como si fuese una pluma, para conducirla de nuevo hasta la cama.

## El tiempo se acaba

Separándose del ocular del microscopio, Norma se frotó los ojos. Estaba cansada. La paciencia de Broc se iba agotando y ella notaba claramente cómo empezaban a revertir los efectos de la sangre de Iduna en su organismo. Le costaba más concentrarse y su resistencia física no era la misma. El espejo del baño no mentía: estaba regresando muy rápido a su edad biológica anterior. La piel había perdido el brillo y la tersura de la juventud y sus músculos ya no eran tan firmes. Y ello no era comparable con lo que estaba ocurriendo en los cuerpos de Savannah, Rita y Gea. El tiempo jugaba en contra de todas. Había inventado distintas excusas para poder verlas a diario: sacarles sangre, estudiar su evolución... Cualquier cosa con tal de estar al lado de Gea cada día.

Los científicos que compartían con ella el laboratorio en esos momentos seguían concentrados en sus respectivas labores.

—Ahora vuelvo —anunció, sin dar explicaciones.

Norma tiró el gorro, la mascarilla y los guantes y se quitó la bata de trabajo. Cuando salió del laboratorio con el instrumental de costumbre, la esperaba uno de los esbirros de Broc tras la puerta.

—Hola, Iron —saludó al hombre de rasgos duros y larga melena sujeta en una cola—. Necesito sacar sangre a Gea.

Norma había acabado por conocerlos a todos y llamarlos por su nombre. Pensó en lo irónico de que todos esos matones hubiesen elegido seudónimos que homenajearan a grandes estrellas del rock, como si buscasen cubrir con una pátina de honor el despreciable trabajo que ejercían.

El guardián la acompañó sin decir una palabra hasta la habitación, introdujo la llave y la dejó pasar. Como siempre, se quedó fuera.

Gea leía sentada en la cama. Levantó la vista por encima de las gafas que le habían proporcionado y dejó el libro a un lado. Norma la miró con un nudo en el estómago. La melena gris enmarcaba un rostro con algunas arrugas, aunque todavía conservaba su atractivo. Al ponerse en pie, observó que su estatura había menguado sensiblemente y que la piel colgaba algo flácida en algunos puntos donde antes había una musculatura rotunda. Calculó que en esos momentos su edad aparente debía de estar en torno a los sesenta años. La reversión se estaba acelerando.

—¿Cómo estás? —preguntó, intentando leer en los ojos su estado de ánimo.

Día tras día, entre susurros, gestos e intercambios de caricias tan breves como reveladoras, los lazos entre ellas habían ido estrechándose, haciendo crecer un sentimiento que no podía tener expresión en el terreno físico, más allá de besos y abrazos apasionados, de fiebre dolorosamente contenida. El tiempo que Norma podía permanecer en la habitación de Gea era muy limitado, sin contar con el testigo silencioso que estaba apostado tras la puerta.

Gea rehuyó la mirada de Norma y contempló sus manos callosas.

—Ya lo ves —dijo con resignación.

A Norma la mataba verla así. Quería que regresara la Gea llena de rabia, la dura, la luchadora.

—Estoy muy cerca, Gea —susurró, cogiéndole las delgadas manos que no hacía ni diez días todavía eran fuertes y musculosas. Ella seguía sin poder enfrentar sus ojos—. Ya que me es imposible sacarte de aquí, al menos conseguiré la fórmula que te permita seguir viviendo. Lo haré, te lo prometo.

—Ya no importa —dijo mirando al suelo.

—Sí importa. Mírame.

—No puedo. Y no quiero que tú lo hagas. No soporto que me veas así.

—Ahí dentro sigue estando la mujer atractiva y fuerte que me vuelve loca. Sácala, Gea —  
pidió, aproximándose para besarla.

—No, por favor —gimió, soltándose de sus dedos.

Se sentó en la cama y estiró su delgado brazo, ofreciéndoselo para que cumpliera su cometido.

—Hazlo deprisa y vete.

—No te rindas, por favor —le pidió con lágrimas en los ojos.

—Estoy muy cansada, Norma.

—Lo sé, pero quiero que tengas fe. Es lo único que nos queda —dijo abrazándola.

*Noventa minutos no puede durar el amor... pídemme más.* La canción de India Martínez se metió en su cabeza en cuanto Norma abandonó la habitación. Hundió la cara en la almohada, casi haciéndose daño, para evitar que volviera el llanto.

## Marcello

Habían transcurrido cuatro días desde la ceremonia y seguían sin tener una pista plausible que las condujera al lugar donde podían estar ocultas las desaparecidas. Iduna contemplaba el techo de la habitación con la mente centrada en lo que más la preocupaba desde la entrada de los intrusos en Eterna. Patricia se entretenía en trazar dibujos perezosos en el vientre terso de su pareja. De repente, esta hizo una pregunta nada casual.

—Esa niña, Alejandra, ¿solo revela cosas por iniciativa propia?

—¿A qué te refieres?

—¿Su don funcionaría por encargo? ¿Podríamos preguntarle si sabe dónde está Gea?

—¿Cómo no se nos ha ocurrido antes! Voy a llamar a Mel ahora mismo —exclamó, incorporándose.

—Espera. Puede que no quieran que la utilicemos.

—Se lo preguntaré. No podemos quedarnos con la sensación de no haber hecho todo lo posible.

Patricia se levantó de la cama y fue hasta el armario. Su teléfono móvil estaba allí, junto a las cosas que había traído de su casa. Conectó el cargador en un enchufe junto a la mesita de noche y lo encendió. Hacía mucho que no lo utilizaba. Ignorando las notificaciones habituales, buscó en la agenda el teléfono de sus amigas. Al segundo timbrazo, la voz de Mel al otro lado de la línea la reconfortó.

—¿Patricia! ¿Cómo va todo? ¿Cómo está Eva? ¡No esperábamos que llamaras!

—Eva y María están maravillosamente bien. Estad tranquilas. Te llamo por otra cosa.

—Dime.

—Ha surgido un problema y quería saber si no te molestaría que le hiciéramos una pregunta a tu hija. Han desaparecido tres amigas nuestras y corren un peligro inminente de muerte. A lo mejor puede decirnos algo sobre su paradero.

—No sé si las cosas con Alejandra funcionan así...

—Lo sé, pero estamos desesperadas. No sabemos nada desde hace más de un mes y cabe la posibilidad de que ya hayan muerto o lo hagan en breve. —Patricia atendió a algo que le decía Iduna y prosiguió—. Puede que detrás de todo esto esté un hombre que se llama Athila Broc.

—Esto tengo que consultarlo con Carla, Patricia.

—Lo entiendo. Habladlo y me dices algo cuanto antes, ¿vale? Cada minuto puede ser vital.

—No te preocupes. Ahora mismo hablo con ella y te llamo.

—Gracias, Mel.

En cuanto terminó la llamada, Mel echó un vistazo al jardín y vio que la niña estaba entretenida con un juego de construcción. El perro, tumbado a corta distancia, no le quitaba ojo. Fue a buscar a Carla y la encontró en el despacho, ante el ordenador.

—¿Interrumpo algo importante?

—No, estaba revisando unas facturas. ¿Pasa algo?

—Acaba de llamar Patricia.

—¡No me digas! ¿Te ha dicho algo de Eva?

—Que está estupendamente. El problema es otro.

—¿Qué pasa?

—Me ha contado que han desaparecido unas amigas. Dice que puede ser cosa de un tal Athila Broc.

—En el lugar donde viven nunca pasan cosas normales ¿verdad?

—Por lo visto, no. Nuestra vida es anodina, ya lo ves —bromeó.

Carla sonrió a su pesar.

—¿Y eso qué tiene que ver con nosotras?

—Me ha preguntado si podemos decirle algo a Alejandra.

—Ni hablar. Nuestra hija no es una atracción de feria. Sabía que acabaría pasando esto. No podemos permitirlo.

—Lo sé, cariño. Tranquilízate. Lo de la niña solo lo conocen ellas. Si Patricia me acaba de pedir esto es porque están desesperadas. Pueden morir personas, Carla. Llevan más de un mes buscándolas.

—Me aterroriza que estemos involucradas en esto. Lo que me contaste sobre esa ciudad me pareció increíble y peligrosísimo. Pensé que si alguien accediera a ese conocimiento estarían en una situación muy grave. Y ahora parece haber ocurrido. No quiero que mi hija tenga que ver con algo así.

—Yo tampoco, cariño, ya lo sabes. Pero ¿qué hacemos? ¿Nos cruzamos de brazos y dejamos que mueran? ¿Por no hacerle una pregunta a nuestra hija?

—No lo sé, Mel.

En aquel momento, Alejandra entró en el despacho y agarró de la mano a Carla.

—¿Por qué discutís?

—No discutimos, cariño, solo hablamos.

—¿Y por qué estás enfadada, mamá?

—No estoy enfadada.

—Sí lo estás. Y no me lo quieres contar —soltó, apretando los labios y poniendo los bracitos en jarra.

—Díselo —intervino Mel, aguantando la risa al ver el gesto de su hija.

Carla agarró a la pequeña y la sentó sobre su regazo.

—Cariño, ¿te acuerdas de Iduna?

—Claro, la mujer del pelo rojo.

—¿Y te acuerdas que le dijiste dónde estaban esas dos amigas tuyas?

—Sí.

—Pues han desaparecido más y me han preguntado si tú podrías saber dónde están.

La pequeña se quedó callada unos segundos y luego dijo algo que las dejó estupefactas.

—Yo no, pero Marcello sí lo sabe.

—¿Marcello? —dijo Mel con los ojos como platos.

—Sí, mami, el yayo Marcello.

Las dos se miraron sin poder reaccionar.

—¡Llámallo! Me voy a jugar —dijo, correteando hasta la puerta como si no hubiera sucedido nada.

—No lo entiendo —afirmó Carla, en cuanto su hija salió del despacho.

—No le demos más vueltas. Llama.

Carla buscó el número de su madre y se puso el móvil al oído, mirando a Mel fijamente.

—¿Mamá?

—¡Cariño! ¿Cómo estáis? ¿Va todo bien por ahí? —exclamó Álex, la madre de Carla.

—Nosotras estamos bien, pero ha ocurrido algo y necesitamos hablar con Marcello.

—¿Con Marcello? ¿Qué sucede?

—Han desaparecido unas amigas de Patricia y parece ser que Marcello puede decirnos dónde están —explicó Carla, sin entrar en más detalles.

—¿Cómo? ¿Qué tiene que ver Marcello con la desaparición de esa gente?

—Alejandra. Nos lo ha dicho ella.

—Ah.

Un silencio más que elocuente se hizo dueño de la línea telefónica.

Cuando años atrás la niña comenzó a manifestar sus dones especiales, incluso dentro del vientre de su madre, Álex se cerró por completo a la idea de que aquello estuviera ocurriendo. Sin embargo, a medida que iban sucediendo cosas y su nieta comenzaba a complicar la vida de la familia, no tuvo más remedio que aceptar la evidencia. Alejandra no era una niña común y nunca lo sería. Pero lo cierto era que la adoraba.

—Compruebo que mi nieta vuelve a hacer de las suyas. ¿Qué ha dicho esta vez?

—Que Marcello sabe dónde las tienen.

—¿Las *tienen*? ¿Las han secuestrado y Marcello sabe dónde están? Me estás asustando, hija.

—Yo tampoco entiendo nada, mamá. ¿Está Marcello contigo? Tenemos que hablar con él.

Es urgente.

—Vale, Carla, ya me lo contaréis. Marcello está aquí. Te lo paso.

Álex le dio el teléfono a su marido, que la miró con extrañeza.

—¿Carla?

—Hola, Marcello. ¿Cómo estás?

—Pues ahora un poco preocupado después de escuchar a tu madre. ¿Qué ocurre?

—¿Conoces a Athila Broc?

—¡Broc! Hace como treinta años que no le veo y no tengo ningún interés en hacerlo. ¿De qué le conocéis vosotras? Por lo que recuerdo, su compañía no era muy aconsejable.

—Parece ser que tiene algo que ver con la desaparición de unas amigas de Patricia.

—Eso es terrible. Veo que no ha cambiado. Es un hombre peligroso. En la época en que le conocí ya se hablaba de que se había hecho rico de forma muy rápida a través de negocios sucios. Blanqueó parte de su dinero negro invirtiendo en la construcción, por eso le conozco. Nos compró un edificio de oficinas en Roma. Por lo que sé, ahora dirige una de las multinacionales más grandes de la industria farmacéutica. Ha encontrado en ese sector el modo de ampliar su fortuna. Preferiría no saber lo que me acabas de contar, la verdad. ¿Tenéis la certeza de que ha sido él? Ahora tiene cierto prestigio e imagino que no le interesará que su nombre se manche con un asunto así.

—No estamos seguras de nada, Marcello. Lo que necesitamos saber es dónde podría tener retenida a esa gente. Alejandra nos ha dicho que tú podrías ayudarnos. Debes de saber algo que nos puede servir de mucha ayuda. ¿Dónde podría tener ese hombre escondido a un grupo de personas? Tiene que ser un lugar que pase desapercibido, que no haya mucha gente alrededor.

—Como no sea su castillo...

—¿Tiene un castillo? —preguntó en tono asombrado.

—Sí, por la época en que lo conocí era del dominio público que se había comprado un castillo. Alardeaba de ello.

—Ese puede ser un dato crucial.

—Podría ser. Dijo que estaba en lo alto de una montaña, en el cantón de Friburgo, en Suiza. Cerca de Gruyères, creo.

—Desde luego, un castillo en las montañas es perfecto para esconder a alguien. ¿Sabes dónde está exactamente?

—Lo siento, Carla, no puedo darte datos más precisos. Solo sé que está por allí. De todas

formas, no creo que haya muchos castillos por esa zona. El de Gruyères, desde luego, descartado. Está dedicado al turismo.

—Bueno, creo que con la información que me has dado ya tenemos una pista. Muchas gracias. Cuéntaselo a mi madre, que no piense que tienes algo que ver con esto. Un beso, Marcello.

—Cuidaos mucho, Carla. Y, sobre todo, no os acerquéis a ese tipo. Avisad a la policía y no os metáis en problemas.

—No te preocupes, no pensamos hacerlo. Prometido.

—Un beso a todas. En especial, a Alejandra.

—Ahora mismo se lo doy. *Ciao*, Marcello.

—*Ciao, bella.*

En cuanto colgó el teléfono, Carla se tropezó con la mirada inquisitiva de Mel.

—¿Qué te ha dicho?

—Marcello dice que tiene un castillo.

—Hay que llamar a Patricia.

Mel tecleó en su móvil y en menos de dos segundos escuchó la voz de su amiga al otro lado.

—Patricia, escucha, te voy a pasar con Carla. Ella te lo explicará todo. Creo que tenemos una pista.

—¿Patricia? —dijo Carla, cogiendo el teléfono de Mel—. Sabemos algo. Nuestra hija nos ha dicho que hablemos con Marcello. Por lo visto, él conoció a Athila Broc hace años. Parece ser que hay un lugar idóneo donde pueden estar. Es un castillo

—¿Dónde? —preguntó impaciente.

—En el cantón de Friburgo. Por la zona de Gruyères.

—Pregúntale si sabe dónde está exactamente —intervino Iduna, que estaba escuchando la conversación. Patricia había puesto el altavoz.

—Lo siento, no lo sabe. Lo que está claro es que no es el de Gruyères. Ese castillo está dedicado al turismo, no puede ser el de Broc. Nos ha dicho que está en la cima de una montaña.

—Muchísimas gracias, Carla. Os agradecemos lo que acabáis de hacer. Esa hija vuestra es prodigiosa —afirmó Iduna.

En cuanto terminó la llamada y sin hacer más comentarios, Iduna apretó una tecla de su móvil y se lo puso en la oreja.

—Lilah, busca un castillo cerca de Gruyères, en Suiza. No es el famoso dedicado al turismo. Debe de ser uno anónimo, en la cima de una montaña. Llámame en cuanto tengas algo. Es urgente.

Cortó la llamada y se volvió hacia Patricia.

—Tus amigas han sido de mucha utilidad. Qué lástima que no se nos hubiera ocurrido antes preguntar a la niña. Tengo la intuición de que esta vez las tenemos —dijo con la mandíbula tensa.

—¿Estás segura de que esa tal Lilah encontrará el lugar? —preguntó Patricia.

—Es un genio de la informática. No creo que existan muchos castillos en aquella zona. Habrá que buscar uno de propiedad privada y que no se esté utilizando con fines turísticos. En pocos minutos sabremos si Marcello estaba en lo cierto.

—Ojalá tengas razón.

No transcurrieron ni veinte minutos cuando el teléfono de Iduna sonó.

—¿Tienes buenas noticias?

Patricia vio como escuchaba un buen rato a su interlocutora sin interrumpirla.



—Excelente. Mándame esa ubicación.

—¿Qué te ha dicho?

—Espera un momento —dijo, buscando algo en su móvil—. Aquí está.

Iduna apretó una tecla del teléfono y habló con otra mujer. Por lo que Patricia estaba oyendo, intentaba averiguar las posibilidades de coger un vuelo hasta una ubicación próxima a ese lugar. Al cabo de unos minutos de conversación, cortó la llamada.

—Es poco viable ir en avión. Hay que hacer al menos dos escalas y habría que invertir mucho tiempo y alquilar luego otros vehículos. Demasiado complicado. Si salimos ahora con los todoterrenos, en menos de once horas podríamos estar allí.

—¿Vamos a irnos ya? —preguntó con los ojos muy abiertos.

No se acababa de acostumbrar a aquella vida sin orden ni concierto.

—Tú no. Es muy peligroso y tu cuerpo no tiene todavía la protección de mi sangre.

Patricia la contempló con el ceño fruncido mientras Iduna volvía a hablar por el móvil.

—¿Hilda? Creo que las tenemos.

Iduna calló mientras la valquiria chillaba excitada al otro lado de la línea.

—Luego os lo cuento. Voy a darme una ducha rápida y salimos. Traed el equipo de rastreo completo y algo para tomar en el camino. Tenemos que ir en coche y el trayecto es largo. Y coged los pasaportes, nos vamos a Suiza. Que vengan cuatro de las mejores para la lucha cuerpo a cuerpo. No sabemos si nos va a tocar enfrentarnos a ellos, aunque intentaremos evitarlo. Venid a casa, iremos con mi todoterreno. Ellas que cojan otro y acudan aquí también. Saldremos en media hora; con un poco de suerte, llegaremos antes de que amanezca.

En cuanto Iduna acabó de hablar, Patricia se le puso delante.

—A mí no me dejas aquí pensando en lo que estará ocurriendo o si te ha pasado algo. Ni lo sueñes. Voy contigo, aunque tenga que quedarme en el coche como en Saint Croix. ¡Primera para la ducha! —soltó, dejándola con la boca abierta mientras se metía como una exhalación en el baño.

Treinta minutos después, con una puntualidad británica, Hebe llamaba a la puerta de la casa. Iduna y Patricia salieron de inmediato. Esta portaba una pequeña nevera portátil.

—El avituallamiento —dijo con una sonrisa.

—¿Vas a venir? —preguntó Hebe, sorprendida.

—Necesitaréis una mente sensata sin tantas hormonas —bromeó.

Hebe miró a Iduna y levantó una ceja, pero esta se encogió de hombros.

—¡Bienvenida! —se apresuró a decir Hilda, poniendo su mochila dentro del maletero del todoterreno que estaba ya listo en la puerta. Habían aparcado el otro coche detrás y sus cuatro ocupantes esperaban instrucciones.

—¿Cuántos kilómetros tenemos por delante? —preguntó Hebe.

—Unos mil doscientos —respondió Iduna.

—¡Pues me pido conducir la primera! —soltó Hilda.

—De acuerdo, nos turnaremos. Así podré explicaros durante el camino dónde es probable que las encontremos. Decidiremos entre todas qué vamos a hacer.

Antes de meterse en el coche, se giró hacia las cuatro mujeres que iban a viajar con ellas.

—Vosotras seguidnos. Vamos a Gruyères, en Suiza. Podéis ponerlo en el navegador, pero no nos perdáis de vista. Nuestro objetivo no está exactamente en la ciudad.

—De acuerdo, dijo una mujer de rasgos orientales que, por lo visto, iba a ser la conductora.

En cuanto los dos todoterrenos iniciaron la marcha camino a la frontera con Francia, Iduna comenzó a explicar lo que sabía. Se había sentado al lado de Patricia, detrás de Hilda y Hebe.

—Hemos averiguado que Broc tiene un castillo en la zona de Gruyères. El castillo está a unos veinticinco kilómetros hacia el este, en lo alto de una montaña. Por la información que nos han dado, es el sitio idóneo para tenerlas retenidas.

—¿Cómo podemos estar seguras de que están allí? —preguntó Hebe.

—Porque la información nos la ha proporcionado la misma persona que nos dijo dónde estabais Hilda y tú en los túneles —aclaró Patricia.

—¡Vaya con la niña! —exclamó Hilda, mirando por el espejo retrovisor.

—Es increíble. ¿Y qué vamos a hacer? —dijo Hebe—. Un castillo no debe de ser fácil de asaltar. A la Historia me remito.

—Tengo los planos. Lilah me los ha mandado junto a la ubicación. Habrá que estudiar las posibilidades que tenemos para entrar.

—Es una magnífica *hacker*. No quiero ni pensar en qué ordenadores habrá tenido que meterse para encontrarlos. Déjame ver —pidió Hebe. Sus ojos de arquitecta descubrían rápidamente las posibilidades de cualquier plano.

Iduna le pasó el móvil. Hebe amplió la imagen y estuvo un buen rato analizando cada centímetro.

—Normalmente los castillos en sitios escarpados son bastante inaccesibles. En estos planos solo encuentro un punto relativamente desprotegido: las dependencias dedicadas al servicio. En ellas están las caballerizas, varias habitaciones y lo que parece una cocina grande. La cocina da directamente al exterior y esas puertas no suelen ser muy seguras. Luego veo cosas muy interesantes, como, por ejemplo, dobles paredes. Eso es que existen pasadizos secretos. Son muy útiles, sobre todo para nuestros fines. Tendremos que buscar con el equipo si existen alarmas u otras barreras. Aquí hay varias zonas bien delimitadas y conectadas mediante corredores perimetrales. Existe un sótano diáfano y una planta principal donde están las estancias más grandes: sala de reuniones, biblioteca, esas cosas. Después hay otra planta superior con seis espacios más o menos homogéneos. Deben de ser las habitaciones. Y, por último, una torre más bien estrecha. Espero que no tengan allí encerrada a ninguna de ellas, es de difícil acceso. El pasadizo secreto es una especie de laberinto construido dentro del doble muro de las paredes exteriores del castillo. Conecta la zona del servicio con las estancias de la planta baja y con todas las habitaciones del primer piso. El corredor empieza detrás de la cocina. En ella hay un entrante en la pared que podría ser un gran hogar. Según el plano, detrás de este espacio comienza el pasadizo que da la vuelta a toda la planta baja. A unos metros del inicio hay una escalera. Esta conduce directamente hasta el corredor perimetral de la primera planta. Habitualmente se construían estos pasadizos ocultos para que el servicio no tuviera que cruzarse con los moradores del castillo, normalmente gente noble invitada por el dueño de la propiedad, y pudiera arreglar sus habitaciones entrando desde el pasillo perimetral. Aunque, claro, estos corredores también servían para toda clase de encuentros clandestinos, como podéis imaginar. Con estos pasajes es posible recorrer todo el castillo sin utilizar los pasillos interiores. Muy útil para esconderse y oír las conversaciones de los reunidos en la biblioteca o los salones. Ideal para las intrigas políticas.

Todas escuchaban absortas las interesantes elucubraciones de Hebe.

—Sin lugar a dudas, hay que intentar entrar por la cocina. Si existe algún dispositivo de seguridad habrá que localizarlo y desactivarlo. Como llegaremos antes de que amanezca, imagino que la gente del servicio estará durmiendo.

—Esa es la idea. El problema será encontrar el mecanismo de acceso al pasadizo que dices y los de las habitaciones —señaló Iduna.

—Los encontraremos, por eso no te preocupes. Los mecanismos de la época no eran muy sofisticados. A no ser que los hayan modernizado. Esperemos que no —dijo Hebe.

—Vale, imaginemos que no tienen a nadie en el perímetro vigilando el castillo. Imaginemos también que entráis y dais con ese pasadizo. ¿Luego qué? —preguntó Patricia—. ¿Qué pasará si os descubren?

—Tendremos que pelear —respondió Hebe.

—¿Y si llevan armas?

—Los desarmaremos. Pero espero que eso no sea necesario. Contamos con el factor sorpresa y somos muy sigilosas.

Patricia se giró hacia Iduna, expresándole con la mirada todos sus temores. Ella le cogió de la mano.

—No nos va a pasar nada. Confía en mí.

—¿Y si ocurre? Imagino que querrás que me quede en el coche.

—Por supuesto. Si no regresamos en una hora, ve a pedir ayuda. En el móvil tienes el teléfono de Aitana. Ella sabrá qué hacer. Tú serás nuestro seguro.

## Visita inesperada

Norma despertó con el corazón acelerado. La negrura se cernía a su alrededor, únicamente aliviada por el resplandor que la luna ofrecía desde las diminutas ventanas de la habitación. Algo le oprimía la boca. Su cerebro le sugirió que tal vez estaba teniendo una pesadilla, ya que la mano que tenía sobre la cara pertenecía, sin duda, a un ser horrible, un monstruo de otro planeta. El terror hizo que su mente se despejara de golpe. Lo que había tomado por una cabeza enorme se trataba de un casco de motorista con la visera levantada. Desde la ranura abierta, el azul índigo de unos ojos familiares le pedía silenciosamente que mantuviera la calma. La mano sobre sus labios únicamente pretendía evitar que gritara. Margot Seeker le indicó con una señal que no hiciera ruido. Muy despacio, retiró la mano y Norma se incorporó en la cama. No sabía si estaba todavía soñando, navegando entre la sorpresa y la emoción. Mediante gestos, la mujer del casco le pidió que la siguiera. Junto a la puerta del baño parte de la pared se había desplazado hacia el interior de la habitación. Margot iluminó con una linterna y Norma pudo distinguir el pasadizo que se abría al otro lado. Las dos atravesaron el hueco, tirando del muro para que regresara a su sitio. Entonces la recién llegada comenzó a hablar en susurros.

—He venido en moto. La he escondido en el bosque que rodea el castillo. Allí guardo un mono y un casco. Con ese chándal no aguantarás fuera, hace un frío terrible. No hagas ruido, vamos a salir por el mismo sitio por donde he entrado. Sígueme.

Norma la agarró del brazo para que se detuviera.

—Hay tres mujeres más encerradas en estas habitaciones. Tenemos que liberarlas.

—He entrado en el cuarto de una de ellas antes de encontrarte, aquí al lado, pero no se ha despertado. No podemos llevarlas con nosotras, Norma.

—Ya pensaremos algo, pero no voy a dejarlas encerradas.

—De acuerdo. ¿Dónde están las otras?

—En las dos habitaciones de enfrente.

—Vamos primero a por esta, donde he entrado antes. Para llegar a las otras dos tendremos que aventurarnos por el pasadizo hasta el lado contrario del castillo, con el riesgo que ello comporta.

Desplazándose con mucho tiento, Margot llegó a la altura de la habitación contigua y volvió a empujar la pieza de hierro que estaba incrustada en el muro, provocando que una porción de la pared desapareciera hacia dentro. El haz de luz de la linterna facilitó que Norma distinguiera la figura de Gea entre las sábanas, girada hacia la pared contraria. Al igual que Margot había hecho con ella, Norma se subió con rapidez a la cama y cubrió su boca con la mano mientras le susurraba al oído que guardara silencio. Gea permaneció inmóvil, quizás más por la sorpresa que por el reconocimiento de la voz de Norma. Por fortuna, la había pillado durante el sueño profundo. Los reflejos entrenados de Gea ante un peligro inminente se habían ido difuminando junto a su juventud. Sus ojos, en cuanto se acostumbraron a la oscuridad, miraron con asombro al personaje del casco que estaba junto a Norma. Una pequeña luz de esperanza se encendió en su horizonte.

El rescate de las otras mujeres, en la parte opuesta del castillo, fue llevado a cabo con un cuidado sumo, dado que sus habitaciones se encontraban justo encima del salón principal, desde donde se podían escuchar las voces de Broc y otros dos hombres. Margot había tenido que escanear la zona con un aparato que llevaba en la mochila para intentar averiguar si había algún tipo de alarmas. El camino parecía limpio de artefactos de seguridad.

—Broc se siente muy seguro en este sitio. Debe de creer que nadie conoce este escondite, salvo su gente de confianza. No he encontrado ninguna dificultad para entrar, ningún tipo de alarma conectada.

—Así es. De hecho, aparte del matrimonio que se encarga del servicio, solo se quedan dos de sus hombres cada día —aseguró Norma.

Margot miró el reloj. Era la una y media de la madrugada y, por lo visto, Broc no tenía prisa en acostarse. Los dos guardianes serían relevados a la mañana siguiente. Norma hizo una señal para que las otras cuatro guardaran silencio. Intentaba captar el contenido de la conversación, aunque las voces sonaban demasiado amortiguadas debido a los gruesos muros que las separaban de la planta inferior.

—Tenemos que darnos prisa —susurró Margot.

—Todavía tengo que hacer una cosa —dijo Norma en un hilo de voz, haciendo una señal para que la siguieran.

Regresó por el corredor hasta el lugar donde el pasadizo desaparecía hacia el este, el lado donde estaba su habitación. Antes de girar, se detuvo delante de un artilugio de hierro similar al que había visto ante los otros cuartos. Sin dudarlo ni un segundo, empujó con fuerza y el muro se desplazó hacia dentro. Estaba maravillada de que ninguno de aquellos mecanismos chirriara lo más mínimo ni opusiera dificultad. Solo uno de ellos había protestado, emitiendo un ahogado siseo. Por lo visto, alguien del servicio se había encargado de mantener aquellos goznes engrasados debidamente. Norma indicó a las otras que esperaran fuera.

La habitación de Broc era mucho más ampulosa que el resto, se notaba que había sido decorada con un gusto muy personal. La mayor parte de las piezas que la ornamentaban eran antiguas, incluso auténticas joyas de anticuario. Norma se situó ante una mesa de madera finamente labrada que sin duda Broc utilizaba como escritorio. Sobre ella estaba el ordenador que el magnate llevaba al sótano cada día al finalizar el trabajo; el portátil donde volcaba diariamente todas las notas y hallazgos que los investigadores habían introducido previamente en los ordenadores del laboratorio. Norma lo cogió bajo el brazo y se dispuso a salir de la habitación. Sin embargo, algo le hizo detenerse. Sobre una mesita auxiliar había una panzuda botella de Armañac. Por la etiqueta de la botella, de la que ya había sido consumido un tercio de su contenido, reconoció que era un licor carísimo reservado a gustos exigentes. A su lado había una copa de fino cristal. El magnate debía de concederse ese capricho de vez en cuando. Norma contempló el líquido exquisito, un elixir que podía convertirse en su instrumento para impartir justicia. La imagen fugaz, como un relámpago mortal, le cruzó por la mente tentándola con la fuerza de todo el odio acumulado. Soltando el ordenador, agarró la preciada botella y la abrió. El intenso aroma le jugueteó en la nariz. Echó un vistazo a la habitación, localizando lo que necesitaba sobre el escritorio: un abrecartas en forma de daga. *Muy simbólico*, pensó. El pinchazo en el dedo ni siquiera le dolió. Unas cuantas gotas de sangre se mezclaron vorazmente con el líquido ambarino. Cerró la botella y volvió a colocarla en su sitio. No estaba segura de que todavía quedara algo de Iduna en su suero vital. El destino se encargaría de despejar la incógnita, se dijo, deteniendo la breve hemorragia con los labios.

Llevando el portátil firmemente apretado bajo el brazo, regresó junto a las mujeres que la aguardaban fuera.

—Ya podemos irnos.

De manera silenciosa, las cuatro siguieron a Margot por el pasaje oculto. En la planta baja guardaron especial sigilo, ya que desde allí se escuchaba con mayor proximidad la voz

amortiguada de Broc hablando con sus esbirros. Por fin llegaron hasta las dependencias del servicio. Unos ronquidos suaves se filtraban a través de los muros del pasadizo, indicándoles que alguna de las personas que se ocupaban del castillo dormía profundamente. No obstante, Margot pensó que debían ir con exquisito cuidado. Hasta el momento habían tenido mucha suerte, pero no descartaba que hubiera alguien en la cocina o que pudiera aparecer en cualquier momento. Hizo un gesto para que fueran más despacio. Antes de empujar la última puerta del corredor, que se hallaba en el interior del hogar que ocupaba toda una pared de la cocina, respiró hondo. Margot asomó la cabeza e iluminó la estancia enorme con la linterna, soltando todo el aire retenido en los pulmones. Allí no había nadie. Recorrió con el haz la gran mesa de madera maciza que ocupaba el centro, las lámparas de hierro, los estantes llenos de utensilios de latón, el horno incrustado en el muro de piedra. Se notaba ya el frío proveniente del exterior. Ella iba embutida en un traje de motorista bien aislado, pero las tres mujeres de edad avanzada que acompañaban a Norma no resistirían ni diez minutos en medio del bosque que rodeaba el castillo. Indicó a todas que salieran del pasadizo y les habló en voz baja.

—Hace muchísimo frío ahí afuera. No podéis salir así, con ese chándal que lleváis. Siento comunicaros que he venido con mi motocicleta BMW. Solo hay sitio para dos y mi misión era llevarme a Norma. Vosotras tres no podéis huir por el bosque, os congelaríais en unos minutos y esto está muy alejado de la civilización. Sugiero que os escondáis en el pasadizo y esperéis a que mande ayuda.

—¿Llevas un móvil? —preguntó Gea.

—Sí, pero no hay cobertura en esta zona.

—Graba el teléfono que te voy a dar. Lo cogerá una mujer que se llama Iduna. Dile dónde estamos.

—No te preocupes, en cuanto tenga cobertura la llamaré —dijo, apuntando el número—. Ahora tenemos que irnos. Debéis esconderos.

Norma dejó el portátil encima de la mesa, se giró hacia Gea y la miró a los ojos.

—Te prometo que avisaremos a Iduna lo antes posible. Mientras tanto, no dejéis que os encuentren. No sé cuánto tiempo le costará llegar hasta aquí. Pueden pasar muchas horas. Escondeos bien.

—Vete —pidió Gea con los ojos llenos de lágrimas.

Norma se acercó a ella y la abrazó con fuerza. Sintió los delgados brazos de la mujer latina aferrarse a su espalda y tuvo que esforzarse para no llorar. Cuando se apartó, las dos volvieron a mirarse.

—¿Volveré a verte? —preguntó Gea.

Norma se mordió el labio y notó que una lágrima rebelde le corría por la mejilla. Se la limpió con rabia.

—Volved al pasadizo —dijo con un hilo de voz, agarrando el ordenador que había dejado sobre la mesa. Margot entregó a Gea la linterna que llevaba en la mano.

Gea contempló cómo se cerraba la puerta de la cocina tras ellas, procurando grabar en su mente la última imagen de Norma, la calidez de su abrazo, el dolor de su mirada al despedirse. Después, se volvió a meter en el hogar y las tres desaparecieron por el corredor oculto.

\*\*\*

Boss se acariciaba la cicatriz en un gesto instintivo, escuchando las áridas palabras con las que Athila Broc se refería al equipo de investigadores, especialmente a Norma Barnett. A lo largo

de los días, el encierro voluntario que estaban sufriendo había provocado un acercamiento irremediable entre Broc y sus hombres. Esa noche, Athila Broc había decidido compartir con Boss, el jefe de su ejército, y con Deep, el más oscuro y peligroso de sus mercenarios, el motivo de dicho encierro. El nivel de la botella de licor que estaban compartiendo los tres había descendido ostensiblemente.

Fuera hacía un frío endiablado. No obstante, a pesar de la amplitud del salón principal del castillo, el fuego vivo de la chimenea y los gruesos muros de piedra mantenían la estancia a una temperatura agradable. Además, el alcohol había empezado a caldear los cuerpos y las mentes.

—Llevamos más de un mes aquí encerrados —se quejaba Broc—. Ella dice que casi lo tiene, pero no me fío. Tenía que haber llamado a Iduna Melgar en cuanto trajisteis a su gente. Si hubiera sabido entonces que era tan importante para las investigaciones, lo hubiese hecho de inmediato. Estoy seguro de que hubiera accedido, aunque Norma opine lo contrario. Ahora las rehenes tienen menos valor. Pensaré que están muertas y quizás no le interese el trato. Esa serpiente escurridiza se cubre muy bien las espaldas. Norma dice que ni siquiera su propia gente conoce su escondrijo. De todas formas, acabaré encontrándola.

—¿En qué situación están esas investigaciones? —preguntó Boss.

—Norma asegura estar muy cerca del final, pero creo que la voy a tener que apretar un poco para que se dé prisa. Me estoy hartando de esperar. Después de conseguir la fórmula definitiva, todavía tiene que encontrar la manera de que funcione con nosotros.

—¿Quieres que me encargue de presionarla? Será un placer —afirmó Deep, con un destello espeluznante en su mirada habitualmente fría como el hielo.

Broc pensó que los bajos instintos afloraban de forma muy rápida bajo los efectos del alcohol. Él también los notaba.

—No quiero que le toques un pelo hasta que logre alcanzar nuestros objetivos. Pienso exprimirla hasta el máximo. Después será toda tuya —respondió Broc con una sonrisa sádica. Acercó su copa a los labios y saboreó otro trago del magnífico licor—. Por lo pronto, voy a tener una larga charla con ella.

—¿Qué vas a hacer con las otras? —inquirió Boss.

—No tenéis que preocuparos por ellas. Ya habéis visto la transformación, dudo que se mantengan mucho más tiempo con vida. Independientemente del resultado que consiga Norma, voy a traer a la señora Melgar. La quiero aquí, de rodillas —dijo con una mirada enfermiza—. Mañana la llamaré. Veremos si acepta el intercambio. Iremos a por esa puta pelirroja cuya sangre no tiene precio. La encontraremos allá donde se esconda. Sus rameras no pueden pasar desapercibidas todas juntas.

Broc fue a servir más licor en las copas de los tres, pero advirtió, con un gesto de frustración, que la botella estaba casi vacía.

—Ahora vuelvo. Tengo otra botella de Armañac en mi habitación.

## Destinos cruzados

El viento gélido la golpeó sin conmiseración en cuanto salió al exterior. Se abrazó al portátil y Margot le pasó un brazo por los hombros.

—Aguanta. En tres minutos llegaremos hasta la moto.

Descendieron con mucho tiento por la carretera que se perdía montaña abajo. Se veía cubierta por una fina capa de nieve que cayó por la mañana. En los márgenes se había acumulado la de días anteriores y, de tanto en tanto, tenían que sortear brillantes espejos de hielo que salpicaban el descenso. Al fin, Margot la sacó de la vía para conducirla, a través del bosque, hasta un espacio bastante ancho entre dos árboles. Allí estaba el pequeño claro en el que había dejado aparcada la BMW. Se quitó la mochila y metió el portátil que llevaba Norma. Después abrió el maletero. Sacando un grueso mono de motorista, se lo dio para que se lo pusiera, pero tuvo que ayudarla al darse cuenta de que no podía hacerlo sola. Los temblores la recorrían de arriba abajo y no resultaba tarea fácil colocarle el mono encima del chándal, aunque tampoco podía quitarle la ropa en medio de aquel frío desgarrador. Se alegró de haber elegido una talla holgada. Cuando Norma estuvo enfundada en aquella acogedora prenda, le pasó el casco y los guantes.

—Lo siento, no he traído botas. Espero que resistas con esas zapatillas de deporte. En cuanto estemos a salvo, compraremos unas.

—No te preocupes —respondió, todavía temblando.

Norma se ajustó el casco y se subió a la parte trasera de la motocicleta. Al maletero había adosado un pequeño respaldo que agradeció. Margot se colocó en su lugar y la puso en marcha. Con bastante pericia, condujo la potente moto hasta la carretera. Indicando a Norma que se agarrara bien, inició el descenso por la espiral que abrazaba la montaña. Agarrada a la cintura de Margot, la rescatada se dejó emborrachar por la velocidad. Procuraba olvidarse del frío y mantener la mente en blanco. Sin embargo, una canción se coló de forma subconsciente en su cerebro. La letra de *All I ask* de Adele la enfrentó de golpe con lo que no quería pensar.

*«I will leave my heart at the door, I won't say a word. They've all been said before you know, so why don't we just play pretend like we're not scared of what's coming next. Or scared of having nothing left.»*

¿Por qué no fingimos que no nos da miedo lo que vendrá después, o a que no quede nada?, tradujo para sí misma. *Como si fuese fácil...*

\*\*\*

—Oigo un motor —anunció Hebe, que conducía durante el último tramo del recorrido. Su voz denotaba alarma.

—Sigue adelante. No hay tiempo ni sitio donde escondernos —señaló Iduna.

Nada más decir esto, una moto de gran cilindrada pasó a toda velocidad en dirección contraria. Sobre ella iban dos personas.

—¿Quiénes serán? No son horas de circular por aquí con este tiempo —dijo Hilda—. Y mucho menos a esa velocidad.

—No me gusta nada —respondió Iduna—. Seguramente serán hombres de Broc. No creo que por aquí viva mucha gente. Menos mal que llevamos los cristales tintados. Debemos darnos prisa. Si son ellos, seguro que dan la vuelta. Tenemos que esconder los coches en cuanto lleguemos.



Minutos más tarde, Hebe afirmó que debían de estar cerca del punto señalado. No había cobertura, pero la última vez que había mirado el navegador del móvil faltaban unos quince kilómetros. Estaban avanzando por la carretera que ascendía la montaña y no habían visto ningún otro desvío desde entonces, por lo que intuyó que estaban a punto de alcanzar la meta.

—Métete por el primer hueco que conduzca al bosque —pidió Iduna. No podemos llegar hasta las puertas del castillo con los coches.

Unos metros más allá, Hebe giró el volante y se internó por un espacio entre árboles. Apenas cabía el todoterreno. El coche con las otras cuatro ocupantes la siguió. Al poco, Hebe detuvo el motor y bajó para hablar con las otras.

—Tendremos que salir luego marcha atrás. No hay más remedio. Aquí no hay sitio para dar la vuelta. Voy a ir hasta la carretera para comprobar que no pueden vernos.

—No te preocupes, te esperamos —respondió la conductora del otro vehículo.

Al cabo de unos segundos, Hebe regresó.

—No se distingue nada desde allí. Vamos.

Las cuatro mujeres bajaron del coche y sacaron sus chaquetas de nieve del maletero. Hacía frío. Hebe indicó a sus amigas que podían salir.

—Espéranos en el otro coche —dijo Iduna, dirigiéndose a Patricia—. Deja la calefacción puesta o te congelarás. Si al cabo de una hora no hemos vuelto, o si ves que viene gente, huye. Aquí no hay cobertura. Estaremos desconectadas.

Iduna salió y se dirigió a la otra conductora. Al cabo de dos segundos volvió donde estaba Patricia y le entregó las llaves del otro vehículo. —Llega hasta Gubla y avisa a Aitana. Ella sabrá qué hacer —dijo, dándole un beso. Patricia la retuvo.

—Tened mucho cuidado, por favor —dijo con expresión asustada.

—Lo tendremos. Métete en el otro coche.

Ayudadas por las linternas, salieron del bosque hasta la carretera. Hebe había acertado. No habían recorrido ni trescientos metros por la vía nevada cuando vieron una gran mole de piedra blanquecina recortada contra la negrura del cielo.

—Es impresionante —exclamó Hilda, al contemplar los altos muros.

En el flanco derecho, un torreón redondo se elevaba unos diez metros por encima de la construcción principal, con un remate cónico de pizarra de idéntico gris oscuro que los tejados a cuatro aguas que cubrían el resto del castillo. El portón de acceso tendría más de tres metros. En la fachada principal y en el costado derecho, los dos lados que podían divisar desde su posición, había ventanas grandes con contraventanas cerradas y en la parte superior, unas más pequeñas y estrechas, protegidas por gruesas rejas. En la gran explanada que se extendía ante la fachada principal estaban estacionados un coche y dos motos. Hebe, que encabezaba el grupo de siete mujeres, corroboró que por allí sería imposible colarse. Encaminó sus pasos hacia la parte posterior, donde debía de estar la cocina del castillo. Como hormigas silenciosas, rodearon el edificio hasta dar con la pequeña puerta de madera. Utilizando un aparato que llevaba en la mochila, hizo un barrido por toda la zona.

—No se registra alarma alguna.

Analizó la rudimentaria cerradura y sacó una ganzúa. Haciendo palanca, no necesitó más que una ligera presión para que la vieja madera cediera, dando acceso al interior. Solo esperaba que el leve crujido no hubiera sido oído por alguien del servicio. Aguardó unos segundos antes de empujar muy despacio para evitar que los goznes chirriaran.

La linterna iluminó una estancia amplia. Era la cocina. La puerta que daba acceso al resto de dependencias estaba cerrada y no se escuchaba ruido alguno. Hebe hizo una señal a las otras

para que la siguieran. Se dirigió al hogar que había al fondo y se agachó un poco para meterse dentro. El aparato de rastreo le comunicó idéntico resultado. Tanteando, encontró pronto el resorte que esperaba en la parte superior, bajo el arco. El muro se abrió unos centímetros y tiró de él para dejar libre la entrada al pasadizo. La linterna le confirmó lo que había visto en los planos: el corredor tendría unos sesenta centímetros de ancho y era lo bastante alto como para que pudieran caminar con toda comodidad sin necesidad de agacharse. El rastreador le indicó que allí tampoco había dispositivos de seguridad. Estaban teniendo mucha suerte. Hebe iluminó el recorrido y se giró hacia las otras para indicarles mediante gestos que fueran tras ella. Había memorizado los planos y sabía que debía continuar por la izquierda para poder acceder a las zonas del interior y a las escaleras. Tendría que encontrarlas, ya que en la primera planta parecían estar las habitaciones. De repente escuchó algo y levantó la mano. Todas se detuvieron de inmediato. Eran voces masculinas, aunque no podía distinguir lo que decían. Puso un dedo sobre los labios y sugirió que continuaran avanzando. Unos diez metros más allá, el túnel se desviaba hacia la izquierda. Recorrieron ese tramo con mucho sigilo y Hebe fue la primera en girar la esquina. Intuyó el golpe antes de que cayera sobre ella. Saltando atrás, tiró del brazo que sujetaba el atizador de la chimenea. Con un rápido movimiento, logró agarrar a su atacante. No obstante, dos figuras más aparecieron de la negrura y la cogieron por el cuello. Un segundo después, Iduna y las demás se lanzaron sobre las sombras, maniobrando con gran dificultad debido al escaso espacio. Ocurrió muy rápido y de manera extrañamente silenciosa, como si, a pesar de la situación, nadie quisiera hacer demasiado ruido. De repente se oyó una voz susurrante, a la vez que asombrada. Todo el mundo se quedó quieto y dejó de luchar.

—¿Gea?

Las figuras que habían saltado sobre Hebe estaban inmovilizadas en el suelo por dos de las mujeres del grupo. Iduna había acudido para ayudarla con la que tenía retenida contra la pared, pero se detuvo de golpe. Alguien había iluminado con la linterna a la mujer delgada y de cabellos grises que luchaba sin éxito para liberarse de sus garras.

—¿Por la diosa! ¿Eres Gea? —balbuceó, atónita.

—¿Savannah, Rita? —inquirió Hilda, contemplando a las que estaban en el suelo.

—Somos nosotras —respondió Rita con un hilo de voz, debajo de la mujer oriental que la tenía atrapada. Las lágrimas comenzaron a correr por sus mejillas. Todas se levantaron y se miraron boquiabiertas.

—¿Cómo habéis llegado tan deprisa? —preguntó Gea, apoyada contra la pared, sin fuerzas, incrédula de verlas a todas. Acababa de dar el teléfono de Iduna a Margot y era imposible que la hubiera localizado y hubiesen llegado hasta allí en menos de media hora.

—¿Tan deprisa? ¡Casi no llegamos a tiempo! ¡Mírate! —dijo en un susurro Hilda.

—Vamos a dejarnos de cháchara. Tenemos que salir de aquí inmediatamente —sugirió Iduna.

Recobradas solo a medias de la impresión, recorrieron con cautela los metros que las separaban de la cocina. Al pasar por la zona en la que les había parecido escuchar voces, Iduna se inquietó al no oír ya nada. Se asomó por el hueco de la chimenea para comprobar que todo seguía silencioso y oscuro, pero no bajó la guardia. Les dijo que salieran deprisa y ordenó que corrieran a esconderse entre los árboles que partían en dos la carretera de acceso. En cuanto alcanzaron el bosque, Iduna, Hilda y Hebe se quitaron las chaquetas de nieve para ponérselas a las tres mujeres que acababan de rescatar, que temblaban de frío. Iduna no paraba de mirar hacia atrás, temerosa de que el ruido que habían hecho hubiera alertado a alguien, pero todo

parecía seguir en calma. La diosa las protegía, se dijo.

Fueron caminando por el interior de la arboleda hasta que la imagen de la gran mole, como un temible fantasma recortado en el cielo negro, dejó de perseguirlas. Entonces Hebe sugirió que, si querían encontrar el lugar en el que habían dejado los coches, debían salir de nuevo a la carretera principal. No tenían referencia alguna de dónde estaban. Siguiendo su consejo, continuaron andando un rato por la calzada, más despacio que lo que hubieran deseado, ya que el estado de las tres rescatadas no favorecía una huida rápida. Al fin, cuando ya pensaban que habrían sobrepasado el sitio en donde dejaron los todoterrenos, Hilda advirtió unas huellas de neumáticos sobre la fina capa de nieve terrosa. Las marcas se internaban en el bosque. Avanzaron tras el rastro y de repente la linterna iluminó la silueta negra del primer vehículo. Una voz asustada las increpó desde allí.

—¡Joder! ¡Estaba a punto de irme!

Patricia había salido del coche hacía un rato y, muerta de frío, aguzaba el oído intentando escuchar algo. Estaba ya al borde de la desesperación y sufriendo las inclemencias de la noche helada. Dudaba si marcharse o esperar un poco más, cuando divisó una luz que se aproximaba a lo lejos. Según su reloj, había transcurrido ya una hora y diez minutos desde que se fueron.

—Lo siento, cariño, nos hemos perdido —dijo Iduna. Patricia estaba temblando—. Vuelve a nuestro coche y ponte delante. Conduciré yo. Ahora vengo.

Patricia obedeció y se sentó en el asiento del copiloto. Tenía muchísimo frío y estaba agotada por el estrés. Entonces Iduna se volvió hacia el grupo, encontrándose con la mirada de Gea. Esta, de forma inesperada, fue hacia ella y la abrazó. Sorprendida, devolvió el abrazo a la anciana en la que se había convertido.

—Gracias —dijo apoyando la cara en su hombro.

—Hablaremos luego. Ahora tenemos que irnos, no podemos perder más tiempo —señaló con un nudo en la garganta, apartándose un poco para poder mirar aquellos rasgos conocidos, aunque tan distintos debido a la edad. Gea debía de rondar en aquel momento los ochenta años. En su estado, cada minuto contaba.

Hilda y Hebe fueron hasta ella y la rodearon con sus brazos. La sorpresa inicial y la urgencia de la huida no les había dado la oportunidad de expresar sus sentimientos. Aunque habían evitado hablar de ello, después del tiempo transcurrido y de las pesquisas sin resultados, ninguna tenía demasiada fe en volver a encontrarla con vida. Se alegraban también por las otras dos, pero Gea era su compañera desde el principio, su amiga, su auténtica familia.

Savannah y Rita subieron en el primer todoterreno y Gea se metió en el de Iduna. En cuanto entró, Patricia se volvió hacia ella y la miró con asombro, pero también compadecida. No solo parecía haber envejecido muchísimo, también se la veía anímicamente derrotada. Con solo observarla podía imaginar el calvario por el que había pasado mientras aguardaba la suerte a la que estaba abocada. Apenas reconocía en esa mujer a la persona arisca, fuerte y temperamental que siempre había sido.

—Me alegro de que te hayamos encontrado —le dijo.

—Gracias —respondió Gea, sin inflexión alguna.

El primer vehículo hizo marcha atrás y salió al camino. Esperó a que Iduna hiciera lo mismo. En cuanto estuvieron los dos en marcha, Hilda se volvió hacia Gea.

—No sabes lo que me encanta tenerte aquí —declaró, pasándole un brazo por encima de los hombros.

—Ya había perdido toda esperanza —respondió. El cansancio se apreciaba en su voz.

—¿Cómo conseguisteis encontrar el corredor oculto? —preguntó Hebe.

—Una mujer vino a rescatar a Norma. Nos sacó a todas de nuestras habitaciones por el pasadizo.

—¿Pero Norma no estaba con vuestros secuestradores? —inquirió Hilda.

—Al principio lo pensé, pero ella también era retenida a la fuerza por Broc. Era su socio y la traicionó.

—¿Y por qué no os llevaron con ellas?

—La otra mujer vino en moto. La única opción que teníamos era escondernos. Le di el número de teléfono de Iduna para que la avisara, ya que allí no había cobertura, pero es imposible que lo haya hecho. Cuando llegasteis no habían pasado ni treinta minutos desde que se fueron.

—No nos ha llamado —intervino Iduna, mirando un segundo por el espejo retrovisor—. Descubrimos dónde estabais mucho antes. Cuando estábamos llegando nos hemos cruzado con dos personas en una motocicleta. Pensábamos que eran hombres de Athila Broc.

—Eran ellas. Cada noche se quedaban dos hombres de guardia con Broc en el castillo. Poco antes de que llegarais les hemos oído hablar en el salón. No había ninguno más —apuntó Gea.

—Sí, nosotras también los hemos oído desde dentro del corredor. Cuando volvimos a pasar por ese punto dejamos de escucharlos y nos preocupamos. Pensábamos que nos habían descubierto —dijo Hebe.

En aquel preciso instante, el móvil de Iduna emitió una señal.

—Ya hay cobertura —afirmó—. Ha entrado un mensaje. Mira el móvil —pidió a Patricia.

—Hay una llamada perdida y un mensaje de voz.

—Pon el altavoz. Vamos a escucharlo.

Patricia le dio a la tecla y la voz nítida de Norma resonó en el interior del todoterreno.

—*Soy Norma Barnett. Gea, Savannah y Rita están en un castillo en Suiza, sobre una colina a unos veinticinco kilómetros al este de Gruyères. Os prometo que no he tenido nada que ver con esto. Han sido retenidas por Athila Broc, el castillo es suyo. Ahora están libres y escondidas en un pasadizo secreto al que se accede desde el hogar situado en la cocina. Está en la parte trasera, en las dependencias del servicio. Tenéis que daros prisa, no les queda mucho tiempo, las encontrarán pronto. Y llevad refuerzos. Una amiga ha venido en moto a liberarme. Cuando escapábamos nos hemos cruzado con dos todoterrenos que subían hacia el castillo. No pueden ser más que hombres de Broc. Tened cuidado, son muy peligrosos. Una última cosa. Si llegáis a tiempo, decidle a Gea que... espero que pronto.*

En el interior del coche se hizo un silencio elocuente. Gea miró por la ventanilla luchando contra las lágrimas. Como era habitual, Hilda rompió el hielo.

—Todavía no me creo la suerte que hemos tenido.

—¿Qué ha sido de las demás ciudadanas? —preguntó Gea, procurando que la voz no traicionara sus sentimientos.

—Tranquila, estamos todas en Gubla. Solo faltabais vosotras —respondió Iduna.

Durante el viaje fueron contándole todo lo que había sucedido en su ausencia, así como la extraña manera en que habían accedido a la información para encontrarlas. Gea relató lo que había vivido durante su encierro en el castillo. Todo, excepto los lazos que nacieron entre Norma y ella. Eso lo guardaba para sí misma.

Pasadas las primeras dos horas, dejó de hablar y cayó dormida de puro agotamiento. Su cuerpo y su mente envejecidas exigían descanso. Todavía quedaba un largo trayecto hasta Gubla.

## Consecuencias

Ya habían pasado dos días desde que Norma consiguiera huir de las garras de Broc a lomos del corcel negro y motorizado de Margot Seeker. Esta se había convertido en una colaboradora insustituible, pero por encima de todo había demostrado ser una amiga fiel. En su día, fue a ella a quien acudió para que se ocupara de eliminar las pruebas de la existencia de un laboratorio en el complejo La Esencia, la bodega en la que había instalado el centro de operaciones de la sociedad. Cuando se dio cuenta de que Samoa había escapado de allí y podía avisar a las autoridades, llamó a Margot. Ella se encargó de dismantelar el laboratorio y trasladarlo a otro lugar.

En cuanto regresaron de Suiza y estuvieron a salvo en casa de Margot, esta le contó cómo había conseguido dar con el sitio en el que Broc la tenía encerrada. Desde la lejana mañana en la que Norma salió para hacer escalada con Iduna, la mañana en que Margot facilitó el informe completo a Broc de las posibles ubicaciones, el magnate había dejado de preguntar por Norma, lo que le hizo sospechar que la había encontrado. Pero lo que la tenía realmente preocupada era el hecho de no saber nada más de ella a partir de ese día, que Norma no hubiera intentado llamarla ni le hubiese mandado un mensaje. Ahí comenzó su investigación.

Valiéndose de su situación privilegiada como trabajadora al servicio de Broc Corporation y, ante todo, del chip de su tarjeta de identificación que le permitía el acceso y salida de las dependencias de la empresa, Margot se había colado en el despacho de Dakar, el secretario y amigo de Broc, cuando todo el mundo había abandonado el edificio. La arriesgada acción le había permitido descubrir cosas muy interesantes.

Entre las fotos que Dakar tenía colgadas en su despacho, a Margot le llamó la atención una en particular, en la que Broc y su secretario sonreían rodeados de montañas boscosas. Tras sus caras se apreciaba con claridad una construcción nada corriente. Se trataba de un enorme castillo de piedra blanca y tejados de pizarra. Un edificio monumental.

Margot logró forzar un cajón del escritorio de Dakar para hacerse con su agenda de trabajo. Era sabido que el secretario, de costumbres clásicas, solía apuntar a mano todas las citas del magnate, aunque utilizara también medios informáticos. La agenda era un libro de tapas negras algo desgastadas por el uso diario. Revisando sus páginas descubrió que, a partir de una fecha determinada, Dakar había dejado de apuntar las citas de su jefe. Desde ese instante la agenda se convertía en un desértico paisaje en blanco. Lo que llamó la atención de Margot fue la última anotación que el secretario había hecho, la solitaria palabra que había plasmado en su última página escrita.

Gruyères.

Los antecedentes de Broc situaban sus orígenes en un cantón suizo. Margot estuvo investigando todo lo relacionado con él y, por supuesto, conocía el famoso *ejército de Athila*. Uno de los informáticos que trabajaba para ella se introdujo en las cuentas bancarias del que se hacía llamar Boss, el jefe de la guardia de Broc, descubriendo una jugosa información. Recientemente había utilizado una de sus tarjetas para pagar combustible en una gasolinera de Suiza. Broc tenía que estar allí. Tardó poco en descubrir la existencia de un castillo cercano a Gruyères, cuya propiedad estaba a nombre de una pequeña empresa que resultó ser filial de Broc Corporation. Consiguió hacerse con los planos y decidió realizar una excursión. Todo lo demás era historia.

Norma necesitaba ahora un respiro, un lugar donde esconderse y decidir qué iba a hacer con su futuro y con La Esencia. La mano providencial de Margot le había salvado de Broc,

ofreciéndole el cobijo que estaba necesitando. Se había instalado provisionalmente en su casa, situada en una lujosa urbanización a las afueras de Madrid. Los acontecimientos de los últimos días le habían dado la oportunidad de reconsiderar sus objetivos y sus acciones. Especialmente, de reconsiderar sus acciones. Lo sufrido a manos de Broc le forzó a analizar sus pasos hasta ese momento y a reconocer adónde la habían conducido. Tenía que pensar. De toda la serie de cosas que le habían ocurrido antes y durante el encierro en el castillo de Broc, lo que volvía una y otra vez a su cabeza eran las imágenes de lo vivido en la habitación de Gea. Su despedida la había partido en dos.

Se encontraba inmersa en esos pensamientos cuando le sobresaltó el ruido de la llave en la puerta. Margot había ido a comprar algo para desayunar y estaba de regreso. La mujer dejó la bolsa sobre la mesa y se acercó a ella con un periódico en la mano. Era la edición de *El País* de esa mañana.

—Como decís aquí, «A cada cerdo le llega su San Martín», ¿no es así? —señaló con su peculiar acento, mientras abría el diario por una sección y lo ponía delante de Norma—. Imagino que esto habrá sido cosa de tus amigas.

Norma comenzó a leer el artículo que ocupaba toda una página. El titular rezaba: «Posible brote de fiebre hemorrágica en Suiza». Recorrió sin pestañear las primeras líneas que desarrollaban la noticia.

Los cuerpos sin vida del empresario Athila Broc, presidente de la multinacional Broc Corporation, y de otros dos hombres todavía no identificados fueron hallados ayer en el interior de un castillo en la localidad de Gruyères, propiedad de una de las empresas del magnate en Suiza. Los cadáveres fueron encontrados en el salón principal, a primera hora de la mañana, por uno de los empleados del servicio. Según sus declaraciones, no había señales de violencia. La causa de las tres muertes no se ha revelado por el momento, aunque existen indicios suficientes para pensar en algún tipo de fiebre hemorrágica, dado el estado en el que fueron encontrados los cuerpos. El castillo ha sido puesto en cuarentena y un equipo especialista en enfermedades infecciosas lleva trabajando en su interior desde hace horas.

—Sí, eso parece —respondió Norma en cuanto terminó de leer, procurando que el impacto que le había producido la noticia no se reflejara en su rostro.

No solo se había deshecho de Broc, sino también de Deep y Boss, los dos guardianes que estaban con él esa noche. Resultó que la sangre de Iduna había dejado un rastro potente, a pesar del tiempo transcurrido desde que se produjo su transformación. Broc debía de haber ido a su habitación a por la botella de Armañac y, sin saberlo, además del exquisito licor había compartido su siniestro destino.

Norma analizó sus sentimientos. Debía reconocer que una parte de ella se alegraba de que Broc hubiese muerto. Con él desaparecían algunos de sus problemas y, por otro lado, había librado al mundo de un ser despreciable. No obstante, a pesar de que sabía las consecuencias que podían tener sus actos, de que hizo aquello conscientemente, no pudo evitar que un escalofrío la recorriera al saber que había matado a tres hombres. Sus acciones anteriores dentro de La Esencia provocaron que varias personas perdieran la memoria, pero esto era diferente. Había cruzado la línea y ya no tenía claro que una buena causa lo justificara todo. Se levantó para ir al baño. Tenía ganas de vomitar.

## Unos meses después

Iduna abrió los ojos y contempló pensativa el techo de su habitación. Patricia dormía a su lado. Ignoraba qué hora era, pero debía de ser muy temprano, ya que aún estaba oscuro. No sabía si lo que la había despertado era producto de su imaginación o no. En realidad, sí lo sabía. No podía engañarse a sí misma. Todavía sentía la presencia de aquella mujer, si es que podía llamarse mujer a la figura de más de dos metros que había estado hablándole durante el sueño. En su cabeza tenía grabadas las imágenes del edificio de altísimos techos y doble columnata a los lados, del patio guarnecido por estatuas colosales, pero también recordaba vívidamente el estruendo producido por el oleaje al estrellarse contra el promontorio rocoso sobre el que se asentaba el templo. Se acordaba de detalles que no eran propios de un sueño: el blanco impoluto del vestido que cubría hasta los pies a la imponente figura femenina; los colores de las túnicas que llevaban el resto de mujeres, decenas de mujeres; los destellos de las joyas que sujetaban sus largos cabellos; el color irreproducible de los ojos de aquella figura de rasgos perfectos e intemporales; el fulgor de su ondulada melena. Y ese aroma tan próximo... Por todas partes olía a tierra, pero también a flores silvestres y a mar. Aquella presencia incuestionable recordaba a Iduna, pero no era igual, ni muchísimo menos. Ese ser tenía un aura potente, desprendía una fuerza ancestral. Pero había algo más. No tenía nada que ver con la atracción sexual lo que había sentido hacia ella, sino una violenta devoción, un impulso irresistible de ponerse a su servicio. No había duda posible. Quien le había hablado esa noche era la propia diosa.

En ningún momento la había visto mover los labios, pero no hacía falta, ya que ella se había metido directamente en su cabeza. Lo que le había comunicado con voz reverberante era imposible de olvidar. Sus palabras la alcanzaron con una intensidad irrefutable, generándole una honda inquietud. Iduna sabía perfectamente cuál era el mensaje, pero su mente despierta quería engañarla y hacerle creer que tan solo había sido un sueño. Solo un sueño.

*«Ha llegado la hora de Astarté. Preparaos, el mundo os necesita. Tenéis que venir todas a mí. Es el momento para la Humanidad. Seremos de la misma sangre.»*

Las mujeres que ocupaban el gran patio comenzaron a elevar sus voces con un mantra que conocía muy bien, el mantra que había llenado cada rincón del templo de Eterna durante las ceremonias. En ese instante, un viento extraño había retirado el pelo de la diosa hacia atrás, volviendo más expresivos sus ojos, que estaban puestos en ella. Entonces, habló de nuevo. *«Pronto serás libre.»* Iduna sintió un estremecimiento tan fuerte, mezcla de responsabilidad y exaltación, que la sacó del estado onírico de golpe.

La mujer que yacía al otro lado de la cama se movió, intuyendo que Iduna estaba despierta.

—¿Qué hora es?

—No lo sé, pero debe de ser muy pronto.

—¿No puedes dormir?

—He tenido una pesadilla y me he desvelado.

—Cuéntamela.

Iduna lo hizo.

—Es ella, ¿verdad? —afirmó Patricia, incorporándose inquieta—. Astarté te ha mandado un mensaje.

—Hemos de estar atentas. Esto ha sido una señal. Ahora mismo no sé lo que debemos hacer, ni lo que significa, pero intuyo que pronto lo averiguaremos. Voy a levantarme, tenemos invitadas a comer.

—Es verdad. Hay que preparar muchas cosas.

\*\*\*

La primavera estaba en su apogeo, pugnando por inyectar vida en cada rincón del exuberante jardín delantero de la casa. Mel avanzaba por la senda que conducía al porche de entrada de la vivienda, sonriendo por el comentario de Iduna ante el par de botellas de excelente vino que acababa de traer. Carla iba tras ellas, con la pequeña Alejandra de la mano. El sol brillaba en lo más alto y se colaba a raudales por las numerosas ventanas. En cuanto entraron, Alejandra se soltó de la mano de su madre para correr hacia el sofá donde estaban sentadas María y Eva. Las dos la abrazaron con alegría. Eva tenía un aspecto estupendo, a pesar de haber regresado a la edad biológica que le correspondía. Su enfermedad había desaparecido por completo.

Mientras sostenía sobre el regazo a la niña, Eva echó la vista atrás, pensando en las transformaciones que se habían operado en su vida. Por el momento, aunque no lo descartaban para un futuro próximo, tanto María como ella habían renunciado a someterse a la ceremonia. No obstante, muchas cosas habían cambiado. Eva ya no trabajaba en el bufete. Ahora Patricia y ella se dedicaban a llevar los asuntos de las ciudadanas de Eterna, que ya estaban reubicadas en sus nuevos destinos y países. Era un trabajo cómodo, ya que las dos lo desempeñaban desde casa, pero también duro, puesto que las responsabilidades de sus clientas eran de alto nivel, en consonancia con sus ocupaciones. Muchas de ellas trabajaban en los organismos y empresas internacionales más importantes e influyentes del mundo.

Eva había tenido que lidiar con su parte racional y escéptica, pero las circunstancias vividas y sus consecuencias habían acabado con todas las reticencias. Debía reconocer que ahora Iduna hasta le caía bien. Patricia y ella habían comprado una casa relativamente cercana a donde vivían sus amigas Mel y Carla, con lo cual ahora eran vecinas. Y todavía habían hecho algo mejor: Iduna había convencido al dueño del Beso de Luna para que le vendiera la propiedad. No había sido una transacción barata, desde luego, pero ahora tenían siempre un espacio reservado cuando se reunían allí los viernes. Y, por supuesto, esa edificación servía muy bien a los fines de la comunidad de Eterna. Cada plenilunio se cerraba el local para celebrar una fiesta privada en la que cierta pelirroja llevaba la batuta. Una batuta que tenía todo el aspecto de una daga fenicia.

También Hilda, Hebe y Gea se habían instalado en casas cercanas a la zona. Con Gea, Eva sentía cierta afinidad, a su pesar. ¡Menudo carácter tenía la latina! Se había propuesto contagiarle algo de su sentido del humor sarcástico. Le vendría bien para suavizar esa amargura innata que viajaba con ella. Por lo visto, las experiencias de la vida la habían conducido a un estado introspectivo casi permanente. Siempre se mostraba tensa y se empeñaba en dejar entrever solo su parte más dura, pero Eva sabía mejor que nadie que se trataba de una coraza. Por debajo de aquel caparazón que Gea había fortalecido a lo largo de sus muchos años, existía una mujer sensible y un corazón herido.

Allí estaba, en medio del salón con una cerveza en la mano, charlando con sus amigas Hilda y Hebe. A Eva todavía le costaba asimilar que aquellas mujeres imponentes tuvieran alrededor de cuarenta años más que ella. ¡Qué cantidad de experiencias y conocimientos acumulados!, pensó. Algún día ella lo sabría por experiencia propia.

*Vivir para siempre, qué locura.* Miró a María. Su pareja le había arrebatado a Alejandra y ahora jugueteaba con ella. Una sensación reconfortante se instaló en su corazón. Se puso en pie para saludar a Mel y Carla, que estaban en la entrada al lado de Iduna.

Procedente de la cocina, se escuchó el sonido de pasos mezclados con conversaciones. Ronda



y Samoa aparecieron portando bandejas llenas y las depositaron sobre la mesa, que había sido dispuesta para diez comensales. Samoa enseguida se dirigió hacia las recién llegadas y les dio un abrazo. Luego miró lo que Iduna llevaba en la mano.

—¡Guau, Mel! ¿Este vino lo habéis traído vosotras? Es buenísimo. ¡Y está a la temperatura adecuada! Ahora mismo lo sirvo.

Samoa desapareció de nuevo y regresó al instante con un sacacorchos. Abriendo una de las botellas, comenzó a llenar las copas que había sobre la mesa. Patricia salió de la cocina un momento después, portando otra fuente con comida.

En los últimos tiempos habían sucedido cosas que posibilitaron la formación de un grupo muy bien cohesionado. Iduna se había puesto en contacto meses atrás con Ronda y Samoa. Quería proponer a Ronda que se uniera a las investigadoras de Eterna para la consecución de la fórmula que todavía seguían buscando. En una cena íntima con ellas, Iduna resolvió los enigmas que se habían abierto en la mente de las dos desde su encuentro en Saint Croix. Por descontento, Ronda aceptó la propuesta y su secretismo, siempre que pudiese compaginar dichas investigaciones con sus actuales actividades. Desde aquel día hubo muchas más reuniones entre ellas, forjándose lazos de trabajo y, ante todo, de amistad.

Las comidas de los sábados para diez personas se estaban convirtiendo en tradición. En alguna ocasión se habían apuntado Iván y Fran, aunque la pareja se iba de viaje casi todos los fines de semana.

—¡A comer! —exclamó Patricia, acabando de colocar la fuente que traía de la cocina.

Viéndolas en torno a la mesa, nada induciría a pensar que el grupo se reunió por primera vez hacía un par de meses. Parecían conocerse desde siempre. Las bromas y las conversaciones fluían entre ellas, aderezadas por la música que Patricia había elegido. *Prometo* de Pablo Alborán constituía un fondo ideal.

*«Prometo que no pasarán los años y arrancaré del calendario las despedidas grises, los días más felices no han llegado. Te prometo olvidar mis cicatrices y devolver lo que he robado a tus dos ojos tristes. Yo te prometo que nos mudaremos pronto del fracaso y desconcierto a la calle del silencio. Te prometo que vamos a volvernos eternos, eternos.»*

La poesía de su voz favorecía el diálogo y hacía que un ambiente de paz se respirara entre esas cuatro paredes. Además, la canción gritaba verdades que todas entendían muy bien.

No obstante, a una de las allí reunidas le hería especialmente la calma de esas notas. La letra no hacía sino recordarle sus llagas internas y la profunda soledad que ahora sentía. En el pasado nunca le había acuciado esa sed. La sed provocada por la ausencia. Gea fingía participar del encuentro, pero su mente había volado lejos, sobre las alas de aquellas estrofas tan dolorosas para ella.

*«Me voy a desprender de una vez de mis montañas de arena, de acantilados, de mis días pesados, mis naufragios ya no valen la pena. Me voy a desprender de todo aquel que no nos mire de frente, de los poetas de palabra hueca, del ruido que ahogue tu canción favorita de amor. Y respirar lo que nos quede. Bailaremos nuestro tango en el salón. Si te atreves, no me sueltes.»*

La echaba de menos. Muchísimo.

Samoa bromeaba en aquel instante con Mel, quejándose de que traer solo dos botellas de vino de esa magnífica bodega era una crueldad.

De repente, alguien dijo una frase que quedó suspendida sobre la mesa, provocando un silencio generalizado. Alejandra tomó un sorbo de su refresco y, como si fuera la cosa más normal, soltó en voz alta:

—Falta una silla.

—No, cariño —le rebatió Carla—. Ya estamos todas sentadas.

A pesar del comentario de la madre, Iduna dejó su copa y observó a la niña. Sus alertas se habían disparado. Entonces ocurrió algo que hizo que la atención general se volcara sobre Alejandra.

Sonó el timbre de la puerta.

En el salón se generó un estado de alarma repentino. Todas se miraron. Sin decir una palabra, Iduna se levantó y fue a abrir. Con el corazón en vilo, recorrió la senda que conducía hasta la valla de entrada.

Aunque seguía llevando un atractivo corte a lo *garçon*, su cabello había regresado al color caoba natural. La recién llegada se mantuvo en silencio, otorgando a Iduna la oportunidad de decir lo que quisiera. Incluso la libertad de pedirle que se fuera.

—Hola, Norma.

Iduna tenía miles de preguntas, pero aguardó a que ella hablara.

—Sé que estáis todas aquí —anunció, serena—. Solo vengo a entregaros una cosa. Luego, si tú quieres, me iré.

Iduna la miró a los ojos para leer sus intenciones ocultas. Lo que vio en ellos hizo que se apartara a un lado para dejarla pasar.

En cuanto cruzó el umbral y apareció en mitad del salón, un tornado pareció arrasarse la paz familiar. Las reacciones fueron dispares. Gea se quedó petrificada, sin poder moverse, aunque su corazón se disparó. Samoa se levantó de golpe. Su silla se tambaleó, a punto de caer al suelo. Ronda la agarró de la manga para tranquilizarla.

—¡Noe! ¿Cómo te atreves a plantarte aquí como si nada? —la increpó. Sus ojos echaban chispas de ira.

—Dejadla hablar —rogó Iduna.

—Perdonad que haya interrumpido vuestra comida, pero tenía que deciros algo a todas.

Norma se giró hacia donde estaban Ronda y Samoa y se dirigió a ellas.

—Quiero pedir os perdón por lo que os hice. Sé que con esto no basta, pero quiero que sepáis que me arrepiento de muchas de mis acciones del pasado. Siento muchísimo haberos hecho daño, haber tirado por tierra nuestra amistad. Aunque no me creáis, nunca más volveré a recurrir a esa clase de actividades ni a ninguna otra que pueda hacer daño a alguien. He venido dispuesta a que me entreguéis a las autoridades. Sé que es vuestro deseo desde hace mucho tiempo y lo comprendo, pero antes tengo que contaros algo.

Samoa se quedó callada, no tanto por las palabras de la que creyó que había sido su amiga y la había traicionado como por el tono de su voz y lo que desprendían sus cansados ojos grises. Aunque Noelia Blanchard había demostrado tener unas dotes magníficas para la actuación, Samoa vio algo en ese instante que le hizo reconsiderar su postura. Si la gran intuición que había heredado de su abuela no le fallaba, esa mujer ya no era la misma a la que llegó a desear la cárcel de por vida. Volvió a sentarse para seguir escuchándola en silencio.

—Continúa hablando —intervino Ronda con voz calmada. Si Samoa había relajado su actitud era porque había sentido que Noe no mentía y Ronda confiaba plenamente en la intuición de su pareja. Por otro lado, en el corazón de Ronda nunca hubo sitio para el rencor, pero sí para la curiosidad. La que tenía delante no se parecía ni a la Noe despistada y excéntrica que les había hecho creer que era años atrás, ni tampoco a la científica falta de escrúpulos que las utilizó para conseguir los fines de La Esencia, la sociedad secreta que regentaba. La mujer que estaba de pie en medio del salón estaba hablando, quizás por primera vez en su vida, con el corazón en la mano. Su actitud y sus palabras revelaban que estaba harta

de fingir, que daría lo que fuera por dejar atrás parte de su pasado.

Norma se volvió entonces hacia Iduna, que seguía junto a la puerta.

—Quiero pedir os perdón a todas, porque, a pesar de que no fui yo la que dio la orden de entrar en Eterna, sí soy responsable de lo que ocurrió. Si hubiera analizado bien mis opciones, jamás habría recurrido a Athila Broc para ser mi socio. Subestimé la personalidad de Broc, quise ignorar que su afán de poder estaba por encima de todo. Siento que mi debilidad haya hecho pedazos la seguridad de Eterna y os haya obligado a salir de allí.

—Lo que salió en la prensa, lo que pasó en Suiza es cosa tuya, deduzco... —dijo Hebe.

Norma la miró sin negar ni afirmar lo que acababa de sugerir. Después se volvió hacia Gea.

—Quiero pedirte perdón, especialmente a ti, por todo lo que has tenido que sufrir en aquel encierro. Solo quiero que sepas que lo que hubo entre las dos fue auténtico. Todavía lo es. Quizás es muy tarde para nosotras, pero estoy dispuesta a intentarlo, si es que no decidís llamar a la Guardia Civil ahora mismo —dijo con una sonrisa triste dirigida a Samoa.

Gea no podía ni abrir la boca. Tenía un nudo en la garganta y otro en la cabeza y ambos intentaban asfixiarla mientras luchaba por desatarlos. Todas las miradas incidían sobre ella, pero se sentía incapaz de mover un músculo, como si le hubiesen echado una droga paralizante en la bebida.

Norma la contempló con los ojos cargados de emoción durante unos segundos. Después, abrió el bolso que llevaba colgado al hombro y sacó un pendrive y una pequeña botella de cristal estéril, de las que se utilizan para los inyectables. Dentro había un líquido transparente. Su voz parecía un poco más ronca cuando volvió a hablar.

—Si tomáis la decisión de no denunciarme y me admitís en vuestra comunidad, me gustaría trabajar con vosotras. Sé que, aunque condenáis mis acciones pasadas, todavía valoráis mis conocimientos.

Norma hizo una pausa antes de seguir.

—Imagino que necesitaréis hablar para darme una respuesta, así que esperaré fuera. No os preocupéis, no me voy a ir. He venido voluntariamente. Lo que he dejado encima de la mesa es el resultado de mis investigaciones. La he conseguido.

—¿A qué te refieres? —preguntó Iduna.

—A la fórmula. He conseguido el primer paso: reproducir tu sangre —respondió, antes de salir fuera. Luego cerró la puerta tras ella.

Todas se quedaron en *shock* durante un instante. De repente, Gea se levantó como si hubiera despertado de un sueño y corrió hacia el jardín.

Al final del sendero, apoyada en el muro vegetal que protegía la casa de miradas escrutadoras provenientes del paseo marítimo, la encontró. Tenía los brazos cruzados y la vista fija en el suelo. Gea se aproximó despacio. Cuando estuvo frente a ella, Norma levantó la cara y las miradas se entrelazaron. El reproductor de música continuaba hilando canciones de forma automática. Las notas llegaban amortiguadas desde el salón. Gea pensó que el maldito destino seguía jugando sus cartas. La voz personal de Tracy Chapman cantando *Give me one reason* se coló entre las dos.

«*Dame solo una razón por la que debería quedarme, porque te dije que te amaba y no hay nada más que decir*», tradujo Norma en un susurro.

Por toda respuesta, Gea le entregó sus labios. Sabía que con ellos le entregaba su alma abierta en canal. Por segunda vez, se lanzó al vacío.

Dentro de la casa, ajenas al fondo musical que acallaban con sus voces, las ocho mujeres adultas estuvieron valorando los pros y los contras de la propuesta que había sobre la mesa.

Samoa y Ronda habían concluido que no iban a denunciar a Noe. Lo que habían visto en su interior las había hecho decidir.

—¿Creéis que una persona puede cambiar tanto? —preguntó Mel.

—Yo tampoco lo pensaba, pero, por lo visto, sí —respondió Samoa convencida.

Hace tiempo, al principio de su incorporación a aquel núcleo familiar único, Iduna había informado a todas del cambio de identidad de Norma y de lo que había sucedido desde que la antigua Noelia Blanchard se había convertido en la nueva Norma Barnett.

Iduna llamó a las dos mujeres que estaban en el jardín para comunicarles la decisión tomada. Ambas entraron en la casa cogidas de la mano.

Aunque su solicitud fue aceptada por unanimidad, ninguna pensó que fuera el momento de una calurosa bienvenida. Ya habría tiempo de limar asperezas y cicatrizar heridas. Iduna anunció que ahora tenían que tomar otra trascendental decisión. Las miradas confluyeron sobre los dos objetos depositados en la mesa. Patricia se giró hacia su pareja.

—¿Vas a contar lo del sueño?

Ella la miró con una expresión grave en el rostro.

—Ahora entiendo por qué me dijo que pronto sería libre.

Patricia asintió con la cabeza. Entonces comenzó a relatar con todo detalle lo que había visto esa noche y, finalmente, repitió palabra por palabra el mandato de la diosa.

—«*Ha llegado la hora de Astarté. Preparaos, el mundo os necesita. Tenéis que venir todas a mí. Es el momento para la Humanidad. Seremos de la misma sangre.*»

María y Eva se miraron. Mel se giró hacia Carla.

—¿Todas? —dijeron al unísono.

—Todas —respondió Iduna.

Una vocecita orgullosa cortó el arrebatador silencio que se había apoderado del salón, tan solo mancillado por las notas que seguían surgiendo del reproductor de música.

—¿Ves como sí faltaba una silla? —dijo Alejandra a su madre, tirándole de la manga.

Por lo visto, el destino seguía su curso abriendo caminos sin explorar, planteando encrucijadas que nunca resultarían fáciles. Sin embargo, sabían que todas juntas serían capaces de cambiar el mundo.

## Créditos

© Mila Martínez, 2018

© Editorial EGALES, S.L., 2018

Cervantes, 2. 08002 Barcelona. Tel.: 93 412 52 61

Hortaleza, 62. 28004 Madrid. Tel.: 91 522 55 99

[www.editorialecales.com](http://www.editorialecales.com)

ISBN: 978-84-17319-44-1

© Imagen de portada: Laura Kate Bradley, Arcangel Images

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirjase a CEDRO (Centro español de derechos reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.